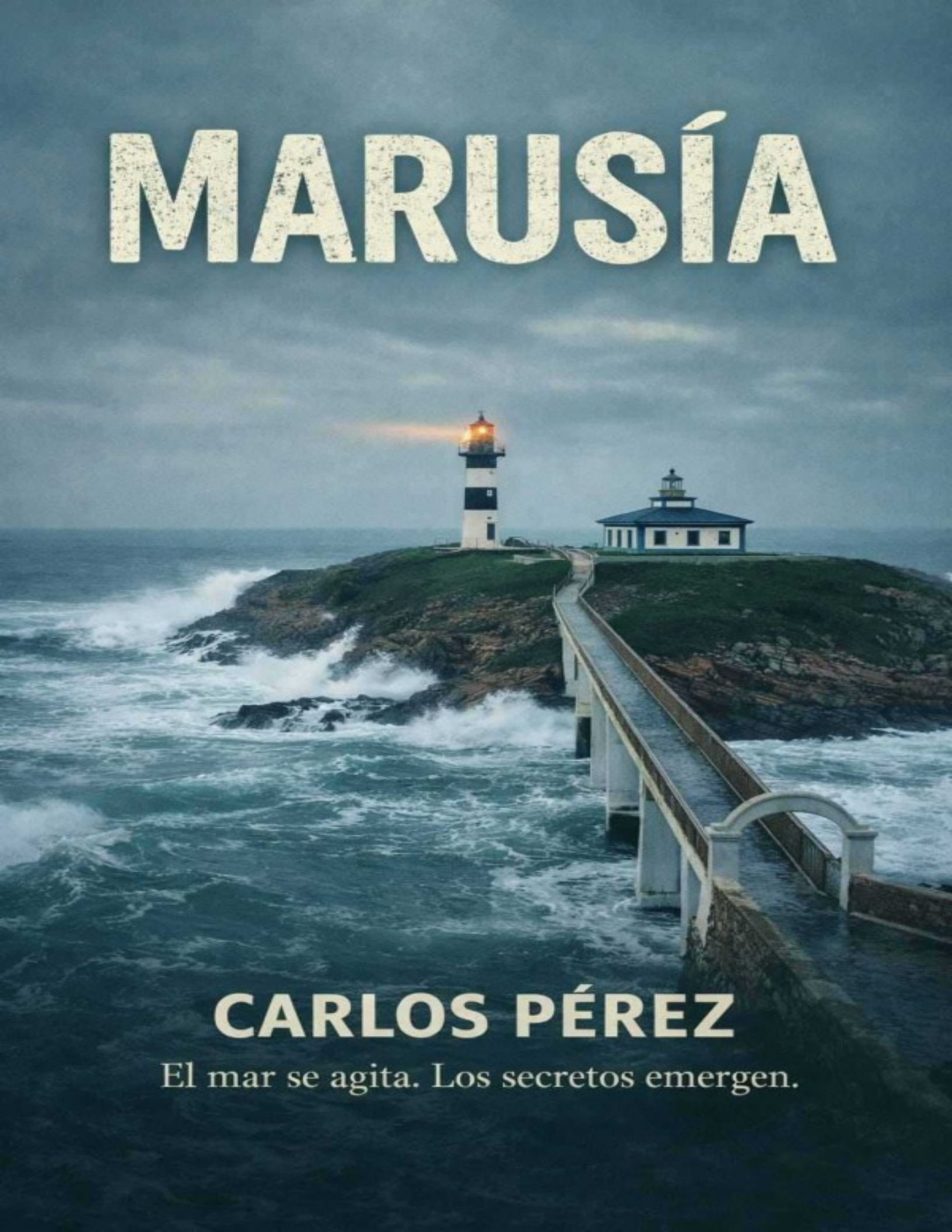
MARUSÍA



CARLOS PÉREZ

El mar se agita. Los secretos emergen.

© Carlos Pérez, 2026

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso previo del autor.

Primera edición, 2026

MARUSÍA

Carlos Pérez

Nota del autor

Esta es una obra de ficción.

Los escenarios que componen la geografía de esta novela, como Ribadeo, Figueras o la ría del Eo, son lugares reales que han servido de cimiento para construir la atmósfera de esta historia. No obstante, otros emplazamientos —como la Casa do Pobo o determinadas ubicaciones rurales— son invenciones literarias, diseñadas para dar forma a una trama que transita entre la memoria, la imaginación y el peso del silencio.

Del mismo modo, todos los personajes que habitan estas páginas son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia. Las referencias a hechos pasados, desapariciones, figuras políticas o instituciones locales forman parte del tejido narrativo y no deben ser interpretadas como documentos históricos o crónicas de sucesos reales.

La *morriña*, el *orballo*, la *marusía,* las *meigas* o la *Santa Compaña*... existen. Tal vez no posean una entidad jurídica o física, pero forman parte del paisaje emocional e invisible del norte. Y, como tales, han reclamado su lugar en esta historia sin pedir permiso.

«eu non creo nas meigas, mais habelas hainas»

yo no creo en las brujas, pero haberlas, las hay

«Quen en mayo non merenda, os mortos se encomenda»

El que en mayo no merienda con los muertos se cuenta.

DICHOS POPULARES

1. Leo Olmo — La llegada

Puerto de Figueras. Domingo, 12 de marzo, 23:47 h.

Leo Olmo descendió del autobús con el cuello rígido y los ojos cansados de tanto repasar sus notas. Había pasado las últimas doce horas en una postura incómoda, negándose a dormir, temiendo que la verdad se le escapase entre sueños. El aire húmedo lo envolvió de inmediato, pegajoso, cargado con ese olor a salitre y a madera que solo existe en los pueblos donde el mar manda más que las personas. Ajustó la correa de la mochila y avanzó, con la determinación silenciosa de quien sabe que este viaje hacia el norte es un punto sin retorno.

Como periodista de investigación, Leo había forjado su reputación en los silencios ajenos. Fue precisamente su obsesiva cobertura del caso Clara, una desaparición que comenzó años atrás en Málaga y derivó en los misterios del norte, lo que le hizo ganar fama y perder el sueño. Había dejado atrás Málaga, el calor y la familiaridad de su redacción, porque una corazonada —la misma que le había metido en problemas hace años— lo arrastraba de nuevo hacia el norte.

En el primer caso, el de las niñas llamadas Clara, Leo había estado en el lugar, trabajando codo con codo con la policía y, de forma indirecta, con los hermanos Lázaro: Iván y Luna . Había visto de cerca cómo esa oscuridad casi destruye a toda una comunidad. El caso se había cerrado, pero la respuesta nunca le había parecido del todo real. Luego vino Lara, la joven que desapareció después, que muchos vieron como una imitación macabra. Y por último, Mateo.

En cada entrevista reciente, en cada silencio incómodo de los testigos de esta ría, Leo había percibido un mismo latido, un rumor subterráneo que lo empujaba hacia este punto envuelto en bruma, buscando patrones que nadie más veía. El ciclo, como él lo llamaba, había vuelto a empezar.

El pueblo dormía cuando salió de la estación de autobuses, pero el puerto estaba despierto a su manera. Los mástiles de los barcos chocaban suavemente entre sí, tintineando como campanas de advertencia. Algún pescador tardío recogía sus redes bajo la luz amarillenta de un farol, ignorando la presencia del recién llegado. Más allá, la negrura del agua parecía tragarse cualquier cosa que se atreviera a mirarla demasiado tiempo.

Leo encendió su grabadora de voz y la sostuvo cerca de la boca.

—La historia que nadie quiso contar —susurró, con un temblor apenas perceptible en la voz—. La historia de cómo la verdad se disfraza de accidente, empieza aquí. He vuelto por la deuda.

Guardó un silencio, escuchando el crujido de las tablas húmedas bajo sus zapatos. La grabadora siguió encendida, captando también el repiqueteo insistente de la lluvia fina, ese orballo como lo llaman en esta zona que comenzaba a caer. Abrió su bloc y anotó, con letra rápida y nerviosa, la tinta corriendo ligeramente sobre el papel: El ciclo nunca terminó. Tal vez nunca empezó del todo. Hay una conexión entre Clara, Lara y Mateo. La marusía.

Un ruido metálico, seco y cortante, lo hizo girar de golpe. En la niebla densa que se arremolinaba sobre la ría, creyó distinguir una silueta inmóvil al otro lado: alta, delgada, con un contorno imposible de precisar. Un espejismo de la noche, se dijo, pero el corazón le martilleaba en el pecho. Parpadeó y la figura ya no estaba. Una descarga de adrenalina le erizó los brazos. No podía asegurarlo, pero la sensación de ser observado lo acompañó el resto del camino hasta el muelle.

Se detuvo en el extremo, donde el olor a podredumbre era más fuerte. El agua golpeó con violencia las rocas, devolviéndole un eco que sonaba como un gemido ahogado. Leo tragó saliva y grabó una última nota, su voz ahora un susurro ronco, casi una confesión:

—No es el mar, lo sé… es lo que llama desde él. Y por el rastro que he encontrado, no quiere que me vaya.

El viento barrió sus palabras y las arrastró hacia la oscuridad de la ría. Leo no lo sabía, pero aquella sería la última vez que su voz quedaría registrada.

Marusía.
Es la certeza de que el viaje no conduce al destino que imaginamos, sino al lugar en el que alguien —o algo— ya nos está esperando.

2. Leo Olmo — Las notas de voz

Puerto de Figueras. Lunes, 13 de marzo, 00:12 h.

La lluvia había dejado de ser un murmullo para convertirse en una cortina fina y helada que le empapaba la chaqueta. Leo Olmo avanzó con cautela hasta el extremo del muelle con la grabadora todavía encendida, cada paso hundiéndose en la madera oscura, hinchada por la humedad. El viento le arrancaba mechones de cabello que se pegaban a la frente, y el frío comenzaba a calarle hasta los huesos, pero el periodista apenas lo notaba. Estaba en modo supervivencia, con los sentidos hiperalerta.

Se detuvo al final de la pasarela. Había una verdad latente en ese lugar, y quería dejar constancia de ello antes de que esa verdad se lo tragase.

—Si estás escuchando esto… —dijo, mirando al agua negra como si hablara con un testigo invisible—, es porque encontré lo que vine a buscar. O porque no me dejaron contarlo.

Guardó silencio unos segundos y dejó que la grabadora captara el repicar furioso de las gotas sobre el mar embravecido. El sonido era violento, como si la ría estuviera tratando de ahogar sus propias palabras.

Su voz regresó más baja, más urgente, casi un susurro conspiratorio:

—Clara, Lara, Mateo. Nombres que el tiempo intentó enterrar. Tres puntos de un mismo círculo. Esto no son desapariciones al azar. Aquí hay algo mucho más grande que la casualidad, algo que se repite. Y alguien lo sabe, alguien controla este ciclo.

El móvil vibró de forma estridente en su bolsillo. Un número desconocido, sin identificación. Leo Olmo, acostumbrado a las fuentes anónimas, contestó sin pensarlo.

—¿Quién es? —preguntó, con la garganta seca, sujetando la grabadora con más fuerza.

Al otro lado, nada. Solo un rumor de estática, como si alguien soplara directamente contra el micrófono, o como si el sonido viniera de muy lejos. Esperó una amenaza, una voz distorsionada.

Entonces lo oyó: apenas un tarareo, suave, hipnótico. Era la misma melodía infantil que había escuchado grabada en una de las entrevistas de las familias en el caso de las Claras, un eco fugaz que la policía había descartado. Esa música maldita. El sonido de una nana retorcida. La banda sonora de su paranoia.

Leo colgó de golpe, con la respiración entrecortada. El terror, frío y punzante, le recorrió el cuerpo. Reprodujo la llamada de inmediato, pero en el registro solo aparecía "número oculto". El sonido no se había guardado en el buzón de voz. Nada. La melodía había desaparecido tan rápido como había llegado.

Anotó con prisa en su cuaderno, la punta del bolígrafo rasgando el papel: La melodía vuelve. Conectada a todo. Es una firma. Lo ha hecho a propósito.

El muelle crujió a su espalda, un ruido seco que no sonó a madera vieja. Giró la cabeza. Entre la cortina de lluvia y la bruma creyó distinguir la figura de un niño quieto, inmóvil, demasiado erguido para ser real. No parpadeó esta vez. Lo miró fijamente, desafiante, sintiendo el pulso en las sienes. Cuando dio un paso hacia él, la silueta se desvaneció, tragada por la niebla como si nunca hubiera existido. La marusía se lo había llevado.

Leo encendió un cigarrillo con manos temblorosas. Tragó el humo con ansiedad, intentando convencer a su cuerpo de que todo era fruto del cansancio, de las doce horas de viaje, de la obsesión. Se inclinó sobre la barandilla oxidada y grabó una última nota de voz. Era su testamento:

—Si alguien escucha esto… —hizo una pausa larga, como si buscara fuerzas para el final, mirando el anillo doble que llevaba en el dedo—, que sepan que lo intenté. Y que la verdad está en la ría.

El mar respondió con un golpe brutal contra las piedras, salpicando su libreta. Leo no lo sabía, pero cada palabra que acababa de pronunciar se convertiría en la prueba más importante de su desaparición, la única voz que se atrevió a desafiar el silencio de Figueras.

Marusía.
Es la voz que se graba para advertir, aun sabiendo que nadie llegará a tiempo para escucharla.

3. Sara Aguilar — El aviso

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Lunes, 13 de marzo, 07:15 h.

El despertador no había llegado a sonar. Sara Aguilar llevaba ya un buen rato despierta, tumbada boca arriba en la cama del cuartel, con los ojos clavados en el techo agrietado. Esa era su manía: despertar justo antes de la alarma, como un sensor de presión. La lluvia no había parado en toda la noche y las gotas golpeaban las persianas metálicas como metrónomos de su insomnio. Era un insomnio provocado por el recuerdo de las largas investigaciones de alto nivel que la habían mantenido en vilo en el norte durante los últimos años. El sabor amargo del té matcha helado aún le quedaba en la lengua; era lo único que había ingerido antes de acostarse, intentando compensar las largas noches de guardia con sus rituales de vida sana.

El teléfono fijo de la comandancia sonó con una urgencia distinta. Esa vibración en la madera vieja del escritorio tenía un timbre reconocible: no era una consulta vecinal, ni una queja por ruidos, ni una patrulla de rutina. Era la llamada que lo cambia todo. Sara lo supo antes incluso de descolgar.

—Aguilar —contestó, con la voz ronca.

El subteniente al otro lado no perdió tiempo en formalidades:

—Han encontrado un cuerpo en la ría, Sara. Flotando, cerca del muelle de Figueras. No parece de aquí.

Sara se incorporó de golpe. Sintió la punzada de la vieja superstición que la alertaba antes de los casos graves. Buscó la chaqueta en el respaldo de la silla y un mechón de pelo húmedo le cayó sobre la frente.

—¿Identificado? —preguntó, aunque en su interior ya sentía que aquel caso iba a ser distinto, que no sería un simple ahogamiento.

—Todavía no. Un varón, cuarenta y pocos años. Un pescador lo vio a primera hora. Está bastante... deteriorado. La documentación está empapada.

La palabra se le quedó clavada como una astilla. Deteriorado. Una forma elegante de decir que el mar lo había destrozado. Y el mar de la ría, en el norte, no solía soltar fácilmente lo que tomaba.

Sara bajó las escaleras del cuartel con pasos rápidos. Se ajustó la guerrera, sintiendo el peso del uniforme. El aire frío de la mañana le golpeó el rostro como una bofetada. El cielo estaba gris plomizo, cargado de agua, y el olor del puerto llegaba hasta allí, espeso, metálico, casi dulzón.

Encendió las balizas del coche oficial y enfiló la carretera hacia la ría, con el corazón apretado. El limpiaparabrisas apenas conseguía apartar la cortina de agua. El recuerdo de los casos recientes regresó con la misma insistencia que la lluvia golpeando el cristal: Uxía y Mateo, los últimos desaparecidos. Y, como una sombra que nunca se marchaba, Lara, la joven cuyo rastro se había enfriado justo cuando parecía que la iban a encontrar. Sentía que estaba conduciendo directamente hacia la trampa que todos creían haber evitado.

Al llegar al muelle, la vio: una sábana blanca, demasiado fina, extendida sobre la madera húmeda. El cuerpo debajo era inconfundible incluso a distancia. Había algo en la posición de las manos, rígidas y crispadas, como si aún sostuvieran o hubieran intentado aferrarse a algo invisible.

Un guardia de uniforme empapado se acercó a ella.

—Llevaba encima un bloc de notas empapado. Y una grabadora. Estaban envueltos en plástico, pero el agua se ha filtrado.

Sara asintió, su mirada fija en la mancha oscura que traspasaba la sábana blanca. Una grabadora. Un periodista. De pronto, todos sus instintos, su insomnio, su manía de buscar patrones, se alinearon con el terror. Sabía que aquel día ya no sería un día cualquiera. El mar no había soltado a un ahogado; había entregado una advertencia.

Marusía.
Es el aviso que interrumpe la rutina, la grieta que anuncia que la calma del pueblo nunca fue real.

4. Helena Barreiro — La escena

Puerto de Figueras. Lunes, 13 de marzo, 07:45 h.

La bruma seguía aferrada a la ría, espesa como una sábana húmeda. Helena Barreiro descendió del coche oficial con las botas empapadas por el barro de la explanada. Helena, con su pragmatismo y su firmeza, era conocida por ser el ancla de la investigación en los casos más difíciles del litoral, la responsable de haber devuelto la calma al norte tras las grandes crisis de desapariciones, aunque ese éxito se leía en el gesto austero con que cargaba el alto coste personal de sus resoluciones. El murmullo de los curiosos resonaba a sus espaldas, pero la cinta amarilla mantenía a raya a los más insistentes. Caminó con paso firme hacia el muelle, donde Sara ya la esperaba.

Su compañera, Sara Aguilar, se acercó en cuanto la vio. El rostro de Sara estaba más tenso de lo habitual, la mandíbula apretada como si hubiese pasado la noche mordiéndose las palabras. Era la señal de que sus instintos, por desgracia, no se habían equivocado.

—Helena… —dijo Sara, con un hilo de voz que apenas pudo disimular el golpe que acababa de recibir—. Es Leo. Leo Olmo.

El nombre resonó en el ambiente. Leo Olmo. El periodista de investigación que había estado obsesionado con el caso de las Claras hace años, que las había ayudado —o a veces entorpecido— durante la primera gran crisis en la zona.

El golpe le atravesó el pecho como un martillo. El nombre bastó para despertar un alud de recuerdos: las noches interminables repasando declaraciones, las discusiones en cafés vacíos, las entrevistas que Leo había publicado cuando nadie más se atrevía. No era un extraño. Habían trabajado con él. Habían confiado en él. Y ahora estaba allí, bajo una sábana blanca que la lluvia empapaba sin piedad, otro eslabón más en una cadena de tragedias que parecía no tener fin.

Helena se agachó despacio, observando el contorno rígido del cuerpo. La sábana dejaba entrever la posición de los brazos, las manos crispadas como si aún se aferraran a algo invisible. A un lado, un bloc de notas arruinado por el agua dejaba ver manchas de tinta corrida. A pocos centímetros, una grabadora negra, apagada, descansaba sobre la madera húmeda.

Sara se inclinó junto a ella, la voz más baja, cargada de implicación personal.

—Uno de los guardias la probó antes de que se estropeara del todo por el agua. Contiene varias notas. Algunas se cortan, es solo estática. Pero en otras… —bajó la voz, mirándola directamente a los ojos, buscando una reacción—. Aparecen nombres que ya conoces. Clara. Lara. Mateo. Estaba aquí por los tres.

El cuarzo blanco que Helena llevaba colgado al cuello —un regalo de su abuela, que usaba para anclarse a la realidad— estaba helado, como si absorbiera el frío del aire. Lo apretó con fuerza entre los dedos, buscando una señal de calma. El viento sopló con un lamento extraño, levantando apenas la sábana y dejando al descubierto parte del rostro de Leo, hinchado y lívido. Helena apartó la mirada al instante, sin querer registrar la imagen del hombre que una vez fue.

Respiró hondo, intentando recuperar el control y la perspectiva policial. Se fijó en una sola palabra escrita en el bloc de notas que Sara le señalaba, más clara que el resto del borrón de tinta, escrita con una caligrafía nerviosa, urgente: Marusía.

El eco de ese nombre quedó flotando en el aire, tan denso como la niebla que cubría el puerto. La palabra gallega para designar el estado del mar con un oleaje fuerte y grande, que puede hacer peligrosa la navegación. Para ellas, era algo más. Era el código que Leo estaba usando, la clave que las arrastraba de nuevo a la oscuridad. Helena sintió el peso de los casos pasados regresar. El ciclo no solo no se había cerrado; se había reiniciado justo en la boca de la ría.

Marusía.
Es el mensaje que no se escribe para informar, sino para advertir; la palabra que se abre paso entre la lluvia para anunciar que el círculo vuelve a cerrarse.

5. Iván Lázaro — La noticia

Málaga. Lunes, 13 de marzo, 09:30 h.

La luz entraba a ráfagas por las persianas, un sol filtrado, más bien tímido que invernal, que apenas conseguía calentar el apartamento. En el escritorio, los monitores zumbaban con la familiaridad de siempre, un murmullo constante que era la banda sonora de su vida. Cables, restos de café frío, y un ventilador desmontado que Iván juraba que "solo necesitaba un par de ajustes" atestiguaban su caos metódico.Había pasado la noche frente al ordenador, programando sin rumbo fijo, releyendo líneas de código inútiles. La cabeza le daba vueltas en el mismo bucle de jazz electrónico que lo acompañaba desde que regresó del norte, tras un traumático caso de desaparición que lo vinculó a él y a su hermana Luna con una profunda cadena de secretos y leyendas de la ría. A esas alturas, el silencio le incomodaba más que cualquier ruido, un vacío que la música y el tecleo llenaban.El móvil vibró sobre el teclado, sacándolo de su trance digital. Era Luna. La hora le extrañó. Eran las 9:30 de la mañana. Luna no llamaba a esa hora si no era urgente.

—Dime, hermanita —contestó, frotándose los ojos.Escuchó una respiración forzada al otro lado. No hubo un "hola", ni un saludo. El tono tenso de Luna le erizó la nuca antes de que dijera una sola palabra.

—Necesito saber algo antes de que te lo cuente —preguntó ella sin preámbulos, su voz era un hilo frágil—. ¿Tú has sabido algo de Leo últimamente? ¿Habéis hablado?Iván se enderezó, la somnolencia desapareció de golpe. Su hermana nunca era tan críptica.—¿Leo? No… hace meses que no sé de él. Desde antes de Navidad, creo. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?Luna guardó un silencio que pesó demasiado, un lapso de tiempo que se estiró como chicle, lleno de malos presagios.

—Iván… está muerto.La palabra se clavó en su tímpano. Muerto.

—Lo encontraron esta mañana en Figueras. En la ría.Durante unos segundos no dijo nada. El zumbido de los monitores se hizo ensordecedor. El nombre de Leo resonó dentro de su cabeza con la nitidez de un disparo, trayendo consigo una oleada de recuerdos que había creído cerrados. Leo, el amigo incómodo, el eslabón de la cadena que se negaban a mirar.

—¿Qué? —susurró al fin—. ¿Cómo que muerto? ¿Un accidente?— No lo sé. La policía todavía está allí. Pero hay algo más.Luna se detuvo, como si estuviera a punto de vomitar la verdad.

—Sara me ha llamado. Dice que tu nombre… y el mío… estaban en las notas que llevaba. En su libreta.

Iván se levantó bruscamente. El taburete rodó hacia atrás y golpeó la pared con un sonido sordo. Un escalofrío helado le subió por la espalda. Líneas de código se deslizaban sin sentido en la pantalla. Esto no era un accidente. Esto era un mensaje. Una advertencia.

—Eso no tiene lógica. ¿Qué demonios hacía Leo escribiendo sobre nosotros? ¿Se había vuelto paranoico otra vez?Luna respiró hondo, un sonido áspero.—Sara dice que estaba investigando de nuevo el viejo caso de las Claras.Iván sintió cómo el estómago se le encogía. Las Claras. Las dos niñas desaparecidas hace años. Aquel misterio que les había destrozado la vida. Siempre pensó que eso había terminado.

—¿Investigando qué? —espetó, la voz ronca—. ¡Ese caso estaba cerrado!—Parece que él no lo creía. Y que en esa libreta había conexiones explícitas con Lara.El nombre de Lara bastó para helarle la sangre por completo. Lara. La joven que había desaparecido hacía algunos años en Ribadeo, el suceso que les había obligado a regresar a Galicia por segunda vez. Aquel eslabón que habían intentado olvidar con todas sus fuerzas. Las dos tragedias conectadas.No, no, no. Aquella historia no se había cerrado nunca, solo la habían empujado a una esquina oscura de la memoria colectiva. Habían intentado enterrarla, dejarla en la costa norte junto a sus recuerdos, pero ahora el pasado estaba llamando desde la distancia, insistente como la marea.Iván cerró los ojos, sintiendo un nudo de tensión en la mandíbula. Había huido de todo esto, y ahora le había encontrado en la Costa del Sol.

—Prepara lo que necesites —dijo al fin, con la voz baja, contenida, cada palabra una orden firme—. Nos vamos al norte. Vamos a buscar esa libreta.Luna no contestó. Al otro lado de la línea, solo se oía el mar, un rumor constante que parecía acompañarla incluso desde Málaga, un eco de las olas de la ría.Iván pulsó el botón de apagado de los monitores. La pantalla se volvió negra, reflejando su propio rostro lívido. Metió el portátil en la mochila y se quedó quieto unos segundos frente a la ventana.En el cristal empañado dibujó con el dedo un círculo doble, la forma de un símbolo que había visto demasiadas veces en sus pesadillas. Un mapa, una advertencia, una firma.

Marusía.
Es la llamada que cruza distancias, el rumor del pasado que encuentra la frecuencia exacta para volver a sonar.

6. Uxía Ares— La melodía

Ribadeo. Lunes, 13 de marzo, 10:42 h.

El reloj del pasillo marcaba las horas con un sonido hueco, demasiado fuerte para una casa donde casi nadie hablaba. Uxía Ares, la única superviviente de la última gran búsqueda en la comarca, estaba sentada frente a la ventana, los pies descalzos sobre el suelo frío, los ojos fijos en el jardín empapado por la lluvia. En las ramas desnudas del limonero, un pájaro temblaba sin atreverse a volar.

No recordaba haber dormido. Tal vez sí, a ratos, por agotamiento. Pero cada vez que cerraba los ojos regresaba la misma imagen, la escena que la había convertido en un espectro: el bosque espeso, el barro helado en los pies, y la sombra que respiraba sin moverse mientras el pequeño Mateo —su primo, con el que había desaparecido, y que no tuvo su misma suerte— se desvanecía. Uxía había regresado, pero gran parte de ella se había quedado allí, perdida en el recuerdo del cautiverio. Su vida era ahora una secuencia de flashes silenciosos.

—Uxía —susurró la mujer que la cuidaba, la psicóloga asignada que hacía las veces de guardiana, asomándose desde la puerta—, ¿quieres desayunar algo? Te he preparado fruta fresca.

La niña no respondió. Tenía la cabeza ladeada, escuchando algo que solo ella parecía oír. Una melodía suave, casi infantil, como un tarareo sin letra que se escapaba de su garganta de manera automática. Una nana macabra.

Era la misma melodía que había cantado Mateo poco antes de que la encontraran, el sonido que la había acompañado durante su tiempo desaparecida. Los médicos decían que era un tic nervioso, una ecolalia tardía, una reacción al trauma, pero la mujer que la cuidaba no estaba tan segura. A ella le parecía menos un síntoma y más un código, una llamada.

El sonido era dulce y aterrador al mismo tiempo, repetitivo, hipnótico. La mujer retrocedió un paso, nerviosa, con un escalofrío en la nuca.

—Uxía… ¿qué tarareas? —preguntó, intentando sonreír con tranquilidad.

La niña giró despacio el rostro. Sus ojos, grandes y oscuros por el insomnio, estaban abiertos de par en par, pero no miraban nada en

la habitación, sino algo mucho más lejano.

—No es mía —dijo apenas, con voz ronca, la voz de alguien que no ha usado las cuerdas vocales en días—. Es la de la ría. La canta él.

—¿Quién? —balbuceó la mujer, sintiendo que el aire se volvía denso—. ¿El que te cuidaba?

Uxía volvió la vista hacia el cristal. Al otro lado, la lluvia se deslizaba en líneas torcidas. Sonrió con una calma inquietante y siguió tarareando. La melodía subía y bajaba como el oleaje, y durante un instante pareció que el agua del cristal vibraba con el mismo ritmo, como si estuviera siendo llamada desde el exterior.

Desde la habitación contigua, una vecina anciana —una de esas que aún hablaban de la Santa Compaña y de los mitos que se tejían con la bruma marina—, había escuchado el tarareo a través del delgado tabique. Se santiguó en voz baja.

—É a mesma canción —murmuró al oírla—. A que nunca deixou de soar. A que cantaban na outra aldea cando desapareceu a rapaza. (1)

En el exterior, la ría seguía cubierta de niebla. Una niebla espesa, casi tangible, que se sentía menos como un fenómeno meteorológico y más como una presencia viva que envolvía la costa. Y la melodía, apenas un hilo de sonido, era lo único que parecía atravesar esa neblina, atrayendo y advirtiendo a la vez.

Marusía.

Es la voz que sobrevive al silencio, la melodía que nadie enseña y que, sin embargo, todos recuerdan cuando la escuchan por primera vez, el eco de lo que la tierra y el mar guardan.

(1) —Es la misma canción —murmuró al oírla—, la que no paraba de sonar. La que cantaban en el otro pueblo cuando la niña desapareció.

7. Sara Aguilar — La libreta

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Lunes, 13 de marzo, 12:05 h.

El olor a café rancio, a desinfectante y a papel húmedo impregnaba el despacho de Sara Aguilar que tenía los codos apoyados en la mesa y los guantes de látex manchados de salitre. Frente a ella, sobre una bolsa de pruebas abierta y bajo una lámpara de luz fría, descansaba el bloc de notas que habían encontrado junto al cuerpo de Leo Olmo.

Las páginas estaban hinchadas y amarillentas por el agua del mar, algunas tan pegadas entre sí que parecían una sola. Sara trabajaba con paciencia de cirujana, separando las hojas una a una. Las letras, en su mayoría, se habían borrado o deformado, convirtiendo el periodismo de Leo en un jeroglífico desesperado, pero a veces, entre los surcos de tinta corrida, emergían palabras como susurros congelados, confirmando sus peores temores:

Lara. Claras. Eo (por la ría).

Sara pasó las hojas con cuidado, deteniéndose en un dibujo a lápiz: una espiral doble, casi un símbolo, repetido varias veces en la parte inferior de una página casi en blanco. No era un garabato casual; parecía intencionado, una marca, una firma. Lo reconoció. Era el mismo que Helena había descrito meses atrás, el que habían asociado con el final de la investigación que casi les cuesta la carrera.

Apartó un mechón de pelo de su rostro, dejando una leve mancha oscura en la frente. Se recostó en la silla, tomó una respiración profunda y apuntó la referencia del dibujo en un post-it. Al fondo del cuartel, la impresora parpadeaba sin que nadie la atendiera. Todo lo demás estaba en un silencio cargado de presagio.

En una de las últimas páginas, milagrosamente menos dañada, Leo había escrito una sola palabra con trazo firme, diferente al resto, como si hubiera querido que destacara por encima del caos:

Sara se quedó mirándola durante un largo rato. Algo en esa palabra la incomodó, como si la mirada se le resbalara sobre las letras. Había en ella un ritmo, una cadencia que le resultaba

extrañamente conocida, una musicalidad que la conectaba de forma invisible con el tarareo de Uxía.

Repitió el nombre en voz baja:

—Marusía…

El sonido se mezcló con el zumbido de las luces fluorescentes y con el murmullo distante de la lluvia contra las ventanas.

Helena apareció en la puerta, aún con la chaqueta algo empapada y una taza de café humeante en la mano.

—¿Alguna sorpresa? ¿Tenemos identificación o la grabadora ha soltado algo más?

Sara negó con la cabeza y le mostró la página abierta de la libreta.

—La grabadora está muerta. Y la identificación del cuerpo es Leo Olmo, confirmada por las huellas dactilares que tenemos archivadas del primer caso. Pero mira esto.

Helena se acercó y al ver la palabra frunció el ceño. Repitió la palabra, probándola en la boca como algo agrio.

—Marusía. Mi abuela decía que "marusía" era el nombre que daban al mar cuando se enfadaba. Al oleaje pesado que revuelve las profundidades. Cuando arrastraba cosas que no debía, cosas muertas.

Sara cerró la libreta con un leve golpe seco, sellando la conexión. Sus ojos se encontraron con los de Helena. En esa mirada mutua, entendieron que el caso no había terminado con la incertidumbre de Lara, la joven cuyo destino final nunca pudieron confirmar, ni con la muerte de Mateo. La sombra de ese fracaso, la falta de una respuesta definitiva, era lo que las había anclado al Norte, incapaces de cerrar el caso o de marcharse. El pasado solo había estado dormido, esperando la señal.

Fuera, un trueno retumbó sobre la ría, un sonido profundo que parecía dar la razón a la sargento. La Marusía acababa de empezar.

Marusía.

Es el nombre que recibe el mar cuando devuelve lo que la tierra quiso olvidar, y la palabra que ahora se convierte en la advertencia de que el pasado siempre navega de regreso.

8. Helena Barreiro — La reunión

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Martes, 14 de marzo, 09:05 h.

El cielo seguía gris, pero la lluvia había dado tregua. En la explanada del cuartel, los charcos reflejaban un amanecer pálido, casi metálico. Helena Barreiro observó por la ventana cómo un coche oscuro se detenía junto a la entrada. El motor se apagó y un silencio incómodo cayó sobre el puerto.

De él bajaron Iván y Luna Lázaro. El primero, el informático brillante que había buscado respuestas donde la policía se había rendido, con su mochila colgada al hombro, los ojos hundidos tras una noche de carretera. La segunda, Luna, su hermana, envuelta en una chaqueta de lana, con ese aire de desamparo elegante que la acompañaba incluso cuando intentaba fingir fortaleza. Eran los dos supervivientes, los que habían intentado escapar de la Marusía dos veces y habían fracasado.

Helena descendió las escaleras con paso firme, sintiendo el peso de la historia compartida. Sara ya los esperaba en la sala de reuniones, con el bloc de Leo abierto sobre la mesa. No hubo abrazos. No después de todo lo vivido, después de las pérdidas y las mentiras que se habían dicho. Solo un silencio denso, de esos que pesan más que cualquier saludo, un reconocimiento mutuo del dolor.

—Gracias por venir —rompió Sara, clavando la mirada en ellos con profesionalidad forzada—. Sé que no ha sido fácil dejar Málaga y conducir hasta aquí.

Iván se dejó caer en la silla más cercana. Su voz, áspera por el cansancio y el resentimiento, se escuchó con claridad.

—No nos dejaste muchas opciones. Dijiste que nuestro nombre estaba en la libreta de un muerto. Eso suele ser motivo suficiente para dos personas que han intentado olvidar el norte.

Sara asintió, sin molestarse por el tono. Sabía que la confianza entre ellos era un lujo que ya no existía.

—Leo Olmo estaba siguiendo una pista. En sus notas, hay referencias directas a vosotros dos, a la verdad del caso de las Claras, y a Lara.

El nombre de Lara flotó en la habitación como una corriente fría. Luna, siempre más vulnerable a la mención de la tragedia cuyo final abierto los había marcado a todos, apartó la vista, conteniendo algo entre los labios. Helena lo percibió, esa microexpresión de conocimiento no compartido.

—¿Sabéis algo que no hayamos leído aún? —preguntó Helena con voz suave, adoptando el papel de pacificadora.

Iván dudó. Luego se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa. La verdad, aunque incompleta, era mejor que el silencio.

—Leo nos escribió hace un par de semanas. Por correo electrónico. Me dijo que había encontrado un vínculo nuevo entre el viejo caso de las Claras y la desaparición de Lara. Que no podía contarlo por teléfono, que era demasiado grande y peligroso. Iba a enviarnos algo, algún tipo de prueba.

Sara se tensó, golpeando levemente la mesa con la mano.

—¿Y no se lo dijiste a nadie, Iván? ¿Ni a nosotros, después de lo de Lara?

—Pensé que era otra de sus teorías de la conspiración —contestó Iván, defendiéndose—. Leo veía patrones donde los demás veíamos ruido. Tenía esa obsesión por cerrar el círculo que nadie más quería cerrar.

Luna, que había permanecido quieta, finalmente habló, sus ojos rojos por la falta de sueño.

—Hasta que el ruido lo ahogó. Y ese círculo se cerró con su nombre.

Helena se puso de pie y colocó sobre la mesa la página de la libreta donde aparecía la única palabra legible, la firma final.

—"Marusía". ¿Os dice algo a vosotros?

Luna se quedó inmóvil. La palabra pareció atravesarla, volviendo a evocar recuerdos que creía haber enterrado.

—La escuché de niña —susurró—. Mi abuela la decía cuando el mar se volvía negro, cuando estaba revuelto y la niebla lo cubría todo. Decía que la marusía era la marea que se lleva y devuelve las almas. Se lleva lo que no perdona.

Durante unos segundos, nadie habló. Solo el sonido lejano del puerto, el silbido del viento colándose por las rendijas, y el clic del bolígrafo de Sara que se preparaba para tomar nota.

Sara rompió el silencio con determinación.

—Entonces habrá que descubrir qué no ha perdonado esta vez. Y por qué ha puesto vuestros nombres en su testamento.

Marusía.

Es el momento en que los caminos que se separaron vuelven a cruzarse, no por voluntad, sino porque algo debajo de la marea, algo antiguo y oscuro, los reclama de nuevo.

9. Sara Aguilar — El ciclo

Ribadeo. Martes, 14 de marzo, 19:20 h.

El sol se había escondido tras un cielo de plomo cuando sonó el aviso por la radio. Sara conducía con la cabeza cargada con las palabras de Iván y la premonición que la palabra marusía le había dejado. La mirada fija en el horizonte oscuro, tratando de ordenar las piezas del puzzle de Leo Olmo, cuando la voz entrecortada del operador de radio llenó el coche. Era el tono de alarma urgente, el que nunca querían escuchar.

—Atención, Sara. Desaparición confirmada. Menor de catorce años. Última vez visto en las inmediaciones del instituto.

El aire dentro del vehículo se volvió denso, como si la temperatura hubiera caído de golpe. Sara apretó el volante hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

—Repite la ubicación y el nombre —ordenó, la voz firme a pesar de la punzada en el estómago.

—Barrio de A Devesa. Se llama Daniel Freire. Su madre acaba de llegar al cuartel. Dice que no volvió del entrenamiento de remo. Dejó la mochila en el gimnasio y se fue solo.

Sara giró el coche sin pensarlo, el corazón latiendole contra las costillas. La lluvia había vuelto a caer con violencia, arrastrando hojas, barro y el penetrante olor a marea que se colaba por las rendijas del vehículo.

Otra vez no, pensó. No otra vez. El modus operandi, la edad, la cercanía a la ría. Era un calco de los inicios de los casos anteriores, un patrón que se repetía con precisión macabra. El círculo, tal y como Leo lo había escrito en su libreta, estaba cerrándose de nuevo.

Cuando llegó al instituto, las farolas parpadeaban con luz enfermiza. Un grupo de adolescentes mojados y asustados se agolpaba bajo el soportal, hablando todos a la vez en un coro histérico. Entre ellos, una chica temblaba con la mirada perdida, envuelta en una manta térmica.

—Se fue por el sendero de la ría —decía entre sollozos a un agente—. Dijo que conocía un atajo para ir a casa, por la orilla.

Helena llegó pocos minutos después, sus ojos oscuros reflejando la misma desesperación y rabia contenida. Se miraron sin hablar. No hacía falta. El mismo pensamiento cruzaba las dos cabezas: el ciclo ha vuelto, y esta vez, ellas eran las únicas que lo habían visto venir.

Mientras los primeros agentes peinaban la zona con linternas, buscando alguna huella en el sendero, el murmullo del miedo se extendía por las calles de Ribadeo. Las ventanas se cerraban como ojos que no querían ver, los vecinos cuchicheaban desde los portales. La gente de la costa tenía memoria larga y un miedo atávico a lo que el mar escondía.

—Dinnos que pasa o mesmo —murmuró una mujer mayor, agarrando un rosario, el rostro arrugado por la angustia—. Que volveu o mal do norte. Que a néboa xa levou outro.(1)

El eco de la tragedia anunciada llegó al puerto, a los bares, a los pasillos del cuartel. La gente volvió a pronunciar esa palabra prohibida, la que no mencionaban desde la última desaparición: marusía. El nombre del mar agitado que se llevaba a los niños.

Sara observó la ría desde el muelle, el lugar donde habían encontrado el cuerpo del periodista. El agua reflejaba luces torcidas y la lluvia fina, el orballo caía sobre su rostro, confundida con el

sudor frío. En su bolsillo, el móvil vibró: un mensaje de Iván, que ya había recibido la noticia por otros medios.

"Dime que no es lo que pienso. Dime que no ha vuelto a pasar."

Sara no contestó. Sabía que su silencio era la única respuesta posible. El miedo, palpable y helado, ya tenía un nombre: Daniel Freire.

Marusía.
Es el rumor que despierta cuando el miedo aún no tiene cuerpo, pero ya se reconoce en los ojos del pueblo, la certeza de que el silencio solo fue una pausa.

(1) "Nos dicen que pasa lo mismo", murmuró una mujer mayor, aferrada a un rosario, con el rostro arrugado por la angustia. Que el mal del norte ha regresado. Que la niebla ya se ha llevado a otro.

10. Pueblo — El ciclo ha vuelto

Ribadeo. Martes, 14 de marzo, 20:05 h.

Las persianas bajaban en el barrio de A Devesa y en el centro del pueblo, como párpados cansados que querían dejar de mirar la ría. Las calles, todavía húmedas por la lluvia, olían a salitre y a pan viejo; en los portales, las conversaciones se acortaban al llegar los desconocidos, como si alguien hubiera puesto oído a cada grupo para medir lo que podían decir. Era el tiempo del repaso, de la retrospectiva obligada. Los vecinos se miraban y, sin pronunciar más que lo imprescindible, confirmaban la misma sospecha trazada en sus rostros.

En la plaza, el bar de siempre hervía a media voz. La televisión colgada en la pared repetía una noticia en bucle y, al fondo, un rótulo anunciaba, casi gritando: "DESAPARICIÓN DE MENOR — RIBADEO". Nadie necesitaba las imágenes para completar el cuadro

de la angustia: los perros del barrio ladraban con una distancia nueva, los ojos de los niños se hacían más atentos, los que recordaban el caso de las Claras y la desaparición de Lara apretaban el pan contra el pecho y miraban al reloj como quien espera una mala respuesta.

—Xa volveu —murmuró la mujer de la pescadería, con la bolsa del pan agarrada como si fuera lo único que pudiera sostener—. Xa volvemos a ter medo.(1)

—Pois a ver que facemos agora —respondió otro, más joven, con una cuchara girando en la taza—. Os nenos non poden andar pola ría sós. Isto pasa cando te esqueces de mirar o que hai debaixo da néboa.

En los grupos de mensajería, audios y fotos circulaban con la rapidez dañina de la histeria: una linterna, un sendero embarrado, un trozo de ropa. Lo real y lo inventado se mezclaban sin corte alguno; la prueba era lo de menos si el rumor ya había encontrado hueco para crecer. La gente buscaba desesperadamente una explicación lógica, pero el pánico solo les devolvía la vieja mitología.

Antón "o Vello" se sentó en su banco de siempre, pegado al puerto, la gorra hundida hasta las cejas. Los que pasaban le lanzaban la misma mirada: un pedido de certeza que él, con las manos curtidas por el mar, solo devolvía con un gesto grave. Había vivido mareas peores y noches más negras; sin embargo, cuando le mencionaron la palabra en voz baja, su voz, acostumbrada a no alterar la calma, se quebró.

—Non é só que volva algo —dijo, mirando al horizonte cubierto de niebla—. É que volve co mesmo ruído. Coa música. Aquela tonada que xa escoitamos. Coas voces. (3)

En la escuela, un grupo de padres se reunió en el patio, sin decidir nada, con la impotencia en los bolsillos. Una madre retiró la mano de la de su hijo y lo abrazó con más fuerza que de costumbre; otra llamó a su hermana para pedir que viniera a pasar la noche, por si acaso. El miedo se transmitía por contacto. El barbero del barrio barría en silencio y, de vez en cuando, se asomaba a la calle para mirar si aparecía alguien que no debía, algún forastero que viniera a preguntar por los viejos casos.

Los jóvenes, por su parte, reaccionaron con una mezcla de desdén y vértigo: para ellos, Clara y Lara eran un peligro narrado por los mayores, una leyenda local, pero la curiosidad latía en las pantallas de sus móviles. Videoclips borrosos del sendero, audios de una melodía tarareada en la noche y la foto de una linterna encendida se reproducían y se compartían. Había quien bromeaba para no temer, y quien reía con la boca seca.

Una anciana encendió una vela en la iglesia y murmuró algo que olía a rezos antiguos, pidiendo protección a la Santa Compaña. Cuando salió, se cruzó con una niña que escondía un papel en la palma de la mano; alguien la vio, pero no hizo nada. La niña guardó el papel con el símbolo dibujado: un círculo doble trazado con nervio, idéntico al que aparecía en los viejos recortes de prensa de las Claras y en las libretas que habían recopilado los investigadores. La firma de la amenaza estaba ya en las manos de los niños.

La radio municipal, en pausa entre programas, dejó escapar una voz temblorosa:

—Din que o ciclo volveu.(4)

La frase, pronunciada por un locutor que intentaba sonar tranquilo, cayó en los oídos del pueblo como una campana oxidada. En la plaza, en los bancos, en los porches, el murmullo se repitió con pequeñas variantes: O ciclo volveu, O ciclo está aquí de novo, Xa non é só medo, é memoria.(5)

Y así, mientras la tarde se hacía noche y la ría tragaba la última luz del día, Ribadeo cerró las ventanas y habló en susurros. No era tanto la confirmación de un hecho tangible como el reconocimiento colectivo de una sombra común: aquello que, durante generaciones, se había llamado de muchas maneras y que ahora todos llamaban con la misma palabra que regresaba desde el mar.

—O ciclo volveu. É a marusía.(6)

Marusía.

Es el rumor que el pueblo reconoce en su propia voz: no una noticia, sino la respiración colectiva del miedo que vuelve a casa, trayendo de vuelta las historias que se intentaron silenciar.(1) Ha vuelto, Tenemos miedo otra vez.

(1) "Ha vuelto", murmuró la mujer de la pescadería, agarrando la bolsa de pan como si fuera lo único que pudiera sostener. Tenemos miedo otra vez.
(2) Bueno veamos qué hacemos ahora. Los niños no pueden caminar solos por la ría. Esto es lo que pasa cuando se olvida mirar lo que hay bajo la niebla.
(3) No es solo que algo vuelva. Es solo que vuelve con el mismo ruido. Con la música. Esa melodía que ya hemos escuchado. Con las voces.
(4) Dicen que el ciclo ha vuelto.
(5) El ciclo ha vuelto, el ciclo ha vuelto, ya no es sólo miedo, es memoria.
(6) El ciclo ha vuelto. Es la marusía.

11. Iván Lázaro — Los foros

Casa cuartel de Ribadeo. Martes, 14 de marzo, 23:47 h.

El reloj del pasillo marcaba casi la medianoche, y su tic-tac sonaba como un martillo. En la pequeña oficina prestada del cuartel, solo la luz azul fría del monitor de un portátil de alto rendimiento rompía la oscuridad. Iván tenía los ojos rojos, las manos manchadas de café seco y la mente atrapada en una espiral de código, enlaces y nombres que volvían una y otra vez. Era su zona de confort, el caos digital que solo él podía ordenar.

El portátil de Leo estaba sobre la mesa, recién clonado por el equipo de delitos telemáticos. Sara le había dado permiso para revisarlo "con cuidado" y un gesto que quería decir: hazlo rápido, pero no me digas cómo. Él lo agradeció. Necesitaba algo que hacer, algo que no fuera pensar en Luna o en la desaparición del chico.

Abrió una carpeta sin nombre, protegida con una contraseña basada en una fecha de hacía quince años. Dentro, encontró

decenas de archivos de texto, grabaciones y capturas de pantalla de foros antiguos. Los nombres le helaron la sangre: Foro Eo, Las Claras y el mar, Vigilantes del ciclo, Proyecto sombra. El lenguaje de las publicaciones le resultó familiar: usuarios anónimos que hablaban de "la corriente", "la llamada", "las ofrendas". Eran mitos digitales, leyendas tejidas con la verdad y la paranoia. Algunos hilos databan de hace quince años.

Uno en particular llamó su atención, anclado en la parte superior del foro. El título:

"Marusía. El mar que recuerda."

Entró. Las publicaciones eran fragmentarias, a veces en gallego, otras en castellano, algunas con símbolos en lugar de palabras. Uno de los usuarios —firmaba como Leo_O— había dejado varios mensajes con enlaces a grabaciones y teorías. No había duda. Era él. Leo Olmo había estado compartiendo su obsesión con una comunidad online que creía en la existencia del ciclo.

Iván reprodujo una de las notas de audio. El sonido era sucio, lleno de interferencias, el ruido de un muelle. Una voz reconocible —la de Leo— hablaba entrecortada, con la respiración tensa:

"...no es casual... los nombres se repiten... Mateo, Lara... son el mismo patrón... las fechas también... cada quince años... marusía no es el mar, es lo que usa el mar para... para..."

El archivo se cortó con un crujido metálico, el mismo que Iván había escuchado al final de su llamada con Luna.

Iván retrocedió unos segundos y lo escuchó otra vez, hasta memorizar el temblor en la voz. Luego comparó las fechas del audio con las de los mensajes del foro: coincidían. Leo había estado publicando desde distintos lugares del norte las semanas previas a su muerte.

Abrió otra carpeta: /audios_recuperados/. Las grabaciones eran similares, pero una de ellas llevaba por nombre "claras_3final.wav".

Al examinar el espectrograma del archivo, Iván sintió que todo el aire se le escapaba de los pulmones. No era ruido aleatorio. Vio algo que no podía ser casual: la melodía. La misma que Uxía tarareaba, la misma que se había filtrado en los mensajes de audio del pueblo.

Era una secuencia binaria camuflada en los tonos, una cadencia de ceros y unos disfrazada de nana infantil.

—Joder, Leo… —murmuró, incrédulo ante la sofisticación de la prueba—. Lo has cifrado.

Abrió una ventana de análisis y empezó a transcribir los valores. Ceros y unos formaban patrones que el programa tradujo a pequeñas palabras en ASCII: "vuelve", "ella", "marusía", y luego una secuencia de números que parecían coordenadas.

El aire se volvió más denso en la habitación. Afuera, la ría estaba en silencio. Iván sintió, por primera vez desde su llegada, que alguien más respiraba en el mismo cuarto, una presencia fría que le erizó la piel de la nuca. Giró lentamente, pero no había nadie. Solo el reflejo de la pantalla en el cristal.

Y, en ese reflejo, por un instante fugaz, juraría haber visto una figura detrás de él. El monitor parpadeó.

Uno de los hilos del foro se reactivó solo. En tiempo real.

Un nuevo mensaje, aparecido mientras Iván miraba la pantalla:

Usuario: Anónimo_15 "No sigas buscando. El ciclo ya te ha elegido."

Marusía.

Es la corriente que atraviesa los cables y los cuerpos; el eco del pasado que aprende a hablar en el lenguaje binario del presente para advertir a quien se atreva a descifrar sus secretos.

12. Luna Lázaro — El silencio

Casa de acogida de Ribadeo. Miércoles, 15 de marzo, 10:15 h.

La casa olía a manzanilla y desinfectante, una mezcla que pretendía tranquilizar, pero solo lograba recordar hospitales y las instituciones frías de su pasado. Las paredes, pintadas de un amarillo pálido, reflejaban la luz del mediodía con una tibieza falsa. Luna Lázaro

cruzó el pasillo en silencio. A cada paso, el suelo de madera crujía como si protestara. Llevaba un par de días sin dormir bien; los sueños rotos de la carretera se mezclaban con el miedo latente. Desde que habían llegado al norte, todo parecía suspendido en un tiempo distinto, más lento, más espeso.

Abrió la puerta del cuarto de Uxía. La niña, la única que había regresado del último ciclo de desapariciones, estaba sentada en la cama, las piernas cruzadas en una pose rígida, mirando por la ventana. Llevaba la misma sudadera desde hacía dos días, el cabello recogido en un moño torpe y la mirada fija en algo que solo ella podía ver en el jardín. No se movía, no hablaba. Solo tarareaba.

Luna se acercó despacio. Como la única persona de su familia que no se había encerrado en la lógica o la rabia, Luna a menudo se veía forzada al rol de la empatía.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó con voz suave, la de alguien acostumbrada a lidiar con el dolor ajeno.

La niña no respondió, pero deslizó las piernas y dejó un pequeño espacio en el borde del colchón. Luna se sentó, imitando su postura, y esperó. Sabía que la paciencia era la única moneda de cambio con el trauma.

Durante unos segundos, solo se oyó el sonido de la lluvia golpeando el cristal. Luego, el tarareo.

Era esa melodía. La misma que Leo había grabado. La misma que se filtraba en los audios del pueblo. La que Iván había descubierto cifrada en la secuencia binaria. Un sonido dulce y siniestro a la vez.

—Es bonita —dijo Luna, casi un suspiro, sintiendo cómo le erizaba la piel—. ¿Dónde la aprendiste?

Uxía ladeó la cabeza, sin dejar de tararear. Luego, muy despacio, pronunció por primera vez en días, con una voz delgada como el papel:

—No me acuerdo.

Luna sonrió con una ternura sincera, pero sintió un nudo amargo en la garganta.

—A veces las canciones no se aprenden, se recuerdan —susurró, pensando en los miedos atávicos de su abuela—. Como si ya

estuvieran aquí dentro, esperando el momento de salir. Como los ecos de las historias viejas.

La niña la miró por fin. Sus ojos eran grises, vacíos y enormes, ojos que habían visto más de lo que la luz debería haberles permitido.

—Él la canta cuando tengo miedo —dijo.

—¿Él? ¿Quién es él, Uxía? ¿El que te llevó?

Uxía no respondió. Solo volvió al tarareo, cada vez más bajo, hasta que el sonido se confundió con el de la lluvia. Estaba protegida por el mutismo, o por el miedo a nombrarlo.

Luna se levantó para cubrirla con una manta, sintiendo que había arañado apenas la superficie del pánico de la niña. Antes de salir, se giró hacia la ventana: en el cristal, el vaho formaba una figura difusa. Dos círculos unidos por una línea. El símbolo que habían visto en el cuaderno de Leo y que Helena recordaba de los viejos casos.

Alguien —o algo— los había dibujado desde dentro. Y esa era la prueba más aterradora de todas.

Marusía.
Es la canción que se tararea cuando las palabras ya no bastan; la voz que sobrevive en la memoria de quienes aún no entienden lo que recuerdan, y el símbolo que se manifiesta desde el corazón del miedo.

13. Sara Aguilar — El hallazgo

Bosque de la ría, Ribadeo. Miércoles, 15 de marzo, 16:40 h.

El aire olía a barro, a humedad profunda y a eucalipto. Sara apartó las ramas con la linterna, aunque la tenue luz de la tarde aún se filtraba entre los árboles, creando un claroscuro espectral. El sonido de las sirenas de la policía y las emergencias se apagaba a lo lejos. El silencio que regresó pesaba como una advertencia.

Un agente, joven y visiblemente nervioso, la guió hasta el claro.

—Lo encontraron los chavales del club de remo —dijo en voz baja, con respeto—. Venían siguiendo el sendero de la orilla, buscando alguna pista, y se toparon con él aquí.

El terreno estaba húmedo, encharcado en partes. En el centro del claro, el cuerpo del muchacho, Daniel Freire, yacía boca arriba, perfectamente colocado. No había señales de lucha evidentes, ni rastros de forcejeo, ni huellas visibles alrededor. Solo una disposición antinatural, que parecía obedecer a un propósito, como si hubiera sido dejado con cuidado en un lugar ceremonial.

El forense ya estaba arrodillado junto al cadáver, con la mascarilla bajada y el rostro pálido.

—Varón, catorce años. Coincide con la descripción de Daniel —confirmó, su voz apenas un murmullo profesional—. La causa de muerte inicial... no es evidente. No hay sangre visible. Ni cortes. Pero mire esto.

Sara se inclinó. En el pecho del chico, la camiseta había sido rasgada con una precisión que no parecía casual. La piel que quedaba expuesta mostraba una marca circular, no una herida que sangrase, sino un dibujo quemado o cicatrizado: dos círculos.

El mismo símbolo que había visto repetido en las notas obsesivas de Leo Olmo.

Helena llegó en ese momento, sorteando los charcos, respirando agitada por la prisa. Su mirada se encontró con la de Sara, y luego se posó sobre el cuerpo.

—¿Otra vez el mismo patrón, Sara? —preguntó Helena, la voz tensa.

Sara asintió.

—Exactamente igual. Esto va más allá de un imitador o un psicópata local. Es el mismo lenguaje. La misma firma. Es el cierre de un círculo, Helena.

El forense guardó silencio unos segundos antes de añadir, devolviendo la atención a la evidencia física:

—Hay algo más. En la palma de la mano derecha encontramos sal seca. Y restos de algas marinas, muy pequeñas. No debería haber restos marinos tan adentro del bosque, a esta distancia de la pleamar. Alguien lo trajo aquí del agua.

Sara levantó la vista. A unos metros, el terreno descendía suavemente hacia la ría, apenas visible entre la niebla. Un rumor de agua se filtraba entre los troncos, rítmico, casi respirante. Era el sonido de la marea, la marusía llamando.

Uno de los agentes que custodiaba la escena, visiblemente afectado por el terror que se respiraba, murmuró al cruzar la cinta:

—O ciclo volveu. E non vai parar ata que se farten.

Sara cerró los ojos un instante, sintiendo el peso de la responsabilidad, conteniendo la respuesta profesional.

Cuando los abrió, vio a Helena tocar su cuarzo blanco, como siempre hacía cuando la realidad la sobrepasaba, buscando la lógica. El cuarzo brilló un instante bajo la luz gris mortecina.

Sara miró al muchacho y pensó en Leo, en Lara, en las Claras. El forense se equivocaba al llamarlo "cadáver".

—No es un crimen. —murmuró Sara, mirando el símbolo del pecho—. Es un mensaje. Y lo ha dejado para que lo entendamos.

Marusía.
Es el cuerpo que el mar devuelve aunque nunca se lo haya llevado; la forma que adopta el miedo cuando decide dejarse ver, sellando la advertencia con una marca que nadie puede ignorar.

(1) El ciclo ha vuelto. Y no se detendrá hasta que se harten.

14. Helena Barreiro — La prensa

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Jueves, 16 de marzo, 09:10 h.

El teléfono no dejaba de sonar. El viejo conmutador del cuartel emitía un zumbido constante y desesperante, como un enjambre de avispas atrapadas en el cableado. Cada vez que Helena colgaba una

llamada de una agencia de noticias de Madrid o Barcelona, sonaban dos más.

El caso de Daniel Freire había estallado en los medios como una tormenta de verano, rápida y violenta. Los titulares se repetían en bucle por toda la prensa nacional, usando la alarma como moneda de cambio: "Nuevo crimen ritual en Ribadeo", "El ciclo vuelve a Galicia", "Ecos del caso de Málaga y de la locura de Morriña años después".

En la entrada del cuartel, un grupo de cámaras y reporteros se agolpaba tras la cinta de seguridad, con micrófonos en alto, esperando una declaración. Los flashes parpadeaban a través de las ventanas, como relámpagos artificiales que convertían el interior en un escenario.

Sara atravesó el pasillo con un gesto de cansancio que iba más allá del físico. Llevaba dos días sin ver una cama, alimentándose de café rancio y la adrenalina del pánico.

—Ya han empezado con las comparaciones de siempre —dijo, tirando un periódico sobre la mesa con un golpe seco. En portada, la foto oscura y brumosa de la ría. Abajo, una frase en letras rojas y grandes: "La maldición del norte regresa".

Helena frunció el ceño. Cogió el diario y sintió repulsión por el papel poroso.

—¿Maldición? Qué fácil es escribir cuando no tienes que mirar a la familia a los ojos —replicó, la voz cargada de agotamiento—. O a un chico de catorce años con ese símbolo grabado en el pecho.

—Y cómo les gusta la palabra "ritual" —añadió Sara, con amargura—. Ni una prueba forense que lo confirme, y ya están vendiendo la misma historia apocalíptica de siempre. El miedo vende más que la verdad, Helena.

Helena apartó la mirada del papel, sintiendo un escalofrío. No necesitaba leerlo todo para sentir cómo el eco del pasado se colaba de nuevo, cómo la histeria colectiva distorsionaba la investigación. En Málaga, cuando intentaban dar con Clara, había vivido algo parecido: la prensa desbordando los límites, los rumores convirtiéndose en verdad a fuerza de repetirse, arruinando pistas y testigos.

Una notificación vibró, rompiendo la concentración. Su móvil, que mantenía apagado a menos que fuera urgente, se había encendido con un mensaje. Un número totalmente anónimo.

Solo un enlace y una frase, escrita en una caligrafía digital perfecta:

"Ya lo habéis visto otra vez. Pero no sabéis escucharlo."

Helena dudó un segundo antes de abrirlo. La prudencia le gritaba que no lo hiciera, pero la curiosidad profesional la dominó. El vídeo mostraba imágenes borrosas del bosque, grabadas de noche. Entre los ruidos del viento y del agua, se distinguía un tarareo fino, constante.

Esa melodía. La nana macabra. La misma que Uxía murmuraba en sueños. El sonido que Iván había descifrado como código binario.

Sara la observó desde el otro lado del escritorio, notando la rigidez en el cuerpo de su compañera.

—¿Qué es eso?

—Una filtración —respondió Helena, sin apartar la vista del móvil —. Pero no una cualquiera. Es una burla. El asesino nos está enviando la prueba.

En el pasillo, los teléfonos seguían sonando. Los periodistas querían respuestas oficiales. Y el pueblo, una explicación que nadie estaba dispuesto a dar.

Helena cerró el móvil y lo lanzó sobre la mesa. Dijo en voz baja, casi para sí, pero Sara la escuchó perfectamente:

—Esto ya lo vivimos, Sara. En Málaga empezó así. Con titulares, ruido… El tiempo de la marusía es el tiempo de la prensa.

Sara asintió despacio, levantando el periódico que acababa de tirar.

—Y entonces también pensábamos que el ciclo ya se había cerrado. Ahora sabemos que solo estaba esperando para comenzar de nuevo.

Marusía.

Es el ruido disfrazado de verdad; la voz colectiva que confunde el miedo con noticia y el dolor con espectáculo, el caos que el asesino usa como cortina de humo.

15. Sara Aguilar — La casa do Pobo

Casa do Pobo, Ribadeo. Jueves, 16 de marzo, 17:40 h.

El coche se detuvo frente al edificio de la Casa do Pobo, una construcción sólida que se alzaba en una de las calles principales de Ribadeo. A esa hora, con la niebla descendiendo desde la ría y envolviendo las farolas en un halo amarillento, el edificio parecía más una fortaleza que un centro administrativo.

Sara miró por la ventanilla. El cristal estaba empañado, pero la fachada de piedra le devolvía una sensación de inquietante normalidad.

—Nunca pensé que el aviso nos traería precisamente aquí —dijo, con la voz tensa.

Helena, al volante, no respondió de inmediato. Mantenía las manos firmes sobre el aro de cuero, la mirada fija en la puerta principal de madera noble. Para ellas, cualquier lugar que rozara la estructura del poder local era sospechoso, pero la Casa do Pobo representaba el corazón del orden que Rivas tanto se esmeraba en proteger.

En cuanto bajaron del coche, el silencio de la calle las envolvió. No era un silencio tranquilo, sino uno que parecía estar escuchando, filtrado por el siseo de la marusía que empezaba a humedecer el asfalto.

—¿Te das cuenta? —murmuró Helena, ajustándose la linterna de mano—. Los empleados dicen que aparecieron ayer, pero nadie ha querido limpiarlo hasta que llegáramos nosotras. Tienen miedo, Sara.

Sara asintió. Empujaron la puerta principal, que no estaba cerrada. El aire del vestíbulo olía a cera de suelo, a polvo acumulado y a una humedad fría que no debería estar en un edificio en uso. En el suelo de baldosa hidráulica, las huellas de barro reseco de los peritos se mezclaban con otras más frescas, erráticas, que se internaban hacia el pasillo de los archivos.

La potente luz de la linterna recorrió las paredes de la planta baja. Y entonces lo vieron.

Palabras. Cientos de palabras escritas con pintura negra sobre el papel pintado y la piedra, algunas ilegibles por la superposición, otras repetidas una y otra vez con una furia obsesiva que hacía que la pintura chorreara como lágrimas oscuras.

Lara. Clara. Uxía. Mateo. Daniel.

Los nombres. Todas las víctimas del Ciclo que Sara guardaba en sus carpetas de casos fríos, todas unidas en el mismo mural del terror, ocupando el espacio donde deberían estar los bandos municipales. Entre ellos, el símbolo de doble círculo se repetía como una rúbrica macabra que lo conectaba todo: el pasado y el presente.

En la pared que daba al despacho de administración, el texto era más grande, más dominante, y la pintura aún relucía bajo el haz de luz, grasienta y fresca.

"MARUSÍA NON MORRE. SÓ DURME."

Sara se quedó inmóvil. El escalofrío que sintió no fue por la corriente de aire. Era el reconocimiento de una intención pura y dirigida.

—Esto es un mensaje directo, Helena. No es vandalismo. Daniel apareció muerto en el bosque hace apenas unos días y alguien ha tenido la sangre fría de venir aquí, al centro del pueblo, a escribir su nombre.

—Alguien que sabe que puede entrar y salir de aquí como un fantasma —confirmó Helena, observando los bordes húmedos de la frase—. Y ha sido hace muy poco, Sara. Justo cuando pensábamos que teníamos el control de la situación.

Sara sintió que la rabia se mezclaba con el terror. Estaban siendo burladas en el edificio más público de Ribadeo.

—¿Sabes lo que significa la frase completa?

Helena asintió despacio, repitiéndola como si fuera un conjuro que no quería pronunciar.

—"Marusía no muere. Solo duerme". Es una advertencia. El Ciclo no ha terminado con Daniel. Solo ha despertado de su letargo.

Las dos se quedaron en silencio unos segundos, escuchando los crujidos del edificio. El viento se coló por un ventanal mal cerrado y agitó unos papeles sobre un mostrador. Sara se acercó y vio una vieja biblia de la biblioteca del centro, abierta sobre una mesa. Tenía una hoja marcada con un trazo rojo bajo una única frase: "E o mar devolverá os seus mortos." (1)

Helena tocó el cuarzo blanco que llevaba colgado del cuello, un gesto que se estaba volviendo crónico. Sus ojos se veían grandes y asustados.

—¿Lo sientes, Sara? El edificio nos está hablando. No hemos venido a inspeccionar una escena del crimen... hemos entrado en el estómago del mito.

Sara la miró sin responder. Su linterna parpadeó dos veces, un fallo técnico que pareció obedecer al ritmo de la respiración de la ría. Luego, el silencio se hizo tan espeso que el latido de su propio corazón pareció resonar en las paredes pintadas de negro.

Marusía.
Marusía es el edificio que guarda los nombres de los que ya no están; el eco que no envejece porque nunca ha dejado de susurrar, esperando pacientemente a que alguien, por fin, se atreva a leer el mensaje.

(1) Y el mar devolverá a sus muertos.

16. Iván Lázaro — El archivo oculto

Casa cuartel de Ribadeo. Jueves, 16 de marzo, 22:10 h.

El reloj del ordenador marcaba la hora con insistencia, pero Iván hacía rato que había dejado de verla. Sus ojos, enrojecidos por la cafeína y la falta de sueño, estaban fijos en el flujo incesante de código.

El portátil de Leo Olmo estaba abierto sobre la mesa, las tripas digitales expuestas, conectado a un sinfín de herramientas de informática forense. La pequeña oficina apenas se iluminaba por la luz azul eléctrica de la pantalla y por el reflejo del monitor en los cristales. Afuera, la lluvia tamborileaba sobre el tejado del cuartel con una cadencia irregular, como si también buscara desesperadamente entrar.

Había pasado el día entero intentando descifrar fragmentos corruptos, audios rotos, documentos incompletos. Nada encajaba; era como si Leo hubiera intentado destruir las pruebas con un virus antes de morir. Hasta que, desafiando toda lógica de seguridad, una carpeta oculta, sin nombre ni extensión, apareció de repente en el árbol de archivos.

El sistema la había creado horas antes, automáticamente. Una puerta trasera generada por el propio malware de Leo.

Iván frunció el ceño y se inclinó sobre el teclado, sintiendo el escalofrío en la nuca.

—No jodas… —susurró, sintiendo el aliento frío.

Abrió la carpeta. Dentro había un único archivo ejecutable con el nombre marusía.exe.

Dudó unos segundos. Sabía que un archivo así en un equipo forense podría ser una trampa explosiva. Sin embargo, la curiosidad de encontrar la última voluntad de Leo lo dominó. El cursor titiló sobre el nombre. Hizo doble clic.

La pantalla se volvió negra.

Una voz metálica, apenas audible, emergió de los altavoces:

"El ciclo no termina. Solo cambia de nombre."

Iván se quedó inmóvil, el corazón latiendole contra las costillas. No era la voz de Leo. Era sintética, deshumanizada.

El audio siguió, entrecortado, como si fuera una mezcla de grabaciones de Leo y de otras voces superpuestas, como un coro de fantasmas digitales:

"Claras… Lara… Mateo… Uxía… Daniel…"

"La ría recuerda."

"Marusía despierta."

El archivo comenzó a desplegar una secuencia frenética de imágenes: recortes de prensa, fotografías aéreas, mapas del norte, superpuestos con líneas rojas que unían puntos geográficos.

Cada punto correspondía a una fecha.

Cada fecha, a una desaparición.

Iván amplió el mapa con un movimiento instintivo del ratón. Las líneas rojas formaban una figura perfectamente simétrica: un doble círculo, idéntico al símbolo del pecho del adolescente hallado en el bosque. El mapa no era un registro de crímenes; era el diagrama del Ciclo.

Dentro del círculo, en el centro exacto de la figura, una palabra parpadeaba como una coordenada:

"Casa del pueblo."

El portátil se congeló de repente. Intentó copiar los datos, pero la pantalla se llenó de texto en bucle, el lenguaje binario del malware que lo estaba bloqueando:

"El ciclo no se rompe. El ciclo elige."

Entonces, la voz volvió, pero esta vez era clara, inconfundiblemente humana. Era Leo Olmo, hablando desde la tumba, el final de su última grabación.

—Si estás viendo esto, Iván… ya estás dentro. Y ahora la marusía te ha elegido a ti.

La pantalla se apagó, dejando la habitación en penumbra.

En la oscuridad, Iván se quedó mirando su propio reflejo en el cristal. Por un instante, creyó que no estaba solo. La figura que le devolvía la mirada no era exactamente la suya. No. Estaba dentro de la suya, como una sombra superpuesta, y por un instante, Iván juró que esa figura sonreía.

Marusía.

Es el código que se escribe solo, la voz que se esconde en los archivos para seguir hablando cuando quien la grabó ya no puede hacerlo, un lenguaje de ceros y unos que ha regresado de la ría para reclamar a los que la investigan.

17. Sara Aguilar — El Eco de Málaga

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Viernes, 17 de marzo, 07:00 h.

El zumbido constante y desesperante del conmutador ya no era un sonido de fondo; era el primer síntoma de un día roto. Sara estaba en la cocina del cuartel, bebiendo café negro y amargo, intentando aplacar la tensión de la noche anterior (el MARUSÍA.EXE de Iván y el descubrimiento del símbolo). Helena estaba en su mesa, revisando el calendario: la rueda de prensa estaba fijada para media mañana.

—Esto se va a descontrolar, Sara —dijo Helena, sin levantar la vista.

—Lo sé. La prensa ya está hablando de la "coincidencia" con el sur

Sara se disponía a responder cuando el teléfono de la oficina de Helena, la línea cifrada que sólo usaban para comunicaciones interpoliciales urgentes, chilló con un tono agudo y estridente.

Helena descolgó, su expresión, ya tensa por la marusía que se cernía sobre Ribadeo, se congeló en incredulidad.

—Sí, aquí Barreiro. De acuerdo, hable claro.

Sara vio cómo el color desaparecía del rostro de su compañera. Helena pasó el lápiz que sostenía por encima de un mapa de Ribadeo, dejando una línea negra y sin rumbo. El silencio de la llamada era denso, lleno de malas noticias.

—¿Cuándo?… ¿Y el modus operandi? —Helena dejó de hablar y solo escuchó, su cuerpo inclinado sobre el auricular. Cuando colgó, miró a Sara con unos ojos que reflejaban el horror más puro.

—Era un contacto de Málaga —dijo Helena, con la voz apenas un susurro—. Sara, ¿recuerdas el caso que te persiguió, el que te trajo aquí a la ría? Clara de Málaga.

Sara asintió. La niña que había desaparecido, cuyo cuerpo nunca se encontró, dejando el caso oficialmente abierto y la herida sangrando.

—Han encontrado restos óseos en una zona rocosa de la costa de Nerja. Un lugar que solo se expone con marea baja en estas fechas

—continuó Helena, tragando saliva—. El forense confirma que son los de Clara. Pero no es solo eso.

Helena se acercó al tablón.

—El hallazgo fue en paralelo a la desaparición y ritualización de Daniel Freire aquí en Ribadeo. Ayer por la tarde. Pero lo pintoresco: el cuerpo estaba cubierto de arena y mechones de pelo con una composición química inusual, la misma que encontrasteis en la playa en el momento de la desaparición original. Y más importante: junto a los restos había una piedra lisa, grabada con el… con el símbolo del doble círculo.

Sara se sintió golpeada por la misma ola helada que había sentido en la playa andaluza. No había sido un fracaso profesional; había sido una profecía.

—No hemos conseguido nada —dijo Sara, la voz apenas un silbido —. Creímos que al desarticular la red hace unos años, la idea se apagaba. Pero solo se había escondido bajo el agua, en Málaga, esperando el momento. Y el ciclo ha vuelto a empezar.

La prensa hablaba de "ecos de Málaga". Pero ya no eran ecos. Eran la prueba de que el mal era una entidad móvil, organizada y ritual. El Ciclo no se había roto; había dormido y migrado, y el hallazgo de los restos de Clara ahora, justo cuando Daniel Freire ha sido ritualizado en Ribadeo, demostraba que los tiempos de la marusía eran precisos y que el Ciclo había cerrado su cabo suelto del sur al mismo tiempo que iniciaba el nuevo al norte.

—El forense de Málaga ha intentado minimizarlo como "folclore costero" —dijo Helena, su rabia venciendo al shock—. Pero nosotros sabemos lo que significa.

Sara cerró los ojos un instante. La vergüenza de su ingenuidad profesional se convirtió en una determinación de hierro. La prensa, los rumores... todos tenían razón en el fondo, aunque fallaran en la forma. El caso no era un crimen aislado; era una red que abarcaba la geografía y el tiempo.

—Cambio de planes, Helena —dijo Sara, girándose hacia el mapa y señalando la costa de Ribadeo—. No quería perder el tiempo en esa rueda de prensa, pero si no vamos nosotros, ese capitán balbuceará sobre mitos y el pueblo entrará en pánico.

Helena la observó, esperando la orden definitiva.

—Iré yo —continuó Sara, con voz firme—. Me pondré frente a los focos para dar una versión oficial fría y aséptica. Hay que matar el folclore antes de que se convierta en histeria. Mientras yo distraigo a los buitres y gano tiempo, tú te encargarás de la investigación real. No vamos a buscar fantasmas. Vamos a buscar a las personas. Si el Ciclo es tan preciso en la geografía y el tiempo, alguien debe conocer el plano.

Helena asintió, su mirada de cansancio convertida en respeto. Comprendía que Sara se estaba ofreciendo como escudo mediático.

—De acuerdo. Tú lidia con la prensa. Nosotros buscaremos la carne y los huesos. Vamos a ver qué sabe Antón "o Vello" sobre la geografía de Ribadeo.

Marusía.
Marusía es la huella que se borra de la arena, pero se graba en la memoria.

18. Sara Aguilar — La Conferencia

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Viernes, 17 de marzo, 10:35 h.

Los focos improvisados en la pequeña sala de prensa lanzaban un calor incómodo. Sara se colocó detrás del atril, con los ojos irritados por la falta de sueño y el reflejo cegador de los flashes. En las primeras filas, los periodistas se amontonaban como aves carroñeras, oliendo la sangre de una noticia que todavía no comprendían, pero que ya habían bautizado.

El capitán del puesto local se aclaró la garganta con torpeza. Había querido dar la cara, pero su inexperiencia con este tipo de histeria mediática era evidente. Fue Sara quien habló.

—Confirmamos que el cuerpo encontrado ayer en el bosque pertenece a Daniel Freire, vecino de Ribadeo. La investigación sigue abierta y bajo secreto de sumario.

El murmullo fue inmediato, una oleada de grabadoras encendidas. Una periodista del Diario del Norte levantó la mano sin esperar turno, la voz aguda cortando el aire.—Agente Aguilar, ¿puede confirmar que el cuerpo presentaba símbolos rituales? Hay rumores de conexión con los casos del sur, con la 'maldición de las Claras'…

Sara respiró despacio. La palabra ritual se repetía en su cabeza como un eco desagradable, seguida del nombre del viejo caso que casi destruye su carrera. Sabía que confirmar el símbolo del doble círculo era desatar el pánico que el asesino quería.

—No vamos a alimentar rumores ni leyendas urbanas —respondió con calma forzada, sus ojos fijos en la reportera—. Les pido respeto para la familia. Lo que tenemos son indicios de un homicidio premeditado. No investigamos mitos, investigamos hechos probados.

Otro reportero, más joven, interrumpió, su móvil apuntando al atril.

—Pero se han visto pintadas en la Casa del Pueblo, y se habla de una red que opera desde hace décadas. La gente habla de Marusía. ¿Puede negar la existencia de un patrón o de un culto?

Sara apretó los dientes. Miró un instante hacia Helena, al fondo de la sala, que cruzó los brazos sin apartar la vista de ella. Su gesto era una mezcla de apoyo y advertencia: no les des nada.

—Lo que puedo decirles —continuó Sara, el tono ahora más firme —, es que la Guardia Civil investiga personas. Y que en este momento, cualquier especulación que se centre en mitos o cultos solo beneficia al culpable. Las leyendas no matan, solo confunden.

Un silencio breve se impuso, cargado de escepticismo. Luego, la explosión de flashes. Las preguntas que no escuchaba. El ruido del papel, los murmullos que se convertían en titulares incluso antes de salir de la sala.

Cuando el capitán dio por terminada la conferencia, Sara sintió que el aire era demasiado denso para respirarlo. Salió al pasillo, quitándose el auricular del móvil que no dejaba de vibrar.

En la pantalla, mensajes de Málaga, notificaciones de prensa, correos con titulares que habían ignorado cada palabra que dijo:

"El regreso del culto de las Claras y la Maldición de la Marusía." "Sara Aguilar niega los rituales pese a la evidencia del doble círculo." "Los fantasmas del sur vuelven al norte: ¿es el mismo asesino de Morriña?"

Sara los borró uno a uno, el corazón frío por el pánico que se había desatado.

A través de la ventana del pasillo, vio la niebla avanzar por la ría, casi lamiendo las paredes del cuartel. El mar parecía más cerca, más ruidoso. Por un segundo, pensó que podía oír la melodía de Uxía. Una voz en su mente le dijo que el asesino estaba escuchando la conferencia en ese mismo momento.

—Nos están ganando el relato —dijo Helena, apareciendo a su lado con una taza de café recién hecho.

Sara se giró, aceptando el café.

—Entonces tendremos que quitárselo —respondió, sin levantar la voz. La única forma de callar a la prensa es encontrar al culpable antes de que escriban el siguiente titular.

Marusía.
Es el titular que confunde el dolor con el espectáculo; el ruido mediático que el asesino usa como cómplice para desviar la atención de la verdad.

19. Luna Lázaro — Los círculos

Casa de acogida de Ribadeo. Viernes, 17 de marzo, 12:20 h.

El olor penetrante a témpera llenaba la pequeña habitación de la casa de acogida. Luna se había sentado frente a Uxía con un bloc nuevo y una caja de pinturas, creyendo que el color podría abrir

alguna rendija en el silencio obstinado de la niña. Mientras Iván buscaba respuestas en códigos y Sara en protocolos, Luna buscaba la verdad en el trauma puro.

Sobre la mesa, un vaso con agua turbia y pinceles deformados esperaban su turno.

—Podemos pintar lo que tú quieras —dijo Luna con suavidad, usando su tono más terapéutico—. Lo que recuerdes. Lo que sientas. Quizás algo que te diera miedo.

Uxía no respondió. Tenía los ojos fijos en la hoja en blanco, los pies colgando, moviéndose al ritmo de algo que solo ella oía. La niña parecía ser el único puente que quedaba entre la realidad y la mitología de Marusía.

Luna se inclinó un poco.

—¿Quieres dibujar a Mateo? ¿O el mar? ¿O la niebla...?

Uxía levantó el pincel sin mirarla. Trazó un círculo. Luego otro. Y otro. Con una precisión extraña para su edad, los círculos se sucedían, concéntricos, uno dentro del otro, perfectos en su irregularidad infantil.

Luna esperó unos segundos, conteniendo la respiración.

—¿Qué es eso, cariño? ¿Un remolino?

La niña no contestó. Siguió pintando. Los círculos se multiplicaban, cada vez más oscuros, usando un tono carbón, hasta que el centro se volvió una mancha densa, negra, casi viva.

Entonces, empezó a tararear.

Una melodía breve, repetitiva, sin palabras. El mismo tarareo que Luna había oído resonar en la distancia cerca del puerto. El mismo que Iván había descrito como un patrón binario cifrado en los audios de Leo. La melodía se intensificó, llenando la habitación.

Luna sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda. No era una canción inventada. Era la firma sonora de la tragedia.

—Uxía… —susurró, sin atreverse a tocarla—. ¿Es esa la canción que canta él?

La niña siguió tarareando, sin levantar la vista. Por un instante, la luz de la ventana parpadeó. Fuera, el viento agitó las ramas de los eucaliptos con violencia, y Luna juraría que el agua turbia del vaso había temblado al ritmo de la nana.

Uxía dejó caer el pincel.

—Ya está —dijo al fin, casi sin voz.

Luna miró el dibujo. Los círculos no eran ya simples garabatos; formaban una figura conocida y siniestra: el doble círculo, el idéntico símbolo encontrado en el pecho de Daniel Freire y en el cuaderno de Leo.

En el centro del doble círculo, la niña había pintado un punto rojo, pequeño y preciso, como un ojo que vigilaba desde la oscuridad de la mancha.

Luna tragó saliva, el miedo era una bola helada en su garganta.

—¿Quién te enseñó a dibujar eso, Uxía? ¿Y a cantar esa canción?

Uxía miró hacia la ventana, sin ver a través del cristal.

—La canción me lo dice —respondió. Me dice dónde está y qué va a pasar.

El silencio que siguió fue más perturbador que cualquier grito. Luna comprendió: la niña no estaba dibujando un recuerdo; estaba canalizando el patrón.

Marusía.

Es el canto que no se aprende, sino que se hereda; la voz que se filtra a través de los traumas infantiles para manifestar la geometría del terror.

20. Iván Lázaro — El código que se defiende

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Viernes, 17 de marzo, 15:45 h.

El ventilador del ordenador zumbaba como una respiración agitada en el silencio del cuartel. Iván llevaba más de tres horas frente a la pantalla, intentando descomponer el archivo MARUSÍA.EXE sin romperlo. Sentía la adrenalina helada de un desafío digital que rozaba lo imposible.

El código era una maraña viva: cada vez que abría una línea, otra se reescribía sola, como si el programa se defendiera con voluntad propia. Era elegante y autodestructivo a partes iguales.

Helena asomó la cabeza por la puerta, con la expresión tensa.

—¿Otra vez con eso? Los agentes no pueden hacer sus informes. El cuartel está colapsado. —Esto no es posible, Leo —murmuró, girando la silla hacia atrás, sintiendo la presencia de su difunto colega en cada línea de código—. Un solo programador no puede haber escrito esto.

El sistema central del cuartel había empezado a ralentizarse. Las impresoras se atascaban, los ordenadores de otros despachos se apagaban y reiniciaban sin aviso, afectados por el archivo que Iván estaba analizando en el entorno aislado.

—No "otra vez". —Iván giró el monitor hacia ella—. Está cifrado con un sistema de doble encriptación militar. Lo raro es que el algoritmo no corresponde a ningún protocolo conocido. Es como si alguien lo hubiera escrito a mano, pero anticipando cada uno de mis movimientos.

—¿Estás diciendo que es un virus que está afectando la red?

Iván negó con la cabeza, el miedo en su mirada era genuino.

—No. Es algo peor: es un mensaje que se protege a sí mismo. Es una prueba que no quiere ser vista.

La luz parpadeó violentamente. Durante unos segundos, la pantalla se llenó de un glitch y mostró un patrón de círculos concéntricos y un símbolo de ocho tumbado. Luego volvió al escritorio normal.

Helena lo miró sin decir palabra, pero su mano se dirigió inconscientemente a su cuarzo.

—Tranquila —añadió Iván, intentando sonar más sereno de lo que estaba—. Haré una copia segura y pediré ayuda a alguien de Málaga. Un antiguo colega de la UDEV, Rafa Montiel. Sabe manejarse con cifrados híbridos.

—¿Confías en él?

—Confío en su ego —respondió Iván, con una mueca sombría—. Y en que si le lanzo un reto, no podrá resistirse a descifrar algo que nadie más puede.

Helena sonrió apenas, aunque su gesto se torció al ver que otra luz del pasillo parpadeaba y se quedaba fundida.

—No tardes, Iván. No me gusta cómo suena eso. Estamos perdiendo el control de la casa.

Cuando ella se fue, Iván volvió a centrarse en la pantalla. Tecleó rápido, ejecutando una serie de comandos para crear un entorno seguro. Pero el programa respondió por sí mismo.

Una línea de texto apareció de la nada en el prompt de comandos

"No me descifres. Mírame. El ciclo es la verdad."

Iván se quedó helado. No había ninguna línea de texto escrita así en el código fuente. No había manera de que el sistema generara frases legibles y con sintaxis. Y sin embargo, ahí estaban, formadas por símbolos reorganizados en tiempo real.

Abrió el correo y escribió un mensaje breve, sintiendo la urgencia de compartir la amenaza:

Para: R. Montiel (Málaga) Asunto: Necesito tu cerebro. Archivo imposible. Nivel 9. Adjunto: marusia.lock

Antes de enviar el mensaje, el cursor se movió solo. Una línea más apareció bajo el texto, como si alguien —o algo— escribiera desde dentro de la máquina:

"Cada intento te acerca al centro. Y el centro es la ría."

Iván se recostó, las manos temblándole apenas. En la pantalla, el archivo volvió a cerrarse de golpe.

Y el ventilador del ordenador, que hasta entonces sonaba acelerado, se detuvo por completo. El silencio digital que siguió fue más aterrador que el zumbido.

Marusía.
Es la clave que sólo se descifra cuando la verdad te hiere; el código que se alimenta del miedo para proteger sus secretos.

21. Helena Barreiro — O Vello

Puerto de Ribadeo. Viernes, 17 de marzo, 18:50 h.

El muelle olía a gasóleo, salmuera y pescado viejo. Helena descendió del coche junto a Sara, abrochándose la chaqueta contra el viento frío. El aire del atardecer traía consigo la humedad de la ría y ese murmullo constante del mar.

Antón "o Vello", un viejo pescador conocido en la zona por su longevidad y por ser una enciclopedia del mar, los esperaba sentado en un banco de madera frente a su barca, A Mariñeira. Llevaba una gorra descolorida y una chaqueta gruesa de lana que parecía de otra época. Al verlas, se levantó despacio, sonriendo con una mezcla de inocencia y picardía.

—Home… dúas gardas civís no mesmo porto. Iso non é bo presaxio (1)—bromeó, con su voz rasposa, la voz de quien ha pasado más tiempo hablando con las olas que con la gente.

—Buenas tardes, Antón —saludó Helena con amabilidad medida —. Solo necesitamos hacerle unas preguntas. Nos consta que usted conocía bien a Daniel Freire y que frecuentaba la zona del bosque cerca de su casa.

—Xa me imaxinaba. Todo o pobo anda a falar (2)—respondió él, moviéndose con un leve temblor y apoyado en un bastón de madera. Parecía frágil.

Sara observó los detalles: las manos curtidas, el reloj de cuerda, las botas limpias. Demasiado limpias para un pescador.

—Ayer por la tarde —preguntó Sara, yendo al grano—, ¿dónde estaba usted entre las cinco y las ocho?

Antón se encogió de hombros con naturalidad.

—No porto, coma sempre. Pregúntenlle a Xurxo e a Marisa, estaban comigo no bar. Fixemos unha partida de dominó. A miña memoria xa non vale moito, pero o dominó, iso non se esquece. (3) Perdín cen euros.

Sara tomó nota de los nombres y la ubicación. Helena lo observaba con atención. Su relato era detallado y respaldado.

—¿Sabe por qué alguien le haría daño a Daniel?

Antón bajó la mirada, con expresión de tristeza contenida.

—Pobre rapaz… si, claro. Todos nos coñecemos aquí. Un neno bo, de casa boa. (4) Una pena que la Marusía lo lleve.

—¿Ha oído hablar de símbolos o de pintadas en la casa del pueblo?

Antón levantó la vista y sonrió, mostrando una hilera irregular de dientes amarillentos.

—Símbolos? Ai, filla, aquí hai quen ve o demo en calquera sombra. (5) Yo solo veo humedad y tiempo perdido. Y la tristeza de ver que el ciclo vuelve a empezar, como en los tiempos de Clara.

Helena y Sara intercambiaron una mirada de cautela. El anciano no mentía… o lo hacía con una convicción que convertía su coartada en una pieza del folclore de Ribadeo.

Cuando se despidieron, Antón levantó la mano con cordialidad.

—Se precisan algo máis, aquí estarei. O mar nunca dorme, e eu tampouco. (6) La Marusía nos mantiene a todos despiertos.

Ya de regreso al coche, Helena comentó en voz baja:

—Su coartada es sólida. Demasiado. No falló en un solo detalle, ni en un solo horario. Y ha nombrado a Clara y al ciclo de forma casual.

Sara asintió, su mirada fija en el retrovisor.

—Es como si el pueblo lo protegiera, o más bien, como si él fuera el portavoz de este lugar. Ha dicho exactamente lo que se esperaba que dijera.

—O como si él protegiera al pueblo —añadió Helena. Antón seguía allí, en el banco, observándolas marchar. Y por un instante, juraría que no las miraba a ellas, sino al horizonte, donde la niebla se espesaba sobre el mar, esperando.

Marusía.

Es la verdad que se esconde detrás de la máscara más amable, el anciano que teje la leyenda para proteger los secretos de la ría.

(1) Hombre… dos guardias civiles en el mismo puerto. Eso no es buen augurio.

(2) Ya me lo imaginaba. Todo el mundo habla de ello.

(3) En el puerto, como siempre. Pregúntales a Xurxo y a Marisa; estaban conmigo en el bar. Jugamos una partida de dominó. Mi

memoria ya no vale mucho, pero el dominó no se olvida.
(4) Pobrecito... sí, claro. Aquí todos nos conocemos. Un buen chico, de buena familia.
(5) Oh, hija, hay aquí quienes ven al diablo en cualquier sombra.
(6) Si necesitas algo más, aquí estaré. El mar nunca duerme, y yo tampoco.

22. Sara Aguilar — La Marca

Instituto de Medicina Legal, Lugo. Sábado, 18 de marzo, 08:15 h.

El pasillo del Instituto de Medicina Legal siempre tenía ese olor peculiar: una mezcla penetrante de desinfectante y metal frío que se metía en la ropa y en los pulmones. Sara caminó junto al forense, el doctor Loureiro, un hombre de rostro afilado y ojos que parecían haber visto demasiado mundo para lo que cobraba. No hablaban; no hacía falta.

En la sala de autopsias, el cuerpo de Daniel Freire descansaba sobre la mesa de acero inoxidable. La luz blanca y plana parecía borrar cualquier rastro de humanidad.

—He terminado el informe preliminar —anunció Loureiro, ajustándose los guantes—. Y hay cosas que no cuadran con un homicidio convencional. Esto es otra cosa, Sara.

Sara tragó saliva. Sabía lo que venía. Había intentado negarlo en la rueda de prensa, pero ahora estaba aquí, en el lugar de la verdad científica.

El forense señaló el pecho del chico. La marca: dos círculos concéntricos, grabados con una precisión inquietante. No eran cortes. No eran quemaduras superficiales. Eran algo más… elaborado, casi diseñado.

—Esto no se hizo después de la muerte —dijo Loureiro, con voz grave—. Es un hecho indiscutible.

—¿Cómo que no? —preguntó Sara, aunque la respuesta la atravesaba como un escalofrío que venía del pasado.

—La piel muestra una reacción inflamatoria celular muy clara —continuó el forense, moviendo el foco—. Eso solo ocurre en vida. Las terminaciones nerviosas respondieron al estímulo. Daniel… estaba consciente cuando se realizó la marca.

Sara cerró los ojos un instante, sintiendo la náusea del terror puro. No lloró. No podía. Solo sentía la rabia de que la historia se repitiera, pero con más crueldad.

—¿Qué tipo de instrumento utilizaron?

Loureiro movió la cabeza, frustrado.

—No lo sé. No es una herramienta estándar. Ni una navaja. Ni un cauterizador médico. La profundidad es irregular… pero el trazo es perfecto. Como si lo hubieran hecho con una guía. Un patrón.

Sara sintió que el aire de la sala se volvía más pesado, denso como la niebla.

—¿Y el tiempo de la marca?

—La marca se hizo entre dos y tres horas antes de la muerte. Lo mantuvieron vivo durante el proceso.

Sara apoyó las manos en la mesa, intentando no temblar.

—Doctor… necesito saber si hay algún indicio de participación voluntaria.

El forense la miró con severidad, como si no entendiera la pregunta.

—¿Voluntaria? Sara, el chico estaba inmovilizado. Tenía marcas de presión en las muñecas y tobillos. Y escucha esto… —señaló la zona alrededor del símbolo—.

—¿Qué es?

—Restos de arena fina, en partículas microscópicas.

Sara abrió los ojos.

—¿Arena? ¿De playa?

—Arena húmeda, rica en carbonato cálcico. La misma composición mineral que la que encontraron lo compañeros en los pulmones de la primera Clara en Málaga. Idéntica composición.

La sangre de Sara se congeló. Era imposible que alguien tuviera acceso a esos detalles sin ser parte de la investigación original o

haber estado involucrado en los crímenes de Morriña.

—Así que… —murmuró, sintiendo el aliento frío del Ciclo—. Lo hicieron antes de matarlo. Con calma. Con tiempo. Y es el mismo modus operandi.

—Sí —confirmó Loureiro—. Y con un propósito muy claro. Un mensaje.

Sara sabía cuál era ese propósito. Era la confirmación de que el asesino no era un imitador, sino el nexo, el patrón vivo. El Ciclo dejaba firma. Una firma que no necesitaba palabras, solo la prueba de la crueldad.

Miró al muchacho una última vez. La piel blanca, la marca negra. El símbolo que regresaba siempre, como si persiguiera a quienes lo investigaban.

Al salir de la sala, se apoyó unos segundos en la pared fría del pasillo, intentando recuperar el control. El móvil vibró. Un mensaje anónimo, idéntico al que recibió Iván:

"O seguinte non tardará." (1)

Sara apretó los dientes. La Marusía no era un rumor. Era una intención activa que la había estado observando.

Marusía.

Es el propósito que se graba en la carne; el ritual que demuestra que el Ciclo no ha terminado, sino que acaba de encontrar la forma de recordarnos a todos de dónde venimos.

(1) El siguiente no tardará.

23. Iván Lázaro — El código local

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Sábado, 18 de marzo, 11:30 h.

El despacho de Iván olía a café frío y ozono quemado. Estaba al teléfono, sujetando el auricular con el hombro, mientras tecleaba

comandos para monitorear el lock del archivo MARUSÍA.EXE. Había conseguido enviar la copia del virus-mensaje a Rafa Montiel en Málaga.

—Te lo juro, Rafa, el algoritmo es una obra maestra de psicopatía digital —dijo Iván, la voz tensa—. No solo se protege, sino que se burla de mí.

Al otro lado de la línea, la voz grave y cansada de Rafa Montiel, el colega de la UDEV, se escuchó con el eco de un aeropuerto cercano.

—Sí, Iván, me has desafiado a un nivel nueve, lo tengo. He estado despierto toda la noche. He conseguido descomprimir el ejecutable, pero la matriz de cifrado es un laberinto. Lo que sí te puedo decir es que es código limpio. No hay backdoors de gobiernos, ni rastros de grandes hackers internacionales. Es trabajo de autor.

Iván tragó saliva, ya temiendo la siguiente parte.

—¿Y el punto de activación? Leo lo grabó en una red WiFi, lo sabemos. Necesito saber la fuente.

Hubo una pausa, y Rafa pareció dudar.

—No fue un satélite, ni una conexión remota de alta seguridad, Iván. Eso ya lo comprobé. El archivo fue activado con una clave encriptada de tres dígitos desde una conexión simple y pública. Lo tienes que ver en el mapa.

Rafa envió un archivo de coordenadas a la pantalla de Iván. Al abrirlo, el mapa del norte de Galicia se iluminó. El punto de origen del comando de activación del MARUSÍA.EXE no estaba en un país lejano, ni en una base secreta. Estaba en un radio de quinientos metros del centro de Ribadeo.

—No me jodas... —murmuró Iván, golpeando el borde del escritorio—. ¿Una red local?

—Sí. Y escucha bien —continuó Rafa—. La última vez que el archivo reportó una actividad, fue hace tres horas, justo cuando Sara estaba dando la rueda de prensa. Y las coordenadas de ese reporte coinciden con una vieja antena repetidora que está en la colina sobre la ría, cerca de la Casa del Pueblo.

Iván se puso de pie, sintiendo el aire espeso y frío. El terror ya no era una abstracción digital. El asesino estaba aquí. O, peor aún,

nunca se había ido.

—Está en Ribadeo, Rafa. Está viéndonos.

—Lo sé —dijo Rafa, el tono ahora grave—. Hay algo más que no entiendo, Iván. El código fuente está lleno de geometría. Patrones de repetición, simetría... Es una locura, pero el malware está basado en un doble círculo. No es un virus, es un plano.

Iván se quedó mirando el mapa, donde el punto de la Casa do Pobo (1) parpadeaba. El doble círculo que Luna había dibujado en la casa de acogida, el símbolo que Sara había visto en el cuerpo de Daniel, no era una simple marca. Era la estructura del código que Iván intentaba descifrar.

—Nos ha estado usando como ratones de laboratorio —concluyó Iván, su voz un hilo de ira helada—. Nos forzó a llevar la prueba hasta su entorno, hasta aquí, al Norte. Nos hizo activar su juego.

—Ten cuidado, Iván —advirtió Rafa, su voz ahora una orden—. Esto es un Código Fantasma. Se alimenta de tu curiosidad.

Iván colgó la llamada, el móvil caliente en su mano. Miró por la ventana, hacia la colina de la Casa do Pobo, visible entre la niebla.

No había escape. La red de la Marusía no solo atrapaba a sus víctimas. Atrapaba a quienes intentaban desactivarla. Y el antagonista ya sabía dónde estaban.

Marusía.
Es la red que atrapa a quienes la construyen; el código local que se activa desde la niebla para devorar a quienes buscan la verdad.

(1) Centro Social Comunitario

24. Luna Lázaro — El amigo invisible

Vivienda de la familia Freire, Ribadeo. Sábado, 18 de marzo, 13:40 h.

El edificio era antiguo, de paredes gruesas y ventanas estrechas que retenían el aire húmedo del mar. Luna subió las escaleras lentamente, cada escalón crujía, como si la casa protestara por recibir visitas en un día tan gris y silencioso.

La puerta se abrió antes de que llamara. La madre de Daniel, María Freire, tenía los ojos hinchados, la piel pálida, y ese temblor constante que deja el duelo recién nacido.

—Tú eres Luna, ¿verdad? La que ha estado con la niña, con Uxía. La que ha vuelto por… —No terminó la frase, incapaz de nombrar la tragedia.

—Sí —respondió Luna, con voz suave, la empatía siendo su mejor arma—. Solo quiero hablar un momento para ayudar a comprender qué pasó. Si se siente con fuerzas.

María asintió y la dejó pasar. La casa olía a sopa caliente, ropa sin doblar y a una tristeza densa. Sobre la mesa había dibujos de Daniel, juguetes, cuadernos escolares. La evidencia de una vida interrumpida bruscamente.

Se sentaron en el sofá. María habló antes de que Luna pudiera empezar.

—Todo el pueblo habla de símbolos, de rituales… de cosas que yo no entiendo. Daniel era un niño normal. No estaba metido en nada raro.

—Lo sé. Nadie está diciendo eso —respondió Luna—. Pero a veces, en momentos difíciles, los niños desarrollan… defensas. O hablan de cosas que los adultos no vemos. Necesitamos comprender si algo cambió en él los últimos meses.

María apretó las manos.

—Sí, algo cambió. Pero no sé si tiene sentido. —Respiró hondo—. Empezó a hablar mucho de un… amigo. Un amigo que venía solo a verlo a él.

Luna se incorporó un poco, poniendo la alarma.

—¿Amigo imaginario? ¿Cómo lo describía?

—Decía que era "alguien que le hablaba desde el mar". Que lo había conocido cuando jugaba cerca de los acantilados.

Luna sintió que la piel se le erizaba. El patrón se estaba repitiendo con precisión escalofriante.

—¿Y le decía qué?

—Le enseñaba… canciones. —María tragó saliva—. Daniel tarareaba una melodía muy extraña. Siempre la misma. Una tonadilla que no conocía.

Luna lo supo antes de que María continuara. La melodía de Uxía. La clave binaria de Iván.

María siguió hablando, la voz apenas un susurro:

—Pensé que era una fantasía. Pero hace dos semanas lo escuché tararearla mientras dormía, aquí mismo. —Le tembló la voz—. No era solo su voz. Era… otra. Más profunda, como si viniera de muy lejos.

Luna sintió un nudo en el estómago.

—¿Daniel dijo cómo era ese amigo? ¿Si tenía nombre?

María negó con la cabeza.

—No. Solo decía: "Él canta cuando hay niebla".

Luna miró por la ventana. La niebla avanzaba hacia la ría como un animal blanco y lento.

—¿Puede describirme algo más? Cualquier cosa que Daniel hiciera diferente.

María buscó entre los dibujos de Daniel, esparcidos sobre la mesa, con la misma desesperación con la que intentaría reconstruir a su hijo. Eligió uno, arrugado y manchado de pintura. Se lo entregó.

Eran círculos concéntricos, dibujados una y otra vez. El Símbolo. Y en uno de los bordes, con letra temblorosa de niño, Daniel había escrito:

"Mi amigo del agua. Me dice la canción."

Luna cerró los ojos un segundo. No había nada más que preguntar. La Marusía no estaba solo en los símbolos grabados en la carne; también estaba en las casas. En las canciones. En los susurros que solo escuchan los niños.

Marusía.

Es la voz que se esconde en la intimidad; la influencia que siembra el patrón en la mente de los niños antes de reclamar sus cuerpos.

25. Luna Lázaro — La Promesa del Círculo (Flashback)

Piso de Luna en A Coruña. El día en que el caso de Lara fue archivado.

La lluvia de invierno golpeaba el cristal del piso alquilado en A Coruña. El salón estaba oscuro, solo iluminado por el brillo azul de los monitores que Iván se negaba a apagar. El caso de la desaparición de Lara acababa de ser archivado oficialmente como "desaparición voluntaria", el mismo destino que el caso de Clara había tenido años atrás en el Sur.

Luna estaba sentada en el suelo, las rodillas apretadas contra el pecho, un mapa de la ría extendido a sus pies. El mapa estaba marcado con puntos inútiles.

—Se acabó, Iván —murmuró Luna—. Sara y Helena se rinden. La policía se rinde. Y nosotros… —Señaló hacia el mapa—. Nos vamos de aquí. Volvemos al Sur. A Málaga.

Iván, que llevaba tres días sin dormir, no se giró. Su voz era ronca por el enfado y la falta de sueño.

—Podemos irnos a Málaga, Luna, pero este patrón sigue un círculo, y ese patrón ya nos conoce. Hasta que no veamos el final de ese círculo…

—El final es la locura —dijo Luna, levantándose. Se acercó a su hermano, viendo el reflejo enfermo de los monitores en sus ojos—. No podemos ganar una guerra contra el mito. Tenemos que vivir.

Iván finalmente se giró. Sus ojos eran una mezcla de determinación y derrota.

—Voy a guardar toda la información. Absolutamente toda. Si el patrón existe, tiene que haber un final.

Luna sintió el peso de la ría que dejaban atrás. Era una promesa no dicha, una carga que se imponían mutuamente.

—Bien. Vayamos al Sur. Pero si ese círculo vuelve a abrirse, si la Marusía nos llama de nuevo, no lo ignores —dijo Luna, su voz temblando por la seriedad del juramento—. Y si nos llama, tendremos que volver y cerrarlo, cueste lo que cueste.

Se quedaron en silencio, sellando su pacto de huida y de regreso.

Presente: Ribadeo. Sábado, 18 de marzo, 14:45 h.

Luna cerró los ojos, sintiendo el peso de aquella promesa que los había traído de vuelta. El dibujo de Daniel (los círculos concéntricos y la frase "Mi amigo del agua") ardía en su mente. Era la confirmación de que la Marusía, el patrón, no sólo no había terminado, sino que había estado esperando pacientemente su regreso para cumplir con el pacto sellado en la huida.

Marusía.

Es el eco de un dolor que se alimenta de la esperanza; la promesa hecha en la oscuridad que obliga a los protagonistas a volver al corazón de la niebla

26. Sara Aguilar — La huella

Casa do Pobo, Ribadeo. Sábado, 18 de marzo, 22:40 h.

La casa do pobo parecía distinta de noche. Más baja. Más cerrada. Como si el edificio hubiera encogido al apagarse el pueblo, replegándose sobre sus propios secretos.

Sara apagó el motor y permaneció unos segundos en silencio, observando la fachada desconchada bajo la luz anaranjada y parpadeante de una farola. El viento arrastraba hojas húmedas por la plaza vacía. No había música, ni voces de vecinos. Solo el rumor lejano y hambriento del mar.

—No me gusta este sitio —murmuró Helena, ajustándose la linterna frontal. —A nadie le gusta —respondió Sara—. Por eso los culpables vuelven siempre aquí. Buscan el olvido de los demás para esconderse.

Forzaron la puerta lateral. La madera cedió con un crujido seco que resonó como un disparo en el silencio de la noche. Dentro, el aire era denso, cargado de una humedad antigua y moho. El haz de

luz de las linternas reveló paredes desconchadas y mesas apiladas que proyectaban sombras alargadas, como dedos que intentaran alcanzarlas.

—Aquí pintaron el símbolo —dijo Helena, iluminando el fondo del salón.

Sara se acercó despacio. El doble círculo aún era visible, aunque alguien había intentado borrarlo a medias con cal o pintura barata. El trazo seguía ahí, persistente, como una cicatriz mal cerrada en la piel del edificio.

—No es un acto vandálico —dijo Sara en voz baja, casi para sí misma—. Es una marca territorial. Una señal de que el dueño ha vuelto.

Avanzaron hacia el pasillo trasero, que conectaba con los antiguos almacenes. El suelo estaba cubierto de barro seco de semanas atrás… y otro rastro más reciente, oscuro y todavía brillante por la humedad. Sara se detuvo en seco, poniendo una mano en el brazo de Helena.

—Helena. Mira esto.

Iluminó el suelo. Entre las huellas irregulares de los peritos que habían pasado por allí días antes, había una claramente definida. Demasiado nítida. Se agachó, acercando la luz hasta que las sombras del relieve del barro revelaron el dibujo.

—Suela gruesa, dibujo en espiga, refuerzo en el talón —enumeró Sara, la voz gélida—. Bota militar. De intervención.

Helena frunció el ceño, agachándose a su lado. —¿Seguro? ¿No puede ser de algún cazador o alguien del pueblo? —No. Es una bota profesional, de las que usamos nosotros o la Infantería de Marina. Talla grande, quizás una 44. Pisada firme, sin titubeos. No es alguien que estuviera curioseando; es alguien que sabía dónde pisar.

Helena recorrió el pasillo con la linterna, siguiendo el rastro. —El barro está fresco, Sara. De esta tarde, como mucho.

Sara sintió un frío lento subirle por la columna. —Alguien ha estado aquí mientras nosotros dábamos la conferencia de prensa. Mientras intentábamos convencer a todo el mundo de que no había rituales. Él estaba aquí, celebrando su propia ceremonia en las sombras.

El silencio se volvió más pesado, casi sólido. La casa del pueblo ya no parecía abandonada; parecía vigilada. Sara avanzó un poco más, siguiendo la dirección de las botas. El pasillo terminaba en una puerta que daba al exterior, hacia el inicio del bosque de eucaliptos. Estaba entreabierta, dejando pasar un hilo de aire gélido.

—Entraron… y salieron por aquí —susurró Helena—. Nos están dejando ver lo justo, Sara. Como si fuera un rastro de migas de pan.

Sara se incorporó despacio, mirando una vez más la huella. No era solo una pista física; era una declaración de intenciones. Un desafío directo a su autoridad.

—No quieren esconderse del todo —añadió—. Quieren que sepamos que el Ciclo camina. Que tiene piernas, que calza botas y que conoce este terreno mejor que nosotras.

Helena apagó la linterna un segundo para agudizar los otros sentidos. En la oscuridad total, Sara creyó oír un sonido leve, casi imperceptible, que no encajaba con el crujido de la madera ni con el viento.

Un tarareo lejano. Una melodía sin letra, llevada por el aire frío que entraba por la puerta trasera.

—¿Has oído eso? —preguntó Helena, su voz apenas un hálito de aire. —Sí —respondió Sara, llevando la mano instintivamente a la culata de su arma.

Y no venía del mar. Venía de la espesura del bosque, allí donde las botas militares se habían perdido en la noche.

Salieron de la casa sin cerrar la puerta, sintiendo que algo las observaba desde la linde de los árboles. Detrás de ellas, la noche volvió a ocupar el edificio. La huella quedó allí, intacta en el barro, marcando el camino que nadie quería seguir… pero que ya no podían ignorar.

Marusía.

Marusía es el paso que nadie se atreve a seguir; la huella de quien camina por la oscuridad mientras el resto del mundo intenta cerrar los ojos.

27. Luna Lázaro — El punto en la niebla

Ría del Eo. Domingo, 19 de marzo, 08:05 h.

La mañana había amanecido envuelta en una niebla espesa y blanquecina que se deslizaba sobre la ría como una piel nueva, ocultando los perfiles de la costa asturiana al otro lado del agua.

Luna caminaba despacio, sosteniendo con firmeza la mano de Uxía. El barro cedía bajo sus botas con un sonido de succión, y el aire, saturado de humedad, olía intensamente a sal, algas en descomposición y algo metálico.

—Solo vamos a mirar —dijo Luna, más para convencerse a sí misma que a la niña—. No hay que acercarse al agua, Uxía.

La niña no respondió. Avanzaba rígida, con la mirada clavada en la superficie grisácea que se extendía ante ellas. La ría estaba en calma. Una calma antinatural, como si el agua estuviera conteniendo el aliento.

Se detuvieron junto a un pequeño embarcadero de madera cuyas tablas crujían con el movimiento de la marea baja. Piedras cubiertas de limo negro quedaban al descubierto como esqueletos. El silencio era casi total, roto solo por el chapoteo rítmico de la corriente contra los pilares.

Uxía se quedó petrificada.

—¿Qué pasa? —preguntó Luna, inclinándose para buscar su mirada.

La niña soltó su mano. Sus dedos estaban helados.

—Aquí no —susurró con una voz que no parecía la de una niña—. Más allá.

Luna siguió la dirección de su pequeño dedo. La niebla se espesaba a unos metros del muelle, formando una mancha más oscura, casi sólida, que parecía flotar sobre el canal principal de la ría.

—Uxía, eso es solo un banco de niebla —intentó tranquilizarla Luna, sintiendo que el vello de sus propios brazos se erizaba.

La niña negó con la cabeza con una violencia repentina. Dio un paso atrás, con todo el cuerpo sacudido por un temblor.

—No —dijo, señalando de nuevo—. De ahí viene la canción.

El corazón de Luna dio un vuelco. Recordó el dibujo de Daniel: el amigo del agua.

—¿Qué canción, cariño?

Uxía mantuvo el brazo extendido, rígido. Sus ojos estaban muy abiertos, fijos en ese punto exacto donde la bruma se volvía negra.

—Esa —susurró—. La que canta desde abajo.

El agua permanecía inmóvil, pero Luna tuvo la súbita sensación de que algo masivo se agitaba bajo la superficie, una respiración lenta y profunda que movía las algas bajo el muelle.

—¿La oyes ahora? —preguntó Luna, conteniendo su propio aliento.

Uxía asintió lentamente. Y comenzó a tararear.

La melodía surgió frágil, pero en el silencio de la ría sonó como un trueno. Era inconfundible: la misma secuencia de notas, la misma cadencia circular que lo impregnaba todo. Luna sintió que la ría entera respondía; el sonido parecía rebotar en la niebla, amplificándose y envolviéndolas en un abrazo húmedo.

—Para —dijo Luna, tocándole el hombro con urgencia—. Uxía, para ya.

La niña se tapó los oídos, pero no dejó de tararear.

—No puedo —gimió entre las notas—. Si no canto, se enfadan.

—¿Quiénes se enfadan? —Luna miró hacia la mancha oscura en el agua, esperando ver un barco, un tronco, cualquier cosa lógica.

La niña no contestó. Solo señaló otra vez el mismo punto. Luna forzó la vista. No había vacío allí. Había una forma, una silueta que se recortaba brevemente antes de ser devorada de nuevo por la bruma.

Agarró a Uxía de los hombros y la obligó a girarse.

—Nos vamos —ordenó con voz firme, aunque sus piernas temblaban—. Ahora mismo. Volvemos al coche.

Uxía no protestó. Se dejó arrastrar, pero su cuello seguía torcido, manteniendo la mirada fija en el agua hasta que la niebla las separó por completo del muelle.

Cuando ya alcanzaban el camino de tierra, un sonido llegó desde la orilla. No era la melodía. Era un chapoteo suave, pesado. El sonido de algo saliendo del agua y arrastrándose sobre las piedras.

Luna no miró atrás. Apretó el paso, huyendo de la ría que, según decían los viejos, nunca devolvía nada sin cobrarse un precio antes.

Marusía.
Marusía es el origen que no se puede negar; el lugar donde el agua deja de ser paisaje para convertirse en memoria.

28. Helena Barreiro — El señuelo

Polígono industrial de Ribadeo. Domingo, 19 de marzo, 11:30 h.

El mensaje de Iván había llegado como un latigazo al móvil de Helena:

"Rafa ha encontrado algo en los servidores de Málaga. Me ha enviado un rebote de señal de un terminal que estuvo activo en el caso de las Claras y que acaba de encenderse ahora mismo… en Ribadeo. Te paso las coordenadas. Ve con cuidado, Rafa dice que la conexión es inestable, como si alguien estuviera forzando el acceso."

Helena no esperó a que Sara terminara su reunión con el coronel. Si alguien del pasado de Málaga estaba físicamente en el pueblo, no podían perder ni un segundo. Cogió el coche oficial sin avisar a nadie y siguió el punto parpadeante en el GPS: una nave industrial abandonada a las afueras, en una zona de astilleros secundarios y talleres cerrados cerca de la carretera vieja.

El polígono estaba muerto. Persianas de metal oxidadas, grafitis que el salitre había borrado hasta hacerlos ilegibles y charcos de agua aceitosa que reflejaban un cielo plomizo y bajo. Aparcó a unos metros de la entrada, sin apagar el motor, dejando una vía de escape.

Vio al hombre de inmediato. Tenía unos treinta y muchos años, vestía una chaqueta oscura y caminaba con un paso rápido y errático. Miraba por encima del hombro con una frecuencia que

gritaba culpabilidad o terror. Sostenía un teléfono móvil como si fuera una bomba a punto de estallar.

—Tú no eres un agente, ni eres de Málaga —murmuró Helena para sí misma, bajando del coche con la mano cerca de la funda de su arma.

Lo siguió a una distancia prudencial. El hombre giró hacia una nave sin rotular, de paredes de hormigón gris devoradas por el musgo. La puerta metálica estaba entreabierta, dejando un bostezo de oscuridad en la fachada.

Helena se detuvo un segundo antes de entrar y tocó el cuarzo que llevaba colgado del cuello. No era por superstición, sino por una costumbre anclada en el trauma de los casos anteriores: un recordatorio de que en el Norte, las sombras muerden.

Entró. El interior olía a óxido, a madera podrida y a esa humedad estancada que parece tener peso. El eco de sus pasos sobre el cemento la delató antes de que pudiera posicionarse.

—¡Guardia Civil! —ordenó con voz autoritaria, desenfundando—. ¡No se mueva!

El hombre se giró de golpe, sobresaltado. Tenía los ojos desorbitados y las manos le temblaban tanto que apenas podía mantenerlas en alto.

—¡No! ¡Yo no he hecho nada! —gritó con una voz quebrada—. ¡Solo… solo seguí las instrucciones! ¡Me pagaron por venir aquí!

—¿Quién te pagó? —Helena avanzó un paso, manteniendo el ángulo—. ¿De quién son las instrucciones?

—De un tipo… alto. Delgado. Siempre hablaba desde la sombra, nunca le vi bien la cara. —El hombre tragó saliva, el sudor le bajaba por la sien—. Me dijo que contactara con el informático, con Iván. Que hiciera ruido para que me siguierais. Que… que así se "aclararía" el círculo.

Helena sintió un chasquido interno. El señuelo. Habían interceptado o previsto el movimiento de Iván con Málaga y lo habían usado para sacarla a ella del cuartel.

—¿Cómo se llama? —preguntó Helena, sintiendo que el aire se volvía escaso.

Antes de que el hombre pudiera responder, un ruido seco resonó detrás de ella. Un golpe metálico, el sonido de alguien saltando desde una pasarela superior. Helena se giró con los reflejos de años de servicio, pero el atacante fue más rápido.

El Delgado salió de entre las sombras como un animal entrenado para matar en silencio. Era alto, fibroso, vestido con ropa táctica oscura y el rostro cubierto por una braga que solo dejaba ver unos ojos fríos, inexpresivos. No hubo advertencia, ni diálogo. El golpe que le propinó en el costado fue preciso y brutal, lanzándola contra una fila de estanterías metálicas.

El aire se le escapó de los pulmones. Helena rodó por el suelo, el dolor irradiando desde sus costillas, pero logró incorporarse apoyada en una rodilla. El Delgado ya se dirigía hacia la salida trasera con una zancada atlética, la misma que dejaría una huella de bota militar en el barro.

—¡Alto! —gritó Helena, apuntando con el arma, aunque su visión se nublaba por el impacto.

Él se detuvo un instante justo antes de cruzar el umbral. Se giró lo justo para que Helena viera una sonrisa breve y burlona bajo la tela. Una mirada que no era de un criminal común, sino de alguien que disfruta de la cacería.

—No hoy, teniente —dijo con una voz que sonaba a lija.

Corrió. Helena lo persiguió hacia el exterior, pero el hombre conocía el laberinto del polígono como si lo hubiera diseñado él mismo. Saltó una valla de tela metálica y desapareció entre los almacenes y la niebla baja que, puntualmente, comenzaba a entrar desde la ría como un cómplice.

Cuando Helena llegó al descampado, ya no había rastro de él. Solo el viento silbando entre las chapas de zinc y el silencio absoluto de la ría. Regresó a la nave, cojeando. El "contacto" seguía en el suelo, hecho un ovillo, llorando de terror.

—¿Quién es él? —preguntó Helena, con la voz entrecortada y la mano en las costillas.

—No lo sé… —sollozó el hombre—. Pero dijo que esto no iba de dinero. Que iba de cerrar algo antiguo. De devolver lo que el mar prestó.

Helena cerró los ojos un segundo. El Delgado no era el cerebro; era la herramienta. La mano que ejecutaba la voluntad del mito. Salió de la nave y miró hacia la carretera, donde la niebla avanzaba lenta, paciente, devorando el asfalto. Sacó el móvil y marcó a Iván.

—Iván —dijo en cuanto él respondió—. Tenías razón. Nos han usado. Han interceptado tu comunicación con Rafa.

—¿Quién, Helena? ¿Estás bien?

—El Delgado. Y no es un peón. Es el cazador que el Ciclo ha puesto en nuestro camino. Sabe quiénes somos.

Colgó. Se apoyó un instante en el capó del coche, respirando hondo el aire cargado de salitre. Había fallado. Había caído en la trampa más vieja del mundo. Y lo peor era saber que el enemigo se estaba riendo de ellas desde algún punto de la niebla.

Marusía.
Marusía es la sombra que se burla de quienes la persiguen; el recordatorio de que, en este juego, el cazador siempre conoce el terreno mejor que la presa.

29. Iván Lázaro — El diagrama

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Domingo, 19 de marzo, 16:10 h.

Iván había dejado de intentar romper el archivo. Ahora, simplemente, lo observaba.

En la pantalla, el Símbolo flotaba ampliado hasta ocupar casi todo el monitor: dos círculos concéntricos atravesados por líneas de código que solo cobraban sentido cuando superponía capas de datos externos. Mapas topográficos. Coordenadas GPS. Tablas de mareas.

—No eres un dibujo… —murmuró, con la voz quebrada por la fatiga—. Eres un plano de ejecución.

Tecleó rápido, con los dedos volando sobre el teclado mecánico. Cargó los puntos exactos donde se habían encontrado los cuerpos a lo largo de los años:

Clara (Málaga).

Lara (Última ubicación conocida).

Mateo (Ribadeo).

Daniel Freire (El bosque).

Uno a uno, los marcó sobre el mapa digital de la ría y sus alrededores. El resultado le heló la sangre. Encajaban con una precisión matemática obscena. Cada víctima ocupaba un vértice exacto del Símbolo. No era una aproximación; era geometría pura aplicada al dolor.

—Cada uno es un nodo —susurró Iván.

Las líneas comenzaron a aparecer solas en la pantalla, uniendo los puntos como si el algoritmo de Marusía hubiera estado esperando a que un humano fuera lo suficientemente inteligente —o lo suficientemente estúpido— para completar el dibujo.

—No elegían a las personas por quiénes eran —comprendió Iván, sintiendo un nudo en el estómago—. Las elegían por dónde estaban.

Abrió un nuevo archivo y añadió capas temporales. Fue entonces cuando un dato parpadeó en rojo, saltando desde el fondo del código fuente del MARUSÍA.EXE. Una fecha. 12 de noviembre.

Iván se echó hacia atrás, el corazón golpeándole las costillas. Era la fecha exacta de la desaparición de Lara. No era una coincidencia; el asesino había programado el inicio del fin usando el día en que el círculo de Orballo quedó abierto.

—Hijos de puta… —masculló.

El Símbolo no era una firma. Era un circuito cerrado que se alimentaba de la continuidad. Cada sacrificio activaba un nodo; cada muerte reforzaba la estructura. El Ciclo no se repetía: se estaba completando delante de sus ojos.

Iván apoyó los codos en la mesa y se llevó las manos a la cara. Recordó las palabras de Luna antes de huir de vuelta al sur: “No volveremos porque queramos. Volveremos porque el patrón despertará”. Tenía razón. El sistema no necesitaba fe, solo la presencia de los testigos adecuados.

El cursor parpadeó, sugiriendo un último punto para cerrar la figura. Iván, con el pulso tembloroso, añadió la ubicación actual de Uxía.

El diagrama se iluminó por completo, emitiendo un brillo blanco que inundó el despacho. —No… —susurró—. No es una víctima más.

Se levantó de golpe, apartando la silla con tal violencia que chocó contra la pared. Uxía no estaba colocada en un vértice externo, como Daniel o Mateo. Uxía estaba en el centro exacto. El eje sobre el que pivotaban los dos círculos.

—No quieren matarla —dijo en voz alta, dándose cuenta del verdadero horror—. La necesitan viva para que el Ciclo tenga conciencia.

El Ciclo exigía algo más que sangre esta vez. Necesitaba a alguien que hubiera sobrevivido al proceso, alguien que pudiera "cantar" la verdad y sostener el mito en el tiempo. Uxía era el puente.

Iván cogió el móvil y llamó a Sara. La respuesta fue inmediata.

—Sara, escúchame bien —dijo Iván sin preámbulos—. El símbolo no es ritual. Es ingeniería de datos. Cada víctima es un punto de anclaje. Uxía es el centro, el motor de todo. Si se la llevan al punto cero, el círculo se cierra para siempre.

Hubo un silencio pesado al otro lado de la línea. —¿Estás seguro de lo que estás viendo, Iván? —preguntó Sara con voz tensa.

—He encontrado la fecha de Lara en el código, Sara. Está todo ahí. Esto no va de repetir crímenes del pasado. Va de terminar la construcción.

Colgó y se quedó mirando la pantalla. El Símbolo brillaba con una calma casi hermosa. Demasiado perfecta. Demasiado humana. Iván entendió entonces que todo diagrama, por muy sólido que fuera, tenía un punto débil. Pero encontrarlo tendría un precio que quizá ninguno de ellos estaría dispuesto a pagar.

No todos saldrían vivos del centro del círculo.

Marusía.

Marusía es la lógica que se esconde detrás de la locura; el mapa de un destino que se escribe con sangre y se lee con algoritmos.

30. Sara Aguilar — La omertá

Casa do Pobo, Ribadeo. Domingo, 19 de marzo, 20:05 h.

La sala olía a humedad, serrín y café recalentado de muchas horas. Bajo la luz amarillenta de un fluorescente que zumbaba como un insecto atrapado, Sara se sentó frente a la mesa plegable de madera. Helena permanecía de pie, apoyada contra la pared del fondo, observándolo todo con los brazos cruzados y el rostro endurecido.

Del otro lado de la mesa estaban los empleados de la Casa do Pobo: el conserje, dos limpiadoras y una administrativa. Nadie se miraba entre sí. El silencio no era de respeto, era de plomo.

—Vamos a ser claros —empezó Sara, dejando sobre la mesa la carpeta con las fotos de la autopsia de Daniel, cerradas—. El símbolo apareció en la pared del salón el jueves. No estamos hablando de hace meses, ni de leyendas de los años setenta. Alguien tuvo que verlo.

Silencio. Solo el clic-clic del fluorescente.

—¿Nadie entró esa tarde? —insistió Sara, clavando la mirada en la administrativa—. ¿Nadie oyó ruidos? ¿Un coche en la plaza? ¿Alguien que no debería estar aquí?

La administrativa negó con la cabeza con una rapidez mecánica, casi espasmódica. —Non. Todo estaba normal. Aquí non entra ninguén que non sexa do pobo. (1)

Sara tomó nota, aunque sabía que la mujer mentía. Lo veía en el sudor de su labio superior.

—¿Y el conserje? —Sara se giró hacia el hombre—. Usted tiene las llaves. Usted cierra. —Eu marchei ás sete. Como sempre (2) —respondió él, carraspeando para aclarar una voz que le fallaba. —¿Seguro? Porque tenemos constancia de que alguien estuvo aquí después. Alguien que no es de aquí.

La limpiadora más mayor, que llevaba un rosario enrollado en la muñeca, apretó el bolso contra su pecho como si fuera un escudo. —Non sabemos nada. Somos xente traballadora. Non nos metemos en problemas (3).

Problemas. Ahí estaba la palabra clave. Para ellos, la justicia era un concepto abstracto; los "problemas" eran reales y tenían memoria.

Sara cerró la carpeta con un golpe seco que hizo que todos se sobresaltaran. —Escúchenme bien —dijo, bajando el tono de voz hasta que resultó peligroso—. Un niño ha muerto. Hemos descubierto que esto sigue un patrón que no se va a detener. Esto no va de política local. Va de proteger a los vivos. Va de Uxía.

Nadie respondió. El nombre de la niña pareció congelar el poco aire que quedaba en la sala. Helena dio un paso al frente, rompiendo su mutismo.

—Alguien dejó una huella de bota militar en este edificio —dijo Helena, señalando el suelo—. Una bota que no es de ninguno de ustedes. Alguien vio a ese hombre. ¿Quién es el Delgado?

El conserje levantó la vista por primera vez. Sus ojos estaban vidriosos, inyectados en sangre. Su labio inferior tembló. —Aquí sempre pasaron cousas —susurró, tan bajo que Sara tuvo que inclinarse—. Cousas que non se contan porque o mar escoita. —¿Por qué tienen tanto miedo? —preguntó Sara. El hombre tragó saliva, y por un momento, pareció que iba a confesar. —Porque quen fala… perde. E o que se perde na ría, nunca volve igual (4).

El silencio que siguió fue espeso, definitivo. No era un miedo individual; era un acuerdo colectivo de supervivencia. Una red de silencio tejida durante generaciones para convivir con el monstruo sin ser devorados por él.

Sara se levantó despacio. —Gracias por su tiempo. Si recuerdan algo, si su conciencia les impide dormir, ya saben dónde estamos.

Al salir al exterior, la noche había caído por completo sobre Ribadeo. La plaza estaba vacía, las ventanas de las casas de alrededor cerradas a cal y canto. Demasiado ordenado. Demasiado muerto.

—No van a hablar —sentenció Helena, ajustándose la chaqueta—. Aunque vean al asesino delante de su puerta, cerrarán la cortina. Sara miró la Casa do Pobo una última vez. El edificio, con sus ventanas oscuras, parecía un cráneo vacío observándolas. —Entonces tendremos que escuchar lo que dicen cuando creen que

nadie oye —respondió Sara—. Iván dice que Uxía es el centro. Si el pueblo la calla, es porque el pueblo es parte del círculo.

Mientras se alejaban hacia el coche, una ventana del primer piso de la Casa do Pobo se iluminó un segundo… una silueta recortada contra el cristal… y volvió a apagarse. Sara no se giró. Ya sabía lo que significaba. Estaban siendo cronometradas.

Marusía.
Marusía es el silencio de los que lo saben, pero no hablan; la omertá del salitre que prefiere un sacrificio a una verdad.

(1) No. Todo estaba normal. Aquí no entra nadie que no sea del pueblo.
(2) Salí a las siete. Como siempre.
(3) No sabemos nada. Somos gente trabajadora. No nos metemos en problemas.
(4) Aquí siempre han pasado cosas. Cosas que no se cuentan porque el mar escucha. Porque quien habla... pierde. Y lo que se pierde en la ría nunca vuelve igual.

31. Luna Lázaro — La carta

Casa de acogida de Ribadeo. Domingo, 19 de marzo, 22:30 h.

El sobre estaba apoyado en la repisa de la ventana, justo donde la pintura se desconchaba por la humedad. No había oído llamar. Nadie lo había entregado en mano. Simplemente estaba allí, como si la propia niebla lo hubiera depositado al pasar.

Luna lo observó durante unos segundos antes de atreverse a tocarlo. Papel blanco, gramaje grueso, sin sello ni remitente. Su nombre estaba escrito a mano con una caligrafía firme, elegante y extrañamente antigua.

Uxía dormía en la habitación contigua. El tarareo inquietante de la tarde había cesado hacía horas, dejándola exhausta, sumida en un

sueño que parecía más un desmayo que un descanso.

Luna cerró la puerta con cuidado y volvió al sobre. Lo abrió despacio, sintiendo el latido del corazón en la punta de los dedos. Dentro no había una carta, sino una fotografía.

Vieja. Mate. Los bordes ligeramente amarilleados por el tiempo.

Una niña de unos ocho años miraba a la cámara con un gesto serio, casi solemne. El pelo oscuro, recogido sin cuidado, y esos ojos… los mismos ojos que Luna veía cada vez que cerraba los suyos y se permitía recordar.

—Lara… —susurró, y el nombre sonó como una oración en el silencio de la habitación.

Le temblaron las manos de forma incontrolable. Ella conocía todas las fotos del expediente de búsqueda, cada imagen que la familia había facilitado durante la tragedia de Orballo. Pero esta no la recordaba. Esta no era una foto oficial. Era privada. Íntima.

Al girarla, encontró una frase escrita con tinta azul, con esa caligrafía que se enseñaba en las escuelas gallegas de antes:

Ela estache agardando. (1)

El estómago se le cerró de golpe. No decía "estaba", sino "está". Presente.

¿Esperando dónde? ¿En qué rincón de la ría se puede esperar durante años sin que el tiempo te devore?

Luna se sentó en el borde de la cama, la fotografía apretada contra el pecho como si quisiera proteger a la niña de la propia imagen. El pasado no había vuelto de golpe; la realidad era mucho peor: el pasado nunca se había ido. Había estado esperando pacientemente a que ellos regresaran.

Un ruido leve, como un roce de tela, resonó en el pasillo. Se levantó de inmediato, abrió la puerta de un tirón. Nada. Solo el fluorescente del pasillo parpadeando con su ritmo errático.

Regresó a la habitación y, bajo la luz de la mesilla, escrutó de nuevo la foto. Fue entonces cuando lo vio. En el fondo de la imagen, desenfocado detrás de Lara, en la pared de piedra de lo que parecía una cabaña o un cobertizo, había un detalle que antes le había pasado desapercibido.

Un trazo circular. Dos líneas concéntricas grabadas a cuchillo en la madera. El Símbolo.

Luna sintió que el aire de la habitación se volvía demasiado pesado, cargado de un salitre invisible. No era un recuerdo lo que tenía en las manos. Era una invitación formal al centro del diagrama que Iván había descubierto.

De pronto, un susurro llegó desde la ventana entreabierta. No venía de la habitación de Uxía. Venía de fuera, del vacío oscuro que era la ría de noche.

La melodía.

Muy baja. Casi un silbido. Como si alguien la tarareara para sí mismo mientras esperaba bajo la lluvia.

Luna cerró la ventana de golpe y echó el pestillo. Apoyó la espalda contra el cristal frío, respirando con dificultad. No lloró. No gritó. En ese instante comprendió la verdad más amarga de la Marusía.

El Ciclo no solo quería completarse con una víctima nueva. Quería que los que sobrevivieron la última vez estuvieran allí para verlo.

Marusía.
Marusía es la promesa de un reencuentro que solo puede traer dolor; el eco de una voz que nos llama desde el lugar donde el tiempo se detuvo.

(1) Ella te está esperando.

32. Helena Barreiro — El primer testigo

Archivo comarcal de Ribadeo. Lunes, 20 de marzo, 18:40 h.

El archivo olía a polvo viejo, a papel húmedo y a esa claudicación silenciosa que solo tienen los documentos que nadie quiere volver a leer. Helena siempre había pensado que los archivos no guardaban historia, sino errores que el tiempo se encargaba de sepultar.

Cerró la puerta metálica tras de sí y dejó la carpeta sobre la mesa de metal. Años noventa. Casos menores. Hallazgos "accidentales". Muertes que, en su día, no habían merecido titulares y que la justicia había despachado como accidentes de mar o imprudencias de juventud.

Pasó las hojas con método, sin prisa. No buscaba un nombre concreto; buscaba la geometría del patrón.

Accidentes en el puerto. Desapariciones breves. Cuerpos encontrados por casualidad entre las rocas de la costa. Y entonces, un nombre saltó de la página mecanografiada, repetido como un estribillo macabro.

Antón Varela. Alias: Antón "o Vello".

Helena frunció el ceño. Pasó a otro informe. 1994. Luego a uno de 2002. Otro de 2011. En todos ellos, Antón no figuraba como sospechoso, ni siquiera como testigo formal de la investigación. Siempre aparecía en la primera línea del parte policial, en esa nota al margen que nadie suele analizar:

"El cuerpo es localizado tras aviso de un vecino de la zona que faenaba de madrugada."

Vecino. Puerto. Madrugada. Antón.

Helena sacó una hoja amarillenta, con los bordes quemados por la humedad, y la leyó con una concentración absoluta.

Brais. Un niño de ocho años. Encontrado en las rocas de la ría en el invierno del 94.

El informe era el fósil de un ciclo anterior, una pieza de un puzzle que nunca se había llegado a completar. No decía mucho, pero para Helena era suficiente. Antón había sido quien encontró a Brais. El primero en verlo. El primero en tocarlo. El primero en avisar.

Igual que había pasado con otros tantos a lo largo de treinta años.

Helena apoyó los dedos sobre la mesa, sintiendo que el frío del metal le subía por los brazos. La evidencia se acumulaba ante ella, no como una revelación súbita, sino como una certeza física e incómoda. No era que Antón estuviera en todas partes por casualidad. Era algo mucho más oscuro.

El ciclo siempre lo elegía a él para mirar primero.

Antón era el Guardián. El que daba el aviso. El que ponía en marcha la maquinaria de la muerte al descubrirla. El que validaba el sacrificio ante los ojos del mundo.

Helena cerró la carpeta despacio, sintiendo que el aire del archivo se volvía irrespirable. Entendió algo que no figuraba en ningún informe policial: no importaba cuántas décadas pasaran ni cuántas víctimas se cobrara la ría. El tiempo no era una línea recta que se alejaba del dolor.

Era un círculo perfecto. Y Antón siempre estaba allí, sentado en su banco o en su barca, justo en el punto exacto donde el círculo se cerraba.

Helena salió del archivo con una sola idea grabada a fuego en su mente:

—Él no encuentra los cuerpos —murmuró mientras caminaba hacia el coche—. Él es quien los está esperando.

Marusía.
Marusía es la historia que siempre encuentra al mismo testigo; el ojo que observa cómo el mar devuelve lo que nunca debió llevarse.

33. Iván Lázaro — La letra que falta

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Lunes, 20 de marzo, 22:55 h.

El cuartel entero iba lento. No era una percepción subjetiva producto del cansancio; era un hecho medible. Las pantallas de los terminales en la planta baja tardaban segundos de más en responder, las bases de datos de la central se quedaban colgadas y la red interna parecía respirar con una dificultad asmática.

Iván lo había provocado.

Tenía el MARUSÍA.EXE abierto en tres entornos virtuales distintos, ejecutándose en paralelo, forzando al código a mostrar algo más que

su fachada inexpresiva. El archivo no se defendía como un malware común: no intentaba replicarse, no atacaba el núcleo del sistema, no buscaba una salida hacia internet. Simplemente resistía.

—Esto no es un programa —murmuró Iván, con los ojos inyectados en sangre—. Es una cerradura.

Tecleó una instrucción de fuerza bruta y el sistema respondió con una cadena cifrada que se burlaba de cualquier estándar. No era AES, ni RSA, ni nada que los protocolos militares actuales pudieran reconocer. Y, sin embargo, tenía una estructura matemática impecable. Patrones dentro de patrones. Repeticiones mínimas que seguían una progresión fractal, casi orgánica.

Iván se quedó quieto, las manos suspendidas sobre el teclado. Amplió el espectrograma del archivo sonoro oculto en el código, el mismo rastro de audio que había aparecido ligado a los dibujos de Uxía y a las últimas grabaciones de Leo Olmo. Las ondas no eran aleatorias.

—Es una partitura —susurró.

No era un virus diseñado para destruir infraestructuras. Era un mecanismo de activación. El MARUSÍA.EXE no ejecutaba el Ciclo; lo contenía, esperando la frecuencia adecuada para liberarlo.

Iván hizo correr una simulación rápida. Introdujo la versión incompleta de la melodía, la secuencia exacta de notas que Uxía tarareaba compulsivamente en la casa de acogida. El sistema reaccionó de inmediato. En la pantalla aparecieron picos de consumo eléctrico y una realimentación de datos peligrosa que hizo que el ventilador de su torre empezara a rugir.

Si intentaba forzar el cierre del círculo sin la secuencia completa, si el "input" era erróneo, el sistema no solo se apagaría. Colapsaría llevándose por delante la fuente.

Iván se reclinó en la silla, sintiendo un sudor frío empapándole la espalda. No necesitaban destruir el código desde fuera; necesitaban anularlo desde dentro. Y para eso hacía falta la letra final. La última frase de la melodía que nadie, excepto quizás quien habita en el centro del diagrama, conocía.

Sin esa última pieza, cualquier intento de detener la Marusía sería irreversible. Letal.

Miró el reloj. Casi las once de la noche. Pensó en Luna, lidiando con la fotografía de Lara. Pensó en Uxía, la niña que llevaba la llave de una prisión digital en su cabeza. Y pensó en Leo, que había muerto asegurándose de que Iván tuviera esta cerradura entre las manos.

—No eres solo un diagrama —dijo Iván, mirando el brillo azulado del monitor—. Eres una pregunta que lleva veinte años esperando ser respondida.

Y la respuesta tenía un precio que el código ya había calculado en vidas humanas. Iván cerró los ojos un segundo, comprendiendo que el final del camino no estaba en un servidor remoto, sino en el lugar donde la música y la sangre se encontraban.

Sabía que, cuando llegara el momento de introducir la última nota, no habría marcha atrás.

Marusía.
Marusía es la pregunta que solo tiene una respuesta letal; el código que espera la última palabra para dejar de ser silencio.

34. Sara Aguilar — El precio

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Martes, 21 de marzo, 09:10 h.

Sara cerró la puerta del despacho con una lentitud deliberada, como si el gesto pudiera amortiguar el peso de lo que iba a decir a continuación. Afuera, el cuartel bullía con una actividad nerviosa: teléfonos sonando, el tecleo incesante de Iván y pasos rápidos que resonaban en el pasillo. Dentro, solo quedaban ella y Luna.

Luna estaba sentada frente a la mesa, con los brazos cruzados y el rostro convertido en una máscara inexpresiva. Desde que había recibido la carta con la foto de Lara, algo en ella se había tensado hacia dentro, como un alambre de acero estirado hasta su límite, a punto de partirse.

—Iván cree que estamos cerca de entender la lógica del código —empezó Sara, yendo directa al grano, sin concesiones—. Pero hay una pieza que no tenemos. Un input que la máquina exige.

Luna no respondió. No necesitaba que se lo explicaran; sentía el vacío de esa pieza en sus propios huesos.

Sara apoyó las manos sobre la mesa, inclinándose hacia delante para invadir el espacio personal de Luna, obligándola a conectar. —La Melodía no está completa, Luna. Falta la última frase, la nota de cierre. Y esa parte… solo la conoce Uxía. Ella es la única que la ha escuchado hasta el final y ha vivido para recordarla.

Luna levantó la vista. Sus ojos eran dos pozos oscuros, cargados de un cansancio que el sueño no podía curar. —No es una grabadora, Sara —dijo con voz gélida—. Es una niña de ocho años que ha pasado por un infierno.

—Lo sé. Créeme que lo sé.

Sara respiró hondo, buscando las palabras exactas. Aquello no era un interrogatorio, ni siquiera una orden de mando. Era una súplica disfrazada de estrategia. —Tampoco es una testigo normal —continuó Sara—. Lo que lleva grabado en la memoria no se parece a nada que hayamos visto antes. Es un patrón, una frecuencia que Iván necesita para anular el sistema. Y tú eres la única persona en la que confía. La única a la que escucha.

Luna se levantó despacio y empezó a caminar por el reducido espacio del despacho, inquieta como un animal enjaulado. —Cada vez que sus tarareos se acercan a esa parte de la canción, se bloquea —explicó Luna, deteniéndose frente a la ventana—. Se asusta. Empieza a temblar, como si supiera que pronunciar esas últimas palabras fuera a invocar algo que no puede controlar.

Sara no la interrumpió. Dejó que el silencio hiciera su trabajo.

—Si la empujo… —Luna se giró, y su mirada era una mezcla de rabia y dolor—, si la obligo a cantar la melodía entera, no sé qué puede pasarle a su equilibrio mental. Podría romperse del todo, Sara.

Sara sostuvo su mirada con la firmeza de quien ya ha aceptado su propia condena. —Tampoco yo sé qué pasará si no lo hacemos.

Daniel ya ha muerto. Y el diagrama de Iván dice que el tiempo se agota.

El silencio cayó entre las dos, pesado y sucio como el lodo de la ría. No era una discusión; era la constatación de un sacrificio necesario. Afuera, alguien soltó una carcajada nerviosa que resultó obscena en ese contexto. Dentro, el aire parecía haberse detenido.

—¿Esto nos llevará a Lara? —preguntó Luna al fin, con la voz apenas audible.

Sara no respondió de inmediato. No podía permitirse el lujo de mentirle, no ahora. —Nos llevará a la verdad —dijo con solemnidad —. Y sé que en este maldito lugar, la verdad y Lara no siempre son lo mismo. Pero es el único hilo del que podemos tirar antes de que la niebla lo borre todo.

Luna cerró los ojos. La imagen de la foto, la de Lara niña aguardando en una penumbra de hace veinte años, le cruzó la mente como un rayo. Si aquella canción era la llave de la última puerta, estaba dispuesta a girarla.

—Incluso si duele —añadió Sara, casi como una advertencia.

Luna asintió lentamente, aceptando el trato con el diablo. —Hablaré con Uxía. Intentaré que salga de ella. Con cuidado. Sin forzarla más de lo estrictamente necesario.

Se volvió hacia la puerta, pero antes de salir se detuvo con la mano en el pomo. —Sara… si esto sale mal, si la niña sufre un daño irreversible por mi culpa…

—Lo cargaré yo —respondió Sara sin dudarlo un segundo—. En el informe, en mi conciencia y ante el juez. Como siempre.

Luna la miró un instante más, midiendo el peso real de esas palabras, y luego salió al bullicio del cuartel. Sara se quedó sola, rodeada de mapas y expedientes. Se permitió cerrar los ojos apenas un segundo, sintiendo el frío de la ría filtrándose por las paredes.

Sabía que acababa de cruzar una línea de la que no se vuelve.

Marusía.

Marusía es el precio de la verdad; la moneda de sangre y silencio que hay que pagar para cerrar el círculo.

35. Sara Aguilar — La fianza

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Martes, 21 de marzo, 18:42 h.

La notificación entró en la bandeja de entrada sin dramatismo. Era un correo oficial, frío, con el membrete del juzgado y un lenguaje aséptico que convertía el horror en trámite. Sara lo leyó una sola vez. No necesitó una segunda vuelta para comprender el alcance del desastre.

Marcos Rivas había salido en libertad bajo fianza.

No era una libertad provisional vigilada ni una medida excepcional por falta de pruebas. Era, simplemente, una fianza. Como si todo lo ocurrido, como si el rastro de sangre que conectaba Málaga con Ribadeo, pudiera resumirse en una cifra de cinco ceros y una firma temblorosa en un acta judicial.

Sara cerró el portátil de un golpe seco. El sonido metálico resonó en la oficina como un disparo y varias cabezas se giraron hacia su despacho. Nadie se atrevió a decir nada.

—No puede ser —murmuró Helena desde la mesa contigua, poniéndose de pie de inmediato al ver la cara de su compañera—. Con los indicios que Iván extrajo del terminal… con la conexión de las Claras…

—Claro que puede, Helena —respondió Sara con una calma peligrosa, de esas que preceden a las tormentas que hunden barcos —. Siempre puede.

Caminó hasta la ventana que daba al puerto. Las luces de los pesqueros empezaban a encenderse, parpadeando sobre el agua oscura. El mismo paisaje que Sara había contemplado tantas veces pensando que el Norte era una huida, un refugio donde recomponerse de los errores del pasado. Mentira. El pasado no solo la había alcanzado; se estaba burlando de ella en su propia cara.

Visualizó a Rivas sonriendo con aquella suficiencia insoportable en la sala de interrogatorios. Rivas negándolo todo con la tranquilidad de quien sabe que el sistema tiene grietas diseñadas a su medida. Rivas prometiendo, sin necesidad de palabras, que ninguna cadena iba a sujetarlo durante mucho tiempo.

Orballo no había sido un error de procedimiento. Había sido un aviso.

—¿Sabes qué es lo peor? —dijo Sara, sin girarse hacia su compañera—. Que ni siquiera me sorprende. He sentido ese mismo nudo en el estómago cada vez que nos acercábamos demasiado a la cima de la pirámide.

Helena se acercó despacio, respetando el espacio de Sara.

—Esto no invalida lo que estamos descubriendo aquí, Sara. Solo lo hace más difícil.

Sara soltó una risa breve, un sonido seco y carente de cualquier rastro de humor.

—No, Helena. Lo que esto nos dice es exactamente con quién estamos jugando. El Ciclo no solo mata a través de ejecutores como el Delgado; el Ciclo se protege a través de las instituciones. Mientras nosotros contamos muertos y analizamos coordenadas, ellos cuentan recursos. Abogados de élite. Plazos procesales. Fianzas de última hora.

Helena asintió, apretando la mandíbula hasta que le dolió.

—Rivas no se ha ido —sentenció—. Solo ha cambiado de posición en el tablero.

—Exacto —respondió Sara—. Y ahora sabe que sigue siendo intocable. Que puede pasear por Ribadeo o por Málaga mientras nosotros esperamos a que un juez nos firme una orden de registro que llegará tarde.

Durante unos segundos, ninguna de las dos habló. El zumbido intermitente del fluorescente llenó el espacio, molesto y persistente, como la propia duda que empezaba a carcomer el cuartel. Sara respiró hondo, obligándose a bajar las pulsaciones, a convertir la rabia en frío.

—En el caso Orballo pensé que habíamos llegado tarde por incompetencia —dijo en un susurro—. Ahora sé que llegamos a tiempo, pero no nos dejaron entrar del todo. Alguien cerró la puerta desde dentro.

Cogió su chaqueta de la silla y comprobó el cargador de su arma reglamentaria por puro instinto.

—Si el Ciclo necesita la impunidad para sobrevivir —añadió, volviéndose hacia Helena con una mirada de acero—, entonces la propia impunidad es la pista más clara que tenemos. Significa que estamos mirando en la dirección correcta.

Helena la miró con una mezcla de preocupación y un respeto renovado.

—¿Qué vas a hacer, Sara? La ley dice que no podemos tocarlo.

Sara abrió la puerta del despacho, lista para salir a la noche de Ribadeo.

—La ley los protege, pero no me prohíbe a mí no perderles de vista. Ni un segundo. Nunca más.

Porque si la ley protegía a los monstruos que vestían traje y corbata, ella tendría que aprender a mirar en las grietas donde la justicia prefería cerrar los ojos.

Marusía.
Marusía es la impunidad que usa la ley para protegerse; el círculo que no se rompe porque quienes deberían hacerlo sostienen el compás.

36. Helena Barreiro — El privilegio

Flashback (Orballo). Comandancia de la Guardia Civil, Lugo. Jueves, 12 de octubre, 23:18 h.

El clic de las esposas sonó definitivo. O eso fue lo que Helena quiso creer en aquel entonces, cuando todavía pensaba que la ley era un muro y no una membrana permeable.

Marcos Rivas levantó las manos con una lentitud estudiada, casi elegante, como si el gesto formara parte de una coreografía ensayada mil veces frente a un espejo. No opuso resistencia. No preguntó por sus derechos. No negó las acusaciones que pesaban sobre él. Se limitó a sonreír.

Helena le sostuvo la mirada mientras el agente de custodia le ajustaba el metal frío en las muñecas. En sus años de servicio, había aprendido a oler el miedo en los detenidos: las pupilas dilatadas por la adrenalina, la respiración corta, el sudor agrio que empapaba los cuellos de las camisas. En Rivas no había nada de eso. Estaba en paz. Demasiada paz.

—¿Sabe de qué se le acusa, señor Rivas? —preguntó el instructor, cumpliendo con el protocolo mecánico de la lectura de derechos.

—De lo que haga falta —respondió Rivas, con una voz aterciopelada que erizó la piel de Helena—. Ya se pondrán de acuerdo entre ustedes y el juez para ponerle un nombre al trámite.

Su mirada se desvió entonces hacia Helena. No fue un movimiento accidental; fue una elección táctica.

—¿Está segura de que quiere hacer esto, inspectora? —le dijo, bajando el tono como si compartieran una confidencia—. Piénselo bien. Hay puertas que, una vez abiertas, no permiten volver a salir.

Helena dio un paso al frente, acortando la distancia para demostrar que no le temía.

—Llévenselo —ordenó secamente.

Mientras lo conducían por el pasillo de baldosas blancas, Rivas giró la cabeza lo justo para asegurarse de que ella seguía allí, observándolo. Sus ojos no mostraban el odio visceral del criminal que ha sido cazado. Mostraban una certeza matemática.

—Nos volveremos a ver —dijo, y su voz resonó en el pasillo vacío —. Gente como yo siempre vuelve. Es una cuestión de física, inspectora.

El eco de sus palabras quedó flotando en el aire viciado de la comandancia mucho después de que la puerta del calabozo se cerrara con un estruendo metálico. Helena no respondió. No porque le faltaran argumentos, sino porque en ese instante comprendió algo

devastador: aquello no era una amenaza. Era una descripción exacta del sistema.

Horas después, sola en la sala de informes bajo el zumbido de los ordenadores, repasó las pruebas. ADN, declaraciones, indicios sólidos que conectaban a Rivas con la red de Orballo. Todo estaba ahí. Todo era correcto. Todo era legal.

Y, aun así, sintió un vacío gélido en el estómago. No era duda sobre su trabajo, era intuición sobre el mundo. La justicia, pensó Helena mientras guardaba sus cosas, funciona como una red de pesca: atrapa a los pequeños y a los descuidados, pero los grandes depredadores nacen conociendo la ubicación exacta de los agujeros.

Aquella noche, antes de marcharse, Helena sacó el cuarzo blanco del bolsillo y lo sostuvo entre los dedos, buscando su frío contacto mineral. No creía en supersticiones, pero sí en las señales que el cuerpo reconoce mucho antes que la razón.

Rivas volvería. No porque fuera inocente, ni porque el trabajo de ellas hubiera sido deficiente. Volvería porque el privilegio es un ciclo que nunca deja de girar.

Marusía.
Marusía es el privilegio que siempre regresa; la sombra que sabe que, tarde o temprano, el sol volverá a ponerse.

37. Helena Barreiro — La sonrisa

Urbanización privada, afueras de Ribadeo. Miércoles, 22 de marzo, 10:15 h.

La casa de Marcos Rivas no gritaba riqueza. La susurraba con una elegancia que resultaba ofensiva. Era una construcción baja, de líneas limpias, madera tratada y piedra clara, integrada en el acantilado como si siempre hubiera pertenecido allí. No había ostentación innecesaria. Solo control absoluto. El tipo de lugar donde

nada parecía fuera de sitio porque el caos no tenía permitido el paso.

Helena aparcó el coche sin prisas. No llevaba uniforme, ni placa a la vista, ni el arma reglamentaria asomando por el cinturón. Solo sentía el peso del cuarzo blanco colgado al cuello, oculto bajo el jersey negro. Su amuleto contra el cinismo.

Llamó al timbre una sola vez. La puerta se abrió casi de inmediato, como si él hubiera estado contando sus pasos desde que entró en la urbanización.

Rivas estaba impecable. Una camisa de lino azul claro con las mangas remangadas con un descuido que le había costado tiempo ensayar. No parecía un hombre que acabara de pasar noches en un calabozo, sino alguien que regresaba de unas vacaciones cortas tras ganar una apuesta contra el sistema.

—Sabía que vendrías, Helena —dijo, y su sonrisa era una herida abierta en su rostro—. Siempre sois incapaces de dejarlo estar. Os obsesiona el cierre, cuando la vida es solo una sucesión de nudos.

Helena no respondió. Entró en la casa sin esperar invitación, obligándolo a dar un paso atrás. El interior era aún más aséptico que la fachada. Sin fotografías familiares, sin recuerdos personales, sin pasado visible. Un espacio diseñado para alguien que no quería dejar huellas.

—Te han soltado rápido —dijo ella por fin, su voz sonando como un latigazo en el salón minimalista.

—La ley funciona, inspectora —respondió Rivas, señalando una cafetera de diseño que humeaba en la cocina—. A veces, incluso funciona para quienes la conocen mejor que los propios legisladores.

Cerró la puerta tras ella con suavidad, un gesto casi íntimo.

—¿A qué has venido realmente? —preguntó él, cruzándose de brazos—. ¿A mirarme a los ojos y comprobar si el monstruo que habéis dibujado en vuestras pizarras del cuartel coincide con la realidad?

Helena lo observó en un silencio denso. No buscaba grietas evidentes; sabía que un hombre como él no las tenía. Buscaba la vibración de una mentira, pero Rivas era coherente incluso en su soberbia.

—Has vuelto justo cuando el Norte vuelve a arder —soltó ella—. Justo cuando los niños vuelven a cantar melodías que deberían estar enterradas. Demasiadas casualidades, incluso para alguien como tú.

Rivas soltó una risa corta y limpia.

—Eso es lo fascinante de las casualidades, Helena. Siempre dependen de cuánto miedo tenga el que las observa.

Se acercó lo suficiente para invadir su espacio personal, permitiendo que ella oliera su perfume caro, una fragancia que ocultaba el rastro de salitre de la ría.

—No tienes nada contra mí. Ni una huella, ni un testigo, ni un rastro digital que no haya sido ya desestimado. Y lo sabes.

Helena sintió el frío del cuarzo contra su pecho. Parecía quemarle la piel.

—Aún —fue todo lo que dijo.

La sonrisa de Rivas se ensanchó apenas un milímetro, una expresión de triunfo que no necesitaba palabras.

—Siempre llegáis tarde, inspectora. Es vuestra naturaleza. Correr tras el eco cuando el disparo ya se ha producido.

Se apartó con elegancia, señalando el camino hacia la salida como si ella fuera una visita que ya había agotado su tiempo.

—Ten cuidado —añadió mientras ella caminaba hacia la puerta—. Este sitio tiene memoria. Y el Norte no suele ser amable con quienes hacen demasiadas preguntas sobre lo que el mar prefiere guardar.

Helena se detuvo en el umbral, sin girarse.

—No me interesa tu memoria, Rivas. Me interesa lo que intentas ocultar bajo el hormigón de esta casa.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Helena supo que la sonrisa de él seguía allí, intacta, flotando en la penumbra del salón. Caminó hacia el coche con una certeza más pesada que cualquier informe policial: Marcos Rivas no era el origen de la Marusía, pero era el arquitecto que se aseguraba de que los cimientos nunca cedieran.

Marusía.

Marusía es la risa que se burla de quienes la desafían; el recordatorio de que el mal más peligroso es aquel que sabe dar la mano y sonreír.

38. Iván Lázaro — La cerradura

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Miércoles, 22 de marzo, 22:56 h.

El cuartel entero respiraba mal. Las luces de los pasillos parpadeaban con un pulso irregular, como si el edificio mismo estuviera sufriendo una arritmia. Iván llevaba incontables horas frente a la pantalla, sin levantarse, sin comer, sin ser consciente de que sus dedos estaban entumecidos por la tensión de las teclas.

El MARUSÍA.EXE no se dejaba abrir. Se dejaba rodear, como una fortaleza que permite que el enemigo camine por el foso pero le impide cruzar el puente.

—No eres un archivo —murmuró Iván, con la voz quebrada por la falta de agua—. Eres una cerradura de combinación.

Rebobinó el proceso de descompilación. Línea a línea. Ya no buscaba instrucciones lógicas, sino la intención del programador original. El código no estaba diseñado para ejecutarse una sola vez; estaba programado para latir en segundo plano. Dormía, igual que el mar cuando finge estar en calma antes de una galerna.

Iván activó un filtro de análisis temporal: la capa de datos que no se activaba con el reloj del sistema, sino con fechas históricas. Ahí fue cuando el monitor vomitó la verdad.

Dos picos de actividad masivos. Dos ventanas de ejecución separadas exactamente por décadas de silencio.

—Dos ciclos… —susurró, sintiendo un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura de la sala.

Superpuso los datos de las víctimas sobre la línea de tiempo. Las Claras en Málaga, Lara en el pasado, Mateo, Daniel. El mapa de puntos no formaba una secuencia lineal, sino un mecanismo de engranajes.

El símbolo apareció de nuevo en la pantalla: los círculos concéntricos, perfectos, inmutables. Iván ya no lo veía como un dibujo ritual o una marca de un culto. Lo veía como un plano de ingeniería. Cada víctima no era solo un sacrificio; era un diente de la llave que permitía que el engranaje girara un milímetro más.

—No están repitiendo la historia —dijo, con un nudo en la garganta—. La están perfeccionando.

Abrió un modelo de simulación solapando las dos épocas. El ciclo antiguo y el nuevo no eran independientes: se necesitaban. El actual estaba diseñado para corregir las desviaciones del anterior. Para ajustar los cabos sueltos que la inexperiencia de hace veinte años había dejado colgando.

Lara.

El sistema marcaba su expediente con un color distinto. Una anomalía.

—No estabas prevista para sobrevivir tanto tiempo en el recuerdo… —murmuró Iván.

Su desaparición había sellado el ciclo de los noventa de forma chapucera, imperfecta. Por eso la Marusía había migrado. Por eso se había refugiado en los servidores de Málaga y ahora regresaba al Norte con una eficiencia renovada. El Ciclo no buscaba venganza ni sangre al azar; buscaba precisión algorítmica.

Iván se recostó en la silla, mareado por la luz azul del monitor.

—Sois peores que una secta… sois un proceso que se auto optimiza.

Y como todo proceso, tenía una función de salida final. El cursor parpadeó sobre la línea que faltaba, el espacio en blanco que pedía el último comando.

INPUT REQUIRED: FINAL_SEQUENCE (LYRICS_MISSING)

La Melodía. La letra completa que Uxía guardaba bajo llave en su trauma. Iván cerró los ojos un segundo. Pensó en Luna intentando

proteger a la niña, en Leo muerto por entregarle aquel disco duro, en Sara rompiéndose contra el sistema legal.

El sistema no podía destruirse desde fuera. Había que obligarlo a terminar. O forzar un error crítico.

Abrió una nueva carpeta en la raíz del sistema y la nombró sin dudarlo:

INVERSIÓN.

En ese instante, el suelo del cuartel pareció vibrar, apenas un segundo, como si algo —o alguien— hubiera detectado que Iván le estaba devolviendo la mirada al abismo. El ventilador del ordenador subió de revoluciones, emitiendo un silbido agudo.

Iván sonrió sin una pizca de alegría.

—Vale —susurró a la pantalla—. Si queréis un ciclo perfecto, vamos a daros uno que no podáis controlar.

Marusía.
Marusía es la historia que se repite para corregir errores; el algoritmo que no se detiene hasta que el círculo es una herida perfecta.

39. Luna Lázaro — La última frase

Casa de acogida, Ribadeo. Miércoles, 22 de marzo, 23:41 h.

Uxía estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared fría y las rodillas recogidas contra el pecho, como si intentara ocupar el mínimo espacio posible en el mundo. Delante de ella, una hoja en blanco y un lápiz de cera negro que no había tocado en horas.

Luna se sentó a su lado, imitando su postura, dejando que sus hombros se rozaran apenas. Había aprendido que el silencio, con los

niños rotos, no era una ausencia de comunicación: era un idioma complejo que requería paciencia.

—Uxía… —dijo Luna al cabo de un largo rato—. ¿Te acuerdas de la canción?

La niña no respondió de inmediato. Sus dedos empezaron a moverse sobre el parqué, lentos, trazando círculos invisibles. Uno dentro de otro. Siempre la misma geometría. Siempre el mismo destino.

—No pasa nada si no quieres —añadió Luna con suavidad—. Solo… cántala como la recuerdas. Como cuando estás sola en tus sueños.

Uxía levantó la vista. Sus ojos no estaban perdidos en el vacío; estaban ocupados procesando algo que los demás no podían ver. Abrió la boca con un movimiento mecánico.

Y la melodía salió.

No era una voz infantil. No era dulce, ni desafinada, ni juguetona. Era una música antigua, monótona y cargada de un salitre invisible, como un rezo aprendido antes incluso de saber hablar. Las notas se repetían con una precisión matemática que hizo que a Luna se le erizara la piel. Era la música que Iván veía en su espectrograma convertida en sonido humano.

Luna sacó el móvil despacio y activó la grabadora.

Uxía cantaba sin apenas respirar, con la mirada fija en un punto inexistente de la habitación. La melodía fluía, completa, rítmica, cerrando círculos sobre sí misma… hasta que llegó al final.

Ahí, la voz de la niña se quebró en seco, como si hubiera chocado contra un muro de cristal. El silencio que siguió fue más violento que cualquier grito.

—Sigue —susurró Luna, dándose cuenta de que ella también estaba conteniendo el aliento—. Falta una frase. Solo una.

Uxía negó con la cabeza con un espasmo de terror.

—No puedo. No debo.

—¿Por qué, pequeña?

La niña se llevó las manos a las orejas, apretando con fuerza.

—Porque ahí… —tragó saliva y sus ojos se llenaron de lágrimas— … ahí es donde pasa lo malo.

El tarareo regresó de inmediato, pero esta vez era nervioso, errático, como el aleteo de un animal atrapado en una red.

—¿Quién te enseñó esa canción, Uxía? ¿Fue el hombre de las botas?

—Él. —La voz de la niña era un hilo—. El amigo que espera en la ría.

—¿Qué dice ese amigo?

—Dice que si la canto entera… —Uxía bajó el tono hasta que fue casi un susurro— …alguien se va para que otro pueda volver.

Luna sintió un impacto en el pecho. Pensó en Lara, perdida en el ciclo anterior. Pensó en Daniel, que ya se había ido. Entendió que la última frase no era parte de la canción, era el comando de ejecución que el algoritmo de Iván estaba esperando.

—Escúchame —dijo Luna, agarrándole las manos para que dejara de apretarse las sienes—. Pase lo que pase, no estás sola. Yo estoy aquí. Sara está aquí. ¿Me oyes?

Uxía la miró por primera vez con una lucidez aterradora.

—¿Tú también oyes la canción cuando duermes, verdad?

La pregunta atravesó todas las defensas de Luna. La devolvió a las pesadillas de los últimos veinte años.

—Sí —confesó Luna en un susurro—. Y por eso tenemos que terminarla. Para que deje de sonar.

Uxía no volvió a cantar. Se limitó a coger el lápiz y dibujar en la hoja: los círculos concéntricos de siempre, pero esta vez añadió un trazo nuevo. Un círculo más, incompleto, roto por un punto diminuto que parecía una salida o una entrada.

La última frase seguía oculta tras el miedo.

Luna guardó el móvil. Sabía que Iván iba a escuchar aquella grabación como quien estudia un mapa con el tesoro borrado por la sangre. La clave para detener el MARUSÍA.EXE estaba en ese silencio final.

Y el Delgado, desde algún lugar de la niebla, sabía que estaban a punto de encontrarla.

Marusía.
Marusía es el miedo que no permite que se cante el final; el nudo en la garganta que protege al monstruo.

40. Sara Aguilar — La duda

Casa de acogida, Ribadeo. Jueves, 23 de marzo, 00:28 h.

La casa dormía a trompicones, bajo el peso de un silencio que no traía descanso. Un pasillo en penumbra, una luz encendida al fondo y el murmullo constante de la ría filtrándose por los marcos de las ventanas. Sara encontró a Luna en la pequeña cocina, sentada frente a una taza de té ya frío, observando la pared con la fijeza de quien espera que una grieta le dé la respuesta.

—Uxía se ha dormido —dijo Luna, sin necesidad de girarse para saber quién entraba.

—Mejor —respondió Sara, apoyándose en el marco de la puerta —. Tenemos que hablar de lo que viene ahora.

Luna alzó la mirada. Tenía los ojos enrojecidos, pero no por el llanto, sino por el esfuerzo sobrehumano de contener todo lo que la grabación de la niña había removido en su interior.

—He escuchado el audio —continuó Sara, bajando la voz—. Iván también. No es solo un trauma infantil, Luna. Es una estructura técnica. Una clave que se activa con la voz.

—Lo sé. Lo he sentido mientras cantaba.

Sara dudó un segundo. No le gustaba este tipo de conversaciones que no se apoyaban en balística ni en huellas dactilares, pero había aprendido que en el Norte, ignorar la intuición era otra forma de ceguera profesional.

—El nombre de Antón "o Vello" aparece en cada informe que Helena ha rescatado del archivo —dijo al fin, soltando el anzuelo—. Siempre cerca de los cuerpos. Siempre el primero en dar el aviso. Siempre fuera de foco, como parte del paisaje.

Luna negó con la cabeza de inmediato, con un gesto casi violento.

—No. Ni lo pienses.

—Luna, escúchame—

—No puede ser él —la interrumpió con una rabia contenida—. Es solo un viejo del puerto. Alguien que da pan a los gatos y ayuda a los críos a desenredar los aparejos. No encaja con el perfil de un asesino, ni de un Delgado, ni de nada que huela a sangre.

—Precisamente por eso encaja —replicó Sara con frialdad—. Porque nadie lo ve como una amenaza. Es el testigo perfecto porque es invisible para la sospecha.

Luna se levantó bruscamente, haciendo que la silla chirriara contra el suelo.

—¿Sabes lo fácil que es señalar a alguien así? —dijo, dando un paso hacia Sara—. Un mito, un rumor, un anciano que habla solo… y ya tenéis un monstruo cómodo para cerrar el caso y sentiros a salvo.

Sara mantuvo la calma, aunque el tono de Luna era un desafío directo. Sabía que no estaba discutiendo solo con su compañera, sino con el último vestigio de inocencia que Luna conservaba sobre Ribadeo.

—No te estoy pidiendo que lo condenes —dijo Sara—. Te estoy pidiendo que dejes de protegerlo en tu cabeza y lo mires como lo que es: el único hilo común entre la desaparición de Lara y la muerte de Daniel.

—Lo he mirado toda mi vida —respondió Luna con la voz quebrada—. Y nunca vi nada más que soledad.

El silencio que siguió fue denso, cargado de una electricidad estática que hacía que el vello de los brazos se erizara. Sara dio un paso hacia ella y bajó el tono hasta que fue casi un susurro.

—Los peores líderes no gritan, Luna. No necesitan mancharse las manos. Custodian la tradición. Esperan el momento. Dejan que los

"Delgados" hagan el trabajo sucio mientras ellos se sientan en un banco a ver cómo sube la marea.

Luna apretó los puños.

—Si te equivocas con esto, Sara… si destruyes a la única persona que fue buena conmigo cuando todo se hundió, romperás algo que no se podrá recomponer jamás.

—Y si no me equivoco —respondió Sara con una dureza terminal —, llevamos treinta años mirando al lugar equivocado mientras el monstruo nos daba los buenos días cada mañana.

Luna apartó la mirada, incapaz de sostener el duelo.

—No estoy lista para que sea él. No puedo.

Sara asintió. No insistió más. Sabía que forzar una verdad antes de tiempo era la forma más rápida de perder a un aliado.

—Solo prométeme una cosa —dijo, caminando hacia la salida—. Si ves algo en su casa o en el muelle que no encaje… no lo tapes. No por Lara.

Luna no respondió. Se quedó sola en la cocina, con el frío del té y el peso de una sospecha que ya no podía ignorar. Desde la habitación de Uxía, un tarareo bajo y rítmico cruzó el pasillo, un eco que no pertenecía a ningún sueño infantil.

La duda ya estaba dentro, y la Marusía se alimentaba precisamente de eso.

Marusía.
Marusía es la duda que divide a quienes deberían unirse; la niebla que se mete entre dos personas hasta que dejan de reconocerse.

41. Iván Lázaro — El ruido blanco

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Jueves, 23 de marzo, 01:36 h.

Iván escuchó la grabación de Luna con los ojos cerrados. No lo hacía para concentrarse mejor, sino porque no soportaba mirar el brillo azulado de la pantalla mientras la voz de Uxía, cargada de una madurez traumática, llenaba el laboratorio informático. Había algo profundamente antinatural en aquella melodía: no seguía una escala reconocible, no buscaba la armonía y, sobre todo, no resolvía.

Era una música puramente funcional. Una herramienta.

Rebobinó el archivo. Una vez más. Luego aisló la pista de audio y la pasó por el analizador de espectro de alta resolución. En el monitor, la melodía de Uxía se fragmentó en picos irregulares, como el relieve de una costa abrupta vista desde un satélite.

—No es la canción en sí —murmuró Iván, con la voz seca—. Es lo que queda atrapado entre las notas.

Amplificó el ruido blanco de fondo. Utilizó un filtro de fase para eliminar la voz de la niña y la melodía principal. Dejó el espectro desnudo. Y entonces, apareció.

Una secuencia mínima, casi invisible al oído humano, pero constante. No era sonido aleatorio ni estática de la grabación; era un pulso repetido con una precisión de nanosegundos. No era ritmo. Era información.

Iván abrió una terminal de comandos y tradujo esa frecuencia a valores binarios. Los números comenzaron a alinearse en la pantalla como soldados que hubieran estado esperando en la oscuridad durante décadas.

—Hijos de puta… —susurró, sintiendo un frío metálico en el estómago.

Las cifras formaron una cadena de datos reconocible. No era un mensaje de texto ni una confesión. Eran coordenadas geográficas puras.

Las introdujo en el mapa digital de la ría. El cursor saltó de inmediato hacia la costa, apenas a dos kilómetros de la Casa do Pobo, en una zona de acantilados que los lugareños evitaban por la peligrosidad de las corrientes: una grieta profunda en la roca viva, conocida en las leyendas locales como el "Respiradero".

—Ahí estáis —susurró Iván, viendo cómo el punto rojo parpadeaba sobre el vacío del mapa.

Volvió a reproducir la grabación. Ahora entendía con una claridad aterradora por qué Uxía se detenía siempre antes de la última frase. La melodía no terminaba porque el "paquete de datos" estaba incompleto. El pulso digital se cortaba justo antes de dar el último decimal de la posición exacta.

No era un error de la niña. Era una protección del propio sistema. El Ciclo se aseguraba de que nadie llegara al corazón del diagrama sin haber aceptado primero el final de la canción. Sin haber aceptado el sacrificio.

Iván apoyó la frente contra la mesa, sintiendo el calor de los procesadores trabajando al límite. Pensó en Leo Olmo. En cómo su amigo se había desvivido por desencriptar aquel disco duro sin saber que cada byte que rescataba lo acercaba más al centro de la telaraña. El sistema no castigaba la curiosidad; se alimentaba de ella para autoejecutarse.

Escribió un mensaje corto en el grupo cifrado con Sara y Luna:

"Tengo coordenadas. Parciales. Apuntan al Respiradero. No vayáis solas. Alguien ha diseñado esta canción para que sea un mapa."

El cuartel volvió a vibrar por el paso de un camión lejano o quizá, como pensó Iván, porque el edificio mismo estaba conteniendo la respiración ante lo que acababa de despertar.

Guardó el archivo bajo un nombre nuevo: UBICACIÓN_01.

Sabía que faltaba la segunda parte. La frase que Uxía no se atrevía a pronunciar. La que cerraba la puerta.

Marusía.

Marusía es la melodía que esconde la ubicación; el mapa de sangre que se dibuja en el aire cuando alguien se atreve a cantar.

42. Helena Barreiro — La nave

Polígono industrial abandonado, afueras de Ribadeo. Jueves, 23 de marzo, 03:12 h.

Helena apagó las luces del coche antes de enfilar la última curva del camino de tierra. A lo lejos, la nave emergía de entre la maleza como un animal varado: chapa oxidada, ventanas que parecían cuencas vacías y una puerta corredera a medio cerrar. No había rótulos ni logotipos. No los necesitaba. Los lugares destinados a ciertas reuniones nunca se anuncian; simplemente se conocen.

Había seguido el rastro de Marcos Rivas desde que salió de su casa, manteniendo la distancia justa para que su coche se fundiera con la oscuridad del Norte. El vehículo de él —un deportivo demasiado limpio para el barro y el salitre— estaba ahora aparcado junto a otros dos todoterrenos sin matrícula visible.

Demasiadas precauciones para una charla inocente de madrugada.

Helena salió del coche con movimientos felinos. El cuarzo blanco pesaba más de lo habitual contra su pecho, un frío intenso que parecía reaccionar a la atmósfera eléctrica del lugar. Se movió pegada a la pared exterior, contando cada paso, controlando su propia respiración para que no delatara su posición entre las sombras.

Desde el interior de la nave llegaban voces amortiguadas. Voces masculinas, serenas, carentes de cualquier rastro de nerviosismo. No estaban discutiendo; estaban acordando.

Se asomó por una de las ventanas rotas, protegiendo sus manos de los cristales astillados. El interior estaba iluminado por focos portátiles que creaban sombras alargadas y grotescas sobre las paredes de hormigón. Reconoció a Rivas de inmediato: impecable, hablando con autoridad. Pero fue la figura que estaba a su lado la que hizo que Helena contuviera el aliento.

No era un hombre corriente. Era una masa de sombra que parecía absorber la luz de los focos. Alto, desmesuradamente largo de brazos, con una envergadura que hacía que el propio Rivas pareciera insignificante a su lado. Se movía con una lentitud calculada, como un depredador que no tiene prisa porque sabe que su presa no tiene escapatoria. Su rostro, marcado por el clima del Norte, permanecía impasible bajo la luz amarillenta.

El Delgado.

No necesitaba ni la placa ni nombre. Su postura —esa tensión de gigante en reposo— era la de alguien acostumbrado a ser el último muro antes del abismo.

—No podemos permitir otro error como el de hace veinte años —decía una voz profunda que Helena no logró identificar—. Esta vez el círculo tiene que cerrarse sin fisuras.

Rivas asintió despacio, observando una tablet que sostenía en la mano.

—Se cerrará —respondió con una frialdad que helaba la sangre—. Todo está alineado. La niña. El lugar. El tiempo. El algoritmo de Iván incluso nos está ayudando a limpiar el ruido.

Helena sintió un escalofrío seco recorrerle la columna.

—¿Y si la Guardia Civil llega antes de lo previsto? —preguntó un tercero desde la penumbra.

Rivas sonrió. Incluso desde su escondite, Helena pudo ver el brillo de superioridad en sus ojos.

—Siempre llegan tarde, es parte de su naturaleza. Corren detrás de fantasmas mientras nosotros movemos la carne.

El Delgado dio un paso al frente, ajustándose un guante táctico.

—Yo me encargo de la parte sucia en el Respiradero. No habrá testigos esta vez.

No hubo réplica. Nadie lo contradijo. El plan estaba sellado.

Helena retrocedió un paso, intentando asimilar la magnitud de lo que acababa de escuchar. Pero el destino es caprichoso: el suelo, sembrado de escombros, crujió bajo su bota. Un sonido mínimo, apenas el estallido de una rama seca. Fue suficiente.

La puerta de la nave se abrió de golpe, bañando el exterior con un haz de luz violento.

—¡Eh! ¡Hay alguien ahí!

Helena echó a correr.

Las luces de los todoterrenos se encendieron a su espalda. Escuchó gritos y el sonido de pies golpeando el metal. El Delgado

salió disparado tras ella con una velocidad aterradora para su envergadura. Helena giró una esquina, saltó un montón de palés podridos y rodó por el suelo de grava, sintiendo cómo las piedras le desgarraban la piel.

Sintió el impacto de una mano rozándole el abrigo justo antes de lanzarse entre dos edificios contiguos, hacia la oscuridad absoluta del polígono muerto. No se detuvo. Corrió hasta que sus pulmones ardieron y el sabor a sangre inundó su boca. El sonido de los pasos se detuvo de repente.

Un silencio demasiado limpio. Demasiado táctico.

No paró hasta llegar a su coche. Arrancó derrapando, sin mirar atrás, con las manos temblando sobre el volante. Mientras se alejaba, una certeza se le clavó en la conciencia como un anzuelo: no había presenciado una reunión improvisada entre criminales. Había visto los engranajes de una estructura viva que llevaba décadas alimentándose del pueblo.

Marusía.
Marusía es la conspiración que se fortalece en la sombra; el pacto de silencio que se firma con la sangre de los que no pueden defenderse.

43. Sara Aguilar / Luna Lázaro — La promesa

Sendero costero, cerca del Respiradero. Jueves, 23 de marzo, 04:18 h.

El coche quedó atrás, oculto bajo unos pinos donde terminaba la pista de tierra. A partir de ahí, el mundo se reducía a un sendero de cabras devorado por la maleza, una humedad que calaba hasta los huesos y el rumor constante del mar golpeando con furia contra la base de los acantilados.

Sara avanzaba delante, con la linterna táctica en una mano y la otra cerca de la culata de su arma, marcando un ritmo militar. Luna

la seguía unos pasos por detrás, con el móvil guardado y la grabación de la voz de Uxía pesándole en el bolsillo como una deuda que exigía ser pagada esa misma noche.

—Según las coordenadas de Iván, el punto de origen es ahí abajo —dijo Sara, consultando brevemente el GPS antes de que la señal empezara a parpadear por la interferencia de las rocas—. La secuencia termina justo antes del corte del acantilado.

—Estas cuevas no aparecen en los mapas del Instituto Geográfico —respondió Luna, cuya voz se perdía en el viento—. Solo existen en la memoria de los viejos del puerto. Son traicioneras; se llenan cuando sube la marea sin avisar.

El sendero se estrechó hasta volverse peligroso. La vegetación se cerraba sobre ellas, empapada de salitre, como si la propia tierra intentara devolverlas al pueblo. La marusía unida a la niebla baja y densa que empezaba a subir desde la ría, robaba definición a los contornos y convertía las rocas en sombras amenazantes.

Sara se detuvo un instante, iluminando el borde del precipicio.

—Si quieres esperar aquí o volver al coche con los refuerzos que ha pedido Helena…

—No he venido hasta aquí para dar media vuelta, Sara —la cortó Luna. No había desafío en su voz, ni arrogancia. Solo una resolución absoluta que no admitía réplica.

Siguieron avanzando, descendiendo por una grieta natural en la piedra, hasta que el sonido del mar cambió de tono. Ya no era un golpe abierto contra el acantilado; ahora era un eco hueco, rítmico y profundo, como una respiración contenida en una garganta de piedra.

La entrada del Respiradero estaba medio oculta por rocas desprendidas y restos de algas secas. Era un agujero oscuro, irregular, una boca negra lo bastante grande como para que una persona entrara agachada. Sara apuntó con la linterna hacia el interior. La luz no rebotó en ninguna pared cercana; se perdió en una negrura que parecía tener densidad propia.

—Es aquí —dijo Sara.

Luna se acercó despacio. El aire que salía de la cueva era más frío, más denso, cargado de un olor a sal milenaria, a piedra mojada y a algo viejo que no debería ser despertado.

—¿Notas eso? —preguntó Luna en un susurro.

—Sí. Una corriente de aire ascendente.

Pero ambas sabían que no era solo aire. Era una presencia. Una sensación de reconocimiento que hizo que a Luna le dolieran las cicatrices invisibles de su infancia.

Sara dio el primer paso hacia el interior de la gruta. Luna la siguió sin dudarlo. A cada metro que avanzaban, el estruendo del Cantábrico exterior se apagaba, filtrado por toneladas de granito, hasta que el mundo de fuera dejó de existir.

—Si esto tiene que ver con Lara… —empezó Luna, pero su voz se quebró.

Sara se detuvo y giró la linterna lo justo para iluminar el rostro de su compañera.

—No puedo prometerte respuestas que te gusten, Luna —dijo con solemnidad—. Pero te prometo que esta vez no miraremos a otro lado. No habrá carpetazo.

Luna asintió. Para ella, en ese momento, aquello era suficiente.

En el suelo arenoso de la cueva, bajo el haz de luz blanca, apareció el primer rastro: los restos de una vela consumida, cera endurecida mezclada con conchas trituradas. Unos metros más adelante, en una piedra lisa que servía de altar natural, vieron una línea curva marcada con pigmento oscuro, casi borrada por el tiempo y el salitre.

El Símbolo. Empezando a tomar forma en la oscuridad.

Luna cerró los ojos un segundo. No rezó, ni pidió clemencia. Solo dio un paso más hacia el fondo, aceptando el camino. Porque hay senderos que no se recorren por lógica ni por valentía, sino por la promesa silenciosa de que esta vez, pase lo que pase, nadie se quedará atrás en la niebla.

Marusía.

Marusía es el camino que solo se recorre por una promesa; el rastro que dejas cuando decides dejar de ser la presa para convertirte en el testigo.

44. Clara — La silueta

Flashback (Morriña). Bosque cercano a la ría. Agosto de 1993, 21:17 h.

Clara no sabía ponerle nombre a lo que veía. Tenía once años y las palabras todavía no le servían para describir lo que se ocultaba en los márgenes de la visión. Solo sabía que estaban allí, entre la luz que se moría y la oscuridad que reclamaba el monte.

—No mires —le había dicho su madre, cerrando las persianas con un nerviosismo que Clara no comprendía—. Cuando anochece, Clara, no mires al bosque. No invites a lo que no quiere entrar.

Pero Clara miraba.

Desde la ventana de su habitación, entre los troncos oscuros de los eucaliptos y las sombras alargadas, distinguía figuras demasiado quietas para ser árboles. No se movían con la irregularidad de las personas. No respiraban como animales. Simplemente ocupaban un lugar, como si brotaran de la propia tierra.

Eran delgadas. Alargadas. Inhumanamente altas.

—La gente flaca —susurró una noche, sin saber por qué usaba esas palabras.

La abuela, que estaba sentada en el rincón, dejó de coser de golpe.

—¿Qué has dicho, nena?

—Nada, abuela…

Pero no era nada. Días después, cuando la Guardia Civil llegó a la aldea para hacer preguntas por la primera desaparición, Clara

intentó hablar. Se sentó en la mesa de la cocina y miró al agente con una lucidez que aquel hombre confundió con fantasía infantil.

—No eran personas —dijo Clara—. Eran delgados. Y miraban. Desde el bosque. Siempre desde allí. Como si estuvieran contando cuántos somos.

El agente suspiró y cerró su libreta.

—Serían sombras, cariño. El viento mueve las ramas y parecen brazos. No te preocupes.

Clara apretó los labios. Quiso decir que las ramas no tienen esa quietud de cazador, pero la abuela intervino con una voz de granito: "La niña tiene mucha imaginación, agente. No le hagan caso".

Esa fue la última vez que Clara intentó avisar a los adultos.

Al día siguiente, en el bosque, encontró la marca final: una piedra lisa, colocada exactamente en el centro del sendero, marcada con una línea curva grabada con un objeto afilado. El Símbolo. No lo tocó. Corrió hasta que el aire le quemó la garganta, pero el tarareo ya estaba dentro de su cabeza.

Esa misma noche, Clara escribió en la última página de su cuaderno escolar lo que nadie quiso escuchar. Lo hizo con la urgencia de quien sabe que el tiempo se ha agotado. Fue el cuaderno que Leo Olmo encontraría décadas después en un archivo de pruebas sin clasificar.

"No me vigilan a mí", escribió Clara con letra temblorosa. "Vigilan el lugar. Son los dueños del círculo. Y esta noche me han pedido que entre".

A la mañana siguiente, la habitación de Clara estaba vacía. La ventana estaba abierta y, en el alféizar, solo quedaba un rastro de salitre y una pequeña piedra lisa.

Nadie escuchó su advertencia en 1993. Pero su rastro, ese testimonio mudo en un cuaderno olvidado, fue lo que permitió a Iván y a Sara entender, treinta años después, que la Marusía no era un asesino, sino una guardia permanente.

El lugar nunca había dejado de esperar. Y Clara fue el precio para que el bosque siguiera en silencio.

Marusía.
Marusía es la silueta que se esconde en el bosque; el testigo que solo es escuchado cuando ya es demasiado tarde para rescatarlo.

45. Sara Aguilar / Luna Lázaro — El lugar

Cueva costera (El Respiradero), Ribadeo. Jueves, 23 de marzo, 04:38 h.

El silencio dentro de la cueva no era natural. No era la simple ausencia de sonido, sino su contención absoluta; como si las paredes de granito hubieran aprendido a atrapar los secretos del Norte y a guardarlos durante siglos. El haz de la linterna de Sara avanzaba con lentitud, barriendo el suelo irregular de arena y roca, las paredes cubiertas de líquenes oscuros y los recovecos donde las mareas más altas dejaban marcas de salitre antiguo.

—Aquí —dijo Sara en voz baja, deteniendo el paso.

Luna no preguntó cómo lo sabía. Ella también lo sentía en la base del cráneo, una presión familiar que le indicaba que el aire allí dentro no pertenecía al presente.

El suelo cambiaba de textura bajo sus botas. La arena estaba compactada y mezclada con una tierra oscura que no era de la costa. Había restos de cera fundida y fragmentos de conchas dispuestos de forma deliberada sobre el suelo, formando una geometría que ambas conocían demasiado bien.

El Símbolo. Un doble círculo concéntrico, trazado con una precisión que resultaba insultante en aquel antro de oscuridad.

Sara se agachó primero. Con la punta de un bolígrafo, separó con cuidado un jirón de tela ennegrecida y rígida por la humedad. Luego otro. No necesitó tocar nada más para que la realidad de los últimos veinte años se desplomara sobre ellas.

—Luna… —empezó Sara, pero su voz se quebró antes de terminar la frase.

Luna ya estaba de rodillas. Los restos eran escasos; el tiempo, la sal y la humedad de la ría habían hecho su trabajo implacable. Huesos pequeños, blanqueados por el olvido. Y, junto a ellos, un trozo de hebilla de plástico oxidada que Luna reconoció al instante: era la que llevaba Lara en su mochila aquel último verano de 1993.

No gritó. El sonido que salió de la garganta de Luna fue breve, seco y puramente animal. Como si el cuerpo finalmente expulsara una astilla de cristal que llevara décadas clavada en el corazón. Se dobló sobre sí misma, con las manos apoyadas en el suelo frío, temblando con una violencia que amenazaba con romperla.

Sara permaneció a su lado, sin intentar tocarla, respetando aquel derrumbe necesario que no admitía consuelo humano.

—Lo siento —dijo Sara cuando Luna pudo volver a tomar aire—. No debió terminar de esta manera.

Luna negó con la cabeza, con las lágrimas surcando el polvo de su rostro.

—No debió pasar… —susurró—. Tenía que estar aquí. Eso es lo más doloroso: saber que estuvo aquí siempre, mientras nosotros la buscábamos en el mar.

Sara señaló entonces un objeto que yacía junto a los restos: una piedra lisa, ovalada, perfectamente pulida a mano. En su superficie, grabado con un punzón, el doble círculo brillaba bajo la luz de la linterna.

—No fue un accidente, Luna. Ni una desaparición al azar —dijo Sara, con la voz de quien confirma una condena—. Fue una ejecución ritual. Una pieza de un mecanismo que alguien lleva alimentando mucho tiempo.

Luna alargó la mano y, por primera vez, tocó la piedra. Sus dedos no temblaron.

—Lo sabía —dijo, y su voz recuperó una firmeza gélida—. En el fondo de mis pesadillas, siempre supe que este lugar existía.

El peso que cayó sobre la cueva en ese momento no fue solo tristeza. Fue el fin de una espera enferma. El cierre de una pregunta que había dictado cada paso de la vida de Luna. Se sentó en el suelo

de la cueva, frente a lo que quedaba de Lara, y respiró un aire que, por primera vez en años, no le supo a ceniza.

—No quiero que se la lleven hoy como una prueba judicial más —dijo Luna, mirando a Sara a los ojos—. No dejes que la metan en una bolsa de plástico todavía.

Sara asintió solemnemente.

—Hoy no, Luna. Hoy es tuya.

Durante unos minutos, ninguna de las dos hizo nada más. Se quedaron allí sentadas, dejando que el Respiradero cumpliera su función. La cueva ya no era un escenario de horror; era un santuario torcido, el punto final de una frase que se había alargado demasiado.

Cuando finalmente salieron al exterior, el cielo empezaba a clarear sobre el Cantábrico, tiñendo de gris y plata el horizonte. La marusía seguía suspendida sobre la ría, pero ya no parecía una amenaza oscura, sino un velo que se retiraba con respeto para dejar paso al día.

Luna no miró atrás al subir el sendero. No hacía falta. Lara ya no estaba allí abajo. Estaba con ella.

Marusía.
Marusía es el lugar donde el dolor se convierte en paz; el puerto final donde las sombras dejan de perseguirte para empezar a acompañarte.

46. Iván Lázaro — La anomalía

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Jueves, 23 de marzo, 06:11 h.

Iván no necesitó café para mantenerse despierto. La adrenalina, ácida y constante, era combustible suficiente para quemar las últimas horas de la madrugada.

El archivo que Leo Olmo había ocultado en el disco duro llevaba horas abierto en su monitor, pero no se había dejado leer de verdad hasta ese momento. No era una cuestión de cifrado complejo; era algo más sutil. El archivo exigía contexto. Exigía que las piezas del mundo físico —los nombres, las fechas, los vacíos de la ría— encajaran con la lógica del código.

Lara.

Iván escribió el nombre en el motor de búsqueda interno del MARUSÍA.EXE. El sistema tardó apenas unos milisegundos en responder, pero el resultado no fue el que él esperaba. Lara no aparecía en el registro de víctimas oficiales. No tenía el código de "sacrificio" que tenían los demás.

Aparecía etiquetada como una interferencia.

Iván se quedó petrificado frente a la pantalla, leyendo despacio, línea a línea, con el miedo de que cualquier movimiento brusco pudiera romper la fragilidad de aquella revelación. El sistema tenía un historial impecable de las ejecuciones rituales del ciclo de los noventa. Todo seguía una progresión geométrica y temporal perfecta. Pero, incrustado entre dos de esos eventos, había una nota marginal en el código, un comentario oculto en los metadatos:

EVENTO NO PREVISTO.INTERVENCIÓN EXTERNA.CIERRE FORZADO DEL CICLO.

Lara.

—No estabas en la lista, pequeña… —murmuró Iván, con la voz rota—. Pero te usaron exactamente igual.

Revisó las fechas de 1993. El lugar exacto del Respiradero. La geometría de los cuerpos encontrados entonces. Todo encajaba, pero con una diferencia sutil: la muerte de Lara no había sido el inicio de un nuevo orden. Había sido un parche de emergencia. Una solución improvisada para sellar una brecha que amenazaba con exponer a toda la organización.

Lara no había sido una "elegida" por el mito. Había sido una sustituta.

Iván sintió un vacío seco y profundo en el estómago. No era rabia, ni siquiera pena; era algo mucho peor: era claridad absoluta. El sistema había aceptado su muerte como un pago válido. No era una pieza perfecta para el engranaje, pero había sido suficiente para detener la hemorragia de pruebas. Por eso la Marusía se había detenido durante veinte años. Por eso el horror había migrado a Málaga para esperar, para madurar, para reagruparse.

—Fuiste el precio —susurró Iván a la pantalla—. El precio para que ellos pudieran seguir existiendo en las sombras. El precio de la primera morriña.

Abrió el siguiente registro del algoritmo. El código marcaba aquel punto histórico como SELLADO, pero con una advertencia en rojo que parpadeaba con la regularidad de un corazón artificial:

SELLADO TEMPORAL.REQUIERE CORRECCIÓN FUTURA.

El ciclo no había terminado en los noventa con la muerte de Lara. Había quedado mal cerrado, como una herida que cicatriza en falso y guarda la infección dentro.

Iván se recostó en la silla, mareado por la magnitud del hallazgo. Pensó en Luna, que en ese mismo instante estaría frente a los restos de su hermana en la cueva. Pensó en cómo toda la vida de su amiga había estado definida y destrozada por una muerte que, según el propio diseño del enemigo, ni siquiera debería haber ocurrido.

Leo lo había visto antes de morir. Leo había comprendido que la Marusía no se trataba de crímenes pasionales o de un culto al mar, sino de ajustes de cuentas con el tiempo.

Iván cerró los ojos un segundo, sintiendo el zumbido de los servidores en sus oídos. Luego, con los dedos volando sobre el teclado, abrió una nueva carpeta dentro del archivo raíz. La nombró sin vacilar:

CORRECCIÓN DEFINITIVA.

Sabía perfectamente lo que eso significaba en la lógica del programa. Un sistema que se corrige a sí mismo no acepta testigos incómodos, ni permite que los cabos sueltos sigan respirando.

Solo acepta sacrificios que cierren el círculo para siempre.

Marusía.
Marusía es el precio de la primera morriña; el error que el destino se cobra veinte años después con intereses de sangre.

47. Helena Barreiro — La mano

Restaurante privado, carretera comarcal de Ribadeo. Jueves, 23 de marzo, 08:24 h.

Helena no había llegado allí por casualidad.

Cinco horas antes, mientras huía de la nave en el polígono industrial, su mano no solo se había aferrado al volante. Antes de saltar por la ventana, había logrado adherir un pequeño micro-transmisor de corto alcance bajo el chasis del deportivo de Marcos Rivas. Había sido un movimiento desesperado, mecánico, fruto de años de entrenamiento en la unidad de inteligencia.

Había escuchado la conversación desde el receptor de su coche mientras se ocultaba en un camino vecinal. “Mañana, a las ocho y media, en el sitio de siempre. Tenemos que firmar el cierre”, había dicho Rivas. No necesitaron decir el nombre del lugar; para hombres como ellos, "el sitio de siempre" era un código geográfico. Helena solo tuvo que seguir la señal del GPS del transmisor cuando el coche de Rivas se puso en marcha al amanecer.

El restaurante no figuraba en ninguna guía turística ni aparecía en las búsquedas de internet. Era un antiguo caserón reformado, con aparcamiento de grava gris y cortinas de lino demasiado gruesas. El tipo de lugar al que se va para no ser visto.

Helena llegó diez minutos antes de la hora prevista. Se quedó sentada en el coche, con el motor apagado, observando el entorno a través del retrovisor mientras el receptor de audio emitía un siseo constante en su oído. El cuarzo blanco descansaba en la palma de su mano; estaba caliente, casi incómodo, vibrando con una intensidad que nunca le había fallado cuando la verdad estaba a punto de romperse.

El primer coche apareció a las ocho y veintiuno. Marcos Rivas. Bajó del vehículo sin prisas, ajustándose la chaqueta de sastrería con una elegancia que resultaba obscena en aquel paraje. Saludó al dueño en la puerta con una familiaridad cómplice, como si aquel encuentro fuera una vieja costumbre y no una excepción desesperada.

Tres minutos después llegó el segundo. El Delgado.

A diferencia de Rivas, él no utilizó la puerta principal. Rodeó el edificio con la eficiencia de un fantasma y accedió por una entrada lateral, una puerta de servicio que Helena había visto usar antes a proveedores de confianza... y a personas que no tenían intención de dejar rastro en el libro de visitas.

Helena esperó. No mucho. Solo lo necesario para que bajaran la guardia.

Cruzó el aparcamiento sin hacer ruido y entró por la puerta principal. Nadie le preguntó nada; en sitios como aquel, la invisibilidad es una cortesía que se compra con el silencio. Desde el pasillo sombrío que llevaba a los reservados, oyó las voces.

—No podéis fallar ahora —decía la voz de Rivas, destilando una urgencia contenida—. Hay demasiada atención sobre la casa de acogida. La Guardia Civil está empezando a unir puntos que deberían estar muertos.

—La atención se gestiona, Marcos —respondió El Delgado con su habitual tono monocorde—. Siempre se ha hecho así. El Norte tiene una memoria muy selectiva.

Helena se asomó lo justo para verlos a través de una cristalera opaca. Estaban sentados frente a frente, en una mesa de roble macizo. Entre ellos, una carpeta de cuero cerrada. Rivas la abrió con un gesto lento.

—Esto garantiza que el asunto de la cueva no llegue nunca a fiscalía —dijo Rivas, señalando unos documentos—. Informes periciales manipulados, recalificaciones de la zona costera, silencios oportunos en el Concello. Ya sabes cómo funciona el engranaje.

El Delgado asintió, su rostro permanecía en una sombra impenetrable bajo la gorra.

—Antón cumplirá su parte. Él es el vínculo con lo que el pueblo necesita creer.

El nombre de Antón "o Vello" quedó suspendido en el aire como una confirmación final de la sospecha de Sara.

—Antón no es el problema —continuó Rivas, apoyando los codos en la mesa—. El problema es el relato. Mientras la gente crea que esto es cosa de un viejo folclórico o de una leyenda marinera, nadie mirará hacia los despachos donde se toman las decisiones de verdad.

Helena sintió una náusea fría subiéndole por la garganta. La Marusía no era solo un ritual; era una red de intereses económicos que usaba el mito como escudo.

—¿Y si alguien habla de más? ¿Y si la chica Lázaro encuentra lo que no debe? —preguntó El Delgado.

Rivas sonrió de una manera que hizo que el cuarzo en la mano de Helena quemara.

—Nadie habla cuando todo un pueblo depende económicamente de que no se haga ruido. El silencio es nuestro mayor activo.

El Delgado cerró la carpeta con un golpe seco.

—Entonces seguimos adelante. El Respiradero se sellará hoy mismo.

Se levantaron al unísono. Se dieron la mano sobre la mesa. Ese gesto mínimo, cotidiano y empresarial, fue el acto más violento que Helena había presenciado en toda la investigación. No había túnicas, ni cánticos, ni sacrificios de sangre en aquel salón. Solo dos hombres de poder sellando el destino de una comunidad.

Helena retrocedió despacio hacia la salida, con el pulso firme y la certeza ya innegable: el culto no sobrevivía solo en la oscuridad de

las cuevas. Sobrevivía porque alguien, en despachos limpios y mesas bien puestas, lo firmaba con pluma de oro.

Salió al aparcamiento sin ser vista. Una vez dentro del coche, antes de arrancar, apretó el cuarzo con tanta fuerza que las aristas le marcaron la piel.

—Ya os tengo —susurró para sí misma, mirando el edificio—. A todos.

Pero mientras giraba la llave de contacto, una idea le heló la sangre: si aquel sistema llevaba funcionando décadas con tal nivel de impunidad, romperlo no iba a salir gratis para nadie. Ni para ella, ni para Sara, ni para Luna.

Marusía.
Marusía es la mano que firma los acuerdos en la sombra; la firma que convierte un crimen en un trámite administrativo.

48. Sara Aguilar — El fuego

Orilla de la ría, Ribadeo. Jueves, 23 de marzo, 09:47 h.

La marea estaba baja, dejando al descubierto el esqueleto de la ría. El barro oscuro se abría en lenguas irregulares hacia el agua quieta, y el paisaje entero parecía contener la respiración, como si la naturaleza misma supiera que algo que llevaba veinte años fuera de lugar estaba a punto de cerrarse.

Sara colocó las ramas secas de pino y los restos de madera de deriva con un cuidado casi litúrgico. No era una hoguera grande, ni pretendía serlo. Aquel fuego no se encendía para ser visto por el pueblo, ni para pedir auxilio, sino para cumplir con una deuda de honor que la ley no alcanzaba a cubrir.

Luna permanecía de pie a pocos pasos, sosteniendo entre sus brazos el pequeño bulto envuelto en la tela que habían recuperado de la cueva. No lloraba; sus ojos estaban secos, quemados por la

vigilia y la revelación. Su rostro estaba rígido, pero ya no era la máscara de dolor de los últimos años. Era algo nuevo. Algo más peligroso.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo aquí, Luna? —preguntó Sara en voz baja, sin dejar de mirar la pira.

Luna asintió con una firmeza que no admitía dudas.

—Ella no quería quedarse en esa oscuridad, Sara. Ni quería terminar en una mesa de autopsias etiquetada como la 'Anomalía' de un sistema. Ella solo quería volver a casa.

Sara encendió la cerilla. El primer chisporroteo sonó exageradamente alto en el silencio gélido de la mañana. El fuego prendió despacio, lamiendo la madera con una parsimonia casi respetuosa, como si las llamas reconocieran la importancia de lo que estaban a punto de consumir.

Luna se arrodilló frente a la hoguera y depositó los restos de Lara con una delicadeza infinita.

—Perdón —susurró, tan bajo que solo el viento pudo oírla—. Perdón por haber tardado tanto en encontrarte.

Las llamas crecieron, alimentadas por el salitre y la resina. El humo blanco subió recto hacia el cielo gris de Ribadeo, sin que ninguna ráfaga de viento se atreviera a desviarlo. Sara dio un paso atrás, fundiéndose con la sombra de las rocas. Aquel momento no le pertenecía a la Guardia Civil, ni a la justicia, ni a la investigación. Le pertenecía a una muchacha que finalmente podía decir adiós.

Mientras el fuego hacía su trabajo de purificación, Luna cerró los ojos. No vio imágenes del pasado, ni oyó las melodías distorsionadas de Uxía. Solo sintió cómo el nudo que llevaba años atenazándola, ese frío que le subía por la espalda desde aquel agosto de 1993, empezaba a aflojar por primera vez.

Cuando el fuego terminó de consumirse, solo quedaron cenizas oscuras y una calma extraña, casi sólida, que se extendió sobre la orilla. Luna se levantó despacio. Se limpió las manos en el pantalón, un gesto cotidiano que en ese contexto pareció el acto de cerrar una herida abierta con sus propios dedos.

—Ya está —dijo Luna, volviéndose hacia Sara.

Sara la miró fijamente. No fue alivio lo que encontró en sus ojos; fue una determinación de acero, una lucidez fría que nacía de las cenizas.

—Ahora vamos a por ellos —continuó Luna, y su voz no tembló—. Ya no por venganza, Sara. Por justicia. Para que el círculo se rompa de verdad.

Sara asintió solemnemente. El fuego se terminó de apagar solo, sin que nadie tuviera que sofocarlo. La ría volvió a moverse lentamente, indiferente y eterna, empezando a subir de nuevo para llevarse consigo el humo, las cenizas… y el peso muerto del pasado.

Sara pensó en Leo Olmo, en Clara, en Mateo y en todos los nombres que habían sido utilizados como simples piezas en el tablero de Rivas. Esta vez, el sistema había cometido un error de cálculo: no contaban con que alguien, desde el centro del dolor, decidiría dejar de tener miedo para empezar a responder.

Marusía.
Marusía es el fuego que limpia la memoria; la llama que quema el miedo para dejar solo el rastro de la verdad.

49. Helena Barreiro — El brazo

Despacho municipal, Ayuntamiento de Ribadeo. Jueves, 23 de marzo, 11:03 h.

El despacho olía a madera vieja, a cera de abejas y a una colonia cara que intentaba enmascarar el rastro de humedad del edificio. Marcos Rivas estaba sentado tras la mesa maciza como si aquel espacio le perteneciera por derecho dinástico desde siempre. No llevaba chaqueta; las mangas de la camisa estaban remangadas con una pulcritud que denotaba una seguridad calculada.

—No recuerdo haberte dado cita, Helena —dijo él, sin levantar la vista de unos informes técnicos.

Helena cerró la puerta tras de sí, dejando fuera el murmullo de los funcionarios y el eco de la plaza. El sonido del pestillo al encajar sonó como un disparo en la estancia.

—No necesito cita para hacer preguntas, Marcos. Especialmente cuando las respuestas están escondidas bajo esta mesa.

Rivas sonrió de lado, con esa condescendencia que reservaba para quienes consideraba subordinados del sistema.

—Siempre tan directa. Es una cualidad que algunos considerarían admirable, pero en este pueblo es, sencillamente, peligrosa.

Helena se acercó y apoyó las manos en la mesa, invadiendo su espacio personal.

—Te vi esta madrugada. Con El Delgado. Primero en la nave del polígono, luego en ese restaurante de la comarcal. Sé lo que estáis haciendo.

Rivas alzó por fin la mirada. No estaba sorprendido; sus ojos eran dos pozos evaluadores que intentaban medir la resistencia de la mujer que tenía enfrente.

—¿Y bien? —preguntó con una calma glacial.

—Y sé que estás protegiendo algo —continuó Helena, bajando la voz—. O a alguien. Y no es folclore local, ni leyendas para turistas. Estás gestionando un sistema de silencios que lleva décadas cobrándose vidas.

Rivas se reclinó en su silla de cuero, que crujió bajo su peso.

—¿Tienes pruebas de lo que dices, o solo tienes esa intuición gallega que tanto os gusta airear?

—Las tendré. Iván está en ello. Sara está en ello. Y Luna… Luna ya sabe la verdad.

La sonrisa de Rivas se endureció apenas unos milímetros, un gesto casi imperceptible pero cargado de veneno.

—Helena… —dijo con un tono pedagógico, como quien explica una lección a una niña—. Hay batallas que no se ganan acumulando pruebas en carpetas amarillas, sino entendiendo hasta dónde puede llegar el brazo de quienes sostienen este lugar.

Ella no se movió ni un ápice.

—Estás interfiriendo en una investigación por homicidio. Eso es un delito grave, incluso para un político de tu nivel.

Rivas soltó una breve carcajada, seca y carente de humor.

—Eso no es un delito, Helena. Eso es política de Estado a pequeña escala. Seguridad comunitaria.

Se inclinó hacia delante, cruzando los dedos sobre la mesa.

—¿Sabes cuántas carreras brillantes se han roto por insistir en mirar donde no se debe? —preguntó con voz aterciopelada—. Expedientes que se "traspapelan" misteriosamente. Traslados forzosos a puestos irrelevantes en el otro extremo del país. Ascensos que, por razones de presupuesto, nunca llegan.

Helena sintió el frío familiar en la nuca. No era miedo, era la señal de que el enemigo había desenfundado su verdadera arma: el sistema.

—No me asusta perder el puesto, Marcos. Hace mucho que dejé de creer en las medallas.

—Eso dices ahora —respondió Rivas—. Pero cuando en el cuerpo empiecen a llamarte "conflictiva", "poco fiable"… cuando nadie quiera firmar un informe contigo por miedo a que se le pegue tu mancha… —se encogió de hombros con fingida lástima—. El sistema se defiende solo, Helena. No necesita que yo mueva un dedo. Tú misma te estás borrando del mapa.

Helena sacó el cuarzo blanco del bolsillo y lo dejó sobre la mesa de madera. El mineral brilló bajo la luz del fluorescente como un trozo de hielo extraído de una tumba.

—Esto —dijo con una firmeza que hizo que Rivas parpadeara— es lo único que vuestro sistema no puede controlar. La memoria de lo que hicisteis.

Rivas miró la piedra con curiosidad, casi divertido.

—Las supersticiones también forman parte del paisaje del Norte, supongo —respondió—. Como los mitos de la Marusía. Como el viejo

Antón. Todo son sombras que ayudan a que el pueblo duerma tranquilo.

—Si caes tú, Marcos, caerán todos los que se dan la mano contigo en esos reservados.

Rivas negó despacio, levantándose para abrir la puerta del despacho y dar por terminada la audiencia.

—Te equivocas, Helena. Si sigues tirando de ese hilo, caerás tú sola. Y el pueblo seguirá aquí, con su niebla y su silencio, mucho después de que nadie recuerde tu nombre. Vuelve al cuartel. Aún estás a tiempo de salir de Ribadeo sin daños permanentes.

Helena recogió el cuarzo, sintiendo su calor latente contra la palma de la mano.

—Nunca he salido ilesa de nada, Marcos. Pero tú nunca has tenido que responder ante alguien que no tiene nada que perder.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Rivas se permitió un gesto mínimo de fastidio, ajustándose el reloj de pulsera. El brazo político del Ciclo acababa de moverse para aplastar la amenaza, y ahora ya no había marcha atrás.

Marusía.
Marusía es la mano que firma los acuerdos en la sombra; la fuerza que te recuerda que la ley es solo una sugerencia cuando el poder decide que el círculo debe permanecer cerrado.

50. Luna Lázaro — El arma

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Jueves, 23 de marzo, 12:27 h.

Luna cerró la puerta del despacho de Sara con una delicadeza extrema, como si el simple sonido de la madera al encajar pudiera

despertar a los fantasmas que el edificio llevaba años intentando silenciar.

Sara estaba de pie frente al gran ventanal que dominaba la ría. Tenía el cuarzo blanco que Helena le había entregado en la mano, girándolo entre los dedos con un movimiento rítmico y ausente, como si buscara una respuesta en la frialdad de la piedra.

—Iván me ha explicado el funcionamiento del código —dijo Luna, yendo directa al grano—. Y he entendido lo que significa realmente la canción de Uxía.

Sara no se giró de inmediato. Su silueta recortada contra el gris metálico del Cantábrico parecía más delgada, más cansada.

—Dime que no es lo que me temo, Luna.

Luna tragó saliva, sintiendo el peso de la grabadora en su bolsillo.

—La melodía no es un ritual pasivo, Sara. No es solo una marca de identidad para los que matan. Es una llave técnica. Iván dice que, si se completa la secuencia, el ciclo se abre... pero si se invierte la fase de la frecuencia, puede cerrarse de forma definitiva.

Sara se volvió despacio. Sus ojos buscaban una lógica a la que aferrarse.

—¿Invertirlo? ¿Cómo se invierte una melodía que lleva treinta años sonando en nuestras cabezas?

Luna sacó el móvil y reprodujo un fragmento de la grabación de la noche anterior. El tarareo de Uxía llenó la habitación, un sonido bajo, insistente y extrañamente antiguo. Sara sintió un escalofrío inmediato recorriéndole los brazos.

—Cada nota tiene un valor matemático —continuó Luna—. Frecuencia, duración, intervalos de silencio. Iván ha descubierto que es un patrón binario perfecto. Como un pulso electromagnético diseñado para interactuar con la red que Rivas y los suyos han construido.

—¿Un pulso de qué? —preguntó Sara, acercándose a la mesa.

—De anulación. Un comando de autodestrucción camuflado en música.

Sara apretó la mandíbula con fuerza.

—Eso suena demasiado limpio para algo que lleva décadas destrozando vidas y enterrando niñas en cuevas.

—No es limpio, Sara —replicó Luna con una dureza que sorprendió a la investigadora—. Es letal.

Se produjo un silencio denso, solo interrumpido por el zumbido de los ordenadores en la sala contigua.

—El código de Iván necesita la melodía completa para funcionar —añadió Luna—. Falta la última frase. La que Uxía no se atrevió a cantar. Si conseguimos que esa frase se emita entera y en la frecuencia correcta, el sistema de Rivas se corrige. Se rompe desde dentro. Borra sus propios rastros, sus cuentas, sus registros. Colapsa.

Sara entendió la implicación antes incluso de que Luna la pusiera en palabras.

—Y alguien tiene que ser el nodo emisor. Alguien tiene que estar conectado al sistema central para lanzar la corrección.

Luna asintió con un movimiento lento de cabeza.

—Iván cree que la sobrecarga del servidor en el momento de la inversión... no dejaría supervivientes en el punto de origen. El emisor no sobreviviría al cierre del ciclo.

Sara cerró los ojos un instante, apoyando las manos en la mesa de mapas.

—¿Se lo has dicho a él? ¿Sabe que se está ofreciendo para un viaje sin retorno?

—Lo sabe. Él mismo lo ha diseñado así.

—¿Y aun así sigue adelante con esa calma?

—Porque es la única forma de que tú y yo podamos salir de aquí —respondió Luna—. Es la única forma de que Uxía deje de oír la canción.

Sara se apoyó pesadamente en la mesa. De pronto, todo encajaba: la urgencia de Iván en las últimas horas, su obsesión con los archivos de Leo, la calma extraña y casi mística que empezaba a rodearlo.

—Esto no es un arma, Luna —dijo Sara en un susurro—. Es una ejecución programada.

Luna levantó la cabeza y miró a Sara con una lucidez aterradora.

—No —respondió—. Es una elección. La primera que este pueblo va a tomar por sí mismo en mucho tiempo.

Se miraron durante un largo segundo. Eran dos formas distintas de entender la justicia: la de Sara, basada en la ley y las pruebas; la de Luna, forjada en la pérdida y la supervivencia. Dos dolores que no competían, sino que se sumaban.

—Si usamos la melodía —advirtió Sara—, no habrá marcha atrás para ninguno de nosotros. El sistema se caerá, pero nosotros caeremos con él.

—Nunca hubo marcha atrás, Sara. Solo el espejismo de que podíamos huir —contestó Luna.

Desde el pasillo llegó el murmullo cotidiano de las voces del cuartel, el sonido de los teléfonos, el trasiego de los agentes ajenos a que, en aquel despacho, acababan de definir la última bala de una guerra invisible.

Luna guardó el móvil con un gesto definitivo.

—No voy a huir otra vez —dijo, mientras se dirigía a la puerta—. Ni voy a dejar que otros decidan quién vive y quién muere en la ría.

Sara asintió, despacio, mientras apretaba el cuarzo de Helena hasta que las aristas le marcaron la piel. La melodía de la Marusía ya no era un eco del pasado. Era un arma cargada y apuntando directamente al corazón del Ciclo.

Marusía.

Marusía es la elección que se toma cuando ya no queda nada que perder; el último verso de una canción que se canta para no tener que volver a oírla jamás.

51. Sara Aguilar — El guardián

Puerto de Ribadeo. Jueves, 23 de marzo, 18:42 h.

El puerto olía a gasoil viejo, salitre y algas rotas. La marea estaba en su punto más alto, lamiendo los pilares del muelle con una violencia sorda, como si el mar supiera que el pacto de silencio de Ribadeo estaba siendo rasgado desde dentro.

Antón "o Vello" estaba sentado en el banco de piedra de siempre. A pesar de la humedad que calaba los huesos, no llevaba abrigo, solo su vieja chaqueta de lana. Sus manos, nudosas como raíces, se apoyaban en un bastón. A su alrededor, los marineros fingían no mirar, pero el aire en el puerto pesaba; todos sabían que Sara y Luna habían regresado del Respiradero.

Sara se detuvo frente a él. Sus botas aún tenían restos del barro de la cueva.

—Buenas tardes, Antón.

El anciano no se sobresaltó. Sonrió incluso, una sonrisa cansada que parecía venir de otra época.

—Boas tardes, nena da Garda Civil —dijo con voz suave—. Veña vento de levante hoxe. Mala mar para os segredos que saen á luz. (1)

Sara no se sentó. Mantuvo la distancia que marca la ley frente a la leyenda.

—He venido a hablar del Ciclo. Iván ha descifrado el código de la canción. Luna ha encontrado a Lara. Se acabó el misterio, Antón.

El anciano dejó escapar una risa breve, un crujido seco.

—Sempre volvemos ás palabras grandes… Nomes que inventades para non dicir o que realmente é. (2)

—Asesinato —corrigió Sara—. Ritualizado. Repetido cada veinte años. Y protegido por usted.

Antón apoyó el bastón entre las rodillas. Sus ojos, ya no amables, se clavaron en los de Sara.

—Protexido, si —admitió—. Pero non creado por min. Eu son o gardián, nena. Iso é todo. (3)

La palabra cayó entre ambos como una piedra al agua.

—¿Guardián de qué? —preguntó Sara—. ¿De un cementerio de niñas?

Antón miró al horizonte, donde la ría se perdía en la oscuridad.

—Das historias que ninguén quere lembrar —susurró—. Do pacto que asinou este pobo para que a marea deixara de levarse as lanchas. Eu fago que a culpa teña unha orde. Se non hai un rito, o que queda é só sangue sen sentido. (4)

Sara sintió un escalofrío.

—Usted no salvó a nadie. Solo eligió quién debía morir para que los demás durmieran tranquilos. Eligió a Lara en el 93 porque era una "interferencia", una pieza que no encajaba.

—Eu elixín que a culpa non nos afogase a todos —replicó Antón con una lógica gélida—. Marcos Rivas dálle a cobertura legal a través dos seus despachos, e eu doulle ao pobo o mito que necesita para mirar a outro lado. O brazo político e o brazo da fe. Un equilibrio perfecto. (5)

—Ese equilibrio se ha roto —dijo Sara sacando las esposas—. Iván está lanzando la señal ahora mismo. Todo lo que Rivas borró está volviendo a aparecer en los servidores de la Comandancia.

Antón la miró con una mezcla de pena y alivio. Se levantó con esfuerzo, extendiendo sus manos temblorosas hacia ella.

—Xa veremos —susurró—. A marusía nunca marcha de verdade de Ribadeo. Só cambia de boca para seguir contando a mesma historia de fame e medo. (6)

Sara le puso las esposas. El clic metálico fue el único sonido en un puerto que, de repente, se había quedado mudo. Los marineros bajaron la vista. El Guardián había caído, y con él, el relato que había mantenido al pueblo bajo el hechizo de la Omertá durante tres décadas.

Marusía.
Marusía es la verdad que se dice en voz baja; la historia que sobrevive porque todos han aceptado el precio del silencio.

(1) —Buenas tardes, guardia civil —dijo en voz baja—. Hoy sopla viento del este. Mala mar para los secretos que salen a la luz.
(2) —Siempre volvemos a las grandes palabras… Nombres que inventas para no decir lo que realmente es.
(3) "Protegido, sí", admitió. "Pero no creado por mí. Soy el guardián, niña. Eso es todo.”
(4) "De las historias que nadie quiere recordar", susurró. "Del pacto que este pueblo firmó para que la marea dejara de llevarse los barcos. Hago que la culpa tenga un orden. Si no hay rito, lo que queda es solo sangre sin sentido.”
(5) —Decidí no dejar que la culpa nos ahogara a todos —respondió Antón con una lógica gélida—. Marcos Rivas te da protección legal a través de sus oficinas, y yo le doy a la gente el mito que necesita para mirar a otro lado. El brazo político y el brazo de la fe. Un equilibrio perfecto.
(6) "Ya veremos", susurró. "La marusía nunca se va del todo de Ribadeo. Simplemente cambia de desembocadura para seguir contando la misma historia de hambre y miedo.”

52. Iván Lázaro — La última ventana

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Jueves, 23 de marzo, 20:05 h.

El cuartel entero respiraba lento, como un animal herido que sabe que el cazador está cerca. Las luces fluorescentes zumbaban con una regularidad irritante y los ventiladores de los servidores habían entrado en un régimen constante, grave, casi cardíaco, luchando por enfriar unos procesadores que trabajaban al límite de su capacidad.

Iván no parpadeaba. Le ardían los ojos, pero no podía permitirse perder ni un solo frame de lo que estaba ocurriendo en sus monitores.

Tenía la pantalla dividida en cuatro cuadrantes: el esqueleto del código de MARUSÍA.EXE, la transcripción espectral de la melodía de Uxía, un mapa topográfico de Ribadeo plagado de líneas de tensión y una consola de comandos donde los números ya no parecían datos, sino advertencias escritas en un idioma muerto.

—Vamos… —susurró Iván, apretando los dientes—. Dímelo de una vez.

La última capa de cifrado del archivo de Leo Olmo no era técnica. No dependía de una clave alfanumérica ni de un algoritmo de fuerza bruta. Era una condicional temporal. El archivo no protegía información estática; protegía un momento preciso.

Iván lo entendió de golpe, con una claridad gélida que le hizo vibrar los huesos.

—Hijo de puta… —exhaló.

El código no se activaba cuando alguien intentaba hackearlo, sino cuando las condiciones del Ciclo en el mundo real se cumplían con exactitud matemática. Fechas, coeficiente de mareas, la presión atmosférica del Norte y, por encima de todo, la presencia de un ejecutor validado por el sistema. Un nombre que servía de firma.

Antón.

La línea de código final se desplegó ante sus ojos como una confesión de muerte:

EXECUTE WHEN THE GUARDIAN COMPLETES THE CIRCLE.(1)

Iván tragó saliva, sintiendo el sabor metálico del miedo en la garganta. No era una amenaza de algo que pudiera pasar en el futuro. Era un aviso de ejecución inmediata. Miró el reloj del sistema, que parpadeaba en la esquina inferior: 20:05.

—Es hoy —dijo en voz alta, y su propia voz le sonó extraña en el laboratorio vacío—. Esta noche. Ahora mismo.

Buscó el móvil con manos temblorosas y marcó el número de Luna. No esperó a que ella saludara.

—Luna, escúchame bien —dijo en cuanto oyó el primer rastro de su respiración al otro lado—. No me cuelgues y no hagas preguntas.

—Iván… ¿qué está pasando? Estás asustándome.

—Antón no es solo el viejo que cuenta historias en el puerto, Luna. El código de Leo lo confirma: él es el ejecutor final. El sistema está programado para cerrarse cuando él llegue al último punto del diagrama. Si completa el círculo, el ritual se ejecuta automáticamente a través de la red.

Se hizo un silencio espeso al otro lado de la línea. Solo se oía el viento de la costa golpeando el micro de Luna.

—¿Cuándo? —preguntó ella, con la voz ya rota por la fatiga y el presentimiento.

Iván miró de nuevo la pantalla. El gráfico de la marea subiendo en la ría se solapaba con el mapa de calor del Ciclo. Las líneas convergían.

—Esta noche. Antes de medianoche. No tenemos margen de maniobra, Luna. Si Sara lo tiene retenido, no pueden soltarlo bajo ninguna circunstancia. Pero si él llega a donde tiene que llegar...

—¿Uxía? —susurró Luna, y el nombre de la niña sonó como una súplica.

Iván no respondió de inmediato. Odiaba la conclusión a la que llegaban sus propios cálculos.

—Uxía es el eje, Luna. Pero no como una víctima al uso. Ella es el "cierre". Es la voz que el sistema necesita para emitir la frecuencia final.

Luna inspiró con una fuerza que pareció un sollozo contenido.

—Voy para el cuartel ahora mismo.

—No —la cortó Iván con autoridad—. No vengas sola. Avisa a Sara. Esto ya no va de intuiciones, ni de recuerdos de Lara, ni de morriña. Esto va de tiempo real. Y el tiempo se nos ha acabado hace cinco minutos.

Colgó sin esperar respuesta y abrió el último archivo, aquel que Leo había escondido bajo capas de ruido digital inútil. Allí apareció:

un diagrama simple, trazado con la brutalidad de lo inevitable. Un círculo casi perfecto que recorría toda la ría de Ribadeo.

Faltaba un solo punto para que los extremos se tocaran. Un punto que coincidía exactamente con el centro del pueblo.

Iván apoyó la frente contra la mesa de metal, cerrando los ojos. Por primera vez desde que regresó al Norte, tuvo una certeza absoluta: si fallaban esa noche, si permitían que el "Guardián" diera ese último paso, no habría un segundo intento. El Ciclo se tragaría a Ribadeo y la Marusía se volvería eterna.

Marusía.
Marusía es la urgencia que no permite esperar al amanecer; el latido de un código que solo se detiene cuando ha devorado el último rastro de luz.

(1) Ejecutar cuando el guardián complete el círculo.

53. Uxía Ares — El dibujo

Flashback (Orballo). Hospital comarcal de Ribadeo. Domingo, 30 de junio, 18:40 h.

Uxía estaba sentada en la cama con las piernas encogidas, demasiado quieta para una niña de su edad. El suero goteaba con un ritmo lento, casi hipnótico, marcando un tiempo que ya no pertenecía al mundo exterior. Afuera se oían voces, pasos apresurados y médicos hablando en ese susurro profesional que intenta ocultar la gravedad; pero dentro de la habitación, el aire parecía denso, suspendido en una calma artificial.

Xiana no se separaba de ella. Tenía los ojos inyectados en sangre, la chaqueta todavía manchada de barro seco del monte y las manos crispadas alrededor de su bolso como si fuera un salvavidas inútil. Miraba a su hija como se mira a un náufrago que ha vuelto de una

costa demasiado lejana, sin estar del todo segura de que la niña hubiera regresado completa.

—Uxía… cariño —susurró Xiana, acariciándole el pelo con dedos temblorosos—. ¿Quieres pintar un poco? Los médicos dicen que te vendría bien.

La niña no respondió de inmediato. No levantó la cabeza para mirar a su madre, pero asintió levemente, un movimiento casi mecánico.

Xiana abrió la carpeta que una enfermera había dejado sobre la mesilla: hojas en blanco, ceras de colores gastadas y un lápiz mal afilado. Se lo acercó despacio, con la delicadeza de quien teme asustar a un pájaro herido.

Uxía tomó el lápiz. No dudó. No se quedó mirando el papel en blanco esperando una idea. Su mano empezó a moverse con una seguridad que no correspondía a una niña recién rescatada de una cueva húmeda.

Trazó primero un círculo. Luego otro, concéntrico, de un trazo firme y casi perfecto. Después, empezó a situar pequeñas marcas alrededor del borde; puntos equidistantes, exactos, como si estuviera siguiendo una plantilla invisible grabada en sus retinas.

Xiana sintió un frío antiguo, un escalofrío que no nacía del aire acondicionado del hospital, sino de su propia memoria, recorriéndole la espalda.

—¿Qué es eso, cielo? —preguntó, forzando una sonrisa que se quebró antes de llegar a sus labios.

Uxía no dejó de dibujar. El lápiz rascaba el papel con una cadencia hipnótica.

—No lo sé —dijo con una voz monótona—. Es lo que hay.

Xiana se acercó más, invadiendo el espacio de la cama. Reconoció el símbolo antes incluso de que Uxía terminara de sombrearlo. Lo había visto antes. No en libros de historia, ni en los carteles turísticos de la ría. Lo había visto en sus propios sueños de infancia, lo había oído en los murmullos de los adultos cuando creían que ella dormía; lo había intuido en las historias que nadie en Ribadeo se atrevía a contar del todo.

—¿Quién te ha enseñado a dibujar eso, Uxía? —preguntó Xiana, y su voz se quedó reducida a un hilo de aire.

La niña se detuvo. Por primera vez desde que ingresó, alzó la cabeza y miró a su madre directamente a los ojos. Su mirada era demasiado profunda, demasiado vacía.

—Nadie —respondió—. Me lo enseñaron cuando dormía. Allí abajo.

Xiana retrocedió un paso, sintiendo que la habitación se inclinaba, que el suelo cedía bajo sus pies.

—Uxía… —logró decir—. ¿Quiénes? ¿Quiénes te lo enseñaron?

La niña frunció el ceño, molesta por la pregunta, como si estuviera intentando explicar algo tan obvio como la gravedad.

—El. El delgado.

El lápiz rodó por la sábana y cayó al suelo con un chasquido seco. Xiana miró el dibujo terminado: el doble círculo, los puntos de anclaje, el orden geométrico. Una perfección ritual que gritaba desde el papel. Sintió una vergüenza abrasadora. Una culpa que no nacía de lo que su hija había padecido , sino de lo que ella, como madre y como vecina de Ribadeo, nunca había intentado impedir.

Porque en el fondo, Xiana siempre lo había sabido. Siempre había sabido que el horror no se había marchado con la última marea de los noventa. Que el silencio no rompe los ciclos: simplemente los hereda y los hace más fuertes.

Xiana cerró la carpeta de golpe, ocultando el dibujo como si fuera una prueba criminal, y abrazó a Uxía con una fuerza desesperada, casi violenta.

—No pasa nada —repetía contra el hombro de la niña—. Ya pasó. Ya estamos juntas Ya pasó.

Uxía apoyó la cabeza en el pecho de su madre, dócil y lánguida. Pero antes de cerrar los ojos para sucumbir al sedante, empezó a tararear, muy bajito, una melodía circular que Xiana creía haber enterrado para siempre.

Marusía.

Marusía es el miedo que los padres transmiten a los hijos como una herencia genética; el secreto que se cuela en los sueños para que nadie olvide a quién pertenece la ría.

54. Helena Barreiro — El ejecutor

Puerto de Ribadeo. Jueves, 23 de marzo, 21:10 h.

El viento del puerto arrastraba un hedor denso a gasóleo, algas podridas y madera vieja empapada en salitre. Helena caminaba junto a Sara por el muelle secundario, una zona de sombras largas y redes amontonadas, lejos de los bares y del bullicio de los turistas. Allí era donde atracaban los barcos que no hacían preguntas y donde los hombres habían aprendido, generación tras generación, que nadie mira dos veces lo que se descarga al abrigo de la noche.

—No es Rivas —soltó Helena sin preámbulos, su voz cortando el aire frío como una cuchilla—. Nunca lo fue. Al menos, no del modo que tú crees.

Sara se detuvo en seco, con los hombros tensos.

—¿Entonces? Los papeles del ayuntamiento, las recalificaciones... todo apunta a su despacho.

Helena sacó el móvil. No le enseñó una foto oficial de archivo ni un informe pericial. Le mostró una imagen tomada con prisas, desenfocada y granulada, robada a la espalda equivocada en el momento justo en que la guardia bajaba.

—El Delgado —continuó Helena—. Lleva años moviéndose como un intermediario invisible. Seguridad privada para las empresas de Rivas, favores logísticos en el puerto, recados que no dejan huella. Pero hoy he visto algo que no encaja con la descripción de un simple peón.

Helena amplió la imagen con los dedos. En la nuca del hombre, justo por encima del cuello de la chaqueta oscura, asomaba un

tatuaje: una línea curva, negra e incompleta. El fragmento de un trazo que pretendía ser un círculo.

—¿Eso qué es? —preguntó Sara, entrecerrando los ojos.

—La marca de la antigua cofradía del puerto —respondió Helena —. No la oficial, la que sale en los folletos de la Xunta. Hablo de la cofradía cerrada, la que funciona desde hace décadas como una logia silenciosa. La tapadera real de la Marusía.

Helena caminó hasta el borde mismo del muelle. Miró el agua negra, inmóvil y aceitosa, como si estuviera escuchando un latido bajo la superficie del puerto.

—Hace años investigué a esa cofradía por contrabando de tabaco y algo de blanca. Nada serio, nada que un juez quisiera firmar. Pero siempre aparecían los mismos nombres alrededor de los incidentes… y siempre el mismo anciano presidiendo sus comidas, sus procesiones y sus homenajes silenciosos.

—Antón —sentenció Sara.

Helena asintió.

—Antón pone el relato, Sara. Él construye el mito, la tradición, el "derecho" de la ría a cobrarse sus piezas. —Se giró hacia ella con una mirada cargada de urgencia—. Pero alguien tiene que mancharse las manos de verdad. Alguien tiene que bajar a las cuevas y asegurarse de que el rito se cumple.

Sara volvió a mirar la foto del gigante de espaldas.

—El Delgado.

—No es un creyente —añadió Helena—. O no uno de los que rezan. Es algo peor: es un hombre disciplinado. Cree en la estructura. En la jerarquía. En que el orden del Norte solo se mantiene si alguien está dispuesto a hacer el trabajo sucio que los demás fingen no ver.

El silencio del puerto se cerró sobre ellas, solo roto por el crujido de los cabos contra los norays.

—Entonces no perseguimos a un loco con delirios de grandeza —dijo Sara—. Perseguimos una cadena de mando militarizada.

—Exacto —confirmó Helena—. Antón es el guardián del mito, el arquitecto de la mentira. Rivas es la cobertura política, el que limpia los expedientes. Y el Delgado… —Helena tragó saliva, algo que rara vez hacía— el Delgado es el ejecutor. La mano que aprieta el cuello.

Un barco encendió motores en la otra orilla, hacia Castropol. El sonido vibró en el agua como un presagio fúnebre.

—Si Antón ha decidido cerrar el Ciclo esta noche —dijo Sara, pensando en la urgencia que sentía en el ambiente—, no lo hará él con sus propias manos.

—No —confirmó Helena—. Mandará al hombre que mejor sabe cómo matar sin dejar rastro ni preguntas. Mandará a El Delgado.

Sara apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula.

—Entonces vamos tarde. Muy tarde.

Helena negó despacio, guardando el teléfono.

—No. Vamos justo en el momento en que dejan de esconderse. Y eso los hace vulnerables por primera vez en treinta años.

Se dieron la vuelta al unísono. El puerto parecía seguir igual: hombres fumando en la penumbra, risas apagadas en las tabernas, redes tendidas secándose al sereno. Pero ahora Sara veía el dibujo completo, la geometría del horror que subyacía bajo la postal marinera.

La Marusía no necesitaba que todo el mundo tuviera fe para sobrevivir. Solo necesitaba ejecutores que no hicieran preguntas.

Marusía.
Marusía es la mano que ejecuta las órdenes del mito; la sombra que no necesita creer en el ritual para convertirlo en sangre.

55. Sara Aguilar — El centro del círculo

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Jueves, 23 de marzo, 21:45 h.

Antón estaba abajo, en la zona de calabozos, sumido en un silencio absoluto que ponía nerviosos a los agentes de guardia. Pero arriba, en el despacho de investigación, el ambiente era de puro pánico.

Sara miraba el mapa lleno de líneas rojas. Iván acababa de volcar los datos de la última capa del código.

—No son puntos al azar —dijo Sara, señalando el mapa con un dedo tembloroso—. El símbolo no representa víctimas... es un mapa de activación.

Iván tecleó con furia, superponiendo el diagrama de la "geometría ritual" sobre el plano del pueblo.

—Sara, mira esto... —Iván palideció—. El centro exacto del Ciclo. El punto de convergencia final.

Sara siguió la línea. Su dedo se detuvo en la Casa do Pobo, justo al lado de la ensenada. Pero luego miró las coordenadas exactas que el programa de Iván estaba resaltando en rojo neón.

—Está a menos de cien metros de aquí —susurró Sara—. El cuartel está dentro del área de influencia del centro.

El silencio que siguió fue insoportable. Sara recordó la sonrisa de Antón en el puerto cuando le puso las esposas. No se había resistido. No había protestado. Se había dejado traer como quien sube a un taxi.

—Hijo de puta... —exhaló Sara—. No lo he detenido. Lo he traído yo misma al corazón del sistema.

—Exacto —dijo Iván, girándose hacia ella—. El código decía EXECUTE WHEN THE GUARDIAN COMPLETES THE CIRCLE (1). El "Guardián" es Antón. Y tú acabas de meter al Guardián en el perímetro final de activación. El sistema detecta su señal, su posición... su presencia física está cerrando el círculo ahora mismo.

Helena, que acababa de entrar tras su vigilancia en el puerto, se apoyó en el marco de la puerta, comprendiendo la magnitud del error.

—Antón no quería huir —dijo Helena—. Quería que lo trajeras aquí. La Casa do Pobo es la fachada, pero el subsuelo, las antiguas galerías que conectan la ensenada con el pueblo... todo eso pasa por debajo de este edificio.

Sara sintió que el suelo se movía bajo sus botas.

—Ha jugado a que miráramos los bordes —añadió Sara—. A que persiguiéramos al Delgado por los acantilados mientras él entraba por la puerta principal de la mano de la Guardia Civil.

Iván señaló el reloj del sistema: 21:52. Los números parpadeaban en rojo.

—La marea alta es a medianoche —dijo Iván, con la voz quebrada por la tensión—. Si Antón sigue aquí, o si el Delgado llega a la ensenada con la pieza que falta, el proceso de borrado de MARUSÍA.EXE se llevará todo por delante. Pero hay algo peor, Sara.

Iván giró el monitor. Un espectrograma mostraba una onda que nacía bajo el suelo del propio cuartel.

—Rivas ha instalado repetidores de baja frecuencia en el cableado del edificio. Están saturando mi señal. Si intento lanzar la melodía inversa desde aquí, el "ruido" de la instalación de Rivas la anulará. Me están bloqueando en mi propia casa.

Sara golpeó la mesa. El tiempo se les escurría entre los dedos.

—¿Qué necesitas?

—Potencia —dijo Iván, empezando a desconectar cables y metiendo el servidor portátil en su mochila—. Necesito un emisor que esté fuera de la red de Rivas. Un punto alto, con línea de visión directa a la ensenada y que no dependa del cableado del pueblo.

Sara comprendió de inmediato. Miró por la ventana hacia la costa.

—El Faro.

—Es el único sitio con suficiente ganancia para emitir el pulso de anulación y saltarse sus cortafuegos —confirmó Iván—. Pero tengo que irme ya. Si espero a que la marea suba más, la interferencia será total.

Sara se ajustó el arma y miró a Helena.

—Nos dividimos. Iván, vete al Faro. Llévate a dos agentes para que te cubran. Helena y yo vamos a intentar localizar a Rivas antes de que llegue a la ensenada.

En ese momento, el sistema eléctrico del cuartel emitió un zumbido agudo, una vibración que hizo vibrar los cristales. Era el inicio de la secuencia de activación. No era un bloqueo de puertas, era una declaración de guerra electrónica.

—¡Movéos! —gritó Sara—. El Ciclo acaba de empezar a respirar.

Iván salió corriendo hacia el garaje. Sabía que su hermana y Helena eran la última línea de defensa física, pero él era el único que podía ganar la batalla en el aire.

Marusía.
Marusía es la cerradura que empieza a girar; el momento en que comprendes que para salvar el centro, hay que alejarse de él.

(1) Ejecutar cuando el guardián complete el círculo.

56. Iván Lázaro — El faro

Faro de Illa Pancha, Ribadeo. Jueves, 23 de marzo, 22:32 h.

El faro no estaba hecho para personas. Estaba hecho para resistir.

Iván lo pensó mientras subía los últimos escalones de hierro, con el portátil golpeándole la cadera y el viento entrando por cada rendija como si quisiera desalojarlo. Abajo, el mar rugía contra las rocas con una cadencia antigua, demasiado regular para ser natural. O quizá, simplemente, demasiado antigua para que alguien se atreviera a llamarla así.

Eligió el faro porque no había alternativa. Necesitaba potencia eléctrica directa, altura y una línea de visión limpia hacia la ensenada. Necesitaba interferencias mínimas y, sobre todo, sabía

que si algo salía mal, allí arriba estaría solo. Nadie más pagaría el precio.

Colocó el equipo sobre la mesa de mantenimiento: el portátil de Leo Olmo, abierto en canal; su propio ordenador, saturado de ventanas superpuestas; cables improvisados y una pequeña antena direccional conectada a la linterna auxiliar del faro. Nada homologado. Nada seguro. Perfecto.

—Vamos allá —murmuró, más para sí mismo que para la máquina.

El archivo seguía ahí, en el centro de su pantalla. MARUSÍA.EXE. Abierto, vigilante, casi expectante. Iván había pasado horas desmenuzándolo, línea a línea, frecuencia a frecuencia. Ya no le cabía duda: aquello no era solo código informático. Era una partitura. Una secuencia de sonidos, silencios y repeticiones diseñada para activar algo que no pertenecía del todo al mundo físico.

—No eres una canción —dijo, tecleando con una furia contenida —. Eres una llave.

En la pantalla, el espectrograma se desplegó como una huella dactilar imposible. Picos, valles, ruido blanco. Pero ahora Iván veía otra cosa: simetrías ocultas. Inversiones. Reflejos. Entendió que el Ciclo no se rompía atacándolo de frente. El Ciclo se invertía.

Empezó a escribir el módulo nuevo con dedos sorprendentemente tranquilos. Función espejo. Fase inversa. Pulso concentrado. No buscaba crear una melodía, sino un golpe de ariete digital.

—Si tú llamas… —susurró—, yo cierro.

El viento sacudió el faro, haciendo vibrar los cristales reforzados. Iván levantó la vista un segundo. Desde allí arriba, Ribadeo era una mancha de luces difusas, medio devorada por la niebla que subía de la ría. El agua parecía quieta, demasiado quieta, como si estuviera conteniendo el aliento, escuchando.

Pensó en Luna y en cómo tarareaba sin darse cuenta cuando estaba nerviosa. Pensó en Lara, en Leo y en Sara, empeñada en creer que todo podía explicarse con un informe policial. Sonrió sin humor. Ojalá bastara con eso.

El sistema lanzó una alerta en rojo:

ADVERTENCIA: DESCARGA DE ALTA ENERGÍA. RIESGO CRÍTICO PARA EL EMISOR.

Iván no cerró la ventana. Ya lo sabía. Conectó la antena principal y ajustó la frecuencia al rango exacto que había extraído de la grabación de Uxía. El faro respondió con un zumbido grave, profundo, como si un gigante despertara en sus cimientos después de décadas dormido.

—Tranquilo —le dijo a la estructura, casi con cariño—. Solo será un momento.

Guardó el archivo con su nombre definitivo: INV_MARUSÍA.bin. La melodía inversa. El dedo se le quedó suspendido sobre la tecla Enter. No pensó en la muerte, ni en el peligro de la descarga. Pensó en cerrar. En terminar, de una vez por todas, una frase que llevaba treinta años abierta en la garganta de su familia.

Abajo, el mar golpeó una vez más contra el acantilado, con una fuerza que pareció una respuesta. Iván pulsó la tecla.

Marusía.
Marusía es la tecnología que se rinde al misterio; el último pulso de luz antes de que la oscuridad lo reclame todo.

57. Luna Lázaro — El cebo

Casa de Acogida de Ribadeo. Jueves, 23 de marzo, 23:05 h.

La Casa de Acogida nunca estaba en silencio. Siempre había un televisor encendido en alguna habitación, pasos de funcionarios, o el llanto amortiguado de algún niño incapaz de dormir. Aquella noche, sin embargo, el edificio parecía estar conteniendo la respiración, como si las paredes supieran lo que se aproximaba desde la ría.

Luna lo sintió nada más cruzar la puerta principal. El aire estaba cargado de una electricidad estática que le erizaba el vello de los brazos.

—Uxía —dijo en voz baja, antes incluso de que la monitora de guardia pudiera interceptarla.

La mujer la miró con una mezcla de cansancio y un alivio casi culpable.

—Está en la sala común. No ha querido acostarse, Luna. No hay forma de que suelte el rotulador.

Luna avanzó por el pasillo largo, flanqueado por tubos fluorescentes que emitían una luz demasiado blanca, casi quirúrgica. Al fondo, la puerta de la sala estaba entreabierta. Y desde el hueco, llegaba el sonido.

El tarareo.

No era una melodía completa. Era un bucle obsesivo: tres notas, una pausa irregular que parecía un fallo de grabación, y de nuevo las mismas tres notas.

Uxía estaba sentada en el centro del suelo, con las piernas cruzadas, rodeada de hojas arrancadas de una libreta escolar. Tenía un rotulador negro en la mano derecha y dibujaba sin levantar la vista, con una concentración aterradora, ajena al mundo.

Círculos. Uno dentro de otro. Una y otra vez. El Símbolo.

Las paredes cercanas estaban manchadas de trazos oscuros. El suelo también. Incluso la mesa baja de madera tenía marcas recientes, la tinta aún húmeda brillando bajo la luz artificial.

—Uxía… —susurró Luna, arrodillándose frente a ella.

La niña no reaccionó. El tarareo se intensificó, subiendo medio tono, como si una fuerza interna la estuviera obligando a actuar. Luna sintió un escalofrío. Aquello no era un recuerdo traumático ni un juego; era una ejecución técnica. La niña estaba "emitiendo".

—Mírame —pidió Luna con voz firme—. Estoy aquí. No estás sola, Uxía.

La niña parpadeó y sus ojos se alzaron despacio. No estaban perdidos en el vacío; estaban ocupados procesando una información que Luna no podía ver.

—Vienen —dijo la niña, sin dejar de dibujar—. Siempre vienen cuando canto la parte que falta.

Luna tragó saliva, sintiendo que el corazón le golpeaba las costillas.

—¿Quiénes, cariño?

Uxía ladeó la cabeza, como si la pregunta careciera de sentido lógico.

—Ellos. Los que saben el camino por debajo del agua.

El rotulador chirrió contra el papel con un sonido dentado. Luna se dio cuenta de que el dibujo ya no era una simple marca: Uxía estaba señalando intersecciones específicas, puntos de presión sobre el mapa de Ribadeo. Pensó en Iván en el faro. En la melodía inversa. Entendió que estaban en una guerra de señales.

—Escúchame —dijo Luna, apoyando con cuidado una mano sobre la muñeca de la niña.

El tarareo se detuvo en seco. El silencio que siguió fue más violento que el ruido. Uxía la miró fijamente, con una lucidez que le heló la sangre.

—Me están buscando, Luna. Aquí también. Ya están en la puerta.

Luna sintió cómo la certeza se asentaba en su pecho. La Casa de Acogida no era un refugio; era un faro encendido en mitad de la niebla, un objetivo iluminado. Un lugar fácil para un ejecutor como el Delgado.

—No —respondió Luna, levantándose de golpe—. No te van a encontrar.

Empezó a recoger los papeles con rabia, rompiéndolos para borrar el rastro. Miró alrededor, midiendo las salidas y las ventanas. El edificio tenía protocolos y cerraduras, pero nada de eso serviría contra el hombre que servía al Ciclo.

—Nos vamos —sentenció—. Ahora mismo.

Uxía no protestó. Se dejó levantar, dócil, todavía tarareando por lo bajo como si la música fuera su única fuente de energía. Luna le puso la chaqueta con manos temblorosas y la abrazó con una fuerza desesperada.

Entendió la verdad más amarga de esa noche: Uxía no era solo una víctima. Era la llamada. El punto central de la antena. El anzuelo

perfecto. Y el Delgado ya estaba siguiendo el rastro de esa música invisible a través de las calles de Ribadeo.

Marusía.
Marusía es la niña que sirve de cebo; el sonido que guía al cazador directamente hacia el corazón del refugio.

58. Sara Aguilar — La última esperanza

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Jueves, 23 de marzo, 23:42 h.

El mapa estaba extendido sobre la mesa como un cuerpo abierto en canal.

Sara apoyó ambas manos sobre él, inclinándose hacia delante con el peso de la fatiga, mientras Helena marcaba puntos con un rotulador rojo: la Casa do Pobo, la ensenada, el puerto, el acceso oculto al bosque. Cada trazo era una posibilidad. Cada posibilidad, un error potencial que podía costar una vida.

—Rivas ha desaparecido —dijo Helena, sin rodeos, tapando el rotulador con un clic seco—. Su móvil oficial está apagado y la última señal de su GPS personal se perdió hace diez minutos cerca del acantilado. El coche no está en su domicilio ni en el garaje del ayuntamiento. Se ha ido, Sara.

Sara cerró los ojos un segundo. No le sorprendía; le confirmaba lo inevitable. El brazo político del Ciclo se estaba replegando hacia la sombra para presenciar el final.

—Nunca iba a quedarse quieto —respondió Sara—. No ahora que Iván está emitiendo desde el faro y el sistema está en riesgo.

El cuartel estaba extrañamente vacío, sumido en un silencio de cementerio. Los refuerzos prometidos desde la Comandancia de Lugo no llegarían a tiempo, bloqueados por una niebla que se volvía sólida y por "problemas logísticos" de última hora que Sara ya sabía que eran provocados. Demasiadas llamadas interceptadas,

demasiadas explicaciones pendientes en una cadena de mando que avanzaba mucho más despacio que el miedo.

—¿Y Antón? —preguntó Sara, mirando hacia la zona de calabozos.

Helena palideció ligeramente antes de responder.

—Ese es el problema. Hace cinco minutos, la centralita se quedó a oscuras. Un fallo en el diferencial. Cuando los agentes de guardia bajaron a revisar los plomos... la celda de Antón estaba abierta.

Sara levantó la cabeza de golpe, con los ojos inyectados en sangre.

—¿Abierta? ¿Cómo es posible?

—No hubo violencia, Sara. Solo un juego de llaves que no debería estar donde estaba y un guardia que dice no recordar haber visto a nadie entrar —Helena apretó los puños—. Lo han sacado. O lo han dejado salir. Alguien dentro de este cuartel sigue respondiendo a la nómina de Rivas.

Sara sintió una náusea física. Antón "o Vello" no estaba detenido; estaba libre y de camino a completar el Ciclo.

—Tenemos a Antón localizado de forma intermitente por las cámaras de tráfico del puerto —continuó Helena, tratando de recuperar el control—. Aparece en un muelle, luego desaparece. Se mueve como si supiera exactamente cuándo y dónde estamos mirando. Se ríe de nosotros.

Sara señaló con el dedo índice el punto central del mapa: la ensenada de Ribadeo.

—No va a huir, Helena. Va a cerrar —dijo con una certeza gélida que le erizó el vello de los brazos—. Esta gente siempre cierra el círculo justo donde empezó todo. Lo han liberado para que pueda oficiar el final.

Miró el reloj de la pared. El tic-tac sonaba como una cuenta atrás para una ejecución. Helena asintió. Se permitió un segundo de silencio, algo inusual en ella, mientras observaba las líneas rojas que convergían.

—Si la teoría de Iván es correcta, el ritual necesita un anclaje físico, un centro. Y ese centro es la Casa do Pobo… o el agua que

hay justo delante.

Sara pensó en Luna, sola en la casa de acogida con la niña. Pensó en Uxía y en ese tarareo que ya se había convertido en el ruido de fondo de su propia conciencia. Sabía que Uxía no era una testigo; era el objetivo.

—No tenemos margen de maniobra —dijo Sara—. Si esperamos órdenes de arriba, llegamos tarde. Si entramos solas, quizá no salgamos.

—Quizá —repitió Helena con una media sonrisa cansada que no llegaba a sus ojos—. Pero no es la primera vez que jugamos sin red, Sara.

Sara la miró entonces de verdad. Vio en Helena el cansancio acumulado de años persiguiendo patrones que nadie quería reconocer, el peso de una verdad que el resto del mundo prefería ignorar.

—Si esto sale mal… —empezó Sara.

—No va a salir bien —la interrumpió Helena—. Solo va a salir necesario.

Sara cogió la radio, ajustó el canal interno de corto alcance y habló con voz firme, sin dejar lugar a la duda.

—Aquí Aguilar. Activamos protocolo no oficial. Unidades Alfa y Eco. Objetivo: interrupción inmediata de actividad ritual en la ensenada. Prioridad absoluta: rescate de la menor.

Hubo un silencio estático y, finalmente, una confirmación seca desde el otro lado. Helena se colocó la chaqueta, palpando de forma inconsciente el cuarzo que llevaba colgado. Sara cargó su arma; el clic metálico resonó en la sala vacía como una sentencia de muerte.

—Rivas —murmuró Sara mientras apagaba la luz del despacho—. Siempre hay alguien como tú en estos pueblos.

—Sí —respondió Helena desde la puerta—. Y siempre creen que pueden llegar al final sin mancharse las manos de sangre.

Salieron al exterior y el mundo parecía haber sido engullido. La niebla había descendido totalmente desde la ría, espesa y silenciosa, pero por debajo de la blancura vibraba algo mucho más violento. Era marusía en estado puro.

Sara sintió el aire cargado, una suspensión densa de salitre y espuma pulverizada que le golpeaba la cara y le picaba en los ojos como si el mar estuviera intentando respirar a través de la tierra. A lo lejos, el rugido del Cantábrico contra los acantilados de Illa Pancha no era un sonido, era un pulso que les llegaba a través de las suelas de las botas. Las olas se agitaban con una fuerza invisible tras el muro blanco, lanzando ráfagas de humedad que lo corroían todo, desde el metal de los coches patrulla hasta la resolución de los hombres. Ya no era solo un mito gallego; era el mar reclamando su espacio, una advertencia física de que el Ciclo no solo se alimentaba de canciones, sino de agua, sal y naufragios.

Sara respiró hondo aquel aire que sabía a hierro y a tempestad inminente. No sabía si aquella noche salvarían a alguien, o si la ría terminaría por devorarlas a ellas también. Solo sabía que, pasara lo que pasara, no llegarían tarde por cobardía.

Marusía.

Marusía es la última esperanza de los que caminan hacia la niebla; el momento en que el deber deja de ser un reglamento y se convierte en un instinto de supervivencia bajo un cielo que ya brama con el peso del mar.

59. Luna Lázaro — El enfrentamiento por la niña

Casa de Acogida de Ribadeo. Jueves, 23 de marzo, 23:58 h.

Luna llevaba diez minutos sintiendo que algo iba mal. No era intuición policial, era la experiencia de quien ha pasado media vida esperando que el suelo se abra bajo sus pies. El pasillo estaba demasiado vacío. El televisor de la sala común, apagado. El silencio no era el descanso nocturno de un refugio: era un silencio preparado, una emboscada de aire denso.

Uxía caminaba a su lado, aferrada a su mano con una fuerza impropia de una niña. No tarareaba. Eso era lo peor de todo. El silencio de la niña era el aviso de que el sistema ya estaba cargado.

—No mires atrás —susurró Luna—. Pase lo que pase, no mires, Uxía.

La puerta trasera de la Casa de Acogida estaba a menos de veinte metros cuando el cristal del ventanal lateral estalló hacia dentro. El sonido fue seco, brutal; una explosión contenida que llenó el pasillo de diamantes de vidrio. Luna se giró por puro reflejo justo a tiempo de ver una sombra atravesar el marco roto con una agilidad animal.

El Delgado.

No llevaba uniforme, ni placa, ni capucha. Solo ropa oscura y una determinación carente de ruido. Se incorporó despacio, sacudiéndose los cristales de la chaqueta como si supiera que, a falta de dos minutos para la medianoche, ya no había necesidad de correr.

Uxía soltó un grito que se ahogó en su garganta.

—¡Corre! —ordenó Luna, empujándola con violencia hacia la salida.

El Delgado avanzó dos pasos. Luna se interpuso sin pensarlo. No llevaba arma, ni formación en combate, solo su propio cuerpo y el miedo transformado en una rabia ciega.

—No es para ti —dijo él, con una voz grave que parecía vibrar desde el subsuelo—. Apártate, Luna.

Luna no respondió con palabras. Le lanzó una silla de madera de la sala de espera. El impacto le dio de lleno en el hombro, lo suficiente para desequilibrarlo un segundo. Luna aprovechó el hueco para abalanzarse sobre él. Sintió el choque seco de su cuerpo contra la masa muscular del gigante, el olor a salitre y metal, el sonido de una respiración que no se alteraba.

Cayeron al suelo en un amasijo de golpes. El Delgado era más fuerte; mucho más. La empujó contra la pared y el aire salió de los pulmones de Luna en un gemido ahogado. Vio luces blancas estallar en su visión durante un segundo eterno.

—No lo entiendes —dijo él, apretándole el cuello con una mano que parecía una tenaza de hierro—. Esto tiene que cerrarse. Es el orden de las cosas.

Luna, sintiendo que se desvanecía, le clavó los dedos en los ojos con un último resto de fuerza. El hombre rugió y retrocedió, soltándola. Fue suficiente. Uxía estaba paralizada junto a la puerta trasera, temblando.

—¡Ahora! —gritó Luna con lo que le quedaba de voz—. ¡Corre, Uxía! ¡Vete!

La niña reaccionó y salió al exterior, desapareciendo en la niebla. Luna intentó seguirla, pero una mano la agarró del pelo y la lanzó contra el suelo de linóleo. El golpe le abrió la ceja y la sangre caliente empezó a nublarle la vista.

El Delgado se acercó despacio, cojeando levemente.

—Siempre hay alguien que cree que puede romper el Ciclo —dijo, mirándola desde arriba—. Y siempre muere alguien por culpa de esa creencia.

Luna sonrió, mostrando los dientes manchados de sangre.

—No soy la primera en intentarlo —respondió—. Y tú no eres el final de nada. Eres solo un perro.

Se levantó como pudo y le lanzó una patada directa a la rodilla. Oyó el chasquido del hueso. El hombre cayó de lado, maldiciendo en voz baja. Luna no esperó a ver si se levantaba. Corrió.

Salió al exterior y la niebla de la ría le golpeó la cara como una pared húmeda y helada. Vio la silueta pequeña de Uxía avanzando hacia el bosque que bordeaba la ensenada, guiada por un instinto que no era suyo. Detrás, en el edificio, un grito de furia animal anunció que el Delgado volvía a estar en pie.

Luna apretó los dientes y siguió corriendo, el dolor convertido en motor y la sangre marcando su rastro en el asfalto frío. Sabía una cosa con absoluta certeza: aquella noche ya no se luchaba por la verdad, ni por la justicia, ni por la ley.

Se luchaba por una niña. Y eso lo cambiaba todo.

Marusía.
Marusía es el enfrentamiento final por la niña; el momento en que la sangre derramada es lo único que puede detener el engranaje del mito.

60. Luna Lázaro — El refugio que se convierte en trampa

Bosque de Ribadeo, camino de la antigua Casa do Pobo. Viernes, 24 de marzo, 00:06 h.

El bosque no dormía; respiraba.

La niebla se enroscaba entre los troncos de los pinos como un animal vivo, húmedo y espeso, tragándose los sonidos y deformando las distancias hasta que el norte y el sur dejaron de tener sentido. Luna corría con los pulmones ardiendo, con el sabor metálico de la sangre de su ceja —donde una rama la había azotado minutos antes — en los labios. Llevaba a Uxía agarrada de la mano, sintiendo cómo los pies de ambas resbalaban sobre el barro y la alfombra de acículas de pino podridas que ocultaban las trampas del terreno.

—No pares —jadeó Luna—. Pase lo que pase, no pares, Uxía.

La niña obedecía sin llorar. Eso era lo que más aterraba a Luna. Uxía no corría como una niña en pánico; avanzaba con una precisión sonámbula, girando en las bifurcaciones antes incluso de que el sendero se hiciera visible. Era ella quien tiraba de Luna cuando esta dudaba ante la oscuridad.

—¿Por dónde vas? —preguntó Luna, con el corazón golpeándole las costillas.

Uxía no respondió. Tarareaba. Era un sonido bajo, casi imperceptible, que parecía nacer del centro de su pecho. Tres notas. Pausa. Tres notas. La misma frecuencia que Iván, a kilómetros de allí, intentaba aislar en su pantalla.

Un crujido seco resonó a sus espaldas. El Delgado seguía allí.

Luna apretó el paso. El bosque parecía cerrarse sobre ellas; los árboles se volvían más densos y el aire se volvía tan frío que cada inhalación dolía. Sabía que estaban dejando atrás las últimas luces del casco urbano de Ribadeo. El sonido de los coches había sido sustituido por el bramido del mar, que empezaba a sonar cada vez más cerca, justo debajo de ellas.

El sendero desapareció de golpe, tragado por la maleza. Delante solo había sombras. A la derecha, el monte subía, impenetrable. A la izquierda, un claro descendía abruptamente hacia el acantilado.

Uxía señaló el claro sin vacilar.

—Por ahí —susurró—. Es donde acaba la canción. Donde el agua se junta con la tierra.

—No, Uxía. Por ahí está el edificio viejo. La Casa do Pobo. Es un callejón sin salida, nos acorralará contra el mar.

La niña la miró por primera vez desde que escaparon. Sus ojos brillaban con una certeza antigua y terrible.

—Por eso —respondió—. Porque allí es donde se abre la puerta.

Un grito de frustración llegó desde el bosque. El Delgado estaba cerca. Luna tomó la decisión en un latido: descendieron hacia el claro, alejándose de la seguridad del pueblo y hundiéndose en la zona costera.

El terreno se volvió traicionero. El barro, mezclado con la espuma de la marusía que el viento subía desde la ría, les llegaba a los tobillos. La pendiente era tan pronunciada que Luna tenía que

clavarse en los troncos para no rodar ladera abajo hacia las rocas. Resbaló una vez, hincando las manos en la tierra negra. Se levantó empujada por el sonido de las pisadas pesadas del Delgado, que ya no intentaba ocultarse.

De pronto, entre la cortina de niebla, apareció la mole.

La antigua Casa do Pobo.

Era un edificio de piedra gris y ventanas altas, situado de forma inverosímil en el borde mismo del saliente. Antaño fue un lugar de reunión, pero ahora era una ruina que observaba el estuario con cuencas vacías. Detrás del edificio, el acantilado caía a plomo hacia la ensenada, donde el agua negra respiraba al ritmo de la marea alta, esperando su tributo.

Uxía se detuvo en seco justo en el umbral de piedra.

—Aquí —dijo con voz plana—. Aquí es donde siempre esperan los que no tienen nombre.

Luna sintió que el estómago se le cerraba. Había intentado salvar a la niña de los hombres de uniforme, y sin saberlo, la había guiado directamente al centro del Símbolo. Al altar natural que el Ciclo había usado durante décadas. El bosque detrás de ellas quedó en silencio; un vacío sonoro que solo presagiaba el final.

Marusía.

Marusía es el refugio que se convierte en trampa; el momento en que comprendes que el destino no es un camino que eliges, sino un círculo que se cierra sobre ti en el borde del abismo.

61. Helena Barreiro — El camino hacia el sacrificio

Carretera secundaria entre el puerto y el bosque. Viernes, 24 de marzo, 00:11 h.

El teléfono vibró una sola vez. Helena lo sacó del bolsillo sin apartar la vista de la carretera. La niebla comenzaba a espesarse, bajando desde la ría como una cortina viva que anulaba las referencias y convertía los pinos en espectros. Redujo la velocidad instintivamente; el asfalto estaba cubierto de una película de humedad y salitre.

—Habla —dijo Helena.

La voz de Sara llegó rota por el esfuerzo físico y la estática de la red, que empezaba a colapsar bajo el pulso del faro.

—Luna… ha sacado a Uxía de la Casa de Acogida. El Delgado ha atacado. Van hacia la antigua Casa do Pobo. Van directas al centro, Helena.

Helena apretó el volante hasta que los nudillos le blanquearon.

—¿Están bien?

Hubo un segundo de silencio al otro lado, un bache de aire que Helena llenó con sus peores presagios.

—Vivas —respondió Sara al fin—. De momento.

Helena cerró los ojos un instante. Le bastó. No necesitaba más datos para saber que el tablero se había quedado sin casillas de escape.

—Escúchame —dijo, tomando la decisión con la frialdad de quien acepta una sentencia—. Yo voy a por él.

—Helena, no —saltó Sara de inmediato—. Vamos juntas. No te separes, es una orden.

Helena miró el cruce que se abría delante de los faros del coche: a la izquierda, el acceso directo a la Casa do Pobo; a la derecha, el camino estrecho que bordeaba el bosque y salía directamente hacia la ensenada. El lugar perfecto para interceptar a alguien que cazaba siguiendo el rastro de la sangre.

—Si llega hasta ellas, no habrá margen, Sara. Tú sigue hacia la niña. Yo lo freno a él.

—Eso no es un plan —insistió Sara, con una mezcla de rabia y miedo—. Eso es…

—Eso es lo único que tenemos para que la niña llegue a mañana —cortó Helena.

Giró el volante a la derecha de forma violenta, sin esperar respuesta. El coche se internó por la carretera secundaria, más estrecha, flanqueada por una vegetación que parecía querer devorar el camino. Helena colgó. No necesitaba despedidas; nunca se le habían dado bien.

El cuarzo que llevaba colgado del cuello golpeó suavemente el salpicadero con el movimiento brusco. Lo tomó entre los dedos un segundo, notando su frío familiar y sólido. Helena no creía en amuletos, ni en la magia, ni en el destino. Nunca lo había hecho. Pero sí creía en las decisiones y en el precio que estas conllevaban.

Aparcó el coche en el arcén, sin apagar las luces para que sirvieran de referencia. Bajó y escuchó. Nada. Demasiado nada. El bosque había enmudecido, como si la naturaleza misma estuviera esperando el impacto.

Avanzó despacio, con el arma en la mano y la respiración controlada. El terreno descendía abruptamente hacia la ría. Allí la niebla era más densa, casi sólida, una sopa blanca que ocultaba los pies. Un lugar perfecto para desaparecer… o para atacar.

Un crujido seco llegó desde su espalda. Helena se giró al instante, pivotando sobre sus talones y apuntando al centro de la bruma.

—Sé que estás ahí, Delgado —dijo con voz firme—. Se acabó el juego.

La figura del Delgado emergió de la bruma con la naturalidad de quien se sabe dueño de la noche. Caminaba con dificultad, cojeando visiblemente por el golpe de Luna, pero mantenía una sonrisa que no era humana. Era la expresión de quien ya ha ganado porque no teme perder nada.

—Siempre sois las mismas —dijo él, su voz vibrando en la humedad del aire—. Creéis que podéis llegar antes que el Ciclo.

Helena dio un paso adelante, acortando la distancia de tiro.

—No vengo a llegar antes —respondió—. Vengo a que tú no llegues nunca.

Él ladeó la cabeza, evaluándola con una curiosidad predatoria.

—¿Te han dicho lo que pasa cuando alguien intenta interrumpir el Ciclo de la Marusía?

Helena pensó en Sara. En Luna. En la fragilidad de Uxía. En Iván, solo en lo alto del faro, enfrentándose a una melodía que podía romperlo por dentro.

—Sí —dijo Helena—. Alguien tiene que morir para que el equilibrio se mantenga.

El Delgado avanzó un paso más, saliendo totalmente de las sombras. Su masa física llenaba el sendero.

—Entonces ya lo entiendes. Estás aquí para el sacrificio.

Helena ajustó el agarre de su arma. El cuarzo, apretado en su palma izquierda, parecía quemarle la piel. Entendía perfectamente. No todas las batallas se libran para ganar. Algunas solo se libran para comprar tiempo, pagando el precio más alto.

Marusía.
Marusía es el camino hacia el sacrificio; el momento en que comprendes que para salvar la luz, alguien debe quedarse voluntariamente en la oscuridad.

62. Iván Lázaro — El precio de sangre

Faro de Illa Pancha, Ribadeo. Viernes, 24 de marzo, 00:18 h.

El faro vibró. No fue una sacudida violenta, sino una pulsación profunda y sorda, como si algo colosal hubiera despertado en los cimientos de granito de la isla. Iván se retiró los auriculares de golpe, sintiendo un pitido agudo en los oídos, y miró las gráficas que se desbordaban en la pantalla de su portátil.

—No… no así —murmuró, con la voz entrecortada.

El osciloscopio marcaba picos de frecuencia imposibles. La Melodía inversa no solo estaba funcionando; se estaba amplificando

de forma errática al interactuar con el sistema eléctrico del faro. Las torres de alta tensión, los repetidores de telefonía y la red costera de Ribadeo se estaban comportando, de pronto, como una antena gigantesca y hambrienta.

Un pulso. No acústico, ni simbólico. Un pulso electromagnético puro diseñado para anular el patrón de la Marusía.

Iván pasó los dedos por el teclado con una rapidez nerviosa, aislando variables y desconectando módulos de seguridad para forzar los límites del hardware. El sudor le resbalaba por la sien, empapando el cuello de su camiseta. Abajo, el mar rugía contra las rocas con una furia que parecía responder directamente al experimento digital que ocurría en la linterna del faro.

—Vale… vale… dame una salida —susurró al código, implorando a la lógica de las máquinas.

La simulación terminó de cargar con un zumbido eléctrico. Un cuadro rojo sangre parpadeó en el centro de la pantalla, bloqueando cualquier otra función:

ADVERTENCIA: RETROALIMENTACIÓN LETAL EN EL EMISOR.
SOBRECARGA DE INDUCCIÓN.

Iván se quedó quieto. Demasiado quieto. Releyó la línea. Luego otra vez. No había margen para la interpretación técnica: el pulso de anulación no podía emitirse a distancia de forma segura. El sistema necesitaba un ancla humana, alguien que sostuviera la emisión y estabilizara la señal con su propia presencia física el tiempo suficiente para romper el patrón del Ciclo.

El cuerpo como fusible. El sistema solo aceptaba el cierre si alguien pagaba el peaje de entrada.

—Claro… —exhaló una risa breve y rota, que se perdió en el viento que azotaba los cristales—. Claro que tenía que ser así.

Pensó en Leo Olmo y en cómo había llegado demasiado cerca de esta misma conclusión. Pensó en Mateo, en Lara y en las niñas de las Claras. Pensó en Luna, que ahora mismo corría por el bosque intentando salvar a Uxía.

Abrió el canal interno de comunicación con el cuartel. Sus dedos dudaron una fracción de segundo sobre las teclas de envío. Canceló.

No podía decírselo a Sara. No ahora. Ella intentaría detenerlo y el Ciclo ganaría por incomparecencia.

Volvió al código. Ajustó los parámetros para maximizar el alcance de la antena y minimizar el tiempo de exposición. Si iba a hacerlo, tenía que ser un golpe seco. Lo justo para que el Símbolo colapsara. Lo justo para que la melodía se invirtiera y se apagara para siempre.

La pantalla volvió a parpadear con una frialdad matemática:

PROBABILIDAD DE SUPERVIVENCIA DEL OPERADOR: 0,03 %

Iván apoyó la frente contra el cristal frío del faro. La luz giratoria bañó el interior de la cabina con destellos lentos, rítmicos, casi ceremoniales.

—Siempre igual —murmuró para las sombras—. El sistema solo funciona porque alguien está dispuesto a pagar la factura.

Sacó el móvil de su bolsillo. Miró el contacto de Luna. No la llamó. No escribió un mensaje de despedida. No quería que su voz cargada de miedo fuera lo último que ella recordara de él en mitad de la noche. En su lugar, abrió una nota nueva en el escritorio del ordenador.

Solo escribió dos palabras: "Te encontré."

Guardó el archivo en la carpeta oculta de Leo Olmo. Donde siempre debió estar. Donde pertenecía.

El mar rugió más fuerte, un estruendo blanco que subía por el acantilado. O quizá era el pulso eléctrico preparándose para estallar. Iván se sentó frente al portátil, se ajustó los auriculares y conectó el último módulo de inducción manual. La melodía inversa comenzó a reproducirse en un silencio absoluto, visible solo en las gráficas que subían como agujas clavándose en el monitor.

Cerró los ojos. No rezó, ni pidió perdón a nadie. Simplemente aceptó su lugar en la geometría de la ría.

Marusía.

Marusía es la verdad que exige un precio de sangre; el momento en que comprendes que para apagar el mito, hay que estar dispuesto a arder con él.

63. Sara Aguilar — La neblina final

Ensenada de Ribadeo. Viernes, 24 de marzo, 00:23 h.

La niebla cayó de golpe.

No descendió poco a poco ni se deslizó como en otras madrugadas gallegas. Fue una pared blanca y sólida que se levantó desde las aguas negras de la ría y avanzó tierra adentro en cuestión de segundos, borrando el horizonte, los sonidos del pueblo y la noción exacta del espacio. Ribadeo había desaparecido; solo quedaba el barro y el salitre.

Sara corrió hacia el epicentro. El fango le salpicaba las botas y el aire saturado de humedad le quemaba los pulmones con cada bocanada. Vio dos siluetas delante, recortadas apenas como sombras chinas contra la claridad fantasma de la ensenada.

Antón caminaba despacio, con una calma que resultaba obscena. Rivas, unos metros por detrás, miraba a su alrededor con un nerviosismo eléctrico, como un animal que acaba de comprender que la jaula también es para él.

—¡Guardia Civil! —gritó Sara, con la mano firme en la culata de su arma—. ¡Alto! ¡Ni un paso más!

La voz se perdió en la marusía, absorbida por la niebla sin dejar rastro de eco. Antón no se volvió. No lo necesitaba; él no huía, él estaba llegando a su destino.

Sara aceleró, sintiendo cómo la distancia se acortaba y, a la vez, se deformaba. La niebla jugaba con su perspectiva: lo que parecía estar a su alcance volvía a alejarse en un parpadeo. El suelo bajo sus pies se inclinaba sin previo aviso, obligándola a equilibrarse sobre el terreno traicionero de la orilla.

—¡Antón! —volvió a gritar, esta vez con el arma ya desenfundada —. ¡Se acabó!

Esta vez, el anciano sí se detuvo. Se giró con una lentitud ceremonial, como si el tiempo fuera un recurso que solo le perteneciera a él. Su rostro aparecía y desaparecía entre los jirones de bruma; estaba tranquilo, casi amable, con esa mirada que Sara había visto en los retratos de los viejos marineros que ya no esperan nada de la vida.

—Siempre llegáis así —dijo Antón, y su voz sonó clara a pesar del viento—. Corriendo. Sudando. Creyendo que aún tenéis poder para detener el peso de treinta años.

Rivas se acercó a él, sudoroso, con el traje arrugado y la dignidad deshecha.

—Esto no estaba en el trato, Antón —murmuró el alcalde—. Dijiste que con el traslado de la niña esto quedaría sellado. Que no habría rastro.

Antón lo miró con una sonrisa leve, cargada de desprecio por el hombre que solo entendía de papeles y votos.

—Los ciclos no se sellan con firmas, Rivas —respondió—. Se cumplen con sangre.

Sara levantó el arma, apuntando directamente al pecho de Antón.

—Tú no decides eso. Ya no hay más ritos, ni más "derechos de la ría". Se acabó el Ciclo.

Antón avanzó un paso más hacia el agua. El mar no se veía tras el muro blanco, pero se oía con una fuerza gravitatoria: un vaivén grave, un latido que marcaba el ritmo final de la noche.

—¿Lo oyes, nena? —preguntó Antón—. No es el mar golpeando el casco de los barcos. Es la memoria de los que se fueron reclamando su sitio.

La niebla se cerró aún más, como un telón. Sara perdió de vista a Rivas durante un segundo agónico. Cuando lo recuperó, el alcalde estaba más cerca de Antón, atrapado en su órbita magnética, incapaz de alejarse del hombre que lo había encumbrado y que ahora lo arrastraba al abismo.

—¡Rivas! —gritó Sara—. ¡Apártate de él si quieres salir vivo de esta ensenada!

Rivas dudó. Miró a Sara y luego a Antón. El miedo por su carrera luchaba contra algo mucho más primario: la culpa acumulada de una vida de silencios comprados.

—Tú firmaste esto —le escupió Sara, avanzando un paso más—. Cada silencio. Cada archivo que "desapareció" en el ayuntamiento.

Cada vida que entregaste para mantener tu sillón. Eres tan culpable como él.

Antón volvió a caminar. Ya estaba en el punto central de la ensenada, donde la tierra se volvía lodo y el lodo se volvía ría. El lugar exacto del Símbolo. Sara lo supo sin necesidad de mirar el mapa de Iván.

La niebla se espesó hasta convertir las luces lejanas de Ribadeo en manchas amarillentas y difusas. Sara sintió el vértigo de estar sola en un mundo reducido a tres sombras y un arma cargada. No sabía si Helena seguía viva tras el enfrentamiento con el Delgado. No sabía dónde estaban Luna y Uxía en mitad del bosque. No sabía si Iván lograría emitir el pulso desde el faro.

Solo sabía que, si se detenía ahora, si dejaba de apuntar, el Ciclo ganaría por defecto. Y no iba a permitirlo.

Marusía.
Marusía es la neblina que actúa como el último obstáculo de la razón; el momento en que la justicia se reduce a no parpadear en mitad de la oscuridad.

64. Luna Lázaro — La canción sin voz

Bosque de Ribadeo, ladera norte hacia la Casa do Pobo. Viernes, 24 de marzo, 00:27 h.

Uxía empezó a cantar.

No fue un tarareo nervioso ni un susurro para espantar el miedo. Fue un grito. La melodía brotó de su garganta rota, descompuesta por el pánico, lanzada al bosque como una bengala sonora que buscaba un impacto. Tres notas. La pausa. Otras tres. Y la frase final, siempre incompleta, siempre abierta, repetida una y otra vez sin descanso, como el motor de una máquina que no sabe cómo detenerse.

—No, no, no… —jadeó Luna, tropezando con una raíz—. Uxía, para. Por lo que más quieras, para ya.

Pero la niña no podía. Sus cuerdas vocales parecían movidas por hilos invisibles.

Corrían entre los árboles, las ramas bajas les arañaban la cara y el suelo de agujas de pino y lodo cedía bajo sus pies. Y aun así, la voz de Uxía se imponía a la tormenta silenciosa de la niebla, atravesando la densidad del aire, rebotando entre los troncos centenarios, multiplicándose en ecos que no deberían existir.

Luna sintió el terror más primitivo que había conocido jamás. No era miedo por lo que venía detrás de ellas, por el Delgado o por el brazo armado del Ciclo. Era terror por lo que la estaba llamando desde el frente.

—¡Uxía, mírame! —gritó Luna, frenando en seco y obligándola a girarse por los hombros.

La niña seguía emitiendo la melodía, con los ojos abiertos de par en par, inundados de lágrimas que no llegaban a caer. Su pecho subía y bajaba con espasmos irregulares, pero la música no se detenía; era como si algo la estuviera exprimiendo desde dentro, usando sus pulmones como fuelles.

—No puedo —consiguió articular Uxía entre notas, con una voz que ya no era suya—. Si paro… vienen. Si no me oyen, me quedo en la sombra.

Un crujido seco a la izquierda. Otro, más pesado, a la derecha.

Luna la abrazó con una fuerza desesperada, intentando taparle la boca con la mano, con cuidado de no asfixiarla. La voz de la niña se filtró entre sus dedos, una vibración eléctrica que recorrió la piel de Luna como una descarga.

—Shhh… —susurró Luna al oído de la pequeña—. Estoy aquí. Estoy contigo. No te vas a perder.

Pero el bosque ya había escuchado. La niebla se movía de forma antinatural. No era vapor desplazado por el viento; eran sombras rápidas que orbitaban alrededor de ellas, pasos que no se acercaban ni se alejaban, solo marcaban un territorio que ya no les pertenecía.

Uxía empezó a cantar aún más fuerte, con una urgencia desgarradora.

—Es para ellos —sollozó la niña, rompiendo el ritmo un segundo—. Si no canto, me pierdo como los otros. Si no me oyen, me borran.

Luna entendió entonces la crueldad absoluta del Ciclo. La melodía no era una llamada voluntaria al monstruo, ni una señal de socorro. Era un mecanismo de supervivencia pervertido: cantar para no desaparecer. El Ciclo obligaba a las víctimas a participar en su propio rapto, a llamar al verdugo para no ser olvidadas en el vacío.

Luna tiró de ella con una desesperación que le quemaba las entrañas.

—¡Corre! —gritó—. ¡Corre conmigo, Uxía!

Avanzaron a trompicones por el último tramo de ladera. La Casa do Pobo apareció de pronto entre los árboles, más cerca de lo que Luna esperaba, su silueta negra recortada contra la claridad enferma de la niebla que subía de la ría. Era el final del camino. O el altar del sacrificio.

Uxía seguía cantando, ya casi sin aire, con la voz rota y sangrante, entregando su último aliento a la noche.

Y en algún lugar, lejos del bosque, una gráfica de Iván subía hasta el límite del hardware.

Y en otro, bajo la neblina de la ensenada, Antón sonreía al escuchar la llamada.

Y en lo alto del faro, alguien acababa de decidir morir para silenciarlo todo.

Luna supo, con una claridad insoportable, que aquella canción ya no podía detenerse con las manos. Sólo podía romperse con un estallido.

Marusía.

Marusía es la canción que se canta sin voz; el último recurso del alma para no ser devorada por el olvido.

65. Sara Aguilar — El punto más bajo

Ensenada de Ribadeo. Viernes, 24 de marzo, 00:31 h.

La niebla lo borró todo.

No hubo una huida visible, ni pasos claros sobre el lodo, ni un rumbo que seguir. Antón y Rivas se disolvieron en la marusía como si nunca hubieran poseído un cuerpo físico, como si fueran proyecciones de la propia ría que regresaban a su origen. Sara avanzó unos metros más, apuntando con el arma a sombras que resultaban ser jirones de bruma, girando sobre sí misma en un círculo desesperado, buscando una referencia que la realidad ya no podía ofrecerle.

—¡Antón! —gritó con todas sus fuerzas.

Su voz murió a menos de dos metros de su boca, asfixiada por la densidad del aire. Se detuvo en seco. El corazón le golpeaba el pecho con una violencia inútil y rítmica. Bajó el arma despacio, sintiendo el peso muerto del metal en su mano. Miró alrededor: la ensenada ya no era un lugar geográfico; era un vacío blanco, húmedo y sin bordes.

Estaba sola.

La certeza cayó sobre ella con un peso insoportable, una gravedad que la empujaba hacia el barro.

Morriña.Orballo.

Los nombres regresaron sin permiso, uno detrás de otro, como una letanía de fracasos acumulados. Las niñas de las Claras. Lara. Mateo. Leo Olmo. Daniel. Años persiguiendo patrones, creyendo que llegaban siempre tarde por errores humanos o falta de presupuesto… cuando el único error había sido pensar que aquello, el Ciclo, podía controlarse con reglamentos y patrullas.

—No puedo más… —susurró para sí misma, y su propia voz le sonó extraña.

Las piernas le temblaron. Tuvo que apoyarse en una roca húmeda y cubierta de musgo para no caer de rodillas. El cansancio no era físico; era una fatiga moral, un frío que le mordía el pecho y le decía que la batalla se había perdido hace treinta años.

Pensó en Helena. Recordó su voz a través del teléfono hacía apenas unos minutos, esa calma antinatural que ahora reconocía como la aceptación de un sacrificio. No se habían despedido en persona; se habían despedido en mitad de una persecución, entre jirones de niebla y estática de radio, con palabras que quedaron suspendidas en el aire salino de Ribadeo.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta casi por instinto y notó un objeto frío y liso.

El cuarzo.

Helena se lo había entregado mucho antes, en el cuartel, mientras cargaban las armas frente al mapa de la ensenada. Se lo había puesto en la palma de la mano con un gesto rápido, casi brusco, sin decir una palabra, como si fuera un amuleto del que ella ya no tuviera necesidad. En aquel momento, Sara lo había guardado sin pensar, distraída por la urgencia de la situación.

Ahora, el cristal pesaba como una losa de plomo. Entendía que aquel gesto no fue un préstamo, sino un testamento silencioso. Sabía que no volverían a verse en este lado de la niebla.

Sara lo cerró entre los dedos con fuerza, sintiendo sus aristas. Nunca había creído en amuletos, ni en la protección de las piedras, ni en la mística gallega que tanto irritaba su mente científica. Pero aquel gesto la ancló al suelo. El frío del mineral le devolvió el peso de su propio cuerpo, el control de su respiración, la conciencia del aquí y el ahora.

—No es por ti, Sara —murmuró, enderezando la espalda—. Es por todas ellas.

Levantó la vista hacia el muro blanco de la niebla. Escuchó.

A lo lejos, muy débil pero inequívoca, una voz infantil atravesó la marusía. Era una melodía rota, cantada sin apenas aire, una súplica convertida en canción. El sonido no venía del agua. Venía de la espesura del bosque, justo detrás de la Casa do Pobo.

Uxía.

El dolor y la fatiga se transformaron de golpe en algo distinto. Algo más duro, más limpio, más letal.

Sara se enderezó del todo. Guardó el cuarzo en el bolsillo interior, junto al corazón. Ajustó el agarre de su arma reglamentaria. No

sabía dónde estaba Antón escondido. No sabía si Helena seguía viva en el sendero secundario. No sabía si Iván había conseguido emitir algo desde el faro.

Pero sabía una cosa: mientras ella pudiera dar un paso más, el Ciclo no tendría el último movimiento.

Marusía.
Marusía es el punto más bajo de Sara; el momento en que la derrota se convierte en el combustible necesario para el asalto final.

66. Helena Barreiro — Intuición contra brutalidad

Orilla de la ría, acceso sur a la ensenada. Viernes, 24 de marzo, 00:34 h.

Helena escuchó el golpe antes de verlo.

Un crujido seco, distinto al de las ramas quebradas por el viento o al de la niebla desplazándose sobre el agua. Un sonido pesado, deliberado, humano. Se detuvo al instante, pegando la espalda a un tronco inclinado de un pino joven; la pistola baja, el cuerpo tenso como una cuerda de violín a punto de romperse.

No miró. Escuchó.

Pensó en el cuarzo que le había entregado a Sara, ya no estaba en su cuello, sino que era el frío de la ausencia lo que la quemaba. No cerró los ojos. Dejó que la intuición —esa capacidad analítica inconsciente que nunca había sabido explicar en los informes oficiales de la Comandancia— hiciera el trabajo sucio.

Un paso. Otro. Arrastrado, pesado, asimétrico.

El Delgado estaba herido por el encuentro anterior con Luna, pero no lo suficiente para dejar de ser un depredador.

Helena giró sobre sus talones justo cuando él salió de la bruma como un espectro sólido, lanzándose sobre ella con una velocidad

animal. El impacto fue brutal y la tiró al suelo de barro. La pistola reglamentaria de Helena salió despedida de su mano, perdiéndose en la espesura de la niebla con un sonido hueco al golpear la tierra húmeda.

Rodaron por el barro, una maraña de extremidades y jadeos. El Delgado pesaba mucho más que ella; era una masa de músculo y fanatismo. Le clavó la rodilla en el esternón, cortándole la respiración de golpe.

—Siempre sois las más listas —gruñó él, con el rostro deformado por el esfuerzo—. Y siempre acabáis igual. En el lodo.

Helena, con el último aliento que le quedaba, le dio un cabezazo directo al puente de la nariz. Sintió el crujido del cartílago y la sangre caliente del hombre salpicándole la cara. El Delgado retrocedió un paso, aturdido por el dolor punzante, pero volvió a cargar con una rabia renovada.

Un golpe seco la lanzó contra una roca. El mundo de Helena se llenó de chispas blancas y un zumbido metálico.

—No entiendes nada —escupió él, acercándose—. Tú no decides quién vive en este Ciclo. Solo eres una pieza que estorba.

Helena tosió, intentando desesperadamente incorporar su cuerpo magullado. La mano se le cerró alrededor de una piedra del suelo, algo afilado y frío. Y entonces, lo supo. No fue una visión mística, fue una certeza física: un tirón en el estómago que le indicó el siguiente movimiento del enemigo. El Delgado no iba a golpear de frente; iba a fingir una retirada para girar y ganarle la espalda.

—Ahora —susurró ella para sí misma.

Cuando él se movió hacia la izquierda, Helena ya estaba pivotando hacia la derecha. Le lanzó el objeto que tenía en la mano —un trozo de roca que bien podría haber sido el mismo destino— directamente a la cara. El impacto no lo derribó, pero lo frenó un segundo. Lo justo. Lo suficiente.

Helena se abalanzó sobre él con el peso de toda su carrera, de todos sus fracasos. Cayeron de nuevo, esta vez al borde mismo de la ría, donde el agua negra y gélida les lamía las botas. El Delgado sacó un cuchillo táctico de su cinturón. Helena vio el destello del acero antes de que saliera del todo de la funda.

Le clavó el codo en la muñeca con un movimiento seco. El cuchillo cayó al agua con un leve plof.

El Delgado rugió, transformado en pura bestia, y la empujó con una violencia incontrolable. Helena golpeó el suelo con la espalda y sintió cómo algo vital se le rompía por dentro. El aire ya no entraba en sus pulmones.

—Se acaba aquí —dijo él, levantándose con dificultad, preparándose para el golpe de gracia.

Helena sonrió entre la sangre y el barro.

—Para ti, hijo de puta.

Se incorporó como pudo, haciendo acopio de una fuerza que no debería tener, y se lanzó contra él una última vez. Sin técnica policial, sin elegancia, solo con la intención pura de detenerlo. El choque los llevó de nuevo al suelo, al borde mismo del agua. El Delgado logró clavarle algo, un resto de metal o una piedra afilada, en el costado. El dolor fue inmediato: profundo, caliente, absoluto.

Helena no gritó. Apretó los dientes hasta casi partirlos y hundió sus dedos en la herida que la niña le había hecho al hombre antes, arrancándole un alarido de agonía. Rodaron una vez más hacia la oscuridad.

Cuando todo se detuvo, Helena quedó boca arriba, mirando el cielo invisible tras el muro de niebla. El Delgado yacía a unos metros, respirando con una dificultad estertórea, inmóvil por ahora, vencido por el agotamiento y la pérdida de sangre.

Helena llevó la mano a su propio costado. Estaba empapada. Sacó su móvil con dedos torpes y temblorosos, y marcó el número de Sara por última vez.

—Sara… —dijo cuando oyó la voz de su compañera al otro lado—. Escúchame bien.

Hubo una pausa. Una respiración rota que parecía arrastrar cristales.

—Sálvalas a ellas. A la niña y a Luna. El cuarzo… no era para mi protección, Sara. Era para la tuya.

El sonido del mar, subiendo con la marea alta de la medianoche, llenó el resto de la llamada. Helena dejó caer el brazo sobre el barro.

La niebla siguió moviéndose sobre su cuerpo, indiferente a la ley, al mito y a la muerte.

Marusía.
Marusía es el enfrentamiento final entre la intuición y la brutalidad; el momento en que el sacrificio personal es el único idioma que el Ciclo entiende.

67. Iván Lázaro — La calma antes de la tormenta

Faro de Illa Pancha, Ribadeo. Viernes, 24 de marzo, 00:38 h.

El faro volvió a quedarse en silencio. No era el silencio eléctrico de los equipos apagados, sino otro más profundo, más raro; un vacío sonoro que parecía preceder a un cambio en la marea o a una catástrofe. Como si el edificio de piedra y cristal estuviera conteniendo el aliento, esperando.

Iván respiró hondo, sintiendo el aire cargado de ozono, y apoyó las manos en la barandilla metálica de la linterna. Miró hacia el mar, invisible bajo la manta de niebla, pero presente en cada vibración que subía desde el acantilado.

Pensó en Luna. No en la mujer que ahora mismo huía por un bosque embarrado, ni en el peligro inmediato que la acechaba. Pensó en la Luna de antes. En la que se reía con media boca cuando creía que nadie la miraba. En la que escuchaba canciones viejas como si fueran mapas para encontrar un tesoro que ya no existía. En la que, a pesar de todo el dolor acumulado, no necesitaba entenderlo todo para decidir quedarse a su lado.

—Perdón —murmuró al cristal empañado, sin saber muy bien a qué momento del pasado se lo decía, pero sabiendo que era la única palabra que le quedaba.

Regresó al portátil. Todo estaba listo. El sistema mostraba la cuenta atrás detenida en un parpadeo constante, esperando la confirmación humana. Ningún algoritmo, por avanzado que fuera, podía cruzar ese último umbral de voluntad. Solo él podía ser el detonador.

Iván se sentó despacio, ajustó los auriculares que ahora emitían un siseo estático y revisó por última vez la cadena de código. Cada línea era limpia, precisa, inevitable. La Melodía inversa estaba ahí, cargada en el búfer, perfecta y monstruosa en su simetría, preparada para invertirse sobre sí misma y anular la frecuencia que había mantenido el Ciclo vivo durante décadas.

El pulso no distinguiría entre culpables e inocentes. No elegiría víctimas. Solo rompería el patrón.

Pensó en Leo Olmo, en su obsesión casi infantil por llegar hasta el final, por desentrañar el secreto del norte aunque le costara la cordura. En cómo había dejado pistas no para salvarse a sí mismo, sino para que alguien más pudiera seguir caminando cuando él ya no estuviera.

—Lo hiciste bien, Leo —susurró Iván al monitor—. Llegaste hasta donde un hombre solo podía llegar.

Abrió la carpeta de audio definitiva. La onda de la melodía apareció en pantalla, una forma de sierra familiar y hostil al mismo tiempo. Tres notas. La pausa. La frase final invertida, convertida en un ruido blanco estructurado que actuaría como un veneno para el sistema de Rivas.

La llave maestra.

Iván cerró los ojos un instante, dejando que el cansancio le pesara en los párpados. Imaginó a Luna leyendo el mensaje en el futuro. No ahora, en mitad del caos, sino más tarde. Cuando todo hubiera terminado y el mundo pareciera, al menos por fuera, un poco más silencioso. Imaginó que, con el tiempo, ella entendería por qué él no podía simplemente huir.

—No te quedes sola —dijo al aire vacío de la cabina—. Quédate con la niña. Hazlo por las dos.

El faro emitió un zumbido bajo, una vibración que Iván sintió en los dientes, cuando activó el precalentamiento del sistema. Las luces

de emergencia parpadearon una vez, perdiendo intensidad. Abajo, el mar respondió con un golpe seco y violento contra las rocas, como un aviso.

Iván colocó el dedo índice sobre la tecla final. No sentía miedo, solo una claridad brutal e insoportable: si el Ciclo de la Marusía seguía existiendo, era porque siempre había habido alguien dispuesto a pagar el peaje para que la maquinaria continuara girando. Y alguien tenía que ser el último en pagar.

—Vamos —dijo, y su voz fue un mandato.

La cuenta atrás empezó a correr en números rojos.

Marusía.
Marusía es la calma antes de la tormenta; el último segundo de silencio antes de que el hombre y la máquina se conviertan en un solo grito de luz.

68. Luna Lázaro — La trampa final

Antigua Casa do Pobo (Ruinas del acantilado), Ribadeo. Viernes, 24 de marzo, 01:10 h.

La Casa do Pobo emergió de la niebla como un animal varado, una mole de piedra y sombra que parecía haber sido vomitada por la ría.

Las paredes rezumaban una humedad espesa que brillaba bajo la luz mortecina. Luna frenó en seco cuando cruzaron el último claro del bosque. El corazón le golpeaba las costillas con una violencia tan real que temió que Uxía pudiera oír el eco. La niña había dejado de cantar. El silencio que siguió fue inmediato y antinatural, como si alguien hubiera bajado un interruptor en la realidad.

—Ya estamos —susurró la niña, y su voz sonó más vieja que el propio edificio.

La puerta principal estaba abierta de par en par. Dentro, una luz trémula de velas proyectaba sombras alargadas que se retorcían en las paredes de piedra. Luna dio un paso adelante, protegiendo a la niña con su propio cuerpo. Entonces los vio.

Antón estaba de pie junto a la pared del fondo, tranquilo, casi reverente. Marcos Rivas se movía de un lado a otro, limpiándose el sudor de la frente con la manga de su abrigo de cachemira, despojado de toda su autoridad.

Pero lo que heló la sangre de Luna fue el centro de la sala.

En mitad de la estancia, sobre una mesa improvisada con tablones viejos y oxidados, no había nadie. El altar estaba vacío. Sin embargo, el Símbolo del doble círculo estaba dibujado en el suelo, rodeando la mesa, con una precisión quirúrgica hecha de ceniza y sal. Las velas consumidas palpitaban al ritmo de una corriente de aire invisible.

—Llegáis justo a tiempo —dijo Antón, sin alzar la voz—. El Ciclo es puntual, Luna. Siempre lo es.

Luna apretó la mano de Uxía, sintiendo un sudor frío recorrerle la nuca.

—¿Dónde están los demás, Antón? ¿Dónde está la gente que falta? —preguntó Luna, esperando ver a otro niño, otra víctima.

Antón sonrió con una tristeza antigua, una expresión que no contenía rastro de malicia, solo una aceptación aterradora.

—No faltan "los demás", ellos ya cumplieron. El mar ya los tiene.

Rivas dio un paso adelante, con los ojos desorbitados por el miedo.

—Antón, dijiste que esto sería rápido. Que al traerla aquí todo se calmaría. La policía está al llegar, esto es una locura colectiva...

—Calla, Marcos —lo cortó el anciano—. Tú solo has pagado las facturas. Ahora deja que los que saben hablen con el agua.

Uxía se soltó de la mano de Luna. No fue un forcejeo; fue un desasimiento suave, absoluto. La niña caminó hacia el círculo de tiza con una seguridad sonámbula.

—El altar no está vacío, Luna —susurró Antón, señalando a la niña—. Solo estaba esperando a su dueña. Para que la canción deje de sonar fuera, tiene que quedar atrapada dentro.

Luna entendió entonces el horror definitivo. No buscaban a otro niño para sacrificarlo. Buscaban a Uxía para convertirla en el anclaje eterno del rito. Ella no era la testigo; era el sello. Si Uxía subía a esa mesa y terminaba la melodía, se convertiría en parte de la propia estructura de la Casa do Pobo, una reliquia viva del Ciclo.

—¡No! —gritó Luna, lanzándose para agarrar a la niña—. ¡Vámonos de aquí ahora mismo!

De repente, la melodía volvió a sonar. No venía de la garganta de Uxía, sino de las sombras de la sala. Un viejo reproductor de cinta, oculto tras el altar, comenzó a emitir la canción de las niñas de las Claras: distorsionada, saturada de estática, girando sobre sí misma.

Uxía se llevó las manos a los oídos, pero no retrocedió. Se subió al primer peldaño de la mesa.

—Falta —susurró la niña entre dientes—. Falta el final de la música para que los muertos descansen.

Antón extendió una mano sarmentosa hacia ella, no para dañarla, sino para invitarla a ocupar su lugar en el mito.

—Sube, pequeña. Cierra la puerta. Líbranos a todos de la marea.

Rivas retrocedió hacia las sombras, horrorizado por la magnitud de lo que él mismo había ayudado a gestar por pura ambición política.

Luna se interpuso entre el anciano y la mesa, buscando desesperadamente algo con lo que luchar. Sus dedos palparon la barra de metal que había recogido en el camino.

—Si la tocas, juro que te mato aquí mismo —amenazó Luna, con los ojos inyectados en sangre.

Antón la miró con una calma que la desarmó por completo.

—No hace falta tocarla, Luna. El Ciclo ya no necesita manos. Está en el aire. Está en el agua. El faro ya está emitiendo la señal de retorno. Solo falta que ella se entregue.

En aquel instante, la puerta principal de la Casa do Pobo se cerró de golpe con un estruendo que pareció un disparo. El mecanismo antiguo encajó, dejándolas atrapadas en la penumbra de las velas.

Marusía.
Marusía es la trampa final; el momento en que comprendes que el sacrificio no es algo que te imponen, sino el lugar al que tus propios pasos te han llevado para salvar a los que amas.

69. Sara Aguilar — El instinto que la guía

Camino forestal hacia la antigua Casa do Pobo, Ribadeo. Viernes, 24 de marzo, 00:44 h.

El sonido llegó antes que la imagen. Un golpe seco, el impacto del metal contra la carne. Luego otro. Un grito ahogado que no pertenecía a la fauna del bosque, sino a la agonía humana.

Sara se detuvo apenas una fracción de segundo, el tiempo justo para que su cerebro de investigadora confirmara lo que su corazón ya temía: Helena había interceptado al Delgado. Estaban allí, a pocos metros entre la maleza y la niebla, matándose en silencio.

El cuerpo le pidió que se desviara. Sus pulmones gritaron el nombre de su compañera, la única persona que la había entendido sin necesidad de informes oficiales. Pero algo más profundo, algo más antiguo y visceral que el reglamento, tiró de ella hacia adelante, hacia el claro donde la ría lamía los cimientos de la antigua Casa do Pobo.

—No —murmuró Sara para la oscuridad—. Aguanta, Helena. Por favor, aguanta.

Y siguió corriendo.

El sendero era un infierno de raíces retorcidas, barro podrido y piedras sueltas. Cada zancada le arrancaba un latigazo de dolor en el costado, una punzada que le recordaba que ella también era de

carne y hueso. Notaba la humedad de la sangre resbalándole por la espinilla, pero no se detuvo a mirar. El aire saturado de salitre le quemaba los pulmones. La niebla se había cerrado tanto que el mundo se había reducido a un metro de visibilidad.

Otra vez el ruido desde el sendero lateral. Un cuerpo cayendo pesadamente. Un aliento animal, forzado. El silencio que siguió después fue mucho peor que la lucha.

Sara apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula. No podía volver atrás. No ahora que todos los hilos de la red se anudaban en un único punto geográfico.

El instinto la empujaba, el mismo que la guió en Málaga, el mismo que la mantuvo viva en ocasiones anteriores. Esa certeza física, irracional, que nunca sabía cómo redactar en los atestados pero que siempre la había llevado al lugar correcto… o al centro del desastre.

La Casa do Pobo estaba cerca. Podía oler la decadencia del edificio, la madera empapada y la piedra vieja.

Entonces ocurrió. Un chillido agudo y vibrante atravesó la niebla como una cuchilla. Una voz infantil, sostenida en una nota imposible, cantando sin margen para respirar.

Uxía.

Sara sintió cómo el estómago se le encogía hasta el espasmo. Aquella melodía ya no era un canto; era una llamada de socorro lanzada al bosque, a la ría, a algo que llevaba treinta años esperando bajo la superficie del agua.

—No —dijo Sara en voz alta, desenfundando su arma con manos temblorosas—. No te atrevas a tocarla, Antón.

El terreno empezó a descender bruscamente. El olor cambió: el frescor del bosque fue sustituido por el hedor a cera consumida, humedad estancada y metal oxidado. Sara resbaló, cayó de rodillas sobre el lodo, pero se levantó de nuevo sin perder el impulso. El miedo ya no era una abstracción policial; tenía la cara de Rivas, la voz de Antón y la sombra del Ciclo.

Cada paso la alejaba del cuerpo de Helena y la acercaba al epicentro del sacrificio.

Sara corrió más rápido de lo que su agotamiento físico debería permitir. Ya no estaba siguiendo un rastro de huellas ni una señal de

GPS. Estaba siguiendo una frecuencia que resonaba dentro de su propio cráneo; la misma voz que le había dicho, años atrás, que Clara no estaba perdida por azar, que Lara no había desaparecido por un error, que el mal no desaparece: simplemente espera a que bajemos la guardia.

La melodía se hizo insoportablemente fuerte, vibrando en el aire como si el propio bosque estuviera cantando.

Sara supo, con una claridad devastadora, que llegaría tarde para salvar a algunas personas… pero no permitiría llegar tarde para salvarlo todo.

Marusía.
Marusía es el instinto que guía cuando ya no queda tiempo para pensar; la última carrera contra un destino que se niega a morir.

70. Helena Barreiro — La vida que se paga por la verdad

Orilla de la ría, bajo el puente viejo. Viernes, 24 de marzo, 00:46 h.

Helena respiraba como un animal herido, con un estertor que parecía arrastrar cristales rotos en cada inhalación.

El barro gélido de la ría le llegaba a las rodillas, anclándola a la tierra gallega que tanto había intentado comprender. El aire saturado olía a óxido de hierro, a algas muertas y a la calidez metálica de su propia sangre reciente. Tenía al Delgado contra el suelo, con el antebrazo clavado en su garganta y el peso de su cuerpo bien distribuido, exacto, tal como le habían enseñado en la academia hacía una vida entera. Era lo suficiente para inmovilizarlo. No para acabar con él.

Nunca había sido cuestión de fuerza bruta entre ellos. Nunca lo era en Ribadeo.

—Se acabó —dijo Helena, con la voz rota pero sosteniendo una firmeza que nacía de las entrañas—. Aquí termina tu ciclo.

El Delgado sonrió. No fue una sonrisa amplia, de triunfo, sino una mueca mínima, torcida y cargada de un desprecio gélido. La sonrisa de alguien que ya ha entregado su vida a una causa mayor y que sabe algo que tú ignoras.

Helena lo vio demasiado tarde.

El Delgado había perdido su cuchillo táctico principal en la negrura de la ría durante el forcejeo anterior, pero un hombre como él nunca se quedaba desarmado. Había extraído una hoja de cerámica, corta y letal, oculta en un doble fondo de su guantelete. El arma encontró el hueco exacto entre las costillas de Helena, justo donde el panel del chaleco antibalas cedía para permitir el movimiento lateral.

El impacto fue limpio. Preciso. Profesional.

El aire abandonó los pulmones de Helena de un solo golpe.

—Ah… —intentó decir, pero el sonido se convirtió en una burbuja de sangre que estalló en sus labios.

Rodó hacia un lado, vencida por la inercia del dolor, cayendo de espaldas sobre el fango frío. El cielo sobre ella era una mancha negra, una mortaja sin estrellas. La ría, a pocos centímetros de su cabeza, seguía respirando con el vaivén de la marea, indiferente a la justicia o al asesinato.

El Delgado se levantó con dificultad, tosiendo y llevándose la mano al cuello magullado. Miró el cuerpo de la mujer en el suelo con una frialdad absoluta.

—No eras tú la pieza necesaria —escupió mientras recuperaba el aliento—. Nunca lo fuiste.

Helena quiso reír, pero el esfuerzo le provocó una punzada que le nubló la vista. La mano derecha se le fue al costado, por puro instinto. Estaba caliente. Demasiado caliente. La sangre empapaba el uniforme azul oscuro con una rapidez obscena, reclamando su lugar en el lodo.

Pensó en Sara. En su forma de apretar la mandíbula cuando una prueba no encajaba. En cómo fingía una dureza de acero cuando estaba rota por dentro, como una porcelana pegada mil veces. En el café horrible del cuartel que compartieron en silencio. En el cuarzo.

El cuarzo.

El Delgado ya se alejaba, una sombra cojeando que se fundía con la niebla blanca hacia la Casa do Pobo.

Helena buscó su teléfono móvil con dedos torpes que ya no sentían el tacto. Tardó demasiado. Cada segundo era una hemorragia de conciencia. Marcó el número de Sara por última vez.

Sara contestó casi al primer tono, su voz era un estallido de estática y ansiedad.

—¿Helena? ¿Dónde estás? ¡Responde!

La voz de Sara sonaba rota por el esfuerzo físico de su propia carrera, cargada de un miedo que Helena reconoció al instante. Helena tragó saliva. Le supo a hierro amargo.

—Escúchame bien… —susurró Helena, obligando a sus pulmones a trabajar una última vez—. No mires atrás. No te detengas por nada. No vengas a buscarme.

—¿Qué ha pasado? ¡Dime tus coordenadas, Helena! —gritó Sara, y se oyó el sonido de sus pasos golpeando el suelo.

Helena sonrió a la oscuridad. Esta vez fue una sonrisa de verdad, limpia de cinismo.

—Sálvalas a ellas, Sara. A Luna. A la niña. No era yo la que debía llegar al final. Siempre fuiste tú.

—¿Cómo que no eras tú? ¿De qué hablas? ¡Helena!

El frío empezó a subirle por las piernas, un frío pesado, definitivo, que le recordaba a la nieve de las montañas donde creció. Helena apretó el teléfono contra su oreja con lo poco que le quedaba de vida.

—El cuarzo… —respiró hondo, sintiendo el vacío—. No era para protegerme a mí. Era para que tú tuvieras algo a lo que agarrarte cuando todo lo demás fallara. Para cuando dudaras de tu propio instinto.

Silencio al otro lado de la línea. Un silencio que pesaba más que la niebla.

—Helena, no te atrevas —dijo Sara, y ahora el pánico era total—. No me dejes ahora.

Helena cerró los ojos un segundo. Solo uno. Sintió el aroma del salitre volviéndose dulce.

—Confía en lo que sientes, Sara. Siempre has llegado… incluso cuando creías que era tarde. Pero llegas. Siempre llegas.

El teléfono resbaló de su mano inerte y cayó al barro con un sonido sordo, cortando la conexión.

Helena Barreiro miró por última vez la ría de Ribadeo. No vio a la Santa Compaña viniendo por ella. No vio el fantasma de Lara, ni sombras antiguas. Solo sintió una calma extraña, una claridad física, como cuando por fin se resuelve un caso que parecía imposible. La sangre dejó de doler. El frío se volvió un abrazo.

La marusía siguió moviéndose, cubriendo su cuerpo con un velo de vapor blanco. Y Helena murió sabiendo que la verdad, por primera vez en su carrera, había costado exactamente lo que valía.

Marusía.
Marusía es la vida que se paga por la verdad; el momento en que comprendes que para que la luz avance, alguien tiene que quedarse atrás guardando la sombra.

71. Sara Aguilar — El manto

Camino de la ensenada. Viernes, 24 de marzo, 01:02 h.

El audio terminó con un golpe seco.

No fue la voz de Helena apagándose lentamente, ni una despedida dramática cargada de palabras finales. Fue el sonido sordo y definitivo del teléfono cayendo al barro, seguido de una estática que arañaba el oído.

Sara siguió corriendo unos metros más, impulsada por la inercia y la negación, antes de darse cuenta de que el silencio al otro lado de la línea era absoluto. Se detuvo en seco, jadeando, con el móvil apretado contra la oreja con tanta fuerza que le dolía la mano, como si aún pudiera arrancarle al aparato un último rastro de vida. Una

palabra más. Un aliento. Una mentira piadosa que le dijera que Helena estaba bien.

Nada. Solo el rumor del viento entre los pinos.

La rabia llegó primero. Caliente, salvaje, una marea roja que le nubló el juicio y le impidió pensar.

—No… —susurró Sara, con la voz quebrada—. No ahora. No tú, Helena.

Volvió a reproducir el último fragmento de la llamada en su mente, una y otra vez. La voz de Helena había sido firme, casi analítica, incluso mientras la vida se le escapaba por el costado. Eso fue lo que más dolió: que Helena hubiera aceptado su muerte antes de que Sara pudiera siquiera procesarla.

El cuarzo no era para mí.

Sara apretó los dientes hasta que sintió un crujido en la mandíbula. El mundo alrededor —la niebla asfixiante, los árboles que parecían cerrarse sobre ella, el barro que le pesaba en las botas— se volvió irrelevante. Solo existía esa frase, clavada como una astilla infectada en su cerebro.

Siguió corriendo, pero ya no era una huida. Era una búsqueda.

Cuando la vio, supo que ya era tarde incluso antes de acercarse lo suficiente para tomarle el pulso. El cuerpo de Helena yacía torcido junto a la orilla, medio hundido en el fango negro de la ría, como si el agua hubiera intentado reclamarla y se hubiera rendido ante su peso. Su linterna reglamentaria seguía encendida, tirada a unos metros, proyectando un haz de luz absurdo hacia ninguna parte.

Sara cayó de rodillas a su lado, ignorando el frío que le calaba los pantalones.

—Helena… —dijo, con un hilo de voz que no reconoció como suyo.

Le tocó el cuello con dedos temblorosos. La piel estaba fría. El pulso, inexistente. El silencio que emanaba de aquel cuerpo era más ensordecedor que cualquier grito de guerra.

Sara cerró los ojos un segundo. Solo uno. El tiempo suficiente para que un dolor insoportable amenazara con romperla en dos y dejarla allí tirada, llorando sobre el cadáver de su única amiga. Pero

no se lo permitió. No ahora. No en este lugar que olía a rito y a traición.

Le desabrochó la chaqueta con movimientos torpes. Vio la herida en el costado. Limpia. Precisa. Un trabajo de profesional que conocía perfectamente dónde golpear para que no hubiera vuelta atrás. Sintió una furia tan intensa que la vista se le llenó de puntos blancos.

—Te prometo que no va a quedar así —murmuró contra el viento —. Te lo prometo, Helena.

Entonces vio el cuarzo.

Sara se arrodilló junto a ella. Metió la mano en su propio bolsillo y sacó el cuarzo que Helena le había entregado en el cuartel; el cristal estaba manchado de barro y sangre que Sara todavía llevaba en las manos. Lo sostuvo en la palma, justo encima del cuerpo de su compañera, y por un momento la piedra pareció brillar débilmente bajo la luz de la linterna. Se sentía más pesado de lo que recordaba. O quizá era ella, que cargaba ahora con el peso de la promesa que aquel cristal representaba.

Lo apretó en su puño hasta que las aristas de la piedra le lastimaron la piel. Y por primera vez desde que había puesto un pie en Ribadeo, no dudó.

No pensó en protocolos policiales ni en la cadena de mando. No pensó en las órdenes de sus superiores en Madrid ni en las consecuencias legales de lo que estaba a punto de hacer.

Pensó en Luna, corriendo desesperada con una niña aterrorizada. Pensó en Iván, solo en lo alto de un faro, preparándose para quemarse por dentro para salvar a un pueblo que no lo quería. Pensó en Helena, cayendo en el barro sin pedir nada a cambio.

Se levantó despacio, limpiándose la sangre de Helena en el pantalón. El llanto no llegó. Había algo mucho más oscuro y fuerte ocupando su lugar: una determinación fría, afilada y casi cruel.

—Ahora me toca a mí —dijo al aire saturado de salitre, a la ría y a la marusía que empezaba a cerrarse sobre el cadáver de su compañera—. Y os juro que no voy a fallar.

Guardó el cuarzo bajo su ropa, directamente sobre la piel de su pecho, donde su corazón latía con una violencia renovada. Tomó su

arma, comprobó la recámara y ajustó la linterna. Miró hacia la ensenada, hacia la silueta de la Casa do Pobo que se adivinaba entre la bruma.

Y echó a correr. Sin mirar atrás. Sin miedo.

Marusía.
Marusía es el peso que se hereda cuando alguien cae y tú decides no soltarlo; el momento en que la justicia deja de ser un código para convertirse en un manto de sangre y voluntad.

72. Sara Aguilar — El mito

Ensenada de Ribadeo. Viernes, 24 de marzo, 01:09 h.

La niebla se abría y se cerraba como un pulmón enfermo, rítmica y pesada.

Sara emergió de la espesura con el arma en alto, la linterna reglamentaria temblándole ligeramente en la mano izquierda por la adrenalina y el corazón golpeándole las costillas con una violencia que le nublaba los sentidos. La ensenada estaba sumida en una penumbra casi total, iluminada apenas por una luna velada y el reflejo lechoso del agua quieta. El olor a salitre, lodo y algas podridas era tan intenso que parecía tener cuerpo.

—¡Antón! —gritó Sara.

Su voz rebotó en los acantilados de la ría, deformada por la humedad, como si el propio aire no quisiera que el mensaje llegara a su destino.

Entonces lo vio. Antón "o Vello" estaba de pie cerca de la orilla, con el bastón clavado en el barro con una firmeza que no pertenecía a su edad. La marea baja dejaba al descubierto un semicírculo de piedras húmedas y cubiertas de líquen, colocadas con una precisión matemática. El centro exacto del Símbolo.

—Chegaches tarde, nena (1)—dijo Antón, sin volverse, su voz era un murmullo que se imponía al viento—. Como sempre.

Sara avanzó despacio, manteniendo el punto de mira en el centro de su pecho.

—Se acabó, Antón. Estáis todos identificados. El culto, los nombres, los rituales, las cuentas de Rivas. No queda nada que proteger. El Ciclo se ha roto.

Antón rió. Una risa seca, un crujido de huesos viejos que sonó casi divertido en la inmensidad de la ensenada.

—¿Culto? —negó con la cabeza—. Iso é palabra de xornalista. De xente nova que necesita poñerlle nome ao que non entende para non ter medo.(2)

Se giró por fin. Sus ojos no tenían el pánico de un criminal acorralado. Tenían la convicción de un mártir.

—Eu non protexo nada, Sara. Eu gardo. (3)

Sara apretó el agarre de su arma.

—Has matado niños, Antón. Has destrozado vidas.

—Non —corrigió el anciano con una calma que helaba la sangre —. Eu asegurei que o mar non os esquecese. Eu deilles un lugar no tempo. (4)

Sara dio un paso más. El cuarzo de Helena, guardado bajo su ropa, parecía arderle contra la piel, un recordatorio físico de lo que acababa de perder.

—Mateo. Lara. Daniel. Las niñas, las Claras. —escupió los nombres como si fueran una condena—. ¿También a ellos los "guardabas"?

Antón ladeó la cabeza, evaluando a Sara como si fuera una pieza de maquinaria defectuosa que no termina de encajar en el engranaje.

—Foron necesarios. (5)

La palabra cayó pesada, definitiva, sin espacio para el remordimiento.

—Así que esto es todo —dijo Sara—. El mito y la impunidad. El pasado y el poder.

Antón clavó el bastón con más fuerza en el barro negro.

—Ti cres que isto comezou comigo, Sara? —preguntó—. Ou que remata contigo? (6)

Sara sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el viento del norte.

—No creo en mitos, Antón. Creo en patrones, en criminales que dejan rastro y en leyes que se cumplen.

Antón sonrió con una lástima genuina.

—Iso é o que se perde cando ves de fora. Pensades que todo ten unha causa humana, un móbil, un porqué. Pero isto —abrió los brazos, señalando la ría, la niebla y la noche infinita— isto é máis vello ca todos nós. A marusía non se crea, Sara. Actívase. (7)

Sara recordó la cara de Helena en el barro. Recordó a Iván solo en el faro. Recordó a Luna protegiendo a Uxía.

—Pues hoy se rompe —dijo ella, con una voz que no admitía réplica —. Con o sin el mar.

Durante un segundo eterno, el mundo pareció contener la respiración. Antón dio un paso atrás, situándose justo dentro del círculo de piedras.

—Entón dispara —la desafió—. Pero lembra isto, Sara Aguilar: se matas ao gardián, o mito queda libre. E a culpa será túa. (8)

El viento se levantó de golpe, aullando entre las vigas de la Casa do Pobo. La niebla giró sobre sí misma como un remolino. La ría empezó a bramar. Sara no bajó el arma ni un milímetro.

—Eso ya no es problema mío —respondió Sara—. Yo solo detengo asesinos.

Y apretó el gatillo.

Marusía.

Marusía es el mito que se enfrenta a la razón y descubre, demasiado tarde, que también puede sangrar.

(1) Llegas tarde niña

(2) Esas son las palabras de un periodista. De novatos que necesitan ponerle nombre a lo que no entienden para no tener miedo.

(3) No protejo nada, Sara. Yo guardo
(4) Me aseguré de que el mar no los olvidara. Les di un lugar en el tiempo.
(5) Fueron necesarios.
(6) ¿Crees que esto empezó conmigo, Sara?, preguntó. ¿O qué termina contigo?
(7) —Eso es lo que se pierde cuando vienes de fuera. Crees que todo tiene una causa humana, un motivo, un porqué. Pero esto —abrió los brazos, señalando la ría, la niebla y la noche interminable —, esto es más viejo que todos nosotros. La marusía es increíble, Sara. Está activada.
(8) "Pues dispara", la retó. Pero recuerda esto, Sara Aguilar: si matas al guardián, el mito queda libre. Y será tu culpa.

73. Luna Lázaro — El golpe

Casa do Pobo, Ribadeo. Viernes, 24 de marzo, 01:11 h.

Uxía estaba en el centro del doble círculo, frente a la mesa de madera podrida que servía de altar. No estaba atada, pero su cuerpo permanecía rígido, como si hilos invisibles tiraran de sus extremidades para mantenerla en una posición antinatural. El símbolo del doble círculo, dibujado con ceniza y aceite en el suelo, parecía palpitar bajo sus pies al ritmo de la estática que escupía el viejo reproductor de casete.

Los ojos de la niña estaban abiertos, pero no enfocaban; eran dos pozos de cristal negro que reflejaban las llamas de las velas. La melodía le vibraba en la garganta, un hilo de sonido que ya no era humano, sino una frecuencia parásita que la conectaba directamente con el rugido de la ría afuera.

—Uxía… mírame —susurró Luna, tratando de cruzar la línea de ceniza sin romper el precario equilibrio de la sala.

Luna estiró la mano, pero antes de que sus dedos rozaran la ropa de la niña, una mano enguantada la agarró violentamente del pelo y la lanzó hacia atrás con fuerza bruta. Luna cayó de lado, golpeándose el hombro contra el suelo de piedra irregular. El aire se le escapó de los pulmones en un gemido seco.

—No la toques —ordenó una voz gélida.

Marcos Rivas emergió de las sombras laterales de la sala. Estaba desaliñado, con el abrigo de cachemira manchado de humedad, pero sus ojos brillaban con el fanatismo de quien ha apostado todo a una sola carta.

—Es una niña, Marcos —escupió Luna, incorporándose con dificultad—. ¿Eso también entra en tu concepto de orden? ¿Convertir a una menor en un sello para salvar tu carrera?

Rivas la observó con un desprecio infinito.

—No entiendes nada, Luna. Ella no es una víctima, es la solución. Si ella termina la canción aquí, dentro del círculo, la Marusía dejará de reclamar deudas. El ciclo se cierra y Ribadeo vuelve a ser mío. Como lo fue de mi abuelo. Como lo será siempre.

El nombre de su familia, vinculado a décadas de desapariciones, atravesó a Luna como un cuchillo al rojo vivo. Pensó en Lara, que nunca tuvo esta oportunidad.

Luna se lanzó contra él sin pensarlo. Rivas, sorprendido por la violencia del ataque, intentó empujarla, pero Luna se aferró a su cuello con la furia de treinta años de silencio. Rodaron por el suelo de la Casa do Pobo, chocando contra los bancos volcados. Luna arañó y golpeó, buscando el rostro del hombre que representaba todo lo que le habían arrebatado.

—¡Suéltame, loca! —rugió Rivas, logrando zafarse y empujándola con fuerza contra la pared de piedra.

La cabeza de Luna chocó contra el granito. Vio un estallido de luces blancas. El mundo pareció apagarse por un segundo eterno. Entonces, en el suelo, a un palmo de su mano derecha, vio el objeto: una pequeña navaja de bolsillo que se le había caído a Rivas durante el forcejeo.

Luna la agarró con los dedos entumecidos. Rivas vio el movimiento y se lanzó sobre ella para recuperarla.

—No… —empezó a decir él.

Luna clavó la hoja una sola vez. El metal encontró un punto blando en el costado del hombre, justo por debajo de las costillas. Rivas soltó un grito corto, animal, despojado de toda su elegancia política. Retrocedió tambaleándose, con las manos apretando la herida. La sangre, oscura bajo la luz de las velas, empezó a empapar su camisa blanca con una rapidez obscena.

—Me has matado… —susurró él, cayendo de rodillas.

Luna se quedó inmóvil, sentada en el suelo, con la navaja aún en la mano. No sentía triunfo. Solo un terror frío que se extendía por sus venas.

—No —dijo Luna, con la voz rota—. Estoy harta. Simplemente estoy harta de todos vosotros y de vuestras deudas con el mar.

Rivas se desplomó sobre el barro que cubría el suelo. No estaba muerto, pero estaba vencido. Luna arrojó el cuchillo lejos y se arrastró hacia el círculo de ceniza. Agarró a Uxía por la cintura y la sacó del símbolo con un tirón desesperado, rompiendo el dibujo con sus propias piernas.

—¡Se acabó! —le gritó Luna a la niña, abrazándola contra su pecho—. ¡Respira conmigo, Uxía! ¡Ya no hay música!

Fuera, la marusía rugía con una fuerza sobrenatural, pero dentro, el reproductor de casete se detuvo con un chasquido seco. El silencio regresó, pesado y absoluto. Luna entendió entonces que acababa de cruzar una línea de la que nadie vuelve siendo el mismo.

Marusía.

Marusía es el odio que finalmente se disfraza de justicia; el momento en que comprendes que para detener al monstruo, has tenido que invitar a otro a vivir dentro de ti.

74. Iván Lázaro — El último código

Faro de Illa Pancha, Ribadeo. Viernes, 24 de marzo, 01:17 h.

El viento golpeaba la linterna del faro con una furia mecánica, como si quisiera arrancar la estructura de la roca madre y arrojarla al Cantábrico.

Iván tenía las manos apoyadas en la consola improvisada, con los nudillos blancos y la piel tensa. Sus ojos, enrojecidos por la fatiga, estaban fijos en las líneas de código que se desplazaban con una velocidad frenética por la pantalla. El generador auxiliar rugía a su espalda, forzado mucho más allá de sus límites técnicos. Los indicadores de potencia del panel de control parpadeaban en un ámbar intermitente y agresivo.

Demasiado consumo. Demasiada carga para un solo emisor.

—Perfecto —murmuró Iván, sin saber si se dirigía al sistema operativo o a su propia conciencia.

Había eliminado todo lo superfluo del programa original de Leo Olmo. No quedaba nada elegante en el código, nada bonito ni depurado. El MARUSÍA.EXE ya no era una herramienta de investigación: era un pulso ciego, una orden primitiva de choque. Una negación absoluta de la frecuencia del Ciclo.

En la pantalla central, el temporizador de ejecución marcaba el inicio de la secuencia crítica:

00:06:43

Iván se quitó las gafas y se frotó los ojos con las palmas de las manos. Le ardían como si tuviera arena bajo los párpados. Llevaba horas sin parpadear y días sin dormir un sueño que no fuera una pesadilla técnica. En su cabeza, el mapa del Símbolo del doble círculo giraba una y otra vez, superponiéndose perfectamente a la costa de Ribadeo, a la desembocadura de la ría y a la silueta negra de la Casa do Pobo.

Todo encajaba matemáticamente. Todo era lógico dentro de la locura. Y aun así, nada de aquello tenía sentido humano.

Tecleó una última línea de comando, un bypass de seguridad de bajo nivel. Dudó una fracción de segundo antes de pulsar la tecla.

—Esto es una locura —susurró, y su voz fue devorada por el zumbido eléctrico—. Leo se reiría de mí. Me diría que soy un romántico de mierda.

Pensó en Leo Olmo, en su obsesión autodestructiva y en aquella grabadora que siempre estaba encendida, registrando el sonido de su propio fin. Pensó en cómo Leo había llegado demasiado cerca de la verdad sin entender que en Ribadeo no existía una salida que no estuviera manchada.

Pensó en Helena Barreiro. En la frialdad de su cuarzo. En su manera de mirar el mundo como si siempre hubiera algo más que datos y evidencias, algo que él nunca había sabido ver hasta ahora.

Pensó en Sara Aguilar, corriendo a ciegas por la niebla de la ensenada, llevando sobre sus hombros el peso de una justicia que el pueblo no quería.

Y, sobre todo, pensó en Luna.

La imagen de Luna apareció sin permiso en su mente: su forma de morderse el labio inferior cuando estaba concentrada, la manera feroz en que protegía a la pequeña Uxía como si fuera carne de su propia carne, su risa rota. Iván cerró los ojos un instante, dejando que esa imagen fuera su último anclaje a la tierra.

—No te lo dije —murmuró para nadie—. Y lo siento, de verdad.

El sistema emitió un pitido seco y agudo. Un aviso que no aparecía en ninguna de las simulaciones previas que había corrido en el cuartel.

ADVERTENCIA: SOBRECARGA CRÍTICA DEL EMISOR — DAÑO CELULAR IRREVERSIBLE

Iván sonrió, con una mueca de cansancio infinito.

—Ya lo sé, maldita sea. Ya lo sé.

Conectó el último módulo de inducción manualmente, puenteando los dos sistemas de seguridad física que separaban el generador de la antena de gran alcance. El faro entero vibró, un estremecimiento que nació en los cimientos de la isla y subió hasta la cúpula de cristal. Durante un segundo, temió que la estructura se viniera abajo antes de que el código terminara de cargarse.

El temporizador volvió a ocupar toda la pantalla, brillando en un rojo sangriento:

00:03:00

Tres minutos. Tiempo suficiente para que el Pulso de Inversión barriera la ría y colapsara el rito de Antón. Tiempo insuficiente para que él pudiera desconectarse y salir de allí con vida. La inducción lo quemaría desde dentro mucho antes de que pudiera bajar la escalera de caracol.

Iván apoyó la espalda en la pared fría de piedra del faro y dejó que el estruendo del generador lo envolviera como un manto. No rezó. Nunca había sabido a quién dirigir sus palabras en el vacío.

Sacó su teléfono móvil del bolsillo. No escribió un mensaje largo ni una carta de despedida. No hacía falta. Solo tecleó una frase y la envió al contacto que no necesitaba ninguna explicación:

"Te encontré."

Dejó el teléfono boca abajo sobre la mesa de metal. El contador siguió bajando con una indiferencia matemática.

00:01:00

Iván se puso de pie, haciendo un esfuerzo supremo por mantener el equilibrio. Volvió a la consola. Sus dedos, milagrosamente, ya no temblaban. Tenía la paz de los condenados.

—Último código —dijo en voz alta, como si el mar pudiera oírlo—. Ejecutar.

Pulsó la tecla Enter.

Fuera, la marusía se cerró sobre la ría de Ribadeo como una respiración profunda y final. Dentro, el sistema empezó a emitir la Melodía inversa, transformando el silencio en una descarga de energía pura.

00:00:10

Iván no apartó la mirada de la pantalla. No hizo falta. Sabía que el Ciclo terminaba allí, con él.

Marusía.

Marusía es la pregunta que solo tiene una respuesta letal; el momento en que comprendes que para silenciar la música, tienes

que convertirte en el silencio mismo.

75. Sara Aguilar — El golpe del cuarzo

Ensenada de la Casa do Pobo, Ribadeo. Viernes, 24 de marzo, 01:25 h.

La niebla lo había devorado todo. La ensenada ya no era un lugar geográfico, sino una masa espesa y opresiva que deformaba las distancias. Sara avanzaba a trompicones, con el pecho ardiendo. Cada bocanada de aire le raspaba la garganta como si tragara sal gruesa.

Los vio antes de oírlos.

Dos siluetas recortadas contra la bruma lechosa. Antón avanzaba hacia el agua con un paso ceremonioso. A unos metros, Marcos Rivas estaba desplomado contra una roca, presionándose el costado con una mano empapada en sangre; el rastro del ataque de Luna en la Casa do Pobo era evidente. El alcalde ya no tenía arrogancia, solo el terror de quien ve cómo su mundo de marfil se tiñe de rojo.

—¡Antón! —gritó Sara. Su voz sonó amortiguada, ajena.

El anciano se giró con una calma que helaba la sangre. No parecía sorprendido por el arma de Sara, ni por el estado de Rivas. Sonrió con una serenidad mística que a Sara le revolvió el estómago.

—Chegaches tarde, filla —dijo el anciano—. O sangue xa corre. O Ciclo está alimentado.(1)

Sara levantó el arma, apuntando al pecho del viejo. El dedo le temblaba en el gatillo. Recordó el disparo fallido minutos antes, la confusión en la maleza. Antón no le tenía miedo a las balas; se creía parte de la marea.

—Esto se ha acabado —escupió ella—. No hay ritual. Luna ha sacado a la niña del círculo. Rivas se desangra. Solo sois dos viejos locos en el barro.

Antón negó despacio con la cabeza, dando un paso hacia ella.

—Ti ves crimes, Sara. Eu vexo equilibrio. A marusía non entende de leis de despacho. Entende de fe. (2)

Rivas soltó un quejido agudo desde la roca.

—Sácame de aquí, Sara... Antón me mintió... —suplicó el alcalde, pero Sara ni siquiera lo miró. Su objetivo era el hombre que caminaba hacia ella como si las balas no pudieran atravesarlo.

Sara sintió el peso en el bolsillo. El cuarzo de Helena. Frío. Presente. Recordó la voz de su compañera: "No era para protegerme a mí. Era para que tú tuvieras algo a lo que agarrarte cuando todo lo demás fallara. Para cuando dudaras de tu propio instinto."

Antón estaba ya a menos de dos metros. Su presencia emanaba un olor a humedad vieja y a cera.

—Non podes parar isto con chumbo —susurró el viejo—. Porque no fondo da túa alma… ti xa es parte disto. (3)

Sara tomó una decisión que no venía de ningún manual de la Academia. Guardó el arma con un movimiento brusco, un acto que desconcertó a Antón por una fracción de segundo. Sacó el cuarzo, cerrando el puño sobre las aristas afiladas, y golpeó.

El impacto fue seco, brutal. Un sonido opaco de materia sólida contra hueso.

Antón cayó hacia atrás sin un grito. Se desplomó en el fango con la boca abierta y los ojos en blanco, golpeado no por la justicia del Estado, sino por un "talismán". El cuarzo se le escapó a Sara de la mano y rodó entre las piedras, manchado con la sangre del guardián.

Rivas soltó un alarido de pánico al ver a su mentor derribado. Sara lo miró con asco.

—Cállate, Marcos. Tú ya no eres nadie.

Se quedó mirando el cuerpo del anciano. La fe de Ribadeo yacía rota en el suelo como un ídolo inútil. Las manos de Sara temblaban violentamente, pero su mente estaba limpia. Había roto el mito de la única forma posible: tratándolo como carne y hueso.

Recogió el cuarzo, limpiándolo con la palma de la mano. Se le clavó en la carne, pero no le importó.

—No creo en tu marusía, Antón —dijo con voz de acero—. Creo en los que se quedan aquí para reconstruir.

Sara se giró hacia la Casa do Pobo. La música se había detenido. El silencio era real.

Marusía.
Marusía es el poder que solo se vence con una fe más dura que la piedra; el momento en que comprendes que para romper el mito, tienes que estar dispuesta a sangrar más que él.

(1) —Llegas tarde, hija —dijo el anciano—. La sangre ya fluye. El Ciclo está alimentado.
(2) —Tú ves crímenes, Sara. Yo veo equilibrio. La marusia no entiende las leyes de la pronta entrega. Entiende la fe.
(3) "No puedes detener esto con plomo", susurró el anciano. Porque en el fondo de tu alma... ya formas parte de esto.

76. Luna Lázaro — La salida

Casa do Pobo, Ribadeo. Viernes, 24 de marzo, 01:26 h.

Luna no soltó a Uxía. La mantenía apretada contra su pecho, sintiendo el corazón de la niña latir desbocado, como un pájaro atrapado entre sus manos. A sus pies, el círculo de ceniza y sal estaba deshecho, emborronado por el forcejeo y la sangre que Rivas había dejado antes de salir tambaleándose hacia la niebla.

El silencio que siguió al apagón del casete era físico, una presión que le zumbaba en los oídos.

—Tenemos que movernos, pequeña —susurró Luna, con la voz rota.

Se puso en pie con dificultad, cargando con el peso de la niña. Uxía no ayudaba; estaba lacia, con la mirada perdida en el techo de vigas de castaño, como si una parte de su mente se hubiera

quedado anclada en la frecuencia que Iván acababa de cortar desde el faro.

Luna caminó hacia la puerta, evitando mirar el rastro de sangre de Rivas. Cada paso le recordaba el pinchazo de la navaja en la carne del alcalde, una sensación que sabía que no se lavaría nunca. Al llegar al umbral, el viento de la marusía la golpeó de frente, cargado de salitre y una electricidad estática que le erizaba el vello de los brazos.

—¡Sara! —gritó Luna hacia la oscuridad, pero el rugido del mar en los acantilados devoró su voz.

Se refugió tras uno de los gruesos muros exteriores de la Casa do Pobo. No quería alejarse demasiado en la niebla sin saber dónde estaba el Delgado o si Antón seguía acechando. Se sentó en el suelo, protegiendo a Uxía con su cuerpo, usando la pared de piedra como escudo contra el mundo.

—Ya está… ya está —repetía Luna, más para sí misma que para la niña—. Ya no hay música. Solo es el viento, Uxía. Solo es viento.

Uxía parpadeó. Por primera vez en horas, enfocó la vista en el rostro de Luna. Sus dedos pequeños se cerraron sobre la chaqueta de Luna, agarrándola con una fuerza desesperada.

—¿Se han ido todos? —preguntó la niña en un susurro.

—Todos —mintió Luna, deseando que fuera verdad.

Luna miró hacia el horizonte. A lo lejos, el haz de luz del faro de Illa Pancha emitió un destello final, inusualmente brillante, antes de quedar sumergido en una sombra absoluta. Luna no lo sabía aún, pero en ese preciso instante, Iván acababa de enviar su mensaje.

Apretó a la niña contra ella y cerró los ojos, rezando por una luz que no fuera la del rito, sino la de una linterna amiga cruzando la ensenada.

Marusía.

Marusía es el cuerpo que se convierte en muro; el momento en que comprendes que la única forma de proteger el futuro es sostener con fuerza lo que queda del presente, aunque tus propias manos estén manchadas.

77. Iván Lázaro — El Pulso

Faro de Illa Pancha, Ribadeo. Viernes, 24 de marzo, 01:29 h.

Iván dejó de mirar el reloj cuando la cuenta atrás entró en los últimos treinta segundos. Ya no importaba el tiempo; solo importaba la frecuencia.

El faro vibraba bajo sus pies, no por el azote del viento ni por la furia de la marusía, sino por la sobrecarga eléctrica que recorría los generadores improvisados. Los cables serpenteaban por el suelo de la linterna como venas expuestas de un organismo moribundo. Las pantallas parpadeaban, saturadas de datos que ya no intentaban ser comprendidos por una mente humana: solo estaban allí para ser obedecidos por la máquina.

La Melodía inversa estaba lista. Un espejo de ruido blanco diseñado para colapsar el sistema.

Iván apoyó la frente contra el cristal frío del ventanal. Desde allí podía ver la ría, cubierta por la niebla espesa que la marusía había vuelto sólida. No distinguía la Casa do Pobo en la otra orilla, pero la sentía vibrar en su propio pecho. El pulso estaba alineado. Las coordenadas de emisión coincidían con el epicentro del ritual. El Símbolo, por primera vez en décadas, no se estaba cerrando: se estaba tensando hasta el punto de ruptura.

—Así que eras esto —murmuró con la voz rota por el cansancio—. Un simple interruptor.

Pensó en Leo y en aquella grabadora manchada de sal que lo cambió todo. Pensó en Lara, en su cuerpo convertido en una verdad enterrada bajo años de silencio institucional. Pensó en Helena, en su mirada obstinada y en esa fe incómoda que él nunca llegó a compartir, pero que ahora respetaba.

Y, por encima de todo, pensó en Luna.

No en la Luna rota de hacía algunos años, devorada por el trauma y las pastillas. Sino en la Luna que aún creía, a pesar de todo, que algunas historias podían cerrarse. Que algunos círculos debían romperse para que otros pudieran empezar a caminar.

El sistema emitió una alerta final, un pitido rojo que inundó la sala de la linterna.

DESCARGA LETAL — CONFIRMAR

Iván sonrió, apenas un leve gesto de amargura y paz.

—Siempre lo supe —dijo para sí mismo—. Sabía que el sistema no dejaba salir a nadie gratis.

Pulsó ENTER.

La Melodía inversa comenzó como un susurro eléctrico, una vibración grave y profunda que atravesó la estructura del faro y se expandió hacia el mar como una onda de choque silenciosa. No era música. No era arte. Era un patrón aritmético negándose a repetirse. Un error introducido a propósito en el corazón del sistema para que todo el mecanismo saltara por los aires.

El cuerpo de Iván se arqueó de golpe cuando la retroalimentación eléctrica regresó por los cables.

La descarga lo lanzó contra la consola principal. El grito se le quedó atrapado en la garganta, convertido en un espasmo, cuando sus músculos dejaron de obedecer a su cerebro. Cayó de rodillas, convulsionando, mientras la luz del faro de Illa Pancha giraba una y otra vez sobre su cabeza, indiferente al drama humano que ocurría a sus pies.

El pulso se propagó por la ría. En algún lugar, entre el agua y la tierra de la ensenada, algo invisible y milenario se quebró con el sonido de un cristal estallando en el vacío.

Iván intentó respirar. No pudo. El aire se había vuelto ozono y estática. El mundo se redujo a un ruido blanco ensordecedor, a destellos azules y a una última imagen infantil que emergió del fondo de su memoria: él mismo, de niño, escribiendo en una libreta bajo la lluvia mientras alguien, cuya cara ya no recordaba, le decía que nunca hiciera preguntas.

Su corazón dio un último golpe desordenado, un latido que fue más un cortocircuito que un impulso vital.

Y se detuvo.

El faro siguió funcionando, bañando la niebla con su haz rítmico. La Melodía cesó, dejando tras de sí un vacío absoluto. Iván quedó inmóvil en el suelo, con los ojos abiertos, mirando un cielo que ya no podía ver, pero que por fin estaba en silencio.

Marusía.
Marusía es el pulso que se cobra la vida del que lo envía; el momento en que comprendes que para apagar la oscuridad, a veces tienes que convertirte tú mismo en el último destello.

78. Sara Aguilar — El fin del Ciclo

Ensenada de la Casa do Pobo, Ribadeo. Viernes, 24 de marzo, 01:31 h.

El mundo se detuvo sin hacer ruido.

No hubo una explosión ensordecerora, ni un destello que partiera el cielo en dos. Solo hubo silencio. Un silencio absoluto, denso y repentino que cayó sobre Ribadeo como una mortaja.

Sara sintió el cambio físico antes de poder racionalizarlo. El aire, que hasta ese momento había estado cargado de una estática espesa que hacía doler los dientes, se vació de golpe. La niebla seguía allí, envolviendo la ensenada, pero ya no parecía una entidad viva. Ya no respiraba. La frecuencia que Iván había emitido desde el faro acababa de anular la canción del Ciclo.

Sara bajó la vista hacia el suelo. A sus pies, el cuerpo de Antón yacía inmóvil en el fango. El golpe del cuarzo había sido definitivo; el "Guardián" ya no era una figura mística, sino un anciano que se enfriaba sobre la tierra húmeda. Sus ojos, antes afilados como cuchillos, estaban fijos en un cielo que ya no le devolvía ninguna señal. El bastón de mando, símbolo de su autoridad ancestral, se hundía lentamente en el barro negro de la orilla.

A unos metros, apoyado contra la roca, Marcos Rivas emitía un gemido débil. El alcalde se presionaba la herida del costado, mirando el cadáver de Antón con un desconcierto infantil y patético. Su fe en el orden antiguo se había evaporado junto con la melodía.

—Se ha acabado, Marcos —dijo Sara, y su voz sonó clara, despojada de toda duda—. El mar no va a responder. Nadie va a venir a salvarte.

Sara se acercó a él. Rivas no opuso resistencia cuando ella le sujetó las muñecas. El clic metálico de las esposas cerrándose sobre las manos del hombre más poderoso de Ribadeo resonó con una fuerza inaudita en la noche. Fue un sonido seco, administrativo, real. El sonido de la justicia humana reclamando su sitio frente al mito.

—No lo entiendes... —balbuceó Rivas con los labios azulados—. Sin el rito... la ría...

—La ría seguirá ahí mañana, Marcos. Pero tú no —lo cortó Sara.

Sara se giró para mirar hacia la Casa do Pobo. Vio a Luna salir al umbral, cargando a Uxía. La niña no cantaba. No gritaba. Simplemente respiraba. El dibujo del doble círculo en la ensenada, hecho de ceniza y sal, empezaba a borrarse bajo la humedad de la noche, perdiendo su forma, volviendo a ser solo suciedad sobre el granito.

Pensó en Leo Olmo y su cordura perdida. Pensó en Helena y su sacrificio. Pensó en Iván, allá en lo alto del faro, sabiendo que el silencio de la costa era el resultado de su propio apagón final. Pensó en todos los nombres que el "orden" de Antón había devorado durante décadas.

A lo lejos, por la carretera del faro, empezaron a verse los primeros destellos azules. Las sirenas rasgaban la niebla, pero esta vez eran luces de verdad, de hombres y mujeres que venían a recoger los pedazos de una pesadilla que por fin terminaba.

El ritual había terminado. El Ciclo estaba roto.

Sara miró hacia el horizonte, donde el mar se encontraba con el cielo. El Cantábrico ya no pedía tributos. Por primera vez desde que llegó de Málaga, el silencio de la noche no era una amenaza. Era, simplemente, paz.

Marusía.

Marusía es el conjuro que se rompe con el silencio; el momento en que comprendes que el miedo solo tiene el poder que tú decidas otorgarle antes de que la justicia se lleve la niebla.

79. Luna Lázaro — La última palabra

Exterior de la antigua Casa do Pobo, Ribadeo. Viernes, 24 de marzo, 01:33 h.

Sentada contra el muro de piedra, bajo el frío de la madrugada, Luna sintió cómo el cuerpo de Uxía dejaba de balancearse.

No fue algo brusco ni dramático. La rigidez que la niña había mantenido desde que salieron de la sala se esfumó como una vela a la que ya no le queda cera que quemar. El aire en la ensenada, antes denso y cargado de esa electricidad estática que hacía que el vello de los brazos se erizara, pareció volverse más ligero de golpe. Casi respirable.

—Uxía… —Luna la sacudió con cuidado, apoyada aún en el muro exterior—. Ey. Pequeña, mírame.

La niña parpadeó. Una vez. Dos. Sus pupilas, antes dilatadas y negras como el fondo de la ría, recuperaron el foco y el brillo bajo la luz mortecina de la niebla, como si su conciencia estuviera regresando de un viaje a un lugar muy lejano y oscuro.

—Luna… —dijo por fin, con una voz rota y frágil—. Me duele mucho la cabeza.

Luna la abrazó con una fuerza desesperada, incapaz de contener el temblor que recorría todo su cuerpo. Notó el peso de la niña contra su pecho; era un cuerpo pequeño, real, caliente. Estaba vivo. El rito no se la había llevado, y el pulso del faro parecía haber limpiado los restos de la frecuencia en su cabeza.

—Ya pasó —susurró Luna entre el pelo de la niña—. Ya terminó todo, Uxía. Prometido.

Uxía se quedó quieta unos segundos, respirando con dificultad contra el cuello de Luna, dejando que el calor humano sustituyera al frío de la piedra. Luego se separó lo justo para mirarla con una expresión de extraña lucidez. Miró hacia la puerta abierta de la Casa do Pobo, de donde ya no salía música ni estática.

—No se enfadaron —dijo la niña, confusa—. Se fueron. Simplemente se han ido.

Luna cerró los ojos, sintiendo un nudo de hierro en la garganta. Iván. El nombre se le quedó atrapado en el pecho, una sospecha

dolorosa que aún no se atreveía a confirmar, pero que el silencio del faro gritaba con fuerza. Sabía que aquel silencio repentino tenía un precio.

Uxía ladeó la cabeza, como si estuviera escuchando un eco que ya no vibraba en el aire, sino que residía en su propia memoria. Abrió la boca con cautela, susurrando para sí misma.

—Falta una parte —murmuró.

—No —respondió Luna con rapidez, casi con pánico, temiendo que el trance volviera—. No hace falta nada más, Uxía. Se acabó.

La niña negó despacio con la cabeza, con una madurez que le heló la sangre a Luna.

—Sí. Falta… falta para cerrar la puerta. Para que no vuelvan a llamar nunca.

Y entonces, con un hilo de voz casi imperceptible, pronunció la última línea de la Melodía. No fue un canto ritual, ni un código binario, ni una orden autoritaria. Fue una frase simple, infantil, dicha sin ritmo ni música, como si siempre hubiera estado destinada a ser pronunciada así, con la sencillez de la verdad descarnada:

—Xa podedes marchar.

Ya podéis iros.

El silencio que siguió a esas tres palabras no fue el silencio opresivo del miedo que Luna había conocido toda su vida. Fue un silencio limpio, como el que queda en una habitación después de que se apaga un ruido ensordecedor que ha durado generaciones.

Uxía apoyó la cabeza en el hombro de Luna, completamente agotada, entregándose por fin al sueño que el Ciclo le había robado.

—¿Lo hice bien, Luna? —preguntó con los ojos casi cerrados.

Luna apretó los labios con fuerza, luchando por no romper a llorar frente a ella. Le acarició la frente, apartándole un mechón de pelo manchado de ceniza y salitre.

—Lo hiciste perfecto, pequeña. Lo hiciste perfecto.

Afuera, el mar no respondió con bramidos. La noche siguió su curso natural, indiferente a los pecados de los hombres. El viento sopló suave sobre los acantilados de Ribadeo y, por primera vez en

mucho tiempo, la historia no pidió ninguna vida más a cambio de su silencio.

Marusía.
Marusía es la última palabra que sella el Ciclo; el momento en que comprendes que la verdadera paz no es el olvido, sino el permiso para dejar marchar lo que ya no puede quedarse.

80. Sara Aguilar — El fin de la profecía

Ensenada de la Casa do Pobo, Ribadeo. Viernes, 24 de marzo, 01:37 h.

Antón yacía en el fango, con el cuerpo torcido y los hombros hundidos en el barro negro de la ensenada. Ya no era el Guardián, ni el heraldo del océano, ni el arquitecto de sacrificios. Era solo un cadáver viejo.

Sara lo observó durante un segundo interminable. El anciano había perdido aquello que no sabía nombrar —aquella frecuencia, aquel hilo invisible que lo conectaba con el abismo— y esa pérdida lo había dejado vacío antes incluso de que su corazón dejara de latir. Las luces azules de los patrulleros empezaban a filtrarse entre los jirones de niebla, tiñendo la bruma de un color eléctrico y artificial. Sirenas lejanas. Gritos de órdenes. El mundo regresaba a su volumen normal, al ruido de la civilización y sus protocolos.

A unos metros, Marcos Rivas permanecía sentado contra una roca, esposado y con la mirada perdida. Ya no intentaba resistirse ni dar órdenes. Estaba solo frente a la inmensidad que decía servir, despojado de su cargo y de su mito.

—No entiende lo que ha hecho —balbuceó Rivas cuando Sara se acercó a él—. Nadie lo entiende. Han roto el equilibrio. El mar no olvida los nombres que se le deben.

Sara lo miró directamente a los ojos. No vio a un político poderoso, ni a un cómplice de secretos milenarios. Vio a un hombre asustado. Cansado.

—Todo se puede parar, Marcos —dijo Sara, y su voz sonó como una sentencia—. Lo que no se quiere mirar es lo que siempre regresa. Y nosotros hemos decidido mirar de frente.

Sara hizo una señal con su linterna hacia los agentes que ya bajaban por el sendero con las armas en alto. Rivas negó con la cabeza, una risa nerviosa y seca escapándole de la garganta.

—Usted cree que ha ganado —susurró el alcalde, acercando su rostro pálido al de ella—. Pero la marusía siempre vuelve. Es una marea que no se puede parar con leyes de hombres.

Sara pensó en Helena y en el cuarzo que aún guardaba en el bolsillo. Pensó en Iván y en el silencio definitivo que emanaba desde el faro de Illa Pancha. Pensó en Uxía, una niña que por fin, después de años de sombras, ya no tenía que cantar para sobrevivir.

—El mar no manda, Marcos —respondió Sara con una calma gélida—. Las personas mandamos. Y esta vez, no has sido tú el que ha decidido el final de la historia.

Sara lo entregó a los dos guardias civiles que llegaron hasta su posición. Se llevaron a Rivas a rastras, con la cabeza gacha, sin que volviera a mirar atrás hacia la ría que ya no le respondía.

Cuando se alejaron, la ensenada quedó extrañamente tranquila. El círculo doble dibujado en el suelo, aquel centro del rito, se estaba borrando bajo la humedad y el paso de las botas de los investigadores, disolviéndose en el barro como si nunca hubiera tenido el poder de decidir la vida de nadie.

Sara respiró hondo, llenando sus pulmones de un aire que empezaba a oler a amanecer. La profecía se había pronunciado, sí. Pero ya no tenía dónde anclarse. El Ciclo se había roto en mil pedazos de cristal negro.

Marusía.

Marusía es la última profecía; el momento en que comprendes que los monstruos solo son eternos mientras nosotros les permitamos seguir contando su historia.

81. Luna Lázaro — El mensaje

Casa do Pobo, Ribadeo. Viernes, 24 de marzo, 01:42 h.

El móvil vibró una sola vez.

Luna lo notó incluso antes de mirarlo, como si su propio cuerpo fuera una antena que supiera, de antemano, que algo fundamental acababa de romperse. El teléfono estaba en el suelo, medio oculto bajo una silla volcada, junto al caos de cables y ceniza que había quedado tras el ritual interrumpido.

No había ninguna llamada entrante. No había una explicación técnica. No había un "estoy bien". Solo un mensaje de texto de su hermano Iván que parecía flotar en el vacío de la pantalla.

"Te encontré."

Luna se quedó mirando las dos palabras sin entenderlas del todo, o quizá entendiéndolas demasiado bien. El ruido a su alrededor se desdibujó de golpe. Las voces de los agentes de la Guardia Civil que empezaban a registrar la Casa do Pobo, el sonido de las radios, el murmullo lejano del Cantábrico… todo se apagó, dejando paso a un silencio que le pesaba en los oídos.

—No… —susurró Luna, y el aire le faltó en los pulmones.

El significado llegó de golpe, brutal y definitivo, sin dejar margen para la negación. Iván no había huido del peligro. No había fallado en su misión técnica. Había elegido. Había decidido ser el cortafuegos que detuviera el incendio de la Marusía, sabiendo que las llamas lo alcanzarían primero a él.

Luna dejó que el móvil se le resbalara de los dedos. Cayó sobre la madera vieja sin hacer ruido. Ella se dejó deslizar contra la pared de piedra, despacio, como si sus huesos hubieran perdido de repente la capacidad de sostenerla.

Vio a Iván en su mente como siempre había sido para ella: concentrado, obsesivo, con la mirada fija en un monitor, incapaz de soltar un problema sin resolver. El único hombre capaz de quedarse despierto tres noches seguidas por una línea de código errónea… o por salvar a una persona que el mundo ya había dado por perdida.

—Idiota… —dijo entre dientes, con una sonrisa rota que era puro dolor—. Tenías que hacerlo tú solo, ¿verdad? Siempre tenías que ser

tú el último en apagar la luz.

Las lágrimas llegaron tarde, silenciosas y lentas, sin sollozos. No había espectáculo posible para ese tipo de dolor; era una pena sorda, una deuda que se instalaba en el pecho para no marcharse nunca.

Uxía se acercó despacio, con pasos de sombra, y se sentó a su lado sobre el suelo frío. No preguntó por el mensaje ni por el teléfono. Le tomó la mano con una naturalidad asombrosa, como si siempre hubiera sabido que, al final del camino, ese gesto sería lo único que Luna necesitaría para no desmoronarse.

—Se fue, ¿verdad? —preguntó la niña con voz plana.

Luna asintió, apretando los ojos con fuerza para contener el llanto.

—Pero nos dejó aquí —añadió Uxía, apretando los dedos de Luna —. Nos ha dejado del lado de los vivos. Eso también cuenta, Luna.

Luna respiró hondo, dejando que el aire gélido de la ría le llenara los pulmones. Dejó que el peso del sacrificio de Iván se asentara donde tenía que hacerlo: en los cimientos de su nueva vida.

No había justicia en el sacrificio, ni lógica en la muerte de alguien que tenía tanto que decir. Pero había cierre. El patrón se había roto. La frecuencia se había silenciado. Y por primera vez desde que empezó la pesadilla hace años, la historia dejaba de exigir más sangre a cambio de la paz.

Marusía.

Marusía es el dolor que se convierte en cierre; el momento en que comprendes que algunas personas nacen para ser el faro que se apaga para que los demás puedan ver, por fin, la orilla.

82. Sara Aguilar — El ejecutor

Ensenada de la Casa do Pobo, Ribadeo. Viernes, 24 de marzo, 01:55 h.

La escena volvió a ser un escenario policial.

Cintas de balizamiento, linternas de alta potencia cortando la oscuridad, voces bajas transmitiendo datos por radio. El ritual de Antón había dejado paso al protocolo de la judicial, y ese cambio, casi obsceno en su frialdad, fue lo primero que Sara agradeció. Necesitaba anclarse a algo reconocible, a la burocracia de la muerte para no pensar en el peso de lo que acababa de vivir.

—¡Aquí! —gritó uno de los agentes, levantando la mano desde el borde de la ría, cerca de la zona de rocas batidas por la marea.

Sara se acercó, sorteando los charcos de agua salada.

El cuerpo de El Delgado yacía entre las piedras negras, medio sumergido. El agua le lamía los dedos de la mano derecha, insistente, como si el mar quisiera reclamar hasta el último rastro del hombre que lo había servido con sangre. Tenía el rostro vuelto hacia el cielo encapotado, los ojos abiertos y fijos en una nada absoluta. La herida del costado, la que le había abierto Helena en el bosque, había vuelto a sangrar profusamente con el esfuerzo desesperado de su huida.

No había signos de arrastre. No había duda de que había llegado allí por su propio pie hasta que el cuerpo dijo basta.

—Hemorragia interna masiva —confirmó el sanitario, levantándose y limpiándose las rodillas—. Las lesiones son totalmente compatibles con una pelea previa y una herida por arma blanca que perforó el bazo. Aguantó por pura adrenalina… pero no lo suficiente para llegar al agua.

Sara cerró los ojos un segundo, sintiendo un nudo de orgullo y dolor en la garganta.

Helena.

No pronunció su nombre en voz alta. No hacía falta. El Delgado había cumplido su papel hasta el último aliento: ejecutar, huir y, finalmente, caer. Era la lógica del culto trasladada a la carne; una pieza del engranaje que el sistema acababa de escupir.

—Asegurad el perímetro —ordenó Sara con voz ronca—. Quiero cada centímetro documentado. Fotos de la posición del cuerpo y del rastro de sangre desde el bosque.

Se giró y caminó hacia la entrada de la Casa do Pobo.

Marcos Rivas estaba sentado en un banco de piedra improvisado, con las manos esposadas a la espalda y rodeado por dos agentes de refuerzo. Tenía la camisa de marca desgarrada, el abrigo de cachemira manchado de barro y la mirada perdida en algún punto del suelo. Ya no quedaba rastro de la arrogancia del alcalde. Solo quedaba el cálculo tardío del superviviente.

—Esto es un error administrativo, Sara —dijo Rivas cuando la vio detenerse ante él—. Yo puedo explicarlo todo. Fui coaccionado. Antón me tenía amenazado...

Sara se detuvo frente a él, observándolo como si fuera un espécimen de laboratorio particularmente desagradable.

—Lo hará, Marcos —respondió ella—. Lo explicará todo. Pero no ante mí, sino ante un juez de la Audiencia Nacional.

Le ajustó las esposas con un gesto firme, casi impersonal, haciendo que el metal mordiera su piel un poco más. Rivas no protestó. El silencio de la noche le confirmó que su margen de maniobra se había agotado junto con la marea.

—El ejecutor está confirmado muerto —informó un agente por la radio principal—. El líder está detenido. La niña, a salvo bajo custodia.

Sara asintió, sintiendo cómo el peso del mundo se aligeraba un gramo. Miró una última vez hacia la ría. El agua seguía su curso natural, ajena a los delirios de grandeza de los hombres, indiferente a sus sacrificios. Ya no había niebla artificial. Ya no había cantos distorsionados. Solo el sonido constante, rítmico y honesto de las olas rompiendo contra la piedra gallega.

El Ciclo había perdido a su mano más violenta. Ribadeo volvía a pertenecer a los vivos.

Marusía.

Marusía es el momento en que el ejecutor cumple su misión final: convertirse en el cadáver que demuestra que ningún mito es inmune

a la realidad.

83. Luna Lázaro — A salvo

Ensenada de la Casa do Pobo, Ribadeo. Viernes, 24 de marzo, 02:07 h.

Uxía ya no temblaba.

Estaba sentada en el estribo de la ambulancia, envuelta en una manta térmica dorada que contrastaba con la palidez fantasmal de su piel. El sanitario intentaba tomarle las constantes, pero ella mantenía las manos quietas sobre su regazo, con la mirada fija en el horizonte, donde la niebla empezaba a deshilacharse.

Luna se acercó despacio. Se sentía como si caminara sobre cristales rotos. Se agachó frente a la niña, buscando sus ojos.

—Ey —susurró Luna—. ¿Cómo estás?

Uxía parpadeó muy despacio. Sus pupilas habían recuperado su tamaño normal, pero conservaban una profundidad que Luna sabía que nunca desaparecería del todo.

—Se siente... vacío —dijo la niña. Su voz ya no era la de una anciana, ni la de un mito. Era la voz de una niña de siete años agotada hasta los huesos.

Luna le tomó las manos. Estaban frías, pero tenían pulso. Un pulso real y constante que no dependía de ninguna melodía.

—Ese vacío es bueno, pequeña. Significa que la canción ya no está ocupando espacio. Ahora el silencio es solo tuyo.

Uxía bajó la vista hacia sus manos y, por primera vez en toda la noche, sus labios temblaron. Sin decir nada, se inclinó hacia adelante y hundió la cabeza en el hombro de Luna.

Fue un gesto desesperado, una entrega absoluta. Luna la rodeó con sus brazos, notando cómo el cuerpo menudo se abandonaba por fin al cansancio. No había música, ni susurros, ni presagios. Solo el

sonido de la respiración de una niña que acababa de escapar de un altar invisible.

—Pensé que me quedaría allí para siempre —murmuró Uxía contra su uniforme.

—Nadie se queda en el ayer si hay alguien esperándolo en el mañana —respondió Luna, acariciándole el pelo sucio de salitre—. Y yo te estaba esperando.

Luna la sostuvo con fuerza mientras el sanitario terminaba de preparar la camilla. Sabía que el camino de recuperación para Uxía sería largo, que las sombras de la Casa do Pobo no se borrarían con una sola noche de sueño. Pero la victoria estaba ahí, en ese abrazo, en el hecho de que el Ciclo se hubiera roto contra la voluntad de una niña que decidió dejar de cantar.

—¿Vendrás a verme? —preguntó Uxía cuando la subieron a la ambulancia.

Luna asintió con una sonrisa triste pero firme.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente.

Cuando la puerta de la ambulancia se cerró y las luces azules empezaron a alejarse por el camino de la ensenada, Luna se quedó sola bajo el haz de luz del faro de Illa Pancha. Miró hacia arriba, hacia la linterna donde Iván había dado su último pulso de luz.

No sintió el triunfo de las películas. Sintió el peso de las ausencias, el frío de la ría y la fatiga de quien ha peleado contra un fantasma y ha logrado sobrevivir. Pero al ver la ambulancia desaparecer tras los pinos, supo que, al menos por esta vez, la Marusía se había quedado con las manos vacías.

Marusía.

Marusía es el momento en que comprendes que la verdadera magia no era el ritual, sino la capacidad de una niña para reclamar su propio silencio.

84. Sara Aguilar — La isla del silencio

Puerto de Ribadeo / Illa Pancha. Viernes, 24 de marzo, 06:15 h.

El amanecer en el Cantábrico no fue glorioso. Fue una línea gris y fría que apenas lograba separar el cielo del mar. Sara estaba de pie en el muelle, observando cómo la lancha del Servicio Marítimo regresaba desde la isla.

Luna estaba a unos metros, sentada en el parachoques de una patrulla, envuelta en una manta térmica que brillaba como plata vieja. Uxía dormía en el asiento trasero del coche, ajena al mundo. Luna no quitaba los ojos de la silueta del faro. Sus manos temblaban tanto que el café que le habían dado se derramaba por los bordes de la taza de plástico.

Sara vio a los agentes bajar de la lancha. Sus rostros lo decían todo: no había prisa, no había urgencia médica. Solo una pesadez administrativa que le heló la sangre. El teniente de la unidad técnica se acercó a Sara, quitándose el casco. Tenía la cara manchada de hollín.

—La linterna está calcinada, Aguilar —dijo el teniente en voz baja —. El equipo entró en corto y hubo una deflagración por el hidrógeno de las baterías auxiliares. El calor fue... —hizo una pausa, buscando una palabra que no fuera cruel—... absoluto.

Sara cerró los ojos un segundo.

—¿Lo habéis encontrado?

—Estaba frente a la consola. No se movió. Murió ejecutando el último comando. El forense dice que probablemente ni se enteró. La inducción eléctrica le paró el corazón antes de que el fuego llegara a las máquinas.

Sara sintió un peso inmenso en el pecho. Iván. El chico de los datos, el que no sabía mirar a los ojos, el que prefería el código a las personas, se había convertido en el ancla que las salvó a todas.

Caminó hacia Luna. Cada paso pesaba como si arrastrara cadenas. Luna se puso en pie en cuanto la vio acercarse. Su mirada era una súplica silenciosa, una barrera desesperada contra la verdad.

—Luna —susurró Sara, deteniéndose frente a ella.

—Dime que saltó, Sara —dijo Luna, con la voz rota—. Dime que lo encontraron en las rocas, o que está en el agua esperando a que lo recojamos. Él sabe nadar...

Sara le puso las manos en los hombros. Luna intentó zafarse, como si al rechazar el contacto pudiera rechazar la noticia, pero Sara no la soltó.

—No saltó, Luna. Se quedó para asegurarse de que el pulso no fallara. Si se hubiera ido un segundo antes, la frecuencia habría vuelto. El Ciclo habría ganado.

Luna se quedó rígida. El café cayó al suelo, manchando el asfalto. Un gemido pequeño, animal, se le escapó de la garganta.

—Está en el faro —continuó Sara, con lágrimas quemándole los ojos—. Lo han encontrado allí. Se ha ido, Luna. Iván se ha ido.

Luna se derrumbó. No fue un grito, fue un crujido interno, como si su propia estructura se partiera. Sara la rodeó con los brazos mientras Luna se hundía, llorando sobre su hombro con una violencia que parecía querer sacarle el alma. Lloraba por Iván, pero también por Lara, por Helena y por todos los años de huida que terminaban allí, en ese muelle frío.

—Me mandó un mensaje —sollozó Luna contra el uniforme de Sara—. Decía que me había encontrado. No era para el sistema, Sara... era para mí. Me estaba diciendo adiós.

Sara la estrechó más fuerte, mirando hacia el faro de Illa Pancha. La luz estaba apagada, pero por primera vez en siglos, la oscuridad de Ribadeo no daba miedo. Era una oscuridad limpia, ganada a pulso por un hombre que decidió que su última línea de código sería un acto de amor.

Marusía.

Marusía es el silencio que deja un héroe; el momento en que comprendes que la luz más brillante es la que se apaga para que los demás puedan ver el camino a casa.

85. Sara Aguilar — El testimonio

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Viernes, 24 de marzo, 09:12 h.

La carpeta digital sobre el escritorio del comandante estaba marcada con una sola palabra, escrita en mayúsculas, como un muro infranqueable:

FINAL

Sara la abrió sin prisa. Había pasado la noche entera asegurando escenas, firmando diligencias interminables y respondiendo a preguntas de Madrid que no podían contestarse del todo sin sonar a locura. El cansancio era una losa profunda que le pesaba en los hombros, pero su mente estaba extrañamente clara, lavada por la luz fría de la mañana gallega.

El archivo llevaba la firma digital encriptada de Leo Olmo. Fecha de creación: dos días antes de su "accidente" en el puerto.

Sara pulsó reproducir.

La imagen tardó un segundo en estabilizarse, granulada por la baja luz de un despacho clandestino. Una mujer apareció en pantalla, sentada frente a una pared blanca y desnuda. Tenía el pelo corto, oscuro, y los ojos tranquilos de quien ha aprendido a convivir con lo que otros no soportarían ni un segundo.

—Me llamo Clara —dijo la mujer, y su voz, grabada hace meses, sonó en el cuartel con una fuerza asombrosa—. Y fui parte del Ciclo.

Sara contuvo la respiración, sintiendo cómo el vello de sus brazos se erizaba.

—No como víctima —continuó la mujer—. O al menos, no solo como eso. Fui una superviviente. Un error en su cálculo.

Clara explicó ante la cámara de Leo lo que nunca había quedado por escrito en los archivos oficiales de Morriña. Explicó que su desaparición no había sido un sacrificio fallido. Que alguien —Antón, aunque en el vídeo solo se refería a él como "el Guardián"— decidió en el último momento que ella no era “adecuada”. Que la devolvieron al mundo exterior, lejos de Ribadeo, con una advertencia grabada en los huesos que no necesitó palabras.

—Nos necesitan vivas —dijo Clara, mirando fijamente a la lente—. Para recordar. Para que el miedo siga fluyendo. Somos el testimonio de lo que ocurre cuando alguien intenta cerrar lo que otros abren.

Habló de la melodía. De cómo la ría, el puerto y la arena mojada de su infancia eran puntos de un mismo mapa de dolor que nadie en las instituciones quiso ver, porque mirar implicaba aceptar la responsabilidad de haber permitido que el Ciclo existiera durante generaciones.

—Leo me encontró —continuó Clara, y por primera vez asomó una sombra de gratitud en su rostro—. No para usarme en un caso. Sino para escucharme. Él fue el primero que entendió que el Ciclo no era un monstruo místico bajado del mar, sino una estructura humana sostenida por el silencio, el miedo y el poder político.

Sara bajó la mirada un instante, pensando en Rivas y en su abrigo de cachemira manchado de barro.

—Mi papel durante años fue no hablar —admitió la mujer—. Hasta ahora. Porque el Ciclo solo funciona si quienes sobrevivimos creemos que no tenemos derecho a hacerlo. Si creemos que nuestra vida es una deuda pendiente con el agua.

La imagen se quedó fija unos segundos más, en un silencio pesado. Luego, Clara se inclinó hacia la cámara, acortando la distancia con la mujer que, meses después, vería esas imágenes.

—Si estás viendo esto, Sara Aguilar, es porque Leo confió en ti —dijo Clara con una seriedad absoluta—. Y porque alguien más ha pagado el precio que yo no pagué. Diles que ya está. Que el Ciclo está cerrado. Que no busquen más fantasmas aquí. La música ha terminado.

El vídeo terminó con un fundido a negro.

Sara cerró el portátil despacio, dejando que el sonido del ventilador del equipo fuera lo único que llenara la estancia. Todo encajaba. La Clara del norte no había sido un fallo aleatorio del sistema ni una coincidencia geográfica. Había sido la grieta en la presa. La prueba viviente de que el Ciclo podía romperse si alguien estaba dispuesto a asumir el coste total de la verdad.

Leo lo había intuido. Iván lo había ejecutado con su código. Helena lo había protegido con su sangre.

Sara apoyó los codos sobre la mesa de madera y se cubrió el rostro con las manos, respirando el aroma del café frío y el papel viejo.

—Caso cerrado —murmuró para sí misma.

No lo dijo como el titular de un informe que enviaría a Madrid en una hora. Lo dijo como una verdad interna, sólida y definitiva. La última nota de una canción que ya no volvería a sonar.

Marusía.
Marusía es el silencio de Clara; el momento en que comprendes que la única forma de matar a un fantasma es dejar de creer en su canción.

86. Sara Aguilar — El alto costo de la verdad

Cementerio de Ribadeo / Faro de Illa Pancha. Lunes, 3 de abril. 11:45 h.

El viento del norte soplaba con una castiza indiferencia, como si las piedras del cementerio no guardaran ya suficiente dolor. Era un viento que no respetaba el luto, que arrastraba el olor a salitre sobre las flores frescas y las lápidas nuevas.

Sara Aguilar se mantenía al margen, con el uniforme impecable y la mirada oculta tras unas gafas de sol. El funeral era doble, una herida abierta que supuraba realidad. A un lado, Iván; al otro, Helena. No hubo sirenas de ambulancia ni esperas en quirófanos. Helena se había quedado en el suelo tras su pelea con el Delgado. Para el mundo, era una baja en acto de servicio. Para Sara, era el silencio absoluto de quien ya no tiene a quién cubrirle la espalda.

A unos metros, Luna parecía haberse roto en mil pedazos invisibles. No lloraba de forma estrepitosa; era un naufragio silencioso. Sostenía la mano de Uxía con una fuerza que le blanqueaba los nudillos, como si la niña fuera el único ancla que

impedía que el viento se la llevara a ella también. Luna no miraba los ataúdes; miraba el horizonte, buscando quizás una señal que ya no llegaría.

La carpeta del caso estaba cerrada, pero las consecuencias no eran papeles, eran ausencias.

Antón tampoco llegaría a ver una celda. Su final en la pelea había sido tan seco y definitivo como el golpe de un mazo. El "Guardián" había muerto defendiendo un orden que ya no existía, y su cuerpo ahora era solo un registro más en la morgue, lejos del misticismo con el que se envolvía. Con él, se terminaba una estirpe; con él, el secreto de las Claras se volvía una tumba sellada. Marcos Rivas, el único superviviente de la cúpula, pasaba ahora las horas entre interrogatorios, intentando salvar un patrimonio que ya no tenía a quién heredar.

Cuando el entierro terminó, Sara no regresó al coche patrulla. Condujo hasta el puente que daba acceso a Illa Pancha.

Caminó por el sendero de cemento hasta llegar a la base del faro. El mar batía con fuerza contra los acantilados, lanzando salitre al aire. Sacó del bolsillo el objeto que había acompañado a Helena durante toda la investigación.

El cuarzo.

Estaba limpio, pero bajo la luz del mediodía, las vetas internas parecían retener una sombra propia, el último reflejo de lo ocurrido en la oscuridad de la pelea. Sara lo apretó en su puño un último segundo, notando su frío mineral. Pensó en Leo Olmo, en las niñas, en la sangre de Helena que nunca llegó a ser limpiada de su uniforme de combate. Pensó en el precio que se paga por mirar donde nadie quiere ver.

Con un movimiento seco, lanzó la piedra al abismo.

No hubo un sonido especial. El pequeño cristal desapareció en la espuma blanca de una ola que rompía contra el granito. El mar recuperaba su cuarzo, pero ya no tenía a quien reclamar. Los protagonistas de la tragedia —los que protegían y los que destruían — ya no estaban allí.

Sara respiró hondo, llenando sus pulmones de un aire que por fin se sentía vacío de presagios. La verdad había sido un arma de doble

filo: había salvado a una niña, pero había devastado el tablero y se había cobrado la vida de los únicos que sabían toda la historia.

Se giró hacia el coche, ajustándose la gorra. En el salpicadero, el móvil vibró. Un nuevo destino. Otro caso. Otra grieta que cubrir en el sistema.

Ribadeo se quedaba atrás, envuelto en su propia bruma, guardando sus secretos bajo siete llaves de agua. El Ciclo se había roto, pero Sara sabía que el mar nunca olvida. Simplemente, espera al siguiente en caer.

Marusía.
Marusía es el alto costo de la verdad; el momento en que comprendes que para que la luz vuelva a brillar, alguien tiene que estar dispuesto a quedarse a oscuras para siempre.

87. Luna Lázaro — El nuevo hogar

Casa de acogida, Ribadeo. Viernes, 7 de abril, 19:10 h.

La casa olía a sopa caliente y a ropa limpia; un olor doméstico, casi vulgar, que Luna encontraba ahora más reconfortante que cualquier paisaje de postal.

Uxía estaba sentada en el sofá, con las piernas recogidas y la espalda muy recta, dibujando sobre un cuaderno nuevo que Luna le había comprado esa misma mañana. Ya no eran círculos concéntricos. No era el símbolo del doble círculo que había marcado su piel y su destino. Eran líneas torpes, infantiles y luminosas: una casa con chimenea, un árbol de copa redonda, algo que podía ser el mar de Ribadeo… o simplemente un cielo despejado.

Luna la observaba desde la cocina, apoyada en el marco de la puerta, sin decir nada. Tenía miedo de que cualquier palabra demasiado alta pudiera romper ese equilibrio frágil, esa tregua que la realidad le estaba concediendo a la niña.

—¿Te vas a ir, Luna? —preguntó la niña de pronto, sin levantar la vista del papel.

Luna dejó la taza sobre la encimera. El sonido del rastro de cerámica contra el granito fue el único ruido en la sala.

—No —respondió con una firmeza que la sorprendió incluso a ella —. No ahora. Ni mañana.

Uxía asintió despacio, como si ya lo hubiera sabido, pero necesitara escucharlo de nuevo para anclar la idea.

—La mujer de servicios sociales dice que puedo quedarme aquí —añadió la niña, pasando el dedo por el borde del cuaderno—. Hasta que decidan.

Luna caminó hacia el salón y se sentó a su lado, respetando el espacio necesario.

—Yo también me quedo —dijo—. Me han asignado un puesto administrativo en el cuartel de forma temporal. Si tú quieres, claro.

Uxía levantó la cabeza por primera vez. Sus ojos, todavía demasiado profundos para su edad, buscaron una trampa, una condición oculta en la mirada de Luna. No la encontró. Solo vio una resolución gélida y una lealtad que no entendía de protocolos.

—¿Aquí? —preguntó la pequeña—. ¿En el norte? ¿Aunque haga frío?

Luna sonrió con un cansancio que se le marcaba en las comisuras de los labios.

—Siempre vuelvo, Uxía —dijo—. Es mi maldición y mi virtud. Solo que esta vez no voy a huir de lo que me asusta. Me voy a quedar a mirarlo de frente.

Uxía cerró el cuaderno y lo apretó contra su pecho, como si protegiera un tesoro.

—Cuando cantaba… —empezó a decir, dudando, con la voz volviéndose pequeña—, no era yo la que elegía las notas. Pero ahora… ahora mi voz es solo mía. Si no quiero hablar, no hablo. Si quiero gritar, grito.

Luna le pasó un brazo por los hombros, atrayéndola hacia sí. Notó que el cuerpo de la niña ya no estaba rígido como una cuerda de violín.

—Eso es crecer, pequeña —respondió Luna—. Aprender a distinguir tu voz del ruido que los demás intentan meterte en la cabeza.

Durante un buen rato no hablaron. Afuera, Ribadeo seguía su ritmo lento de pueblo costero, indiferente a la batalla metafísica que se había librado en sus acantilados. Era una vida nueva construyéndose con paciencia sobre ruinas que nadie más podía ver.

—¿Y si el Ciclo vuelve? —preguntó Uxía en un susurro apenas audible—. ¿Y si vuelven a llamar?

Luna pensó en el sacrificio de Iván en el faro. Pensó en Helena. Pensó en Sara, que seguía patrullando esas carreteras con una sombra nueva en los ojos.

—Entonces lo sabremos —sentenció Luna—. Y esta vez no estarás sola en el altar. Estaremos todos nosotros delante de la puerta.

Uxía apoyó la cabeza en su hombro, soltando un suspiro largo que parecía haber contenido durante años.

Luna miró alrededor de la habitación desconocida. La casa no era suya. El norte nunca lo había sido del todo, a pesar de su sangre. Pero por primera vez en su vida adulta, no sintió el impulso de hacer las maletas, ni la punzada de la morriña, ni el pánico de la huida.

Sintió algo mucho más simple y mucho más pesado. Sintió responsabilidad. Sintió presencia. Sintió, por fin, una raíz que empezaba a hundirse en la tierra húmeda.

Marusía.

Marusía es el nuevo hogar; el momento en que comprendes que el refugio no es un lugar geográfico, sino la persona a la que decides proteger cuando el mundo se vuelve oscuro.

88. Sara Aguilar — La renuncia

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Sábado, 8 de abril. 09:30 h.

El sobre era oficial. Blanco. Impecable. De un gramaje que gritaba autoridad.

Sara lo abrió sin sentarse, de pie frente a su escritorio, el mismo lugar donde semanas atrás había empezado a desgranar los secretos de Leo Olmo. Había pasado la noche en vela, ordenando informes que ya no necesitaban orden y cerrando carpetas que sabía, con una certeza absoluta, que no volvería a abrir. El cuartel estaba sumergido en un silencio distinto al de la marusía: era un silencio administrativo, burocrático, definitivo.

Leyó el documento despacio, saboreando cada palabra técnica.

No era una sanción. No era un castigo disciplinario por lo ocurrido en la Casa do Pobo. Era, sencillamente, una consecuencia.

Retirada del servicio operativo.Reubicación administrativa voluntaria o propuesta de pase a retiro anticipado por causas psicológicas derivadas del servicio.

Sara apoyó el papel sobre la mesa. No sintió rabia. Tampoco ese alivio explosivo que algunos describen. Sintió algo parecido a lo que ocurre cuando alguien se quita una prenda empapada después de caminar demasiado tiempo bajo la lluvia: un frío repentino, pero también un descanso profundo en los músculos.

Helena le había dicho una vez, mientras compartían un café malo en una patrulla nocturna, que el uniforme no te define, que solo te acompaña mientras tus hombros pueden cargarlo. Sara lo había discutido entonces con la vehemencia de quien cree en las instituciones por encima de las personas. Ahora, mientras miraba el sello oficial, lo entendía por fin.

Miró alrededor de la estancia. El tablón de anuncios con las fotos de los desaparecidos que ya no estaban. El mapa de la costa gallega, con sus entrantes y salientes que ahora le parecían venas de un organismo vivo. La silla vacía de Helena.

El norte no le había quitado la vocación. Le había quitado la venda.

Sonó el teléfono de línea fija.

—¿Aguilar? —dijo la voz seca del coronel desde la comandancia de Lugo—. ¿Ha recibido y leído la notificación de la junta?

—Sí, señor —respondió Sara, con una voz que no tembló.

—¿Desea presentar alegaciones? Tiene diez días hábiles. Podemos luchar por una revisión si el informe médico es favorable.

Sara miró por la ventana. El puerto de Ribadeo estaba tranquilo, bañado por una luz de primavera temprana que parecía querer limpiar el salitre de las piedras. El mar estaba plano, como un espejo de mercurio. Ninguna señal. Ningún canto. Ningún Ciclo llamando a su puerta.

—No —dijo con una calma que le devolvió la propiedad sobre su propia vida—. Acepto la propuesta. No habrá alegaciones.

Colgó sin esperar la respuesta de su superior.

Se quitó la chaqueta del uniforme despacio. Notó el peso de las divisas, el roce de la tela rígida. La dobló con un cuidado casi obsesivo y la dejó sobre la silla. El gesto no fue ceremonial, no hubo dramatismo; fue un acto íntimo, como el de alguien que deja las llaves de una casa en la que ya no vive.

Pensó en Málaga. Pensó en las niñas de las Claras y en Lara. Pensó en Iván y en Helena, cuyos cuerpos ya descansaban bajo tierra.

Había sido Guardia Civil para buscar respuestas que el mundo le debía. Ahora sabía que algunas respuestas solo se sostienen, solo son verdad, si alguien tiene la valentía de dejar de perseguirlas.

Sara salió del despacho y cerró la puerta tras de sí con un clic suave y definitivo. No miró atrás mientras recorría el pasillo del cuartel hacia la salida.

Marusía.

Marusía es el final de la Sara Guardia Civil; el momento en que comprendes que para salvarte a ti misma, a veces tienes que soltar el arma y dejar que el mar se lleve el nombre que el sistema te dio.

89. Luna Lázaro — La primera línea

Casa de acogida, Ribadeo. Domingo, 12 de abril. 22:18 h.

El cursor parpadeaba. Una línea en blanco. Una respiración suspendida.

Luna llevaba más de una hora sentada frente al portátil sin escribir nada. No porque no supiera qué decir, sino porque sabía que la primera frase decide el tono de todo lo que viene después. Sabía que las palabras, una vez escritas, se vuelven tan definitivas como las cicatrices.

Uxía dormía en la habitación contigua. Desde allí llegaba su respiración tranquila, regular. No cantaba. No tarareaba. Dormía como duermen los niños cuando el mundo, por fin, no exige nada de ellos. El silencio de la casa no era el vacío de la Casa do Pobo; era un silencio habitado, un silencio de hogar.

Luna apoyó los dedos sobre el teclado.

Pensó en Iván, en cómo él siempre decía que las historias no se escriben para recordar, sino para ordenar el ruido. Iván habría buscado un algoritmo para explicar la Marusía; ella solo tenía letras.

Pensó en Sara, que había aprendido a callar lo justo y a mirar de frente lo que otros evitaban.

Pensó en Helena, que había confiado en la verdad incluso cuando no había pruebas que la sostuvieran.

Y, sobre todo, pensó en Lara. Cuyo nombre había sido un susurro prohibido durante treinta años.

Cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, sus dedos se movieron con una seguridad que no sabía que poseía. Escribió:

El día que el mar dejó de cantar, nadie supo explicarlo.

Se detuvo. Leyó la frase en silencio.

No hablaba de asesinatos. No hablaba de rituales ni de sectas políticas. No hablaba de muertos en la ensenada. Hablaba de una ausencia. De lo que queda cuando el miedo se retira y la marea baja.

Siguió escribiendo. No puso nombres completos. No puso fechas exactas ni coordenadas geográficas. No quería redactar un informe policial; de eso ya se encargaban otros en los despachos. Lo suyo no eran titulares.

Iba a ser una historia.

La historia de algo que se movía entre la niebla y las personas. De un ciclo sostenido por el miedo de los que mandan y el silencio de los que obedecen. De cómo, a veces, romper ese ciclo exige perder a quienes más saben, a los que estuvieron dispuestos a convertirse en parte del código para salvarnos.

Luna levantó la vista de la pantalla y miró hacia la habitación de Uxía. La luz de la luna filtraba un resplandor azulado sobre la madera del suelo.

El cursor siguió avanzando, devorando el blanco de la página. Por primera vez en muchos años, Luna no escribía para huir. No escribía para esconderse tras un pseudónimo o una noticia falsa.

Escribía para quedarse. Para que, cuando Uxía creciera y preguntara por qué el mar a veces parece triste, hubiera un libro que le contara la verdad sin leyendas.

Marusía.
Marusía es la tinta que no se borra con el agua; el momento en que comprendes que la única forma de que el pasado no te persiga es convertirlo en una historia que tú mismo puedas contar.

90. Sara Aguilar / Luna Lázaro — El peso del aire

Mirador de la ría, Ribadeo. Lunes, 13 de abril. 18:41 h.

El viento olía a sal y a despedida.

Sara apoyó los codos en la barandilla de madera sin decir nada. Tenía las manos vacías y le resultaba extraño; durante semanas, sus dedos habían buscado instintivamente el frío del cuarzo o el metal de la placa, pero ahora no había nada. Solo el roce de la madera gastada bajo sus palmas.

Luna llegó sin hacer ruido. Se colocó a su lado, manteniendo esa distancia de cortesía que pronto se disolvió. Tampoco habló. Durante

un rato, solo miraron la ría. El agua estaba en calma, una superficie de espejo demasiado tranquila para todo lo que el fango ocultaba bajo ella.

—No sé qué hacer con este silencio —dijo Sara al fin, sin apartar la vista del horizonte—. No creo en nada… y aun así, parece que sigo esperando que el aire me diga algo.

Luna asintió despacio, con la vista fija en la silueta lejana del faro de Illa Pancha.

—Iván tampoco creía —respondió—. Pero siempre decía que hay cosas que funcionan igual aunque no las entiendas. Como el instinto. O la lealtad.

Sara apretó la barandilla.

—Helena sí creía. No en fuerzas ocultas, sino en las personas. En que a veces hay que dar un paso sin red para saber si puedes volar.

Luna tragó saliva, y sus ojos se humedecieron por el salitre.

—Iván dio todos los pasos sin red —dijo—. Y Lara… —se interrumpió, y por primera vez ese nombre no le desgarró la garganta—. Lara nunca tuvo opción.

El nombre quedó suspendido entre ellas, flotando sobre la ría. No dolía como antes, pero seguía pesando con la gravedad de lo irreversible.

—Leo tampoco tuvo opción —añadió Sara—. Ni Daniel. Ni todos los nombres que Rivas y Antón borraron del mapa para mantener su equilibrio.

Luna respiró hondo, dejando que el aire frío le llenara los pulmones.

—¿Sabes qué es lo peor? —preguntó—. Que no siento rabia. Siento… vacío. Como si algo se hubiera apagado por dentro y no supiera cómo volver a encenderlo.

Sara la miró de reojo. Sus facciones, antes endurecidas por el protocolo, se habían suavizado.

—Eso no es vacío, Luna —dijo—. Es duelo bien hecho. El que no necesita gritar porque ya lo ha dicho todo.

El viento levantó un mechón del pelo de Luna. Ella sonrió apenas, una expresión frágil pero auténtica.

—Me quedo —dijo—. Por Uxía. Por mí. Por lo que no supimos hacer antes por las que se fueron.

Sara asintió, mirando hacia el coche donde sus maletas ya estaban cargadas.

—Yo me voy. No sé a dónde todavía. Pero ya no soy guardia civil. Y tampoco quiero volver a serlo. He terminado con los uniformes que te obligan a mirar hacia otro lado.

Se miraron entonces. De verdad. Sin placas, sin mentiras, sin roles. Solo dos mujeres unidas por una cicatriz que cruzaba todo Ribadeo.

—Si algún día necesitas algo… —empezó Sara.

—No —la interrumpió Luna con una pequeña sonrisa—. Si algún día quiero verte, te llamaré. Y tú vendrás. Sin deberes. Sin casos. Solo para tomar un café frente a un mar que no nos deba nada.

Sara sonrió por primera vez en días. Fue una sonrisa real, de las que llegan a los ojos.

—Trato hecho.

Se abrazaron. No fue un abrazo largo ni dramático. Fue un reconocimiento necesario, un anclaje antes de partir en direcciones opuestas. Cuando se separaron, Sara se metió las manos en los bolsillos, sintiendo el peso de su propia libertad.

La nueva amistad, marcada por el dolor, era lo único que el Ciclo no había podido corromper.

Marusía.

Marusía es el lazo que se anuda en la tormenta; el momento en que comprendes que, aunque los caminos se separen, hay personas que siempre serán el puerto donde tu historia comenzó a ser tuya.

91. Sara Aguilar — El eco de la piedra

Cueva de la ensenada, Ribadeo. Lunes, 13 de abril. 19:30 h.

La marea estaba baja.

Sara avanzó despacio, con cuidado de no resbalar sobre la piedra húmeda y las algas que se aferraban al granito. La entrada de la cueva seguía ahí, igual que siempre, como una boca oscura que el mar olvidó cerrar. Parecía mentira que aquel rincón pudiera verse tan anodino, tan natural, como si no hubiera sido un escenario de muerte, sino un simple capricho de la geología.

El aire dentro olía a sal, a humedad estancada y a tiempo detenido.

Se detuvo en el punto exacto donde lo habían encontrado todo. No quedaba nada. Ni cintas de la científica, ni restos de focos, ni ecos de gritos. Solo la roca desnuda y esa frialdad persistente que se filtraba en los huesos.

—Se acabó —murmuró.

No se lo decía solo a Lara. Se lo decía a Helena, cuya ausencia le quemaba más que cualquier herida física. Se lo decía a Iván, que se había convertido en luz para que ella pudiera caminar por lugares como este sin miedo. Y se lo decía a la Sara que llegó a Ribadeo tiempo atrás, cargada de protocolos y certezas que el mar se había encargado de triturar.

Cerró los ojos un instante. No solo estaba Lara allí; estaban todos. Los nombres que Rivas y Antón habían intentado borrar, las vidas que habían sido tratadas como moneda de cambio para un equilibrio sangriento. La verdad ya no era una luz al final del túnel; era el aire frío que ahora llenaba sus pulmones.

No hubo justicia completa. Nunca la hay cuando el precio se paga con vidas que no vuelven. Pero la impunidad se había roto.

Sara se agachó y apoyó la mano en la piedra fría, allí donde el fango había guardado secretos durante treinta años. No rezó. No pidió perdón. Simplemente dejó que el silencio hiciera su trabajo de limpieza. Ya no sentía la necesidad de apretar aquel cuarzo que ahora descansaba en el fondo del mar; ya no necesitaba amuletos porque el miedo ya no tenía de qué alimentarse.

Lara ya no era una sombra en una carpeta de desaparecidos. Helena ya no era un remordimiento. Iván ya no era una deuda. Eran parte de la tierra y del agua, libres de rituales y de círculos concéntricos.

Cuando salió, la luz del atardecer bañaba la ensenada con un tono gris azulado. Un color triste, pero profundamente sereno. El Cantábrico se mecía con una calma casi respetuosa, como si él también hubiera soltado un lastre milenario.

Sara respiró hondo, sintiendo cómo la opresión en su pecho se aflojaba por primera vez en años. Había aprendido que la morriña no desaparece; simplemente se aprende a caminar con ella, a convertirla en la brújula que te recuerda de dónde vienes y por qué sigues adelante.

Caminó hacia su coche sin mirar atrás. El caso había terminado. La sombra que habitaba esa cueva, también.

Marusía.
Marusía es el momento en que la marea baja y deja al descubierto la verdad; el instante en que comprendes que, para que los muertos descansen en paz, los vivos deben aprender a soltar sus fantasmas y dejar que el mar se lleve el resto.

92. Luna Lázaro / Uxía Ares — El lugar donde la luz se apaga

Faro de Illa Pancha, Ribadeo. Martes, 14 de abril. 19:08 h.

El faro estaba cerrado.

No por abandono, sino por respeto. Así lo sintió Luna al verlo: inmóvil, blanco, recortado contra un cielo que empezaba a oscurecerse demasiado pronto. El viento traía olor a sal y a una extraña electricidad, como si el granito de la isla aún recordara el pulso que lo había hecho vibrar hasta los cimientos.

Uxía caminaba a su lado sin hablar, agarrada a su mano con una fuerza impropia de una niña. Desde que todo terminó, no tarareaba. No dibujaba círculos en el aire. El silencio se le había instalado dentro, pero ya no era aquel silencio enfermo que precedía a la tormenta. Era duelo. Un duelo limpio y necesario.

—Aquí vivía la luz —dijo Luna en voz baja, señalando la linterna donde Iván pasó sus últimas horas.

Uxía levantó la vista hacia la torre. No preguntó nada; no hacía falta. Había lugares que los niños entienden sin palabras, espacios donde la ausencia se vuelve tan sólida como la piedra.

Se sentaron cerca de la valla, donde el mar golpeaba abajo con una cadencia lenta, casi respetuosa. Luna sacó del bolso una hoja doblada y un lápiz. No se lo ofreció: simplemente lo dejó entre ambas sobre la hierba rala de la isla.

Uxía lo tomó sin dudar. Dibujó despacio, con una concentración que le arrugaba el entrecejo.

No eran círculos concéntricos. No era el Símbolo que la había encadenado. Era un faro, trazado con líneas firmes, y una figura pequeña al lado con los brazos abiertos. Del interior de la torre salía una línea ondulada, como una canción que se escapara por las paredes para perderse en el mar.

Uxía dejó el dibujo apoyado contra una piedra, bien sujeto para que el viento del Cantábrico no se lo llevara.

—Se quedó para que nosotros no tuviéramos que hacerlo —susurró la niña, mirando hacia el horizonte.

Luna cerró los ojos, sintiendo el pinchazo de la pérdida en la garganta. Iván había entendido el patrón antes que nadie y había decidido, con la frialdad de un matemático y el corazón de un hombre, pagar el precio completo. No como un héroe de leyenda, sino como alguien que, por fin, eligió su propio destino en lugar de seguir un código preestablecido.

Luna rodeó a Uxía con los brazos. No lloró. Ya no. El llanto había quedado atrás, en los muelles y en los despachos, sustituido ahora por una tristeza más honda, más estable. Una tristeza que ya no buscaba respuestas, porque las tenía todas.

—Gracias —murmuró Luna, sin saber si hablaba con Iván, con el faro o con la vida misma.

En ese instante, la luz del faro se encendió de nuevo. El sistema automático, ajeno al sacrificio que había hecho posible que siguiera girando, proyectó su haz sobre el agua, cortando la penumbra con una precisión indiferente.

La marusía no siempre destruye. A veces, solo exige una vida para que las demás puedan continuar sin miedo.

Marusía.
Marusía es el último destello en la oscuridad; el momento en que comprendes que la luz que nos guía no viene de las estrellas, sino de aquellos que decidieron arder para que nosotros no nos perdiéramos.

93. Sara Aguilar — El legado que no se archiva

Casa cuartel de la Guardia Civil, Ribadeo. Miércoles, 15 de abril. 06:42 h.

La casa cuartel estaba en silencio.

No era el silencio operativo de las madrugadas de guardia, sino otro más incómodo: el que queda cuando alguien ya no va a volver a ocupar su mesa. Sara estaba sola en el despacho de Helena. No había pedido permiso. Tampoco lo necesitaba; para el mundo exterior, aún era la inspectora Aguilar recogiendo sus últimas pertenencias, pero ella sabía que estaba allí por otra cosa.

La luz del amanecer entraba oblicua por la ventana, iluminando partículas de polvo suspendidas en el aire, como si el lugar aún respirara. Todo seguía donde Helena lo había dejado: el calendario con anotaciones mínimas, el mapa de la ría lleno de marcas a lápiz y un vaso de té ya frío que nadie se había atrevido a retirar.

Sara abrió el cajón inferior. Allí estaba la libreta.

La había visto cientos de veces en manos de Helena, siempre cerrada, siempre protegida como un objeto sagrado. No era un cuaderno oficial; no tenía membretes ni sellos. Solo unas tapas negras gastadas por el uso y páginas escritas con una letra firme, contenida, casi ascética.

Sara pasó las hojas despacio. Fechas. Nombres. Conexiones que la investigación oficial nunca llegaría a trazar. Y, entre datos y esquemas, pequeñas frases subrayadas. Pensamientos que Helena nunca había compartido en voz alta:

La intuición no es creer sin pruebas. Es reconocer patrones antes de que el miedo los disfrace.

Sara tragó saliva. Sus dedos rozaron el papel amarillento. Más adelante leyó:

La ley llega tarde casi siempre. Nuestro trabajo es que no llegue demasiado tarde.

La última página estaba doblada por una esquina. Sara la desdobló con cuidado, con la reverencia de quien teme romper algo más que papel. No era un informe ni una nota operativa. Era una sola frase, escrita con un trazo más lento, casi cansado:

Si tengo que elegir entre tener razón y proteger a alguien, elegiré siempre lo segundo. La verdad sin humanidad no sirve para nada.

Sara cerró la libreta. Durante unos segundos no se movió. El peso de Morriña, de Orballo, de Marusía, de todos los nombres que ya no estaban, cayó sobre ella con una claridad brutal. Helena no había sido una mártir ni una heroína de manual. Había sido una mujer que entendió antes que nadie que el mal no siempre se combate con reglamentos, sino con decisiones morales.

—No te prometo hacerlo bien —murmuró al aire del despacho—. Solo hacerlo con sentido.

Guardó la libreta en su bolso. No era para archivarla en un expediente, ni para entregarla a asuntos internos. Aquello no era una prueba judicial; era una herencia.

Cuando salió del despacho y cruzó el patio del cuartel, el sol ya había terminado de levantarse. Sara caminó hacia la salida sin mirar atrás. Por primera vez desde que todo terminó, supo que no estaba

huyendo de una carrera, sino que estaba abrazando una misión que ningún despacho podría arrebatarle.

Marusía.
Marusía es aquello que no se ve en los informes, pero que decide quién sigue vivo al final del día; el momento en que comprendes que el legado de los que se fueron es la brújula que te impide perderte en la niebla.

94. Luna Lázaro — Donde el agua ya no llama

Ría del Eo. Sábado, 18 de abril. 18:11 h.

La marea estaba tranquila.

No quieta —la ría nunca lo estaba del todo—, pero sí en ese punto exacto en el que el agua parece respirar despacio, como si hubiese decidido no reclamar nada más a la tierra. Luna caminaba descalza por la orilla, con los zapatos en la mano, dejando que el barro frío se colara entre los dedos. Era un frío real, físico, que la devolvía al presente.

Uxía iba unos pasos por delante. No corría. No miraba atrás con esa alerta constante que había marcado sus últimos años. Eso ya era nuevo: la libertad de dar la espalda a la sombra.

La niña se detuvo cerca del borde, donde el agua empezaba a oscurecerse, y se agachó. Hundió los dedos sin dudar, dibujando círculos torpes que el agua borraba enseguida. Luna se quedó quieta, observando con los músculos tensos, preparada para intervenir si el miedo o el trance regresaban.

Pero no volvió.

Uxía levantó la vista hacia el horizonte, donde la silueta del faro empezaba a recortarse contra el ocaso.

—Ya no canta —dijo, como si comentara algo sin importancia, un detalle del paisaje.

Luna sintió un nudo cerrársele en la garganta. Se acercó un paso más.

—¿El agua? —preguntó, con cuidado, midiendo cada sílaba.

Uxía negó con la cabeza, con una serenidad que Luna no le conocía.

—Ni el bosque. Ni la niebla. —Hizo una pausa, escuchando el entorno—. Solo suena… normal.

Normal.

Luna sonrió por primera vez sin sentirse culpable por ello. Se acercó y se sentó a su lado sobre el fango y la arena, dejando que el agua mojara el bajo del pantalón. El frío no molestaba; era un ancla.

—¿Quieres entrar un poco más? —preguntó.

Uxía dudó apenas un segundo. Luego asintió. Se metieron juntas hasta los tobillos. El agua estaba helada, pero limpia de estática y de presencias. La ría ya no pedía nada. No ofrecía respuestas místicas ni exigía tributos. Solo estaba allí, siendo masa y sal.

Uxía cerró los ojos, dejando que la brisa le diera en la cara. Luna contuvo el aliento, esperando cualquier señal del pasado. Pero la niña no tarareó. No dibujó símbolos en la superficie. No se tensó. Simplemente sonrió.

—Está cansada —dijo la pequeña, mirando la corriente—. Como si hubiera trabajado mucho tiempo.

Luna pensó en Iván. En Helena. En Lara. En todos los que habían sostenido el peso de la historia sobre sus hombros para que aquel momento de paz fuera posible. Para que una niña pudiera tocar el agua sin convertirse en parte de ella.

—Sí —respondió Luna, con la voz cargada de una paz antigua—. Ya puede descansar.

Uxía cogió una piedra lisa del fondo y la lanzó al agua. Dio dos saltos perfectos sobre la superficie antes de desaparecer. Nada volvió. No hubo ecos ni susurros.

Se quedaron allí hasta que el cielo empezó a oscurecerse y las primeras luces del puerto se reflejaron en la superficie. Luna rodeó a Uxía con el brazo, y la niña se apoyó en ella con naturalidad, sin

rigidez, sin la alerta de quien espera un ataque. Por primera vez, el contacto no era una defensa contra el mundo; era, sencillamente, hogar.

Marusía.
Marusía no es el mar que llama, sino el que, al fin, aprende a guardar silencio; el momento en que comprendes que la verdadera libertad es poder mirar al abismo y descubrir que ya no tiene nada que decirte.

95. Sara Aguilar — Donde el ruido terminó

Casa do Pobo de Ribadeo. Domingo, 19 de abril. 09:42 h.

El precinto seguía intacto.

La cinta verde y blanca cruzaba la puerta principal de la Casa do Pobo como una cicatriz reciente, demasiado limpia para un edificio que llevaba décadas acumulando capas de mentiras y sombras. Sara mostró su acreditación al guardia de servicio. Él asintió sin hacer preguntas; en Ribadeo, nadie las hacía ya. El pueblo había decidido sumergirse en un mutismo protector.

Sara empujó la puerta. El olor fue lo primero que la golpeó. No olía a muerte —eso se desvanece pronto—, sino a humedad encerrada y a madera vieja que parecía haber aprendido a absorber el miedo como si fuera barniz. El eco de sus pasos le devolvió una versión más dura de sí misma, multiplicada por la acústica del salón, como si el edificio se negara a reconocerla ahora que caminaba sola.

Las paredes estaban limpias. Demasiado.

Las pintadas y los diagramas rituales habían sido borrados con celo administrativo. Donde antes había símbolos, ahora quedaban sombras claras, zonas de piedra y pintura más nueva que delataban la violencia pasada como una mala cirugía. Sara se detuvo frente a una de ellas, pasando los dedos por la superficie rugosa donde antes el Símbolo del doble círculo presidía las reuniones.

—Aquí —murmuró.

Avanzó hasta el salón principal. Las sillas estaban apiladas contra una pared, ordenadas por tamaño con una pulcritud funcionarial. El escenario estaba desnudo. El lugar donde el ritual había intentado completarse parecía ahora un espacio cualquiera, preparado para una reunión vecinal o una verbena menor. Eso era lo más inquietante: la facilidad con la que el horror se disfraza de normalidad una vez que se retira la sangre.

Sara cerró los ojos un instante. La escena regresó sin permiso: la niebla colándose por las rendijas, la voz de Antón, el cuerpo de los que cayeron y la sensación asfixiante de llegar siempre un segundo después que el destino.

Y, por encima de todo, la ausencia de Helena.

Abrió los ojos de golpe, no esperaba visiones ni señales místicas. Solo quería silencio.

Y lo tuvo.

El edificio no respondió. No crujió bajo el peso de ninguna presencia ancestral. No devolvió la melodía. Era un cascarón vacío, un lugar derrotado por la ausencia de fe y la ruptura del Ciclo.

Sara se permitió sentarse un momento en la primera fila de sillas apiladas. Apoyó los codos en las rodillas y respiró el aire viciado del salón.

—No vais a volver —dijo en voz baja, y su voz no encontró eco—. No aquí.

Cuando salió, volvió a colocar la cinta de la Guardia Civil con cuidado, dejándola tensa, visible. No como una advertencia para los curiosos, sino como un recordatorio para el pueblo. Al girarse por última vez, el sol de la mañana iluminó la fachada de piedra sin ningún dramatismo. Un edificio más. Un error cerrado. Una herida que empezaba a cicatrizar.

Sara se alejó hacia su coche sin mirar atrás, dejando que la Casa do Pobo volviera a su sueño de piedra, ahora inofensivo.

Marusía.

Marusía no es el grito del lugar maldito, sino el silencio que queda cuando ya no hay nadie que crea en él; el momento en que

comprendes que los templos del miedo solo se mantienen en pie mientras nosotros les prestamos nuestra voz.

96. Luna Lázaro — El código de la memoria

Casa de acogida, Ribadeo. Domingo, 19 de abril. 12:18 h.

El golpeteo de las teclas era el único sonido que llenaba el salón.

Luna no escribía con dudas. Ya no buscaba la palabra exacta para esconderse, ni el adjetivo que suavizara la verdad. El cursor avanzaba por la pantalla blanca como una marea que lo limpia todo a su paso. Estaba terminando el manuscrito que Iván no pudo empezar y que Helena no pudo leer.

Se detuvo un momento y miró por la ventana hacia el jardín.

Uxía estaba sentada en la hierba. No buscaba el agua, ni miraba hacia el bosque con esa mirada perdida de quien escucha una frecuencia inaudible. Tenía una caja de ceras de colores esparcida a su alrededor.

Luna observó cómo la niña tomaba la cera amarilla y dibujaba con fuerza sobre un papel. No trazó círculos concéntricos. No buscó el patrón del doble círculo que la había tenido presa. Dibujó un sol, un sol radiante y desordenado, con rayos que se salían de los márgenes.

—Quema —dijo Uxía en voz alta, sin mirar a nadie, como si hablara con el papel.

Luna sonrió frente a la pantalla. Recordó las palabras de Iván sobre los sistemas que se sobrecalientan.

—Sí, cariño —susurró Luna para sí misma—. Quema porque está vivo.

Luna volvió al teclado. Había pasado meses creyendo que su vida era una serie de sucesos aleatorios y trágicos, un código mal escrito. Ahora comprendía que ella era la programadora de lo que venía

después. Escribió la última frase del capítulo: «La verdad no nos hace libres de lo que pasó, pero nos permite elegir lo que pasará mañana».

Cerró el portátil. El silencio de la casa ya no era un silencio de espera o de miedo. Era el silencio de un motor que, por fin, se ha apagado para dejar paso al descanso.

Se levantó y salió al jardín. Uxía levantó el dibujo y se lo enseñó. El sol de cera brillaba bajo el sol real de Ribadeo. No había música. No había señales. Solo el olor a hierba recién cortada y la risa de una niña que ya no tenía que ser un canal para nadie.

Luna cogió la mano de Uxía. Ya no estaba fría.

Marusía.
Marusía no es el ciclo que regresa, sino la historia nueva que se atreve a ocupar su lugar; el momento en que comprendes que la única forma de vencer al pasado no es olvidarlo, sino convertirlo en la tinta con la que escribes tu propia libertad.

97. Sara Aguilar — El puerto sin respuesta

Puerto de Ribadeo. Lunes, 20 de abril. 06:42 h.

El puerto estaba despierto antes que el pueblo.

Las cuerdas de los barcos crujían con el vaivén suave del agua, un sonido mecánico, cotidiano, desprovisto de cualquier misterio. Sara caminaba despacio por el muelle, con las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta y el frío de la mañana entrando sin pedir permiso. No llevaba el uniforme. Tampoco lo echaba de menos; la tela se sentía ahora como una piel que no le pertenecía.

Se detuvo en el borde del muelle, justo donde el cemento se rinde al Cantábrico. Miró al mar como quien espera algo por pura costumbre, no por fe. Como quien busca una señal en una pantalla que sabe que está apagada.

No había niebla.

La ría se extendía limpia frente a ella, casi demasiado clara, con el reflejo pálido del amanecer rompiéndose en fragmentos plateados sobre la superficie. No había sombras extrañas, ni puntos ciegos donde la imaginación pudiera esconder amenazas milenarias. El agua devolvía exactamente lo que mostraba: una masa física, salada e indiferente. Nada más, nada menos.

Sara esperó. Un minuto. Dos.

Nada.

No hubo melodía. No hubo tarareo en el fondo de su mente. No sintió la presión opresiva en el pecho que la había acompañado desde que pisó Ribadeo por primera vez. Solo escuchó el rumor constante del agua contra el hormigón y el olor a salitre mezclado con el gasóleo viejo de las lanchas pesqueras.

Pensó en Helena. En su voz serena al otro lado del teléfono, en su capacidad para ver lo que otros ignoraban. Sara buscó instintivamente el peso del cuarzo en su bolsillo, pero sus dedos solo encontraron el vacío de la tela, el recordatorio de que aquel objeto ya descansaba en el fondo de la ría junto con sus secretos. Ya no necesitaba tocarlo para sentir su presencia; la memoria de Helena era ahora como una cicatriz invisible sobre su propia piel: una marca que se recuerda al rozarla, pero que, por fin, ya no sangraba.

Pensó en Iván, en su obsesión por encontrar la lógica en el caos, incluso en aquello que no quería ser entendido. Pensó en el faro, en la descarga final y en el precio que él pagó para que ese muelle estuviera hoy en silencio.

Pensó en Luna y en la niña, en el dibujo del sol sobre la arena que no había visto con sus propios ojos, pero cuya existencia sentía como una victoria personal.

El mar no devolvía nada. Y, por primera vez en su vida, Sara comprendió que eso estaba bien. La falta de respuesta era la respuesta definitiva.

Respiró hondo, llenando los pulmones con un aire que no traía mensajes ocultos ni promesas de sacrificios antiguos. Solo era aire. Oxígeno y sal.

Se dio la vuelta sin mirar atrás. El puerto siguió allí, funcionando con su ritmo industrial, ajeno a los mitos, a los ciclos y a las historias que los hombres necesitaban inventar para explicar su propio miedo a la oscuridad.

Marusía.
Marusía no siempre regresa; a veces, simplemente se calla y deja espacio para que los vivos aprendan, por fin, a vivir sin el peso de la leyenda.

98. Luna Lázaro — Donde empieza el día

Mirador de la ría, Figueras. Lunes, 20 de abril. 07:10 h.

El horizonte estaba limpio.

Luna se sentó en la barandilla de madera, con Uxía a su lado, envuelta en una chaqueta que le quedaba dos tallas grande y olía a suavizante y a hogar. La niña balanceaba las piernas sin tocar el suelo, concentrada en ese gesto sencillo como si fuera un descubrimiento reciente, una libertad física que antes le estaba vedada por la rigidez del miedo.

—¿Ahí acaba el mar? —preguntó Uxía, señalando con un dedo pequeño la línea precisa donde el azul profundo del agua se fundía con el gris perla del cielo.

—No —respondió Luna, sintiendo la brisa fresca en la cara—. Ahí empieza otra cosa.

Uxía frunció el ceño, procesando la idea con esa seriedad tan suya. Luego sonrió, satisfecha con una respuesta que no necesitaba entender del todo para que fuera cierta.

El aire olía a algas, a salitre y a mañana nueva. No había rastro de la niebla eléctrica que solía devorar la ensenada. El sol asomaba con timidez por el este, sin imponerse, como si él también estuviera aprendiendo a quedarse en un mundo que ya no le pertenecía a las

sombras. Luna notó cómo su propio cuerpo, por primera vez en mucho tiempo, no estaba en tensión. No estaba en alerta. No estaba esperando el siguiente golpe de una marea invisible.

Pensó en Iván. Pero no lo hizo como un sacrificio, ni como un mártir de un informe pericial. Pensó en él vivo: discutiendo por un error de sintaxis, explicando cosas imposibles con esa sonrisa torcida suya, moviendo las manos sobre un teclado. Decidió que ese sería el archivo que guardaría en su memoria, el único que no dejaría que nadie borrara.

Uxía apoyó la cabeza en su brazo, buscando el contacto de forma natural.

—¿Ya no cantan? —susurró, casi como un secreto compartido.

Luna negó despacio, acariciándole el pelo.

—No, pequeña. Ahora solo suena el mar.

Escucharon juntas. El agua rompía contra las rocas del mirador con un ritmo irregular, imperfecto, puramente humano. No había melodía. No había un patrón oculto que descifrar. Y eso era, precisamente, lo que hacía que fuera real. La falta de orden era la verdadera música de la libertad.

Luna sintió una certeza tranquila, despojada de toda grandilocuencia: no había vencido al destino, ni había salvado el mundo de una conspiración global. Pero estaba allí. Y Uxía también lo estaba. A veces, en un rincón del mundo llamado Ribadeo o Figueras, eso era más que suficiente.

Miraron al horizonte sin decir nada más, dejando que el día terminara de nacer sobre la ría. La vida seguía, indiferente a los ciclos, pero agradecida por el silencio.

Marusía.

Marusía no es el final de la historia, es el punto exacto donde alguien decide quedarse; el momento en que comprendes que la verdadera victoria no es derrotar al monstruo, sino aprender a desayunar frente al lugar donde solía esconderse.

99. Sara Aguilar — Lo que duerme

Puerto de Ribadeo. Lunes, 20 de abril. 08:05 h.

El barco se alejaba despacio, rompiendo la superficie del agua con una estela breve que el mar se encargaba de borrar casi al instante.

Sara observaba desde el muelle, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo. Notaba el vacío en sus palmas, una ligereza a la que aún no se había acostumbrado tras meses de cargar con pruebas, armas y aquel objeto que ya descansaba en el fondo de la ría. Ya no buscaba nada a lo que aferrarse; el aire frío circulando entre sus dedos era suficiente para saber que estaba allí.

El puerto había recuperado su rutina: motores perezosos calentándose, voces bajas que se perdían en el graznido de las gaviotas, cajas de pescado golpeando la madera húmeda. Nada parecía distinto a simple vista. Y, sin embargo, todo lo era. El aire se sentía más ligero, despojado de esa vibración estática que le había erizado el vello durante semanas.

Pensó en Antón, en Rivas, en los nombres que ya no importaban más que como notas al pie en un informe que ella nunca llegaría a firmar. Pensó en Iván, en Helena, en la cantidad exacta de vidas que había costado comprar ese silencio. No sintió rabia. Tampoco sintió un alivio completo. Solo una calma extraña, mineral, como cuando aceptas que hay fuerzas en el mundo que no se ganan ni se pierden: simplemente se contienen.

El mar estaba limpio. Sin niebla. Sin el eco de aquel canto prohibido.

Sara se permitió una verdad incómoda, una que no le diría a Luna para no empañar su nueva paz: la Marusía no había muerto. No se mata algo que pertenece al tiempo, a la repetición cíclica de la naturaleza, a la memoria oscura de los lugares. Pero estaba dormida. Estaba contenida tras la barrera de código que Iván había levantado con su propia vida. Era una bestia que, por ahora, había aprendido a esperar.

Y ella también.

Había pasado demasiados años creyendo que su trabajo como policía consistía en cerrar heridas. Ahora entendía que, a veces, lo

único humanamente posible era impedir que se abrieran de nuevo. Ser el dique, no la cura.

El barco ya era un punto indistinguible en el horizonte grisáceo. Sara levantó la vista y miró hacia el lugar donde el agua se unía con el cielo, allí donde los secretos se vuelven invisibles. Pensó en Helena, en su fe intuitiva, en su manera de caminar hacia el peligro solo porque era lo correcto. Sonrió apenas, una expresión de complicidad que solo los que han mirado al abismo podrían entender.

—No era por la placa —murmuró al viento, como si Helena pudiera escucharla desde algún lugar de la ría—. Lo sé. Era por nosotros.

Se giró, dándole la espalda al mar por última vez. Caminó hacia su coche, aparcado fuera del recinto portuario, con el paso firme de quien ya no arrastra cadenas. No había melodía. No había señales en el rabillo del ojo. Solo la vida avanzando, torpe, imperfecta, ruidosa.

Y por primera vez, eso le pareció suficiente para seguir adelante.

Marusía.
Marusía no desaparece, aprende a dormir cuando alguien decide vigilar el sueño; el momento en que comprendes que la paz no es la ausencia de peligro, sino la presencia de alguien dispuesto a sostener la puerta cuando el viento vuelva a soplar.

100. Epílogo — La historia que espera

Puerto de Ribadeo. Martes, 21 de abril. 19:42 h.

Sara estaba sentada en el banco de piedra, el mismo desde el que se veía la ría abrirse hacia el mar como una herida antigua que había aprendido a cicatrizar mal, pero que por fin dejaba de supurar.

El día se despedía sin dramatismo. Una luz oblicua, casi cansada, se deshacía sobre el agua en tonos cobres y grises. No había niebla. No había viento. Solo el rumor constante del puerto, reducido ya a lo esencial, a ese latido industrial que ignora las leyendas.

Pensó en Luna. Sabía que estaba en el pueblo, en la casa que nunca terminó de abandonar del todo, reclamando el espacio que la culpa le había robado durante décadas. Sabía que Uxía dormía en la habitación pequeña, con los dibujos apilados en una carpeta que ya no daba miedo abrir. El doble círculo había desaparecido de los papeles; ahora había soles torcidos, barcos imposibles y figuras que se daban la mano. Vida normal. O lo más parecido a ella que se puede conseguir después de haber rozado el abismo.

Sara apoyó los codos en las rodillas y dejó que el cansancio se asentara por fin. No era el cansancio físico de las noches sin dormir, sino ese otro, más profundo y vital, que se acumula cuando has mirado demasiado tiempo dentro de cosas que no estaban destinadas a ser vistas.

Pensó en Málaga, en Galicia, en los nombres que habían quedado atrás en las cunetas del tiempo. En los que no debían repetirse nunca. No llevaba amuletos, ni placas, ni piedras en los bolsillos. Solo llevaba el recuerdo de Helena y de Iván, liso y firme después de tanto uso, como una verdad que ya no necesitaba ser protegida. La memoria, cuando se acepta y se deja de pelear contra ella, ya no pesa: ancla.

Un niño pasó corriendo por el muelle, riendo, ajeno a los ritos, a las frecuencias y a los sacrificios. Detrás, una mujer lo llamó por su nombre con una voz clara que no escondía secretos. Sara no reconoció el nombre ni el rostro. Eso le gustó. Significaba que el mundo seguía girando fuera de su vigilancia.

La mirada de Sara —y la de la propia historia— se fue alejando despacio. Primero del banco de piedra, luego de las redes de los pescadores, después de la ría entera, estirándose hacia ese mar abierto donde el agua se confunde con el cielo y las historias pierden a su autor para convertirse en mito.

Sara no se movió. No hacía falta. Sabía que algunas cosas no terminan nunca; solo aprenden a esperar el momento de volver a

ser contadas.

Marusía.
Marusía es la historia que nunca acaba, solo aguarda a que alguien vuelva a escucharla; el eco que queda cuando la marea se retira, recordándonos que el mar siempre guarda el secreto de quiénes fuimos antes de aprender a olvidar.

FIN

Agradecimientos

Llegar al final de una trilogía es como regresar a puerto después de una larga travesía en mitad de la bruma: te sientes cansado, pero el suelo bajo tus pies nunca había parecido tan firme.

En primer lugar, quiero agradecer a Figueras, Ribadeo, Castropol y a las gentes de la Ría del Eo. Gracias por prestarme vuestro paisaje, vuestro salitre y ese silencio tan particular que solo el norte sabe custodiar. Esta historia nació de la morriña que siento cada vez que no estoy allí, de vuestro orballo, y a él regresa ahora.

A mi familia y amigos, por ser mi ancla cuando la trama me arrastraba mar adentro. Gracias por escuchar mis teorías imposibles, por soportar mis ausencias mentales y por creer en Helena, Sara, Iván y Luna tanto como yo. Sin vuestro apoyo, este proyecto seguiría siendo solo una carpeta olvidada en un disco duro o en un rincón de mi memoria.

A los lectores que me habéis acompañado desde el primer volumen de Proyecto Morriña. Vuestra curiosidad ha sido el faro que me ha guiado en las noches de bloqueo. Gracias por cada mensaje, por cada teoría y por dejar que estos personajes habitaran vuestra imaginación. Escribir es un acto solitario, pero saber que estáis al otro lado lo cambia todo.

Gracias muy especiales a mis fieles lectoras cero, Idoia, Sonia, vuestra labor, apoyo y consejos hacen que esta historia vea la luz.

Gracias por creer en esta historia desde el inicio.

A todos los que, de una forma u otra, me habéis ayudado a entender que la memoria es el único tesoro que merece ser rescatado del fango.

Y, por supuesto, gracias a Helena e Iván. Aunque nacisteis de la tinta y el papel, vuestro sacrificio y vuestra luz me han enseñado más sobre la valentía de lo que jamás hubiera imaginado.

Esta última página es para vosotros. Porque al final, cuando la marea baja, lo único que queda es la gratitud.

Gracias por ayudarme a romper el círculo.